

LIBRO BASADO EN LA SERIE DE TELEVISIÓN

# RICHARD CASTLE

The book cover features a dark, teal-toned background. In the foreground, a black silhouette of a woman in athletic wear is running from left to right, holding a handgun in her right hand. Behind her, a city skyline is visible under a stormy sky with bright lightning bolts. To the right, a classical statue of a winged figure stands atop a large wheel. A helicopter is partially visible in the upper right corner.

## CALOR ASFIXIANTE

Lectulandia

Un hombre muere tras caer aparentemente del cielo sobre el tejado del Planetario de Nueva York y la investigación de la detective Heat atrae irresistiblemente la atención de su novio, el periodista Jameson Rook. Nikki no puede ocultar su alegría cuando decide acompañarla en el caso para convertirlo en su próximo gran reportaje. Es cierto que eso supone tener que aguantar las ideas disparatadas de Rook y sus bromas adolescentes, pero Nikki agradece poder estar juntos de nuevo y sentir cómo se reaviva la llama. Hasta que Rook concluye que Heat ha arrestado al hombre equivocado.

Su agitada relación pasa de complicada a conflictiva. Mientras el huracán Sandy amenaza con arrasar Nueva York, Heat deberá enfrentarse a poderosos enemigos, luchar contra un grupo de mercenarios urbanos y tratar de no perder al hombre al que ama. Heat sabe que su trabajo es aclarar asesinatos. Ahora su temor es que resolver este conlleve la muerte de su relación.

**Lectulandia**

Richard Castle

# **Calor asfixiante**

**Nikki Heat-6**

ePub r1.0

fenikz 19.01.16

Título original: *Raging heat*  
Richard Castle, 2015

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para KB: «Las estrellas por encima de nuestras cabezas, el mundo a  
nuestros pies»

# 1

Nikki Heat se preguntaba cómo habría sido su vida si no hubiesen asesinado a su madre. ¿Estaría pateándose el camino, como en ese momento, desde la comisaría de policía al escenario de un crimen o se encontraría ensayando en Broadway un nuevo montaje de Chéjov o algún experimento vanguardista sobre las relaciones humanas con posibilidades de optar a uno de los Premios Tony? Se detuvo en Columbus Avenue a esperar a que el semáforo se pusiera en verde para los peatones. Su vida también podría haber transcurrido de otro modo. El destino podría haberla convertido fácilmente en esa madre sibarita sentada junto al ventanal del Starbucks que tenía a la derecha que ayudaba a su hijo pequeño a tomarse un chocolate caliente. O podría haberla convertido en una mendiga, como el tipo ese que agitaba su vaso de plástico lleno de monedas en la puerta de la tienda de vinos al otro lado de la calle. No veía a ningún cantante de coros de Steely Dan a su alrededor, pero también estaría más que abierta a esa posibilidad.

Un remolino de viento urbano levantó un poco de suciedad en un minitornado y Nikki vio cómo una bolsa de plástico de una tienda de comestibles, unos envoltorios de caramelos y la página de anuncios de un periódico daban vueltas en dirección sur desde la calle Ochenta y Dos, hasta que el espectáculo perdió su centro y se desparramó convirtiéndose en algo más mundano: simple basura. Todavía eran las diez de la mañana. ¿Por qué iba a mendigar nadie en la puerta de una bodega que se encontraba cerrada?

Se giró para mirar al mendigo, pero este le dio la espalda y empezó a arrastrar los pies en dirección norte. El semáforo se puso en verde y Heat cruzó. Una esquina más abajo, los guardias de tráfico cortaban el aire con las manos enguantadas para que los mirones pasaran sin detenerse junto a la valla. Pero a ella sí que la dejarían pasar. La detective de homicidios más famosa del Departamento de Policía de Nueva York tenía una cita con un cadáver.

La llamada por radio de los primeros agentes que habían llegado al lugar de los hechos la había advertido: «No comas ni bebas nada cuando vengas de camino. En serio». En parte como desafío y en parte porque necesitaba cafeína, Heat se llevó consigo el resto del café con leche y vainilla que se enfriaba sobre su mesa y se lo acabó antes de llegar al cordón policial. Lanzó el vaso al interior de una papelería y enseñó su placa al agente que vigilaba el cordón policial.

Nada más traspasarlo, Nikki se detuvo. Para cualquiera que mirase, era como si se hubiese parado para ajustarse la funda de la pistola, que en realidad fue lo que hizo. Pero era una excusa. Esa pausa era su momento, un ritual para respirar hondo y rendir homenaje a otra vida perdida, además de para conectar con su propia experiencia con la tragedia. Aunque Heat había cerrado el caso de su madre dos años atrás, aún pensaba en su sencilla promesa cada vez que iba a ver un nuevo cadáver: las víctimas merecían justicia; sus seres queridos se merecían unos policías inteligentes. Cuando

terminó, soltó el aire y siguió adelante.

Observó la calle Ochenta y Uno con ojos de principiante, vació la mente y la abrió para recibir las primeras impresiones analíticas. Los investigadores experimentados eran más proclives a pasar por alto algunas pistas, porque su trabajo se convertía en rutinario. Así que Heat redujo la marcha al ritmo de novata y se aproximó como si se tratara de su primer caso.

La primera alerta de Nikki saltó a media manzana del planetario. El equipo de paramédicos que se encontraba en primer plano estaba ocupado. Normalmente, los servicios de emergencia médica ya no estaban haciendo nada cuando ella llegaba al lugar de los hechos porque la víctima estaba muerta. En ocasiones, un tiroteo o una pelea a navajazos terminaba con una o dos víctimas colaterales que necesitaban tratamiento o que se los llevaran. Pero esa mañana el reflejo de las brillantes luces de emergencia sobre la acera mojada quedaba interrumpido por grupos de estudiantes de secundaria que se apiñaban alrededor de tres ambulancias. Incluso desde cierta distancia, Nikki había notado alguna muestra de trauma emocional —sollozos, mareos, miradas perdidas—. Había un adolescente sentado en una camilla en el interior de una ambulancia vomitando. Fuera de ella, un par de chicas se abrazaban y se secaban las lágrimas.

Pasó al lado de un autobús con matrícula de Edmonton que estaba detenido junto al bordillo. Alrededor de dos docenas de ancianos canadienses se agrupaban junto a su puerta murmurando indignados bajo la llovizna y levantaban la cabeza para intentar ver lo que pasaba a través de los árboles del parque Theodore Roosevelt. De manera instintiva, Heat miró en sentido contrario, detrás de ellos. Inspeccionó el lado este desde el hotel Excelsior, a lo largo de la manzana de lujosos edificios de apartamentos, hasta el Beresford, cuyas torres del tejado se desdibujaban siniestras entre las nubes bajas, dándole la apariencia de un castillo encantado que acechara entre la niebla con su altura de veintitrés plantas. Muchas de las ventanas de la calle se habían llenado de curiosos, algunos de ellos con sus *smartphones* en la mano para retransmitir en directo vía Twitter la carnicería desde sus apartamentos de tres millones de dólares. Ella sacó su propio móvil e hizo algunas fotos para, después, decidir adónde enviar a su brigada para entrevistar a testigos.

Muy por encima del manto gris, el vago estruendo de un reactor que se acercaba a uno de los aeropuertos hizo que se acordara de él. Seis días más y estaría de vuelta. Dios, aquellos meses le habían parecido una eternidad. Nikki alejó de su cabeza esa distracción y, de nuevo, ordenó a su nostalgia que fuera paciente.

En el camino de adoquines que llevaba a la entrada principal del museo lo vio con sus propios ojos y se detuvo en seco. Fascinada, Nikki estaba entre las personas evacuadas y miraba fijamente como todos los demás. Después maldijo entre dientes.

Parecía como si un meteoro se hubiese estrellado contra el tejado de la descomunal caja de cristal de seis plantas que albergaba el Planetario Hayden. Pero lo que había causado un agujero en lo alto del enorme cubo había provocado una

explosión de sangre en el círculo dentado del techo. En la pared interna, trazos de color rojo se extendían hacia el suelo, manchas traslúcidas de diez metros o más que bajaban por la cubierta de cristal. La detective Heat no necesitó meterse en el papel de novata. Aquello contaba como una primera vez.

—Ten cuidado por dónde pisas, detective —dijo la forense. Pero Heat ya se había detenido en el escalón de abajo, que llevaba al nivel inferior del enorme patio interior. La doctora Lauren Parry estaba arrodillada en el suelo vestida con su traje espacial marcando pruebas bajo el Alfa Centauri—. Hay restos de este cadáver por todas partes. Algunos siguen cayendo todavía. O mejor dicho, goteando.

Nikki inclinó la cabeza hacia atrás. Treinta metros por encima de ella, la llovizna y la luz gris sin filtrar atravesaban la perforación que una bala de cañón humana había provocado. El agujero formaba una diana irregular en la corteza vidriada que enmarcaban los bordes exteriores del tejado. Bajo los destrozos del impacto, más sangre —mezclada con trozos de tejido— goteaba no solamente desde la ventana, sino también sobre la mitad de la esfera gigante situada en el interior de la Sala del Universo. Júpiter también había recibido un impacto. La maqueta de un planeta, que se encontraba más cerca del conjunto suspendido en el aire por cables en el interior del cubo, tenía ahora vetas de color rojo que atravesaban sus paralelos.

Por todas partes había trozos de ropa rasgada colgando de las varillas de tensión de la estructura, a las que se habían enganchado al caer. Mientras ella miraba, un gargajo de vísceras goteó de uno de los jirones y se precipitó desde una altura de tres pisos hasta caer sobre el suelo de mármol blanco con un sonido tan fuerte como una palmada. Cuando cayó, el detective Feller gritó con un largo «¡Aaaah!», seguido de un coro de escandalosas carcajadas de los tres agentes que estaban con él junto a la tienda de regalos. Esta vez, Heat no le reprendió por su habitual falta de decoro. Si había un escenario del crimen que se prestara a emplear el humor negro para disipar la fuerte impresión, era este. Y puesto que no había por allí familiares, medios de comunicación ni espectadores que pudieran ofenderse, lo dejó pasar.

Heat se adentró con cuidado en la enorme sala; esquivó los trozos de cristal y siguió el camino que señalaban los indicadores amarillos numerados que había ido dejando la forense al atravesar ese mismo espacio.

—No parece alguien que haya saltado, ¿verdad? —comentó Nikki cuando llegó adonde estaba su amiga.

—En primer lugar, sabes muy bien que no me debes preguntar eso tan pronto. Y segundo, gracias por no contaminar mi escenario del crimen.

—Creo que sé por dónde puedo pisar, Lauren.

—Entonces, es que contigo he sido buena profesora. Al contrario que con tu detective Ochoa, que se las ha arreglado para resbalar con un trozo de tendón nada más llegar y se ha caído de culo. Cuando veas a Miguel, puedes informarle de que va



a ser mi futuro exnovio.

Nikki observó los edificios colindantes, todos ellos eran visibles a través del cristal.

—No veo ningún sitio lo suficientemente cerca como para una caída así.

—Vas a seguir insistiendo hasta que te responda, ¿verdad? —La doctora Parry se puso de pie y enderezó la espalda—. La semana pasada trabajé en el caso de un suicida del Bronx que se había arrojado al vacío, en Castle Hill. Las azoteas de esos edificios están más o menos a la misma altura que estos, ¿no? A mi víctima se le reventaron el cuello y el abdomen y asomaban enormes protuberancias de los órganos internos, pero, por lo demás, su cuerpo estaba intacto.

»De modo que no solamente no hay edificios lo bastante cerca como para llegar saltando hasta aquí, sino que por los alrededores no hay ninguna estructura lo suficientemente alta como para que una caída le provoque esto a un cuerpo. Unas heridas tan enormes son más propias de una caída desde un rascacielos de más de cien plantas.

—¿Se conoce su identidad?

—Nuestra mejor baza será el ADN. Si tenemos suerte, quizá encontremos extremidades o dientes. ¿Alguna otra pregunta antes de que vuelva al trabajo?

—Solo una: ¿conseguirás relajarte antes de esta noche? Porque no quiero sentarme contigo a ver *Las ventajas de ser un marginado* si vas a estar bufando todo el rato.

—¿*Las ventajas de ser un marginado*? Yo quería ver a Jeremy Renner haciendo de Bourne.

—Uno: solo hay un Jason Bourne. Y dos: me toca a mí elegir. Así que eso es lo que hay, señorita. —Nikki le dirigió ese tipo de mirada seria que nadie puede tomarse en serio.

Durante los dos meses en los que Rook había estado ausente por un encargo de su revista, Nikki y Lauren habían quedado para ver una película una noche cada semana, una agradable distracción para Heat, pero un débil sustituto comparado con tenerle a él a su lado. La doctora Parry mostró su conformidad con la película diciendo a la detective Heat que sacara su libreta.

—De momento no se ha podido identificar a la víctima porque no se han recuperado restos lo suficientemente grandes para ello. Hemos etiquetado un calzado, una zapatilla New Balance de hombre que ha aterrizado en el puente de la primera planta, así que estamos abiertos a la idea de que la víctima fuese un hombre, pero no podemos confirmarlo si no encontramos una correspondencia del ADN.

—Pero es una suposición fiable.

La forense se encogió de hombros.

—Si no, habrá que ponerse a cuatro patas en el suelo o subir a las plataformas a buscar en la estructura. Es lo único que tengo.

—Entonces, te interesará esto —dijo el detective Ochoa mientras seguía con

cuidado el sendero a través de los restos y las esquirlas de cristal esparcidos. Tras él, su compañero, el detective Raley, pisaba en los mismos lugares—. Lo he encontrado cerca de la ventanilla de venta de entradas para grupos. —La pareja, a los que apodaban cariñosamente los Roach, una mezcla de los dos apellidos, se giró para señalar el mostrador al otro lado de la sala—. Es un trozo del dedo de una mano.

—O puede que de un pie —puntualizó Raley.

Los tres detectives se colocaron detrás de Parry mientras ella se agachaba para examinar el espécimen con una lente de aumento.

—La punta de un dedo de la mano. Piel oscura.

Heat se arrodilló y acercó una mejilla al suelo para verlo mejor.

—Supongamos que es un hombre negro, si a esto le añadimos lo de la zapatilla de hombre. ¿Hay posibilidad de obtener una huella?

La médica forense dio la vuelta a la muestra cuidadosamente con el borde romo de sus pinzas. A Nikki le recordó al borde de una tortita.

—Es muy posible. Lo intentaremos.

—Bien hecho, Roach —dijo Heat al levantarse.

Lauren pellizcó a su novio.

—Incluso puede compensar tu caída de culo, detective torpe.

—Increíble. Me refiero a que hayamos podido encontrar un trozo entero como este —dijo su compañero mientras Ochoa le hacía una mueca.

—No es tan raro. —La doctora Parry colocó un cono para señalar dónde había aparecido la prueba y después metió la punta del dedo en una bolsa—. Cuando el cuerpo sufre un traumatismo como este, primero arranca las articulaciones al explotar.

—Esto proporciona al planetario una nueva prueba documental para la teoría del Big Bang —dijo una voz familiar detrás de ellos.

Automáticamente, Heat puso los ojos en blanco y pensó: «Rook siempre diciendo ton...». Se dio la vuelta y ahí estaba, a tres metros de distancia con su característica sonrisa de sabelotodo. Nikki trató de recomponerse, pero lo único que consiguió fue soltar un jadeo:

—¿Rook?

—Oye, si es mal momento... —Abrió los brazos señalando toda aquella carnicería—. Lo que menos necesitas es que alguien más se deje caer por aquí.

Ella se abalanzó sobre él deseando olvidar quién era y dónde estaba, solo quería lanzarse entre sus brazos y besarle. En lugar de eso, la jefa de la brigada de homicidios adoptó una actitud profesional.

—Se suponía que no volverías hasta...

—... La semana que viene. Lo sé. ¡Sorpresa!

—Eso es quedarse corto.

Le cogió las manos entre las suyas y se las apretó; de pronto, con gesto de fastidio, se quitó los guantes de nitrilo y volvió a cogérselas, sintiendo esta vez el

calor de las manos. Enseguida la invadió una descarga familiar. El mismo magnetismo intenso que había acercado a Heat hacia Rook tres años atrás, la primera vez que él había aparecido en su vida. Nikki pensaba a menudo que su relación había estado a punto de no existir. ¿Que le habían endilgado a un maldito periodista para que la acompañara en una investigación? «No, gracias».

Pero enseguida Heat pasó de intentar que se lo adjudicaran a otro compañero, porque sus fastidiosos comentarios la molestaban, a desear tanto su compañía que le dejó quedarse. Con el tiempo, no solo se convirtieron en una pareja que intercambiaba noches en el apartamento de uno y del otro, sino que Jameson Rook pasó a ser un valioso colaborador en los casos más difíciles de Nikki, en particular resolviendo el homicidio de una famosa columnista de cotilleos, desenmascarando a un asesino entre los más altos cargos del Departamento de Policía de Nueva York, ayudándole a cazar a los asesinos de su madre e, incluso, a salvar a la ciudad de un atentado de bioterrorismo. Por supuesto que habían tenido altibajos en su romance, incluidos unos cuantos intentos de separación, pero no duraron mucho. La atracción, el magnetismo, la idoneidad de su unión siempre prevalecían. Y, por supuesto, estaba el sexo. Sí, el sexo.

Nikki se quedó mirándolo. En dos meses parecía más delgado, más bronceado y más en forma. Y había otra diferencia más.

—¿Así que barba?

—¿Te gusta? —preguntó posando.

Ella dio un paso atrás y lo miró con una amplia sonrisa.

—No. Claro que no.

—Te acostumbrarás.

—No me acostumbraré. Pareces..., pareces el muñeco de acción de Jameson Rook.

Él retiró una mano y se tocó el mentón en actitud pensativa.

—¿Quién te ha dicho que estaba aquí? —preguntó ella.

—Lo siento, una fuente que no puedo revelar y tengo derecho a proteger en virtud de la Primera Enmienda. Vale, ha sido Raley. —El detective la saludó avergonzado con una mano. Cuando Nikki volvió a mirar a Rook, este se acercó a ella lo suficiente como para inhalar su olor y susurró—: Había pensado secuestrarte para comer pronto. Por ejemplo, ¿en algún sitio con servicio de habitaciones?

Lo que Heat deseaba hacer era exactamente eso. Pero pasando del servicio de habitaciones, simplemente cruzar corriendo la calle, entrar en el Excelsior y dejar un rastro de ropa desde el cartel de «No molestar» hasta la cama. Pero respondió otra cosa:

—Una idea estupenda. Si no fuera porque estoy algo ocupada investigando una muerte misteriosa y todo eso.

—Si el trabajo es tu prioridad...

—Dijo el hombre que me dejó hace ocho semanas para escribir un artículo de una

revista.

—Dos artículos. O, como mi editor prefiere llamarlos, investigaciones en profundidad. Y han sido siete semanas. He vuelto antes, ¿no lo ves? —Extendió los brazos y dio una vuelta sobre sí mismo, lo que provocó que ella se riera.

Condenado Rook, siempre conseguía hacerla reír. La otra cosa que siempre hacía era comprender que la dedicación se traducían en gratificaciones aplazadas. Así que, sin queja alguna, subió su bolsa de viaje al mostrador del guardarropa, que estaba desatendido pero lleno de mochilas y gabardinas que se habían dejado durante la apresurada evacuación.

Como la lluvia de la mañana había amainado, Heat decidió reunir a su brigada en la calle y dejar el interior para el equipo forense, que parecía muy poco a gusto con todo aquel personal extra contaminando el escenario del crimen. Nikki y los detectives Raley, Ochoa, Feller y Rhymer formaron un círculo irregular en la plaza que había en la entrada entre las puertas giratorias y la rotonda. Rook se sentó en un banco de piedra a un lado sin hacer ningún intento por reprimir sus bostezos por el cambio de horario. Por encima de la ladera de césped, los turistas se amontonaban en la acera detrás de la valla de hierro forjado. Como era de esperar, las furgonetas de los programas de noticias ya habían llegado. Sus antenas elevadas formaban bosques móviles a ambos lados de la calle Ochenta y Uno.

—No sé por qué nos han echado aquí fuera —se quejó Feller—. ¿No les hemos encontrado nosotros ese dedo?

—¿Nosotros? —respondieron los Roach casi al unísono.

—Toma, aquí tienes otro dedo para ti también —añadió después Ochoa.

—Qué honor, Miguel —respondió Feller—. Por fin te lo sacas de la nariz.

Eso provocó una ristra de carcajadas que Heat tuvo que acallar:

—Caballeros, ¿tengo que recordarles que estamos de cara al público en el escenario de una muerte? Más os vale que no salgamos riéndonos en la portada del *Ledger* esta tarde.

Observó la calle y, por supuesto, su vista se detuvo en un hombre que les hacía fotos con un teleobjetivo. Pero cuando Nikki volvía a girarse hacia su grupo, se dio cuenta de que, aunque aquel tipo le parecía familiar, no le había visto ninguna credencial ni lo reconocía como uno de los fotógrafos habituales de la prensa. ¿Dónde lo había visto antes? Volvió a mirar y vio la espalda de su chaqueta siendo engullida por la multitud, así que se desentendió con un encogimiento de hombros. Aquello era Nueva York. Las aceras estaban llenas de caras misteriosas.

—Recordad todos —empezó a decir—: mantened la mente abierta. Puede que resulte que esto ha sido un accidente, no un homicidio. En cualquier caso, vamos a enfrentarnos a este caso de un modo un poco distinto.

—O sea, que no vamos a buscar merodeadores ni sospechosos que huyen de la

zona —dijo el detective Feller. Al igual que sus compañeros, había dejado las risas y se había concentrado en el trabajo.

—Exacto. Vamos a centrar nuestros esfuerzos en determinar qué ha pasado. Empezaremos con dos prioridades: la identidad de la víctima y cómo murió.

Rook levantó una mano.

—Yo me decanto por un *plof*.

Dios, cómo le fastidiaba a Nikki tenerlo de vuelta, tanto como le encantaba. Él observó sus reacciones y, en vez de dejar de molestar, se acercó al círculo e insistió:

—Quizá sea falta de tacto, pero, venga ya, ese tío estaba prácticamente como un bicho en un parabrisas. Salvo que este bicho, en realidad, ha atravesado el parabrisas, así que debía ir a... ¿cuánto? ¿Ochocientos kilómetros por hora?

—Ni hablar —contestó Ochoa.

—Para ser un agente de la ley, parece que dudas enseguida de las leyes de la gravedad, detective. —Se dirigió a Nikki—: ¿Con qué altura ha dicho la doctora Parry que concordaban esas heridas?

A Heat le mosqueaba que le hubiesen quitado el control de la reunión, pero respondió:

—Más de cien plantas.

—Por tanto, estamos hablando de una altura de, al menos, trescientos metros. Me sorprendería que no alcanzara la velocidad Mach 1.

—Difícil, Rook. Un objeto cae a unos nueve metros y medio por segundo al cuadrado hasta que alcanza la velocidad límite. —Ochoa consiguió que varias cabezas se giraran hacia él al decirlo—. ¿Qué? Pertencí al cuerpo de paracaidistas. Creedme, antes de saltar por una puerta de carga te haces íntimo del viejo Isaac Newton.

Rook no pudo dejarlo pasar:

—No dudo de tu valentía, pero ¿no estamos hilando demasiado fino?

—El Mach 1 es la velocidad del sonido, que es mil doscientos treinta y cuatro kilómetros por hora. La velocidad límite para el ser humano medio en caída libre es de ciento noventa y tres kilómetros por hora y se tarda aproximadamente doce segundos en alcanzarla —explicó el detective después de sonreír.

—«Aproximadamente». Ya entiendo —dijo Rook después de una pausa para asimilar su derrota en cálculo.

—La variable es el coeficiente de arrastre. Es la resistencia que provocan aspectos como la ropa, la posición del cuerpo...

—El vello facial, como la barba de G. I. Joe —añadió el detective Rhymer.

—Muy bien —les interrumpió Heat—. Ya sé lo mucho que os gusta medir y todo eso, pero ¿podemos sin más concretar que nuestra víctima cayó desde una altura que indica que fue desde un avión y dejarlo ahí? —Todos asintieron. Seguidamente, cuando Rook abrió la boca, continuó—: Pasemos a otra cosa. —Él cerró la boca y le dedicó un saludo sonriente llevándose el dedo índice a la frente.

Nikki encargó a Rhymer que consultara la base de datos de Personas Desaparecidas para identificar al desconocido.

—Por supuesto, empieza con la ciudad de Nueva York y la zona de los tres estados —dijo—. Pero como es probable que este pobre hombre cayera desde un avión, consulta también en el FBI y el Departamento de Seguridad Nacional. Además, haz un barrido de los presidiarios huidos y las búsquedas que actualmente está realizando la policía de Nueva York, del condado, del estado y de todo el país.

A Randall Feller le encargó que sondeara el barrio empezando por los turistas que estaban retenidos entre los caballetes de la calle Ochenta y Uno.

—Pero ¿qué es lo que busco? —preguntó él—. Es decir, como no tenemos ninguna pista del asesino...

—Esta es una de esas ocasiones en las que no sabremos lo que buscamos hasta que lo encontremos —contestó ella—. Es una lotería. Lo único que necesitamos para saber algo es a una persona que viera la caída.

—O que haya oído algo —añadió Raley.

Heat asintió.

—Sean tiene razón. Un avión en peligro, un grito, un disparo..., lo que sea. Y llévate un pelotón de agentes para que llamen puerta por puerta en esos apartamentos. —Señaló el bloque de piedra clara que albergaba a los más afortunados del Upper West Side y le envió desde su iPhone las fotos de los mirones en las ventanas. A continuación, se dirigió al detective Raley—: Adivina.

—A ver, cámaras de vídeo.

—Premio.

Rales llevaba la corona de rey de las cámaras de vigilancia de la brigada. Con el paso de los años, había destacado en pasarse horas y horas examinando grabaciones soñolientas de circuitos cerrados de televisión de todo tipo, desde cámaras de tráfico de un barrio hasta las de bancos y joyerías, y había conseguido grandes resultados en muchos casos. Ahora Nikki le encomendaba la tarea de buscar en los montones de imágenes del circuito cerrado de televisión del planetario y de las tiendas y residencias de alrededor.

—Hay algo más —dijo ella—. Lo que buscas sucede en un intervalo de tiempo muy determinado.

»Detective Ochoa, te voy a separar de tu compañero para que te ocupes de los cielos. —Él abrió su libreta y tomó nota a medida que ella le ordenaba que se pusiera en contacto con la Administración Federal de Aviación y con Control de Tráfico Aéreo por si habían recibido alguna llamada de socorro, llamadas de emergencia o habían registrado alguna actividad inusual en el espacio aéreo de la zona—. Pide una lista de todos los aviones, comerciales o no, que hayan pasado cerca de aquí a eso de las diez de la mañana y pregunta por cualquier cosa fuera de lo normal, irregular o que haya llamado la atención de otros pilotos.

—Si han visto algo por ahí arriba o han oído algo raro por radio. Entendido.

—Y no te olvides de los helicópteros. No solo los de la policía, también los de televisión, radio, turistas y transporte regional. —Heat alzó la vista. El cielo estaba clareando, pero aún seguía gris—. No sé cuántos habrán subido en uno de esos, pero, de haberlo hecho, puede que alguien haya visto algo.

Rook levantó una mano, pero no esperó a que le dieran la palabra.

—Polizones. De vez en cuando se oye hablar de tíos que se montan en el tren de aterrizaje de un avión. El piloto lo abre y..., bueno, ya os podéis hacer una idea.

—No vendría mal comprobarlo, Miguel.

—Ah, y los paracaidistas de caída libre. Apúntalo. —A Ochoa le molestó que Rook golpeará con el dedo su cuaderno.

—No ha aparecido ningún casco ni paracaídas —dijo Heat.

—Puede que el avión se inclinara y él se cayera. O que saltara. —Al notar sus miradas, añadió—: ¿Alguien ha visto *Le llaman Bodhi*? Esa es la que Keanu Reeves salta de un avión para ir detrás de Patrick Swayze, que había saltado con el último paracaídas. ¿Nadie?

Ochoa hizo un chasquido con su bolígrafo y le guiñó un ojo a Raley.

—¿Paracaidista lleva acento?

Heat supo que había llegado el momento de mandar a Rook a casa cuando preguntó a su grupo si tenían alguna otra teoría sobre la víctima y él no dijo nada. Ninguna especulación sobre una desafortunada aplicación de la catapulta para lanzar vacas de los Monty Python. Ninguna conjetura sobre un acróbata aéreo borracho cayéndose de un biplano. Nada de nada. De hecho, había vuelto sin que se dieran cuenta a su sitio en el banco de piedra y se había sentado con la mirada perdida en el vacío.

—Quizá deberías echarte una siesta —le dijo ella cuando los demás se habían dispersado.

Las treinta y seis horas transcurridas desde el África Central hasta París, luego al JFK y, después, a ese banco al final le estaban pasando factura. Él asintió impasible y ella vio cómo se alejaba lentamente con su bolso de viaje después de haberle dado un abrazo tembloroso y prometerle que se pondría en contacto con ella después de echar una cabezadita. Aquel cabrón sabía que ella le estaba mirando, pues al llegar al final del camino de entrada se levantó el faldón de la chaqueta y meneó el culo.

—Bienvenido a casa —dijo ella en voz baja.

Cuando Heat volvió dentro, la doctora Parry levantó los ojos por encima de un desagradable contenedor de restos humanos y le dijo que estaría ocupada varias horas y que la película de por la noche quedaba totalmente suspendida.

—Aunque ya me suponía que sería así ahora que el chico guapo ha vuelto. Adelante, guarrilla veleidosa, diviértete.

—Lo haré. Creo que voy a llevarle a ver la nueva película de Bourne. —Nikki se dio la vuelta y se alejó para no mostrarle su sonrisa.

Cuando los detectives empezaron a llegar a la comisaría para presentar sus informes tras terminar el turno, Heat se sorprendió al ver que Rook llegaba con ellos.

—Una siesta corta —le dijo ella cuando él se sentó sobre su mesa.

—La siesta te deja hecho polvo. ¿Quieres saber cómo limpia el carburador un viajero experimentado? Se pone a correr en la cinta. Cinco kilómetros y una ducha caliente te dejan como nuevo durante... otros veinte minutos. —Eché un vistazo a la sala—. ¿Por qué está vacía esa mesa?

—Eh..., hemos perdido esta semana a uno de nuestros detectives. —Antes de que él pudiera continuar, ella se anticipó—: Es un tema un poco delicado y ahora hay público, ¿vale?

—Entonces, no hablaremos de ello aquí —aceptó, pero continuó—: Deja que adivine. ¿Huelo la mano de un tal capitán Wally Irons? —Ella le respondió con una mirada cortante y él levantó las manos—. Creo que será mejor no hablar de esto aquí, si te parece bien.

El detective Ochoa se acercó pasando las páginas de su cuaderno hasta llegar a la cubierta.

—No he encontrado nada en la Administración Federal de Aviación ni en Control de Tráfico Aéreo. Ningún vuelo comercial sobre esta parte de Manhattan a esa hora. Uno salió del aeropuerto de LaGuardia y sobrevoló el Bronx diez minutos antes y dos llegaron al JFK: el primero cinco minutos después, sobrevolando el Hudson; el segundo atravesó la zona oeste a eso de las diez y media. —Nikki recordó el sonido de aquel avión cuando iba hacia allá y después preguntó sobre los demás tipos de vuelos—. Nada. Tampoco señales de alerta ni llamadas de emergencia. Y sí, Rook, he preguntado si ha habido polizones. No se ha denunciado ninguno. Además me han dicho que, según el procedimiento, no se saca el tren de aterrizaje desde tan lejos.

Según Rhymer, no habían obtenido ningún resultado en Personas Desaparecidas.

—Sigo esperando a que me devuelvan la llamada varias agencias de seguridad para informarme sobre fugitivos y prófugos.

Consciente de su carácter educado y sureño, por el que a Rhymer le habían puesto el apodo de Opie, Heat le dijo que insistiera todo lo posible con esas agencias. También le sugirió que ampliara la búsqueda de personas desaparecidas e incluyera a las de la semana anterior. Nunca se sabe.

—Por supuesto. Y revisaré los informes de la policía metropolitana a lo largo de la tarde, por si alguien llega a casa esta noche y se lleva la sorpresa de encontrarla vacía. —Al decir aquello su tono parecía el de un sobrado. Opie en la gran ciudad.

Rook se puso de pie.

—Un ala delta.

Ochoa negó con la cabeza.

—¿Desde dónde? ¿Desde el Empire State?

—Tienes razón. Tendría que haberla subido hasta allí sin que la vieran. —Pero Rook insistió—: ¿Y ese gran rascacielos que están construyendo en la Cincuenta y



Siete Oeste?

—¿Y qué habría pasado después con el ala delta? —preguntó Heat—. Rook, deberías haberte echado la siesta.

A Rhymer se le iluminaron los ojos.

—Podría haber sido un traje aéreo.

—Madre de Dios, esto es contagioso. —Ochoa se quedó mirando al techo mientras negaba con la cabeza.

Rook pasó un brazo por el hombro de Opie.

—¿Sabes una cosa? Las salas de esta comisaría se van a llenar de risas cuando nuestras reflexiones nos lleven a la solución de este caso.

Los detectives Feller y Raley llegaron juntos con una expresión de impaciencia en sus rostros.

—Os va a gustar ver esto —dijo el rey de las cámaras de vigilancia.

Apenas cabían los seis en el pequeño almacén que Raley había convertido en su dominio digital y que básicamente estaba formado por dos tablas apoyadas sobre unos muebles archivadores, un surtido de aparatos tecnológicos anticuados y una corona de cartón del Burger King que le había regalado unos años antes una agradecida jefa de la brigada de homicidios.

—Mientras sondeaba en busca de testigos oculares, un anciano canadiense empezó a ponerse muy nervioso junto al autobús de turistas, así que fui a preguntarle —contó el detective Feller—. Él y su mujer (por cierto, que yo creo que ella es un fichaje reciente, no sé si me entendéis), en fin, los dos estaban posando para un vídeo que les estaba grabando el conductor del autobús delante del planetario.

—Tiene sentido —dijo Rook—. ¿Qué es un viaje a Nueva York sin unas imágenes de Ur-ano?

Feller no pudo resistirse a seguir la broma y puso voz de turista:

—Dios mío, Harry, no me puedo creer que ese sea el tamaño de Urano.

—¿Quieres ver algo grande de verdad? —continuó Rook—. Fíjate en este cohete espacial.

Heat los miró.

—Chicos. —Después reprendió a Rook—: Sin duda, la próxima vez una siesta.

Raley retomó el hilo:

—La pareja de turistas se ofreció a dejarme el vídeo para que hiciéramos una copia digital. Esta parte va a cámara lenta. ¿Listos? —Rales no se molestó en esperar una respuesta. Todos se acercaron un poco más al monitor cuando puso en marcha la grabación.

La pantalla mostraba a un hombre mayor de pecho fuerte y amplio con el pelo canoso peinado con un cuidado tupé y abrazado a una mujer rolliza de unos cincuenta años que lucía con orgullo sus joyas y que apoyaba la cabeza en el amor de su vida.

Las dos sonrisas parecían congeladas, pero eso se debía a la velocidad del vídeo, lo que quedaba patente cuando pestañeaban a cámara lenta.

—Ahora viene —anunció Raley.

Unos segundos después, una silueta oscura con forma de bala caía del cielo en un ángulo inclinado y chocaba contra el techo del cubo. En las imágenes, nadie se daba cuenta ni reaccionaba, pero sí en la sala de vídeo, que reverberó con gemidos, gritos ahogados y un largo «Joooder» de Ochoa.

—¿Puedes ampliar la imagen? —preguntó Heat.

—Ya lo he hecho, pero cuanto más la amplías más se pixela, por lo que no es nada nítido. Sin embargo hay una cosa interesante. ¿Preparada?

Su versión ampliada no incluía a la pareja, salvo la parte superior del tupé canoso. Raley disminuyó, además, la velocidad del vídeo un poco más, de modo que cuando el cuerpo apareció su movimiento era un poco entrecortado. Un segundo antes del impacto, congeló la imagen.

—Tío, va de cabeza —apuntó Rhymer.

—Y mirad esto. —Raley utilizó un lápiz para señalar las manos de la víctima—. Escondidas detrás de la espalda.

—¿Quién no extendería las manos? —preguntó Rook.

—Quizá estuviese inconsciente —intervino el detective Feller.

Ochoa negó con la cabeza.

—Si estás inconsciente, los brazos se te mueven. —Hizo una pose para demostrarlo.

Todos ellos observaron la imagen. Unos segundos después, Raley la puso en marcha para ver el golpe. Esta vez fue recibido con un silencio, interrumpido por Rook:

—Supongo que es a esto a lo que se refieren los niños cuando hablan de reventar una foto.

Resultó que la fantasía de Nikki Heat de dejar un rastro de ropa desde la puerta hasta la cama no se alejaba de la realidad. Las dos diferencias principales estaban en que fue en el *loft* de Rook, no en el hotel Excelsior, y que no llegaron hasta la cama. Al menos no la primera vez.

La separación había provocado el deseo y se lanzaron ansiosamente el uno sobre el otro con frenesí. El tiempo que habían estado separados hacía que aquel encuentro pareciera algo nuevo. Incluso los lugares y la forma de actuar habituales acarrearán una sensación de novedad y excitación salvaje. Y de abandono. Puro abandono. Después, con la cabeza apoyada en el hombro de él, Nikki pensó que nunca había estado con un hombre que pudiera conseguir que se olvidara absolutamente de todo y que se perdiera en el instante que estaban viviendo. Por supuesto, él también podía romper ese hechizo.

—El sexo del reencuentro —dijo—. No hay nada igual.

—¿Sexo en un hotel? ¿Sexo en el tejado? ¿Y qué me dices de aquella ocasión en el asiento de atrás del coche patrulla?

—Ah, es verdad. ¿Sabes? Me da mucha pena saber que el Departamento de Policía de Nueva York va a retirar de su flota al noble Crown Victoria. Una cosa es el ahorro de combustible y otra un asiento espacioso y, si me permites decirlo, firme.

—Hablando de firmeza, ¿cuánto peso has perdido?

—Los viajes por la jungla son muy adelgazantes.

—¿Y qué es esto de aquí? —Nikki pasó los dedos por la vieja marca que una bala le había dejado por salvarle a ella la vida y recorrió con ellos una cicatriz escarpada. Bajó por su pecho para examinarla. A pesar de la luz tenue pudo distinguir el relieve de unos puntos toscos que habían cicatrizado recientemente.

—Luego —respondió él llevando la cara de ella a la suya—. Vamos a disfrutar de esto.

—Vaya, un hombre misterioso.

—¿Sí?

Heat se contoneó encima de él.

—Sí.

Volvieron a juntar sus bocas. Pero esta vez con ternura. Los dos se miraban a los ojos mientras ella le acariciaba y lo recibía en su interior y después, con una sincronía silenciosa, hablaron con sus miradas más desnudas y desinhibidas, moviéndose ambos despacio, buscando y sintiendo las profundidades del otro.

Rook llamó para pedir que les trajeran la cena del Landmarc y, a continuación, se metió en la ducha con ella.

—¿Y exactamente a qué muñeco de acción te recuerdo? —preguntó él mientras le enjabonaba la espalda—. ¿A G. I. Joe?

—Fue solamente una ocurrencia. Déjalo.

—Entonces, puede que a algún otro miembro del comando. ¿Storm Shadow? ¿Ojos de Serpiente?

—Rook, ¿cómo sabes todas esas cosas? Me asustas.

—Una vez escribí para un catálogo de juguetes de Hasbro. Todos tenemos un pasado. —Y después insistió—: ¿Shipwreck? ¿Snow Job? Ya sé. Firefly. Siento una especie de conexión con él. No sé explicar por qué.

Nikki se dio la vuelta y colocó las manos sobre el rostro de él.

—Este no es mi deporte favorito, ¿sabes?

—No te subestimes. Yo te he visto muy en forma. —Pero al ver su expresión se puso serio—. Sé que la separación es una mierda.

—No quiero ser una quejica, Rook. Pero dos meses...

Aquello había empezado como una simple excursión de seis días a Suiza para hacer un rápido y obscuro artículo glamuroso sobre el Festival Internacional de Cine de Locarno. Pero cuando su editor del *First Press* le tentó con un artículo de

investigación para la portada sobre traficantes de diamantes en Ruanda que financiaban grupos terroristas internacionales, Rook olió su tercer Pulitzer y fue a toda velocidad con su Peugeot alquilado por la E35 hasta Milán, pasó por los grandes almacenes de La Rinascente para comprar ropa tropical y se subió al siguiente vuelo hacia Kigali, vía Entebbe.

—Por eso dije que no cuando me pidieron que fuera a Birmania la semana que viene a escribir sobre la situación de los derechos humanos.

—Espero que no hayas renunciado por mí. Haz lo que tengas que hacer. Es decir, ya sabes que yo me siento muy orgullosa de mi independencia.

—Lo sé de sobra.

—Por eso es por lo que funcionamos. Los dos apreciamos nuestra independencia, ¿no? —Entonces vio algo raro en el rostro de él, lo suficiente para quedarse mirándole y preguntarle—: ¿Qué?

Pero Rook no respondió. Se limitó a mirarla con una sonrisa cómplice y la atrajo hacia sí.

—Anda, creo que se ha unido a nosotros un nuevo muñeco de acción —susurró Nikki un momento después, mientras se abrazaban piel con piel bajo el vapor de la ducha.

A la mañana siguiente, Heat se estaba preparando una taza del café rancio de Rook y, mientras el agua se colaba por el cono de la Melitta, vio que en *Good Morning America* anunciaban que una borrasca tropical que había partido de la costa de Nicaragua se había convertido ya en una tormenta tropical con el nombre de Sandy. Sonó su teléfono móvil y Nikki fue corriendo por el pasillo hasta el dormitorio deseando con todas sus fuerzas que el sonido no despertara a Rook. Pero este dormitaba inconsciente cuando ella lo cogió y pasó el dedo por la pantalla. Heat habló en voz baja mientras cerraba la puerta al salir.

—Hola, doctora.

—Parece que estás sin aliento —dijo Lauren Parry—. Por favor, dime que he interrumpido una travesura.

—Me ha atado a las patas de la cama con unas viejas cintas de máquina de escribir. He tenido suerte de poder coger el teléfono. ¿Sigues en el planetario?

—Dios, no. Pero sí que he pasado la noche en vela aquí, en el centro de medicina forense, con mi botín. —A Heat le fascinaba ver cómo los profesionales siempre encontraban un vocabulario especial para referirse a asuntos macabros—. He enviado muestras válidas de ADN a la calle Veintiséis, pero no te llamo por eso. También he encontrado un trozo importante de restos humanos. Estoy segura de que es un trozo de brazo cercano al hombro izquierdo. Nikki, tiene un tatuaje. Abre tu correo electrónico, te he enviado un archivo en JPEG.

Nikki le dio las gracias y colgó. Miró con una mueca su café torrefacto francés y

vio cómo en la pantalla del portátil aparecía el archivo adjunto de la forense. La foto de Lauren era un reflejo de la experiencia y el cuidado que su amiga prestaba a los detalles: enfocaba los poros y estaba iluminada para que se viera con claridad pero sin que el *flash* se reflejara. La piel oscura, desgarrada por los bordes, tenía tatuadas unas palabras escritas con letras floridas: *L'union fait la force*.

«La unión hace la fuerza», pensó Heat. A continuación, deseosa de hacer uso de su dominio del francés, pronunció aquellas palabras en voz alta:

—*L'union fait la force*.

—Eso aparece en el escudo de Haití. —Sorprendida, se giró y vio a Rook—. Mi francés no es para nada tan bueno como el tuyo, pero pasé allí un tiempo tras el terremoto para escribir un artículo sobre la misión de Sean Penn.

—Puedes caminar —dijo ella y se puso de pie para darle un beso de buenos días. En su confusión por el cambio de horario la noche anterior, él había mostrado ánimo como para tratar de deshacer las maletas, pero básicamente se limitó a ir de un sitio a otro como un idiota, consiguiendo resultados absurdos—. ¿Recuerdas que te pillé metiendo la ropa interior sucia en el cajón de la cómoda en lugar de en el cesto? Te pusiste a discutir conmigo hasta llegar a la cama.

—Eso es que debía de estar en la inopia.

Nikki le ofreció su café. Sorprendentemente, él se lo bebió sin ninguna reacción mientras ella le explicaba el origen de aquel tatuaje.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad? —dijo Rook cuando ella terminó.

—Por supuesto. Que existe una posibilidad de que pueda identificarle a través de la base de datos de tatuajes del departamento.

—Vale, sí. Eso y... —Dejó la taza y se animó más—. Vamos, Nikki. Este tipo podría ser un alienígena. ¿Sabes lo fácil que sería para mí llevar esto a la revista? Un alienígena cae del cielo y choca contra el planetario. La mejor muerte que haya habido nunca.

El Centro de Información de Delitos en Tiempo Real de la policía de Nueva York tenía un catálogo informatizado de tatuajes que resultaba increíblemente útil para identificar tanto a sospechosos como a víctimas. Al principio, se centraron en tatuajes de bandas de delincuentes y de personas encarceladas, pero, a medida que el arte corporal iba ganando popularidad entre el público general, los detectives empezaron a fotografiar tatuajes de todo tipo de personas para incluirlos en los discos duros de una planta superior del cuartel general de la policía. Si este hombre sin identificar que había caído del cielo había sido arrestado recientemente, aunque fuese por un delito menor, la probabilidad de que su tatuaje diera como resultado un nombre y su última dirección conocida era muy alta. De modo que, mientras Rook iba a vestirse, Heat envió copias de la imagen por correo electrónico al Centro de Información de Delitos en Tiempo Real, así como al detective Rhymer para que este pudiera enviárselo al

FBI, al Departamento de Seguridad Nacional y al Servicio de Inmigración y Aduanas.

Cuando Nikki fue a tirar los restos pastosos de su café, soltó una carcajada al encontrar otra confusión con la ropa sucia. Sobre el cubo de basura de la cocina estaban un par de calcetines y la apreciada gorra de béisbol de Rook del Salón del cómic, claro resultado de su estado de chifladura al deshacer las maletas. Mientras los rescataba, sus ojos se fijaron en algo: una bolsa que había debajo. Era pequeña, de papel de buena calidad con asas de cuerda trenzada de una joyería de París. Nikki vaciló y después, tras decidir que no era asunto suyo, apartó el pie del pedal. La tapa cayó y se dispuso a ir hacia el dormitorio con la gorra y los calcetines.

Unos segundos después, los dedos de su pie volvieron a pisar el pedal. Se preguntó —o quizá dedujo— si habría algo dentro que él hubiese tirado sin querer. Digamos, unos gemelos. O una pluma cara. Colocó la gorra de recuerdo y los calcetines sobre la encimera y sacó la bolsa, que estaba doblada. Pasó los dedos por la lustrosa superficie y no notó nada. Tras una pequeña vacilación, la abrió y miró en su interior, donde encontró un recibo por valor de muchos miles de euros.

—Nik, no habrás visto mi gorra del Salón del cómic por ahí, ¿verdad? —gritó él mientras volvía del dormitorio. Ella guardó el recibo en la bolsa y volvió a tirarla a la basura. Pero no sin antes ver qué había comprado.

*Bague de fiançailles.* Esta vez no se atrevió a leer en voz alta aquellas palabras. Pero, sintiendo un repentino rubor en su rostro, escuchó su propia traducción resonar en su mente: «Anillo de compromiso».

Mientras bajaban en el ascensor, Rook se quedó mirando a Nikki y le preguntó si estaba bien. Ella asintió respondiéndole con la sonrisa más impertérrita que fue capaz de adoptar. Pero, por supuesto, sabía por qué él se lo había preguntado. Los pocos minutos que tardaron en salir del *loft* habían pasado para ella como un lentísimo paseo por la sala de los espejos de Coney Island, solo que bajo el agua. En su mente se arremolinaba un ciclón de emociones. Culpabilidad por haber husmeado. Euforia por el significado de aquel recibo. También miedo. Sí, miedo. Y más culpabilidad por sentir aquello. Y avivando el centro helado de aquel remolino, un atolondramiento que la dejaba sin aliento y hacía que le temblaran las piernas. Porque no sabía decidir cómo debía sentirse.

La luz del sol le atravesó los ojos cuando salieron del edificio de Rook a la acera y él aspiró el aire de Tribeca mientras decía:

—Dios, cómo he echado de menos esta ciudad.

—Metro, no taxi —fue lo único que se le ocurrió decir a Nikki, pues prefería un tren atestado antes que la intimidad del asiento trasero de un taxi y la conversación que un sitio como ese amenazaba propiciar.

Mientras se acercaban a Reade Street, Heat pasó de pronto a otro estado emocional cuando reconoció a aquel tipo. El hombre desconcertante con el

teleobjetivo del Hayden estaba en la puerta del pequeño jardín de Bogardus Plaza. Solo que esta vez no tenía una cámara en las manos. Había vuelto a mendigar.

—No te pares —le dijo a Rook. Y cuando este la miró frunciendo el ceño con curiosidad, ella se lo repitió, sin levantar la voz pero con firmeza. Por una vez, él hizo lo que le ordenaban y, cuando llegaron a la esquina y miró hacia atrás, Nikki había desaparecido.

Tumbada allí boca arriba, en la zanja que había bajo la ventanilla de venta al público del camión de Tribeca Taco, lo único que Heat podía ver al otro lado de Reade Street eran las botas del hombre mientras se acercaba para ver adónde demonios había ido. A ella aquellas botas Lugz le parecían demasiado nuevas para un indigente. Una mano le tocó el hombro. Nikki giró a cabeza y vio a un hombre que estaba comiendo en la acera con una gorra de los Rangers con las pegatinas de autenticidad aún en la visera.

—Eh, ¿está usted bien, señora? —preguntó mientras masticaba su burrito de nopales. A continuación, le quitó las Ray-Ban de la cara y salió corriendo. Y luego dicen que los neoyorquinos no se preocupan del prójimo. Pero, en lugar de ir detrás de él, rodó por debajo del chasis del camión hacia la calle.

Heat esperó hasta que vio cómo su perseguidor desaparecía por la parte trasera del vehículo y después se puso de pie con la mano apoyada en la funda de su pistola. Se movió rápidamente, sirviéndose del rugido de un autobús escolar que pasaba para ahogar el sonido de sus pasos. Aquel tipo no podría saber cómo la había perdido. Nikki no necesitaba ver su rostro para saberlo. Mientras ella se acercaba sigilosamente por detrás, él se asomó por la esquina del camión de tacos, volvió la cabeza a la derecha para vigilar el otro extremo de la acera y, a continuación, estiró el cuello para examinar las mesas de café de la plaza, al otro lado del Bogardus Garden.

—No se preocupe, estoy aquí —dijo ella lo suficientemente cerca de él como para que pudiera sentir su aliento en el cuello. Y después, en un tono más duro—: Eh, no se dé la vuelta. Deje caer la taza. —Nikki apartó la palma de su mano de la empuñadura de la Sig Sauer y le empujó el pecho contra la puerta de acero inoxidable acolchado del camión de comida mientras le ponía las esposas.

—Un poco severa para tratarse de mendicidad en público, ¿no crees, detective? —dijo Rook al llegar. Pero entonces vio la Smith & Wesson de calibre 40 que ella estaba sacando del cinturón del mendigo—. Ajá. Señor, a menos que eso dispare agua, va a tener que dar algunas explicaciones.

El hombre no hizo caso a Rook. Tampoco Heat, por cierto. Se limitó a levantar los ojos al cielo mientras agitaba la cabeza como si estuviese enfadado consigo mismo. Se enfureció aún más cuando ella le cogió la cartera y la abrió. Entonces, fue Heat la que empezó a negar con la cabeza.

—Te estás quedando conmigo.

—Nikki Heat. ¡Qué sorpresa tan agradable!

La voz de Zach Hamner la molestó aún más esta vez. Como siempre, irradiaba ese desenfado tan propio de un relaciones públicas despreocupado que nunca se enoja y que disfruta de su alto escalafón en la jerarquía política de la sede central de la



policía de Nueva York. Pero esta vez una ración extra de hipocresía se filtraba a través del teléfono junto con algo nuevo procedente del primer ayudante administrativo del director adjunto de asuntos jurídicos del Departamento de Policía de Nueva York: cierto tufo a recelo.

—Seamos realistas, Zach. Ni es agradable ni es una sorpresa.

Desde el lado de la línea se oyeron unos chirridos y después una puerta que se cerraba. Heat esperó mientras observaba la sala, vacía por el momento, salvo por Rook, que se encontraba en el otro extremo llenando de agua la cafetera.

—Eso sí que es dar los buenos días, detective —dijo Hamner tras aclararse la garganta.

—¿Quieres saber cómo me he levantado yo? Arrestando al incompetente de la oficina de asuntos internos al que has mandado que me siga.

Su respuesta negándolo empezó a cabrearla y le interrumpió:

—Y no me insultes más haciéndote el inocente. Cuando le he amenazado con pasearlo por la calle Veinte y encerrarlo delante de mi brigada, ha empezado a hablar como si fuese un tertuliano de la televisión.

Aunque le había calificado de incompetente, Heat se culpaba por no haber actuado el día anterior, cuando el detective de asuntos internos había llamado su atención en la puerta del planetario. Sí, él se había quitado su disfraz de mendigo, se había puesto un gorro y había actuado como si fuese un periodista más, pero Nikki no había hecho caso cuando le sonó la alarma, rompiendo así una de las normas fundamentales en las investigaciones que continuamente repetía a su brigada: siempre hay que ser consciente de lo que te llame la atención.

—De acuerdo —dijo Hamner con un suspiro de resignación—. Digamos que he estado investigándote un poco...

—Has ordenado que me sigan.

—Pero tenía un motivo.

«Ya contaba con ello», pensó Nikki. Zach Hamner, *el Martillo*, siempre tenía un motivo. O, lo que era más probable, una estrategia.

—¿Y bien? —dijo ella.

—Me estás atacando por sorpresa. Aún me estoy recomponiendo. —Se rio tratando de volver a la normalidad—. ¿Puedes reunirte conmigo en nuestro bar de siempre para desayunar, por ejemplo, mañana o a primeros de la semana que viene?

La experta en interrogatorios le apretó las tuercas:

—¿Investigándome para qué? Dímelo ahora mismo o empiezo a preguntar por ahí.

Una respiración nasal atravesó el auricular del policía. Después se oyó el chirrido del sillón de ejecutivo cuando se sentó.

—Para un trabajo, ya que insistes. Un ascenso. Otra vez.

Aquel «otra vez» iba con segundas. Tres años antes, Zach había identificado a Heat como una estrella en ciernes y había hecho campaña a su favor para que

asumiera el mando de la comisaría tras la muerte del apreciado capitán Montrose. Sin embargo, la sucia política de aquel proceso hizo que ella se lo pensara mejor y lo dejó plantado en el altar, rechazando tanto el puesto como el ascenso a capitana para seguir siendo detective. «Los jugadores astutos tienen buena memoria», pensó Nikki. Sin embargo, él seguía con el mismo juego. ¿Por qué esta vez?

Tenía que ser por Wally Irons. El hombre que obtuvo el puesto de mando de la comisaría que Heat había rechazado resultó ser un prepotente inepto que no tenía ni idea de lo que era ser policía ni de cómo dirigir a la gente. El único talento del capitán Irons era su sorprendente capacidad para sobrevivir a las meteduras de pata, normalmente ridículas o clamorosas. Toda la brigada apostó por que la salida a la luz de su aventura secreta con una de sus detectives de homicidios, Sharon Hinesburg, supondría el final de su estancia en el cargo. Sobre todo porque su amante resultó ser una espía perteneciente a una organización terrorista. Sin embargo, tras dos semanas de intensas reuniones en la sede central y un permiso de un mes, Iron Man volvió a encender la luz de su despacho de jefe de la comisaría sin hacer alusión alguna a su falta ni dar una pista de cómo se había mantenido en el puesto.

El boca a boca decía que guardaba fotografías con las que chantajeaba al alcalde. Rook tenía la teoría de que Wally era como el Gregor Samsa de Kafka: «Una cucaracha humana, solo que ha mutado de una forma fuera de lo normal. Como esa extraña especie que han descubierto que sobrevive a los vertidos químicos, a las fusiones nucleares y a los maratones de *realities* sobre amas de casa».

En esto pensaba Nikki mientras miraba la mesa vacía de la sala. La mesa que habían asignado a la sustituta de Sharon Hinesburg, una detective de tercer grado que habían traído de la Unidad del Crimen Organizado, una investigadora con talento e instinto cuyo único inconveniente resultó ser el tamaño de su pecho. Y cuando los varios años de insinuaciones por parte del capitán Irons se convirtieron en acoso y, finalmente, en un manoseo «accidental», la detective Camille Washington se limitó a no volver al trabajo un día de la semana anterior. Ahora, Nikki suponía que Irons se quedaría fuera y que ella volvía a ser la candidata de Zach Hamner... otra vez.

Se equivocaba.

—El inspector ha ordenado que la jefatura de contraterrorismo cree un nuevo comando especial y quiere que tú formes parte de él. ¿Recuerdas al comandante McMains?

Por supuesto que lo recordaba. Nikki recordaba sobre todo que había intervenido para ayudarla a acabar con aquella trama de bioterrorismo.

—Buen policía y buena persona.

—Él opina lo mismo de ti. Por eso tu nombre aparece en primer lugar en su corta lista. Esto es importante, Heat. Estamos pensando en trascender los límites del distrito con este trabajo. Necesitamos a alguien que pueda colaborar con nuestros homólogos en las fuerzas policiales extranjeras para afrontar los desafíos de cualquier acción criminal transfronteriza que tenga un impacto sobre la ciudad de Nueva York.

Nikki se preguntó si Zach estaría leyendo aquello. Posiblemente no. Lo más probable era que lo hubiese escrito y estuviese citando de memoria los puntos centrales.

—Bajo el mando de McMains, tú serías la persona responsable dentro de la policía de Nueva York de trabajar directamente con la Interpol, New Scotland Yard, el Grupo Conjunto de Inteligencia e Investigación sobre Amenazas Comunes y un montón de agencias más. Y espero que sepas dónde tienes el pasaporte, porque vas a pasar mucho tiempo en Londres, Hamburgo, Tel Aviv, Lyon, Ciudad de México, Río...

Las implicaciones de todo aquello empezaron a resonar de inmediato en su cerebro y las palabras de Hamner se fueron amortiguando mientras Nikki veía cómo Rook trajinaba con la cafetera al otro lado de la sala. Una fría melancolía se clavó en su vientre.

—¿Sigues ahí? ¡Hola!

—Eh..., sí. —Nikki se recompuso y trató de retomar el motivo de la llamada—. Oye, aún no me has explicado por qué me estabas espiando.

—Actuar con la debida diligencia no es espiar, detective Heat. —El Martillo no solo había recuperado el timón, sino que se paseaba por la cubierta pavoneándose—. Es la investigación pertinente para un puesto importante. Necesitábamos saber con quién te relacionas para asegurarnos de que no vamos a llevarnos ninguna sorpresa. Como mazados de gimnasio que aparecen desnudos y muertos en el suelo de tu salón.

Heat deseó que Zach estuviese allí para poder destrozarle la cara con el teléfono hasta convertirla en un picadillo sangriento. Don, un héroe antiguo miembro de las fuerzas especiales de la marina estadounidense, no era ya su compañero sexual sin compromiso la noche que fue a su casa a ducharse tras una sesión de entrenamiento de combate. En lugar de entrar al trapo, respondió con calma:

—Mi vida personal es asunto mío. Pero los dos sabemos que aquel hombre recibió unos disparos que iban dirigidos a mí y si estoy aquí ahora es gracias a él.

—Joder, qué difícil es hacerte estallar. ¿Ves? Por eso es por lo que te necesitamos, Heat. —Quizá mereciera la pena el viaje hasta la sede central para darle una paliza—. Y para que lo sepas, he decidido con el jefe de la comisaría facilitar tu traspaso de forma confidencial.

—¿Qué? ¿Irons lo sabe?

—Transparencia. Somos el Departamento de Policía de Nueva York. —A continuación, demostrando que su antena estaba bien sintonizada, añadió—: Noto cierta vacilación. Vas a aceptar, ¿no?

Heat realizó una pausa y él la interrumpió:

—Ya he pasado por esto contigo una vez. No habrá más oportunidades. Esta es la última, Heat.

Ella giró su silla para no ver a Rook.

—Entiendo. Dime cuándo quieres reunirte.

—Estupendo —respondió él.

En el momento en que colgó, Rook apareció detrás de ella y se sobresaltó.

—¿Quién narices ha molido descafeinado aquí mientras yo no estaba? Huele. — Levantó en el aire su molinillo de café—. ¿Qué ha dicho el Martillo sobre el tipo de asuntos internos que te seguía?

Nikki reflexionó sobre su conversación de la noche anterior en torno a las ausencias de Rook por sus viajes. Luego pensó en el recibo del anillo y se puso a hacer conjeturas. No tenía sentido meter cizaña ahora.

—Ya lo conoces. Habla con ambigüedades. Dice que no era más que un fanático de asuntos internos que se ha descontrolado. Ya sabes cómo son estos hombres de negro. —Antes de que Rook pudiera hacerle más preguntas, olfateó rápidamente el molinillo—. ¿Quieres que busque huellas?

—«La unión hace la fuerza» —tradujo Rook a la brigada mientras Heat colgaba una copia impresa de la imagen del tatuaje sobre el panel donde estaba la información del asesinato.

Oírle decir estas palabras hacía que a ella le resultara difícil mirarle a la cara cuando se giró para continuar con su informe. Pero lo miró y el rabillo de los ojos de él se arrugó con esa sonrisa que hizo que el corazón de Heat volviera saltar. Y a continuación, agitarse una vez más por el par de secretos que le ocultaba: la oferta de trabajo, que amenazaba con convertirla en una trotamundos para variar, y el hallazgo del recibo del anillo de compromiso en su cubo de basura, marca Simple Human. Ninguna de las dos cosas resultaba simple para Nikki.

Justo antes de la reunión, Rook la había acorralado en la sala de descanso para decirle que necesitaban más tiempo para los dos y para preguntarle qué le parecía que fueran a besuquearse a su reservado favorito del restaurante Bouley esa noche a las nueve. El asentimiento con la cabeza le pareció tonto e insuficiente, así que contestó que sí con el suficiente volumen como para que se volvieran varias cabezas del vestíbulo.

—Consideraré eso como un sí —contestó él a voz en grito y, a continuación, tomó aire con fuerza—. ¡Ah, el Bouley! Ya puedo oler la pared de manzanas que tienen en el vestíbulo.

Randall Feller recibió un mensaje, salió corriendo de la reunión y regresó en menos de un minuto con una bolsa de pruebas.

—Mirad lo que ha encontrado la policía científica. —Lo levantó en el aire como si se tratara de un objeto de subasta mientras avanzaba para dárselo a Heat—. Una brida de nailon. Los que os habéis dedicado a controlar multitudes y disturbios reconoceréis esta cosita como unas esposas desechables dobles para atar las muñecas. Y tiene sangre.

—¿Dónde la han encontrado? —preguntó Nikki.

—El vendedor del puesto de comida ambulante que hay entre la Ochenta y Uno y el oeste de Central Park lo ha denunciado. Al parecer, la brida ensangrentada aterrizó sobre sus castañas.

—¡Poing! —soltó Ochoa, provocando las inevitables risas macabras.

—Yo puedo comerme el nailon, pero ¿la sangre tiene gluten? —intervino Rook.

Heat no tuvo que hacerlos callar. Lo hizo el detective Raley al observar que aquella sujeción para las muñecas explicaba por qué la víctima tenía las manos ocultas detrás del cuerpo cuando chocó con el planetario. La sala se quedó en absoluto silencio.

—Caballeros, creo que estamos dejando atrás la posibilidad de una muerte accidental —dijo Heat mientras escribía con letras mayúsculas en la pizarra: «MUÑECAS ESPOSADAS».

Mientras Feller iba a llevar la bolsa de pruebas al laboratorio forense, Rhymer informó de que no había encontrado ninguna correspondencia con personas desaparecidas, pese a que había estado llamando a todas partes cada hora. El detective Ochoa se había encontrado con callejones sin salida parecidos en el ámbito de la aviación. Contó que se había puesto en contacto con todos los aeródromos de la zona y les había pedido que revisaran sus listas de despegues y aterrizajes y, después, siguió con los pilotos y el personal de las torres de control, pero ninguno de ellos le informó de ninguna actividad inusual que hubieran percibido visualmente ni por radio. Los únicos aparatos que habían volado por esa zona a esa hora habían sido los helicópteros de tráfico, del gobierno y de la policía.

—¿Y los turísticos? —preguntó Rhymer.

—Ninguno despegó. Nubes bajas. No había clientes.

Hubo un momento de reflexión que Ochoa interrumpió:

—Venga, Rook, dilo. ¿Un naufrago de *Encuentros en la tercera fase*? ¿Un accidente de un hombre-cohete? Dinos.

Pero Rook permaneció pensativo.

—Siento decepcionarte, pero sé tan bien como tú que va a ser difícil pensar en el cómo y mucho más en el porqué si no sabemos quién es nuestra víctima.

—Aguafiestas —respondió Raley—. Esperaba algo más. Ya sabes, una de esas teorías con la firma de Rook.

—Ya llegarán —respondió Nikki antes de despedir a su brigada—. Mientras tanto, ya sabéis lo que hay que hacer. Seguid pensando, seguid indagando y seguid preguntando. Lo repetiré cuantas veces sea necesario.

Siguiendo su propio consejo, Heat también se puso a hacer llamadas. Tuvo suerte con el Centro de Información de Delitos en Tiempo Real.

—Escuchad todos —anunció mientras se acercaba al centro de la sala—. Resulta que el tatuaje de nuestro desconocido está en la base de datos. Han tardado un poco

más en saberlo porque no es ni mucho menos el único escudo de Haití que tienen en sus archivos, pero los detectives del centro lo examinaron con atención y, gracias a una pequeña cicatriz que han visto que provocaba una rugosidad en el lema, lo hemos identificado. Nuestro alienígena tiene ahora un nombre. —Destapó un rotulador y recitó a la vez que lo escribía en la pizarra—: «Fabian Beauvais».

—Que es exactamente el mismo nombre que hemos obtenido con el análisis de las huellas —apuntó el detective Rhymer mientras dejaba el teléfono sobre su mesa—. Vaya, dos hallazgos a la vez. ¿Se supone que debemos cruzar los meñiques o algo así? —Opie vio cómo era recibido su comentario en la sala y se sonrojó—. Olvidad lo que he dicho.

—Mira si esto cuadra con tu información, Opie. —Consultó el nuevo cuaderno de espiral que le había traído Rook como recuerdo de Francia—. Beauvais era haitiano. Un inmigrante ilegal que entró en el sistema por un arresto anterior por allanamiento. Rhymer asintió.

—Los trincaron a él y algunos de sus amigos por rebuscar en la basura de una propiedad privada. La comisaría de Midtown North lo entregó a las autoridades de inmigración para que compareciera en una vista. Y... sorpresa, sorpresa..., Beauvais salió después sin fianza.

Mientras los Roach se preparaban para ir a comprobar la última dirección conocida del haitiano en Flatbush, el capitán Irons salió de su despacho.

—Una patrulla que ha acudido a una llamada por asalto a una casa de West End Avenue ha encontrado un fallecido. —Se dio la vuelta para marcharse y, después, añadió—: Es un edificio bastante exclusivo. Comunicadme si se trata de alguien importante para que pueda encargarme de lo mío.

Todos sabían que «lo suyo» era una declaración para la prensa. Para Iron Man, salir en televisión era más que un deber: era su pasión.

Heat, que siempre pensaba en los imprevistos, sabía que al final sucedería esto: casos enfrentados y poco personal. Una cosa era lamentar la mesa vacía de la detective Washington y otra estar preparados cuando llegara el momento de dividir y vencer. Nikki hizo señas a los detectives Raley y Ochoa para que se acercaran.

—Cambio de planes. ¿Creéis que estáis preparados para encargarnos de este nuevo caso, el del asalto a la casa?

Ella ya conocía la respuesta. Y la pareja, que hacía poco habían pedido que les dieran más responsabilidad, no necesitó pararse a pensarlo.

—Más que preparados —respondió Raley.

—*Prepararroach* —añadió Ochoa.

—Bien. Llevaos al detective Rhymer para que os ayude, pero el caso es vuestro. —Heat no pudo evitar que los dos le parecieran un poco más altos cuando emprendieron la marcha hacia West End Avenue—. Detective Feller, ¿estás listo para venir conmigo a Flatbush?

Pero fue Rook quien contestó:

—Claro que sí. —Y cuando vio a Feller acercándose, añadió—: Carabina.

El tráfico de la hora punta avanzaba en la dirección opuesta cuando salieron del Battery Tunnel, así que el coche de policía Taurus sin distintivos avanzó por Red Hook y Gowanus y salió de Flatbush Avenue a la avenida D apenas treinta minutos después de que Heat, Rook y Feller se hubiesen abrochado el cinturón en la puerta de la comisaría.

—No os importa nada mi propensión a marearme cuando viajo en coche —dijo Rook desde el asiento de atrás.

—Solo si me vomitas en la nuca —respondió el detective Feller sin volverse.

Nikki vio cómo Rook le pedía ayuda a través del retrovisor, pero no le hizo caso y siguió buscando la dirección.

—No sé si puedo vivir en un mundo donde «carabina» no significa «carabina» —comentó Rook.

La primera vez pasaron de largo el edificio porque habían arrancado los números de la calle y habían dejado solamente un 4 de latón colgando torcido de un tornillo. Heat apagó el motor del coche e inspeccionó aquella pensión de mala muerte, un edificio de seis plantas sin ascensor con una fachada de ladrillo llena de grafitis y algunas partes untadas con pintura marrón en un lamentable intento de ocultar las pintadas. Unas adolescentes que se apiñaban en la escalera de entrada vieron el coche de policía y se dirigieron hacia la tienda de ultramarinos de al lado. Una bolsa de plástico con basura salió volando de una ventana de más arriba. Se rompió al caer sobre el césped seco.

—Hogar, dulce hogar —dijo Feller.

—Ve haciéndote a la idea de que vas a esperar aquí.

—¿Otra vez? ¿De verdad? —gruñó Rook.

La primera vez que empezó a patrullar con ellos, antes de que comenzasen su relación, Heat le hizo esperar en el coche por miedo a que hubiera problemas. Y después, porque se entrometía. Más tarde se lo permitió porque Rook había demostrado, más o menos, que sabía cómo comportarse. A veces. ¿Por qué daba marcha atrás ahora? Ella volvió a mirarlo por el espejo retrovisor y supo el motivo. Aquel recibo de la joyería. La había afectado más de lo que creía. A Nikki le preocupaba que le pudiese ocurrir algo a Rook.

—Quizá puedo volver a algún sitio donde esté más seguro, como colgando de una pasarela rota en el Congo.

—No te separes de nosotros, niño escritor —fue lo único que ella dijo.

Pasaron junto a algunas cagarrutas de perro blanquecinas en el rellano del tercer piso y, mientras subían fatigosamente una planta más hacia la habitación de Fabian Beauvais, Rook preguntó cuánto suponían que sería el alquiler mensual de un apartamento en un edificio como aquel.

—Aquí no se paga por meses, tío. Como mucho, por semanas. Sin contrato, sin identificación, sin trabajo y sin problemas.

—Es un apartahotel —aclaró Heat.

—Exacto. Habitaciones individuales.

—Más bien habitaciones asquerosas, miserables y detestables —se mofó el detective Feller.

—Entonces, de hotel tiene poco —dijo Rook.

Feller se detuvo en el último escalón de la cuarta planta y se giró para mirarlo.

—Sigues enfadado porque vengo de carabina, ¿no?

—No. Me gano la vida como escritor y, como tengo respeto por el lenguaje, te diré que...

—¡Eh! —exclamó Heat cuando dos hombres grandes como jugadores de fútbol americano salieron corriendo del pasillo a la espalda de Feller y lo empujaron por detrás. Este salió volando hacia delante y su cuerpo chocó contra Heat y Rook. Los tres cayeron al suelo mientras la pareja saltaba por encima de ellos y corría escaleras abajo bajándolas de dos en dos. El detective Feller se agarró a la barandilla y se levantó de encima de Heat, que se dio la vuelta para ponerse de pie y salir corriendo detrás de ellos.

Mientras hacía el giro del rellano de la segunda planta volando en el aire, Nikki oyó el portal cerrándose de golpe, así que no se sorprendió cuando llegó a las escaleras de la calle y vio que aquellos hombres ya le sacaban cincuenta metros de ventaja. Se identificó y les dio el alto gritando mientras corría tras ellos, ya con Feller y Rook doce pasos detrás de ella.

En Kings Highway, los dos hombres se separaron y, justo cuando Heat hacía a Feller una señal con la mano para que fuera a por el que se había ido por la izquierda, ocurrió algo poco habitual. Cada uno entró en un coche diferente —coches corrientes sin matrícula que les estaban esperando— y salieron a toda velocidad con más potencia bajo sus capós de la que esos pequeños vehículos deberían tener. Uno de ellos, un coche japonés de importación, saltó con fuerza la mediana de cemento y derrapó con el otro en la distancia hasta que el sonido de sus motores tuneados se fue desvaneciendo como si se tratase de moscas moribundas.

Volvieron a la cuarta planta guardando más silencio. También con más cuidado, con las manos de Heat y Feller apoyadas en las fundas de sus pistolas. Rook se quedó en el rellano mientras los policías flanqueaban la puerta y escuchaban. Se miraron y negaron con la cabeza. Nikki examinó la cerradura buscando marcas de alguna palanca, pero aquella antigüedad tantas veces maltratada tenía más rasguños que lustre. Los dos detectives asintieron como señal de que estaban listos. Heat giró la llave que le había facilitado el encargado del hotel y entraron al grito de «¡Policía de Nueva York!» mientras ponían en práctica el protocolo de cómo inspeccionar la



habitación, el armario y el baño.

En contraste con la suciedad del edificio, la habitación del haitiano se mostró ordenada e inmaculada cuando Feller quitó el papel de aluminio de una de las ventanas para dejar que entrara el sol. La cama estaba bien hecha en el futón del suelo y había ropa para una semana: camisetas, ropa interior, calcetines y unos vaqueros bien doblados dentro de la cesta de plástico azul que estaba al lado. Una supuesta cocina, que en realidad no era más que una encimera de formica de un metro con un exiguo fregadero de acero inoxidable, estaba reluciente. No había fogones, ni siquiera hornillo, pero el viejo microondas, que Heat abrió, estaba vacío y olía al producto de limpieza con olor a brisa fresca que estaba en el estante de arriba.

—Este sitio podría costar cinco mil al mes en Manhattan —afirmó Rook. A continuación, pulsó el «Play» del reproductor de CD que estaba en la estantería vacía. El rap kreyol del grupo musical Barikad Crew sonó a todo volumen y les sobresaltó—. Perdón, perdón —se disculpó tras apagarla.

—¿Qué opinas? —preguntó Feller tras un rápido vistazo al lugar.

—¿Te refieres a algo más aparte de que Fabian Beauvais era un hombre limpio y ordenado al que le gustaba el rap haitiano? —Heat se movió en círculo en el centro de la habitación—. ¿Sin efectos personales, cuadros, libros ni revistas, solamente envases de comida para llevar en la basura? Yo diría que apenas vivió aquí.

—¿Cómo puede un inmigrante ilegal que rebusca en la basura permitirse una casa en la que no vive? No tiene sentido.

Se separaron para registrar la habitación. No tardarían mucho siendo tres en una estancia de ese tamaño. Heat se encargó de la pequeña cocina, Feller de las estanterías y las cajas y Rook se metió en el pequeño vestidor, que ni siquiera tenía puerta. Al igual que en el resto del edificio, el principal material de reparación era la cinta de embalar. La había alrededor del grifo de la cocina, sostenía la barra de cortina vacía que estaba encima de la cama y en el vestidor, donde se encontraba Rook, unos trozos viejos, sucios, grumosos y pegajosos sujetaban el linóleo del suelo, que se doblaba por los bordes. Pero pegado en un rincón había un trozo de cinta plateada de treinta centímetros reluciente y nueva.

—¿Qué opináis? —preguntó Rook. Cuando se acercaron, añadió—: Una de estas cosas no es como las demás.

Heat y Feller se agacharon. Ella hizo una fotografía con su iPhone como prueba documental. El otro detective sacó su navaja y cortó la cinta a lo largo, abriendo una línea en el suelo que se dobló hacia arriba. La apartó y descubrió un agujero rectangular en los tablones. En su interior había un sobre. Aunque Heat llevaba guantes, cogió el sobre por el borde. Era grueso y estaba sin cerrar. Había varias huellas sobre él de lo que parecía ser sangre seca. Lo abrió sabiendo lo que iba a encontrar, aunque no la cantidad.

—¿Son todo billetes de cien? —preguntó el detective Feller detrás de ella.

—Eso parece —contestó ella dejando el dinero en el interior—. De ser así, aquí

dentro hay miles de dólares. —Nikki fue pasando los billetes del fajo y se detuvo cuando encontró un bulto que formaba una marca en la mitad. Feller sacó las pinzas de su navaja suiza y, con ellas, Heat extrajo de entre el dinero un trocito de papel con una dirección y un número de teléfono escrito a bolígrafo. Y debajo, una palabra garabateada a lápiz—. ¿Puedes leer esto? —Lo levantó en el aire mostrándoselo al otro detective, que entrecerró los ojos y ladeó la cabeza mientras intentaba descifrarlo.

—Conciencia —le susurró Rook al oído. Sorprendida y ruborizada, Nikki le miró. Pero él no estaba más que descifrando el garabato—. Pone «conciencia».

Los agentes de la policía científica llegaron y la detective Heat los dejó para que registraran la habitación alquilada de Fabian Beauvais en busca de más pistas. No había encontrado ningún móvil y les pidió que la avisaran si aparecía alguno. Mientras tanto, Rook, Feller y ella salieron para estudiar las nuevas pistas. Una vez más, la jefa de la brigada de homicidios se sentía frustrada por su escasez de personal. Nikki habría preferido encargar a un detective que preguntara por el edificio y por el barrio, pero, como los Roach y Rhymer se estaban ocupando del asalto, se llevó a Randall Feller de vuelta a la comisaría Veinte para que analizara el sobre en busca de una posible identificación de las huellas y la sangre con las del haitiano y para que comprobara los números de serie de los diez mil dólares que resultó haber en su interior. Ella investigaría el número de teléfono y la dirección.

Por supuesto, la pareja de matones que los había tirado al suelo en la escalera merecían también una investigación. Heat llamó antes de llegar para que un dibujante de retratos robot de la policía fuera a la comisaría a hacer algunos retratos para adjuntarlos al aviso de alerta que había transmitido. Cuando colgó, Rook les preguntó qué pensaban que estaban haciendo allí aquellos dos hombres.

—Podría ser por el dinero —respondió Feller—. Fuera lo que fuera que estuviesen haciendo, les hemos sorprendido.

—La verdad es que creo que fuimos nosotros los sorprendidos —le corrigió Heat.

Anotó mentalmente que cuando Raley se quedara libre pondría al rey de las cámaras de vigilancia a peinar las cámaras de tráfico de Flatbush para buscar los dos coches que se dieron a la fuga, aunque no albergaba muchas esperanzas con eso. La preparación de su huida parecía hecha por profesionales. Juntando eso con los diez mil dólares y la nota misteriosa escondida en el suelo del vestidor, Heat pensó que allí había algo más que un tipo que había caído desde un avión. Apretó el acelerador como si eso fuera a ayudarla a descubrir antes qué era.

De vuelta en la comisaría, Nikki colgó su teléfono y se acercó al panel con la información del asesinato.

—Bingo. —Rook y Feller se acercaron a ella y Nikki les señaló las fotografías de veinte por veinticinco centímetros del sobre ensangrentado y de la nota que había

colgado en el panel—. Como sabéis, no había ningún prefijo de zona en este número de teléfono, pero un estudio de los registros de teléfono ha encontrado una coincidencia con la dirección que hay escrita ahí y que resulta ser de los Hamptons. Les he hecho comprobarlo dos veces y el listado de teléfonos corresponde sin duda a la misma residencia.

—Presumida —dijo Rook.

Feller trató de echar una ojeada a su cuaderno de espiral.

—¿Has conseguido el nombre?

Sin responder, quitó el tapón del rotulador con los dientes y lo escribió en letras mayúsculas.

—¡Anda! —exclamó Randall cuando ella hubo terminado. Rook se limitó a arquear las cejas con gesto sorprendido.

—¿Qué pasa con Keith Gilbert? —preguntó Wally Irons desde la puerta de la sala.

La pecera del comandante de la comisaría daba a la sala de la brigada de homicidios y el nombre de este personaje importante le había llamado la atención de inmediato, incluso desde detrás del cristal. Por norma, y era lo más sensato, Heat mantenía al capitán al margen de todo en la mayor parte de las investigaciones hasta que estuviesen cerradas. Iron Man tenía el gran don de, en el mejor de los casos, meter la pata durante las investigaciones y, en el peor, entorpecer todo el proceso. Al verse atrapada, hizo un resumen de los aspectos más generales del caso y le explicó cómo había llegado a identificar al rico y poderoso comisionado de la Autoridad Portuaria como alguien a quien quería interrogar a tenor de la investigación de una muerte sospechosa.

—¿Estás segura de que esa es una jugada inteligente?

—Entiendo que usted no, señor.

Irons se asomó por encima de su barriga para comprobar el brillo de sus zapatos.

—No le estoy diciendo que no siga una pista, detective. —Levantó la cara para mirar la de ella—. Pero Keith Gilbert juega al golf con el alcalde, joder. Usted ve las noticias y lee los periódicos. Cada noche se le ve vestido de esmoquin asistiendo a fiestas con los donantes más importantes de la política y preparando el camino para presentarse a senador. Como si necesitase el maldito dinero de los demás. —Su gesto se turbó y miró a Rook como si se acabara de darse cuenta de que estaba ahí—. Y esto lo digo de forma extraoficial, ¿de acuerdo?

El periodista guiñó un ojo e imitó el gesto de echar la llave a un candado en sus labios.

Heat tuvo que admitir que, por una vez, la aversión del capitán a sembrar cizaña era mayor que su actitud habitual de buscar su supervivencia y mostrarse servil. Keith Gilbert era una fuerza de la naturaleza que no había que tomarse a la ligera. Descendiente de un acaudalado magnate naviero que había permitido que su empresa de transporte de mercancías se oxidara a su vejez, el joven Keith había dejado su

máster de administración de empresas en Harvard para tomar las riendas del negocio familiar de las manos de su padre. Contra todo pronóstico, consejo y sentido común, no solo mantuvo la empresa arruinada, sino que dobló la apuesta al dedicar una fortuna a su expansión, empleando su propia herencia en un sueño.

Gilbert gastó y gastó, primero renovando la anticuada flota de cargueros. Luego gastó más dinero en comprar barcos de crucero a empresarios poco sólidos para crear un nuevo flujo de ingresos en el turismo, lo cual le mereció la pena enormemente. Con una serie de movimientos astutos, suerte y una resistencia legendaria, salvó con audacia a la empresa en bancarrota y la hizo prosperar.

También lo hizo con estilo. En la última década, el rostro triunfador de Gilbert apareció habitualmente en múltiples portadas de los quioscos: haciendo parapente en las montañas del oeste de Noruega, capitaneando un yate en la Copa América, cogiendo de la mano a su esposa de la alta sociedad en su boda de cuento de hadas en la costa Amalfitana o, más recientemente, riéndose en el papel de invitado carismático en las cenas de la élite política de la ciudad de Washington.

Pero por muy encantador que pareciera en público, el caballero presente y futuro de la próxima Camelot también tenía fama de matón. A sus espaldas, siempre con mucho cuidado, sus críticos sabían que no le temblaba la mano. Un chiste que rondaba por ahí decía que el insulto medioambiental que flotaba en medio del Pacífico conocido como la Gran Mancha de Basura no era en realidad más que los restos de quienes se habían atrevido a decir alguna vez que no a Keith Gilbert o se habían interpuesto en su camino.

Heat sabía todo aquello. Pero también sabía que hacer su trabajo implicaba no tener miedo a meterse en lugares incómodos ni de los poderosos que los habitaran.

—Señor, entiendo su cautela. Y espero que sepa que nunca me acercaría a nadie de forma irrespetuosa, ya sean ricos bien relacionados como Keith Gilbert o pobres y marginados como Fabian Beauvais.

—¿Quién?

Rook señaló su nombre en el panel con la información del asesinato.

—La víctima —dijo moviendo los labios en silencio.

—Va a seguir adelante, ¿no, Heat?

—La dirección y el número de teléfono de su mansión de verano estaban escritos en un sobre que contenía diez mil dólares y que estaba oculto en el suelo del apartamento de un hombre muerto. Creo que es labor de la policía, al menos, hacerle al comisionado Gilbert unas cuantas preguntas.

—Manténgame informado —dijo Irons desconcertado y, después, se retiró a su pecera.

—Como siempre, capitán —respondió Heat.

El detective Feller sonrió con suficiencia y volvió a su mesa.

Rook parecía perdido.

—Qué raro. Toda esta conversación me ha recordado un sueño muy real que

tengo muchas veces. Eres senadora. —Agitó la cabeza para alejar ese pensamiento—. Senadora Heat. ¿De dónde sale eso?

A última hora de la mañana, el dibujante de la policía había terminado sus bocetos de los dos hombres que habían salido huyendo del hotel de Flatbush y Heat, Rook y Feller acordaron por unanimidad que eran muy verosímiles. Heat le encargó al detective Feller que los enviara y que después regresara a la avenida D de Brooklyn para sondear el edificio y el barrio en busca de alguien que pudiese haber conocido a Fabian Beauvais.

—Enséñales también esos bocetos —añadió Heat cuando Feller salía, pero él ya llevaba copias de los dibujos con esa intención y los levantó por encima de su cabeza mientras desaparecía por la puerta.

—¿Has pensado algo para comer? —preguntó Rook.

—He pensado en quedarme sentada aquí mismo hasta que me devuelvan la llamada desde el despacho de Keith Gilbert. —Miró su reloj—. Me están dando evasivas. Puedo conseguir el número de teléfono de su casa de los Hamptons en menos de diez minutos, pero no puedo contactar con su despacho de la zona sur de Park Avenue dos horas después. Desde la recepción me pasan con el buzón de voz. Llamo otra vez y me pasan al departamento de prensa. —Volvió a coger el teléfono. Él colocó su mano sobre la de ella y lo volvió a dejar sobre la base.

—Creo que deberías dejar de llamar.

—¿Estás de broma? ¿Tú, que eres don periodista de investigación tenaz? —A continuación, se dio cuenta de que Rook estaba mirando por detrás de ella. Nikki se giró y no podía creer lo que veía.

O para ser más exactos, a quién veía.

Un ayudante de administración, que acompañaba al hombre alto vestido con un traje gris de raya diplomática al interior de la sala, señaló a Nikki.

—¿Detective Heat? —El comisionado extendió la mano con una sonrisa al acercarse a ella—. Keith Gilbert. ¿Deseaba hablar conmigo?

### 3

Keith Gilbert la miró a los ojos cuando estrechó su mano, algo a la que Heat siempre prestaba atención. En su profesión, los ojos no eran solamente las ventanas del alma, sino que también aportaban una visión panorámica de sus zonas más oscuras. Pero ella no notó ninguno de esas señales sospechosas, como fijar la vista en el suelo, mirar de soslayo o mantener la mirada perdida en un punto. Enmarcado por unas profundas arrugas en su rostro delgado y curtido por el sol, Gilbert sonreía abiertamente y la observaba también, consiguiendo que Nikki se preguntara si la inocente interpretación que percibía de él estaría tan cuidadosamente enmascarada como la que ella le devolvía.

—Este es Jameson Rook. —Nikki apartó la mano y los dos hombres estrecharon las suyas.

—Comisionado —dijo Rook mientras ambos movían las manos—. Fue hace años, pero tuvimos un breve encuentro en...

—La gala de la Fundación Robin Hood, ¿verdad?

Mientras Rook lanzaba una sonrisa de satisfacción a Heat, Gilbert se acarició la corta perilla.

—No recuerdo bien qué año fue, pero sé que usted estaba manteniendo una conversación muy seria con Tom Brokaw y Brian Williams cuando yo les interrumpí.

—En el 2009. Y usted trató de intimidarnos para que apoquináramos veinte mil dólares cada uno por competir con su velero en una carrera contra sir Richard Branson hasta Halifax.

—Es un trimarán de veintisiete metros y la dotación de la tripulación iba en su totalidad a una organización benéfica. —A continuación, guiñó un ojo a Nikki—. Nunca le pida a un periodista que pague nada.

Mientras Rook y Gilbert hablaban entusiasmados de Aretha Franklin llenando el Centro de Convenciones Javitz con *Bridge over troubled water*, Heat tuvo tiempo de recomponerse de la inesperada visita del comisionado de la Autoridad Portuaria. Aún no había organizado su interrogatorio, pero no quería aplazarlo y arriesgarse a perderle por culpa de una apretada agenda o tras un muro de asesores. Entonces, Nikki vio que detrás de él el panel de información del asesinato estaba a la vista, con la tinta aún fresca de su nombre en letras grandes y gruesas.

—¿Sabe qué? —dijo mientras lo llevaba ya hacia la puerta—. Deberíamos ir a algún sitio donde podamos hablar con más privacidad.

Lo llevó a la sala de reuniones, mucho menos desagradable que alguna de las salas de interrogatorios llenas de espejos. Rook los siguió. Para continuar con su trato respetuoso, Nikki no hizo caso de la larga mesa y señaló los sillones tapizados que había en el rincón conformando una zona más informal donde sentarse.

—Le ofrecería un café, comisionado Gilbert, pero no es muy bueno y me ha pillado por sorpresa —dijo Heat cuando él se hubo sentado en uno de los sillones y

dejado su delgado maletín en el suelo.

—Mi jefe de gabinete me ha dicho que ha hecho usted tres llamadas y yo quería saber a qué viene tanta urgencia.

—No es que me importe su visita en persona, pero me parece toda una proeza.

—De todos modos, estaba en el Henry Hudson, literalmente pasaba por aquí, de regreso de una inspección de reconocimiento del puente George Washington.

—¿Algún problema con el puente? —preguntó Rook inclinándose hacia delante.

—Debería haber dicho «inspección de su buen estado». Periodistas... Mire, sé de su trabajo con la detective Heat por esos artículos que ha escrito sobre ella en *First Press*. Impresionante.

—Gracias.

—Me refiero a Heat —dijo como otro aparte en tono de broma a Nikki antes de dirigirse de nuevo a Rook—. Pero ya que pregunta, como jefe de Seguridad y Operaciones, me encargo de asegurar que todos los puentes, túneles, aeropuertos, puertos de mar, vías ferroviarias y demás bienes de la Autoridad Portuaria están listos para el caso de que nos alcance ese huracán Sandy.

Nikki recordó las noticias del programa *Good Morning America* que había visto por la mañana.

—¿Esa cosa que está allí abajo, por Nicaragua?

—El seguimiento informático de «esa cosa» nos ha lanzado la alerta de un posible huracán de Categoría Uno o Dos que puede convertirse en ciclón tropical en alguna zona del noreste en una semana. Podría alcanzar el área triestatal, si se siguen los modelos europeos.

Rook imitó el gesto de Groucho con un puro.

—Yo fui detrás de una modelo europea. Hasta que me soltó una descarga eléctrica con su taser.

Notó la mirada fría del comisionado Gilbert y dejó que su puro imaginario se le cayera de la mano.

—Detective, tengo una teleconferencia con la Oficina de Gestión de Emergencias y con dos nerviosos gobernadores esta tarde, así que quizá pueda decirme sin más de qué necesitaba hablar conmigo.

—Por supuesto. Vayamos directamente al grano. —Lanzó a Rook una mirada de advertencia para que se tranquilizara y este asintió—. Usted posee una mansión en los Hamptons, ¿verdad?

—Sí... Bueno, tengo una segunda residencia allí. No estoy seguro de que se pueda llamar mansión. —Entrecerró los ojos desconcertado—. ¿Ha pasado algo en los Hamptons?

—No, no que nosotros sepamos.

—Entonces, discúlpeme, pero esto no parece que sea ir al grano. —Su gesto seguía siendo agradable, pero miró con poca sutileza su reloj de pulsera, un ejemplar caro y grande de hombre aventurero con más esferas que la nave espacial Mercury.

Sin abandonar la actitud respetuosa, Heat estaba decidida a no permitir que él dirigiera la reunión. Quería saber cómo era posible que la dirección y el número del teléfono privado de un hombre de su categoría hubieran terminado en medio de un fajo de billetes oculto en el suelo de la habitación de un pobre inmigrante en una pensión de mala muerte.

Pero también sabía que no podía soltar eso directamente. Aprovechando todo el tiempo y la colaboración que él estuviese dispuesto a prestar, Nikki se dispuso a trazar al principio un círculo amplio para, después, dirigirse poco a poco hacia la cuestión central, así quizá conseguiría más información que si atendiese a la impaciencia de Keith. O a su categoría.

—¿Va allí a menudo?

—Todo lo que puedo —respondió resignado al ver que ella iba a continuar por la misma dirección—. ¿Por qué le interesa tanto Cosmo?

Sucumbiendo a su impulso, Nikki cogió el bolígrafo y el cuaderno.

—¿Me puede decir quién es Cosmo?

—Cosmo es el nombre de la casa —contestó él riéndose.

Rook fue incapaz de contenerse:

—¿No es una mansión, pero tiene nombre?

—Allí todas las casas tienen nombre.

—Cosmo... es original —observó ella.

—El nombre del primer barco que compré cuando me hice cargo del negocio de transporte de mercancías de mi padre y amplíé la empresa Gilbert Maritime con transatlánticos. Por desgracia, al igual que el viejo barco por el que recibió su nombre, Cosmo es una fuente permanente de gastos. He gastado más dinero en su rehabilitación y mantenimiento solo este año que lo que pagué cuando la compré. Perdió una cubierta con el huracán Hanna el 2008 y otra más el año pasado con el Irene. He pensado que la próxima vez será más barato volver a techarlo con billetes de mil dólares.

—Supongo que puede permitírselo —dijo ella mientras veía cómo la actitud de él se volvía más fría.

—Mis activos son públicos. O lo van a ser, ahora que me presento como candidato. ¿Avanzamos?

—¿La casa se encuentra ocupada mientras usted no está?

—No, excepto por mi esposa, que nunca va allí. Aparte de eso, hay algunas asistentes que van una vez por semana, un jardinero y un vigilante.

—¿Son todos de la zona? —preguntó ella.

—No, los lleva mi chófer desde sus casas de Park Avenue. —Su rostro se sonrojó, probablemente al darse cuenta de que había sido un comentario propio de un multimillonario. Dejando su pequeño destello de sarcasmo, contestó—: Sí, son todos habitantes de la zona que llevan varios años conmigo.

Si eso era verdad, quedaba eliminada la posible relación como empleado



doméstico que se había planteado que pudiera existir entre él y Fabian Beauvais. Pero la mención de su línea naviera abrió un nuevo campo que explorar.

—¿Adónde van sus transatlánticos, si puedo preguntárselo?

—Por supuesto. Al Caribe sobre todo. Hemos probado con algunas embarcaciones de lujo más pequeñas a recorrer algunos ríos europeos y ciertos puertos exclusivos del Mediterráneo, pero el verdadero negocio está en el golfo y el Caribe.

—¿Jamaica?

—Desde luego.

—¿Puerto Rico? ¿Aruba? ¿Las Islas Turcas y Caicos?

—Sí, sí y sí. También San Cristóbal y Nieves.

—¿Haití?

—No hay muchos turistas que deseen ir allí —respondió mofándose—. ¿Por qué? Nikki siguió por otro camino.

—¿Ha sufrido algún robo, asalto o algo parecido en Cosmo?

—No. Unos estudiantes hicieron una fiesta de zombis en la playa. Creo que decían que era un *flashmob* de *Thriller*. Derribarón algunas de las vallas que he puesto para contener las dunas y me aplastaron un poco de césped con su baile, pero eso fue todo.

—¿Algún acosador?

Negó con la cabeza.

—¿Ha recibido llamadas extrañas? —Volvió a negar—. Tómese su tiempo, comisionado. ¿Alguna llamada en la que nadie respondiera?, ¿algún mensaje de voz extraño? Piénselo.

Lo pensó un poco y movió la cabeza.

—¿Ningún coche desconocido acechando por la zona? ¿Merodeadores?

—Tengo protección para ese tipo de asuntos.

—¿Se refiere a un arma?

—Claro que tengo un arma. Registrada, por supuesto. Pero no me refiero a eso. Mi protección es Topper. Mi pastor alemán.

Heat decidió que había llegado el momento de probar a dar el nombre.

—¿Conoce usted a un tal Fabian Beauvais?

—Supongo que se trata de una persona y no un vino ni un perfume —respondió él riendo entre dientes y haciendo una seña con la cabeza hacia Rook.

—Fabian Beauvais —repitió ella sin ningún tono de broma.

Él expulsó un poco de aire y cerró los ojos.

—No —dijo cuando los abrió—. Detective, me he desplazado hasta aquí para ayudarla y ahora me parece razonable pedirle que me diga el porqué. Por favor.

No lo entonó como si estuviera preguntando. Ella habría preferido hacerle algunas preguntas más al azar antes, pero, para no perderle, le concedió la habitual versión en titulares, omitiendo información.

—Estamos investigando la muerte de un inmigrante ilegal haitiano llamado Fabian Beauvais, al que consideramos sospechoso. —Nikki buscó alguna reacción y continuó mirándolo a los ojos con naturalidad, del mismo modo que había hecho cuando él había llegado—. Entre sus efectos personales, hemos encontrado la dirección y el número de teléfono de su casa de los Hamptons.

—Eso es muy raro. Nunca he oído hablar de ese hombre.

Heat apuntó mentalmente esa repetición. Podría ser una señal inconsciente. O tal vez no.

—¿De qué ha muerto?

—La forense no ha dado todavía el resultado final. —Vio por el rabillo del ojo que Rook giraba la cabeza hacia ella reaccionando ante la ocultación de información—. Mientras tanto, estamos haciendo nuestro trabajo, estudiando todas las posibilidades. La última cosa... —Desdobló los dibujos de los dos matones de la escalera del hotel—. ¿Reconoce a estos hombres? —Mientras los sostenía para que él los examinara, añadió—: Pueden ser de cualquier sitio. Nueva York, los Hamptons, su línea de cruceros, quizá entre los pasajeros o los trabajadores...

Cuando respondió que no, ella le pasó un retrato.

—Este es Fabian Beauvais.

Puso la foto sobre los dibujos y se encogió de hombros.

—No estoy siendo de mucha ayuda, ¿verdad? —dijo mientras le devolvía los retratos.

—Lo ha hecho muy bien —respondió ella a la vez que se ponía de pie—. ¿Le parece bien que nos pongamos en contacto con el departamento de recursos humanos de su compañía naviera para ver si conocen a alguno de los tres?

Él miró las fotos y le dijo que sí.

—Una pregunta más antes de que se vaya. ¿Tiene usted un avión o un helicóptero?

—Esa es una pregunta rara.

—Me temo que forma parte de mi trabajo —dijo ella sin dar más explicaciones—. Y bien, ¿lo tiene?

—Tengo un hidroavión en mi casa de Vancouver.

—¿Y helicóptero?

—Un Bell JetRanger. Parece elitista, lo sé, pero no podría cumplir con mis obligaciones de la Autoridad Portuaria sin él; obligaciones que, por si no lo sabe, realizo de forma gratuita.

—Pero usted sí recibe ingresos de su empresa naviera.

—En este momento los saco de otras fuentes. Tuve que colocar Gilbert Maritime en un fideicomiso ciego este verano cuando me asignaron el cargo en la Autoridad Portuaria. Es por lo de evitar un conflicto de intereses. La Autoridad Portuaria se queda décadas de conocimientos míos y yo recibo... En fin, nada.

—Aun así, con un JetRanger el viaje desde los Hamptons se hace en nada —

intervino Rook retomando el tema de conversación de Heat.

—¿Utilizó su helicóptero ayer por la mañana? —preguntó ella.

—Sí. Me llevaron desde Southampton a dar una charla en Fort Lee, en un seminario de la Autoridad Portuaria sobre el puente George Washington. La misma rutina que le he mencionado antes. ¿Por qué?

—¿A qué hora fue?

—Veamos..., temprano. El piloto me llevó a las siete y media para la reunión de las siete y cuarenta y cinco.

—¿Y cuánto tiempo estuvo allí?

—Hasta las cuatro de la tarde. —Un periodo de tiempo que habría servido de coartada a Gilbert, pues no estaba cerca del Upper West Side cuando Beauvais cayó—. ¿Por qué le interesan tanto mis idas y venidas a Fort Lee?

—Como le he dicho antes, forma parte de mi trabajo. Gracias por su colaboración, comisionado Gilbert. Se lo agradezco mucho.

—Me ha encantado conocer a la famosa Nikki Heat. —Extendió ambas manos cubriendo la de ella amablemente. Nikki acompañó a Gilbert hasta el vestíbulo y entonces volvió a dirigirse a él antes de que saliera para meterse en el todoterreno negro que le estaba esperando—. Ah, una pregunta más: ¿la palabra «conciencia» le dice algo?

Él se rio con ganas.

—Señora, soy político. ¿Me está hablando en serio?

Cuando volvía a la sala de la comisaría, Rook le salió al paso con un maletín.

—El comisionado se ha dejado esto en la sala de reuniones.

Heat cruzó el vestíbulo a toda velocidad y vio que seguía fuera, ocupado con una llamada de teléfono en la acera. Cuando Nikki salió por la puerta, él se encontraba de espaldas a ella y hablaba con brusquedad, muy diferente al hombre encantador y afable al que acababa de interrogar.

—No me importa si está en una maldita reunión. Póngame con Fred Lohman... ahora. —Entonces vio a Nikki por el rabillo del ojo, mostró una sonrisa simpática, puso los ojos en blanco y dijo de sí mismo—: Qué idiota. —Cogió el maletín mientras murmuraba algo sobre que se había distraído.

Cuando volvía al interior, Heat se preguntó por qué Keith Gilbert necesitaría hablar con tanta urgencia con uno de los abogados penalistas más importantes de Manhattan. Según entraba en el asiento trasero de su reluciente todoterreno, el comisionado de la Autoridad Portuaria cruzó la mirada con ella y la mantuvo brevemente. En ese momento de descuido ella vio algo extraño en él.

Tensión.

A continuación, él cerró la puerta y se marchó.

—Tienes a los Roach al habla —dijo Rook cuando Heat volvió a la sala.

Ella puso a un lado su correo y cogió el teléfono.

—Más vale que no me vengáis con problemas.

Sus detectives se rieron al otro lado de la línea.

—Ah, ¿es que teníamos alguna misión o algo? —preguntó Ochoa.

—Ahí va nuestro informe de treinta segundos —añadió su compañero—. El portero fue sorprendido por detrás por varios asaltantes en plena noche y lo encerraron en la habitación donde guardan el correo.

—Se encuentra bien. Es él quien ha llamado —continuó Ochoa con el manos libres.

—Forzaron la puerta del apartamento de la décima planta con una palanca que utilizaron también para golpear a la víctima, Shelton David, un hombre de ochenta y seis años. Muerto en el acto. Según el examen preliminar de los forenses, desangrado por traumatismo. Estaba en pijama y tenía un bate de béisbol a su lado en el suelo. Probablemente oyó el ruido y lo cogió para defenderse.

Heat apartó de su mente la bruñida imagen del charco de sangre bajo su madre en la cocina.

—¿Algún testigo? —preguntó.

—Todavía ninguno. Algunas unidades están preguntando por el edificio y, por supuesto, ya estamos buscando cámaras que hayan podido grabar algo. —El sólido resumen de Ochoa la hizo sentirse orgullosa de aquellos tipos por saber aprovechar el tiempo—. La policía científica está aquí ahora tomando huellas y buscando muestras.

—Este anciano era su objetivo principal. Un corredor de bolsa jubilado de la época de Gordon Gekko al que no le fue mal. —El detective Ochoa se alejó del micrófono. Heat lo imaginó inspeccionando el apartamento mientras hablaba—. La casa está bastante revuelta, pero nos hemos puesto en contacto con su seguro para que nos pasen un inventario por si acaso alguien intenta vender algo.

—Bien pensado —dijo—. Era corredor de bolsa, así que también podéis buscar antiguos clientes o socios. La época de Gekko ya pasó. Ahora estamos en la era Madoff, así que puede que alguien estuviese buscando venganza.

—Ya nos hemos adelantado —dijo Raley y ella pudo oír su sonrisa al decir aquello—. Opie tiene un tipo en la comisaría del distrito uno que lo sabe todo sobre Wall Street. Su colega ya está haciendo alguna investigación para nosotros.

—Vaya, chicos. Estáis haciendo que me sienta poco necesaria.

—Solo hacemos nuestro trabajo, señora —contestó Ochoa antes de colgar—. Solo hacemos nuestro trabajo.

En el momento en que ella dejó el teléfono, Rook se sentó encima de su montón de cartas.

—¿Qué opinas sobre el comisionado Gilbert?

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó ella. Heat pensó en las distintas

posibilidades que había estado sopesando antes de contestar—: Demasiado pronto para decir nada.

Él sonrió y se puso de pie. A continuación, extrajo con gestos exagerados un billete de cinco dólares de un bolsillo de sus pantalones y se lo metió en el otro.

—Había apostado conmigo mismo a que dirías eso.

—Eres un chico muy listo, ¿lo sabías?

—Listo, inteligente, irresistible o lo que sea. Este chico es tuyo, Nikki Heat.

A pesar de que estuviera haciendo el payaso, aquella declaración le provocó otro revoloteo en el pecho, un eco del que había sentido por la mañana al encontrar el recibo. Nikki alejó esa sensación consultando su correo electrónico.

—Mira esto de la forense. —Él se inclinó hacia delante y su hombro acarició suavemente el de Nikki al mirar juntos la pantalla. Ella no se apartó—. El laboratorio ha encontrado residuos de sangre y plumas de pollo en esa zapatilla New Balance del planetario.

—Sabes lo que eso significa, ¿no?

—Rook, te prometo que si lo que vas a decir es que estaba intentando ser un hombre-pájaro...

—¿Un hombre-pájaro? —respondió él con una mueca—. ¿Por qué narices se te ha ocurrido una teoría como esa? Yo me refería a algún sacrificio vudú.

Ella dejó caer la cabeza y la movió a un lado y a otro.

—De acuerdo, ¿dudas de mí? —insistió él—. Abre tu buscador, escribe «Haití» y «sangre de pollo» y verás si el señor Google no te da una bofetada con una página de enlaces sobre vudú.

—No necesito hacerlo, Rook. Estoy segura de que es así. Pero he tenido una idea más práctica. Un inmigrante ilegal necesita trabajar, ¿no? —Hizo una búsqueda de mataderos de pollos en la zona y aparecieron tres—. Recuerdo haber pasado una vez por uno de estos sitios en Queens y había muchos jornaleros extranjeros esperando en la puerta para conseguir un trabajo. No descarto ninguna conexión con el vudú, pero, ya que dos de estos sitios están tan cerca de Flatbush, ¿no crees que sería más inteligente enviar allí primero a nuestro limitado personal?

—Bueno, supongo que puedo seguirte la corriente —respondió él.

—¿Es usted del Ministerio de Sanidad? —gritó la mujer. La puerta de tela metálica del deteriorado almacén se cerró con un golpe al salir ella, quien se acercó a toda prisa al coche encubierto, consiguiendo casi que la atropellara un camión cargado de madera—. ¿Por qué coño ha tardado tanto? He llamado varias veces.

Era su segundo matadero de esa tarde y la segunda queja que recibían a su llegada. Un Rook divertido se acercó a Nikki por la acera, que estaba mojada y teñida de rosa por la sangre enjuagada alrededor de una manguera enrollada.

—No, señora. Soy de la policía.

—Mucho mejor. Trinque a estos putos gilipollas. —Señaló con su cigarro el matadero que tenían detrás, un edificio industrial cuadrado, de una planta y de color naranja que probablemente había sido en otra época un taller de coches. No tenía ventanas y la puerta corredera metálica, llena de rótulos, estaba cerrada—. Pagué trescientos cincuenta mil por un buen piso y tengo que escuchar esos putos graznidos día y noche. Y la maldita peste. Quiero que se vayan de aquí.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Nikki aprovechándose de la ocasión para mostrarse compasiva con las quejas de la mujer, pero sin estar dispuesta a ocuparse de ellas.

Entraron por una puerta de aluminio que habían abierto en la puerta corredera y, cuando Heat mostró su placa, alrededor de media docena de los trabajadores, que miraban con cautela a través de la brumosa pared de cristal, se metieron en el almacén y, probablemente, salieron por la puerta de atrás. Mientras esperaban al director, Nikki le dio a Rook el mismo mensaje que Lauren Parry le había transmitido a ella durante su primera visita al sótano de la sala de autopsias.

—Respira por la boca, eso engañará a tu cerebro.

Y funcionó, más o menos.

Junto al cristal, Rook vio una fila de pollos colgados de ganchos por las patas, sin cabeza y desangrándose, esperando a ser desplumados.

—Nada que ver con Emily Dickinson. Decía que la esperanza...

—... Era esa cosa con plumas —completó la cita Heat—. Sí, lo sabía.

—No les puedo permitir pisar el interior con esos zapatos —les saludó el director, un tipo fofo con bata blanca y la palabra «JERRY» cosida en la pechera izquierda sobre un bolsillo lleno de bolígrafos y un termómetro—. Tengo gorros para los dos, pero usted necesitaría una redecilla para la barba.

Eso hizo que Nikki inclinara la cabeza y mirara a Rook con una sonrisa de satisfacción.

—Muy favorecedora —comentó ella.

—Estamos bien aquí fuera —dijo el muñeco de acción de Jameson Rook.

Heat mostró el retrato de Beauvais.

—No le entretendremos mucho rato. Me preguntaba si podría decirnos si reconoce a este hombre.

—Claro. Es Fabian. —Pronunció su nombre como si hablara de una estrella del *rock and roll* de los años cincuenta en lugar del habitante de la isla francesa, pero esa identificación era lo único que le importaba a Nikki. Con la emoción, inhaló aire por la nariz y le supo a muerte.

Según el director Jerry, Fabian Beauvais era un trabajador como la mayoría de los miembros de su personal. A la comunidad de inmigrantes le gustaba aquel trabajo porque pagaba bien y no hacía muchas preguntas. Beauvais había llegado hacía nueve meses recomendado por alguno de sus amigos haitianos y era uno de sus mejores trabajadores.

—Dejó de venir. Dios, eso debió ser a finales de agosto. Luego volvió. No sé, hace como cinco días, muy nervioso y encorvado, como si de verdad sufriera alguna dolencia.

—¿Le contó qué le había pasado?

—Como le he explicado, aquí no se hacen muchas preguntas. Pero estoy seguro de que estaba dolorido. Y nervioso. Fabian era siempre tranquilo y de trato fácil, pero se volvió completamente paranoico. ¿Se ha metido en algún problema? ¿Es por eso por lo que ha desaparecido otra vez?

—¿Cuándo ha dejado de venir?

—Ayer volvió a no presentarse.

—¿Alguna vez dijo dónde había estado o qué había hecho durante esos dos meses en los que no vino?

—Eso sí lo sé. Dijo que había conseguido un empleo fijo realizando un trabajo manual. Ayudante de albañil, creo. Simplemente supuse que se habría caído de una escalera o algo así.

Nikki colocó la punta de su bolígrafo sobre el cuaderno.

—¿Dónde hizo ese trabajo?

—No estoy seguro de dónde exactamente. Lo único que dijo es que había sido en los Hamptons.

—Hola, ¿es el Bouley? Soy Jameson Rook. Tengo que cancelar mi reserva para cenar dos personas esta noche. —Asintió mientras escuchaba al encargado de las reservas—. Gracias. Sí, yo también lo siento. Mi señora ha decidido que su carrera es más importante que nuestro tiempo juntos.

—Rook.

—Tranquila, él ya había colgado. Esa última parte ha sido solo para ti. ¿Un mordisco? —Levantó su bocadillo italiano, pero aunque el estómago le había gruñido dos veces al pasarse la hora del almuerzo, a ella no le gustaba comer al volante.

La decisión de ir a los Hamptons no había sido fácil. En realidad, nunca era buen momento para salir de la ciudad cuando estaba trabajando en un caso. Heat estaba encargándose de dos. Además, trabajando como detective por debajo de su rango. Pero Raley y Ochoa habían respondido al desafío de ocuparse del asalto a la casa, lo cual claramente le aliviaba un poco la presión. Y Randall Feller, el mejor policía de patrulla que había conocido jamás, tenía cubierto Brooklyn, el barrio de Beauvais. Incluso le había enviado un mensaje comunicándole su plan de comer fuera y pasar la tarde haciendo circular su foto por los bares y restaurantes haitianos que había cerca de Flatbush Avenue. La decisión de Heat de ir hasta allí salió del axioma que tanto le repetía su fallecido mentor, el capitán Montrose: «Cuando tengas dudas, sigue la mejor pista».

En ese mismo momento, esa pista apuntaba al East End de Long Island, aunque la coartada del helicóptero de Keith Gilbert había resultado cierta. El JetRanger lo dejó en Fort Lee, Nueva Jersey, a las siete y media y estuvo allí presidiendo un congreso sobre la Autoridad Portuaria hasta las cuatro y cuarto de la tarde del día anterior.

—Hemos venido rápido —dijo Rook cuando cruzaban el canal desde Hampton Bays hacia Shinnecock Hills—. Una hora y cuarto, a pesar de no llevar sirena, lo cual habría estado bien. Es solo un comentario.

Rook hizo una bola con el envoltorio de su número trece de la tienda de bocadillos Jersey Mike's y la metió en la bolsa con el de pavo y provolone de ella, que no había tocado. Ya había pasado el punto álgido de la temporada y por delante solo tenían un tráfico poco congestionado. Unos toques del color del otoño teñían los árboles que flanqueaban la autopista Sunrise y el letrero que anunciaba que podían cogerse manzanas en el Milk Pail la llevó de vuelta al aromático vestíbulo del Bouley y la cena que podrían haber disfrutado. La pizca de verdad que se ocultaba tras la broma de Rook no era que ella había antepuesto su trabajo al tiempo que podían pasar juntos. Había aplazado una ocasión histórica en su relación. Nikki apoyó una mano sobre la de él, sabiendo que tendría que pasar un poco más de tiempo con el sufrimiento de aquella curiosidad.

La sargento Inez Aguinaldo saludó a Heat con entusiasmo en el vestíbulo del Departamento de Policía de Southampton Village.



—Le agradezco la visita de cortesía. No siempre las tenemos cuando vienen fuerzas del orden de fuera.

—No hay de qué. Pero esto es más que una visita de cortesía. Usted me puede ayudar en un caso en el que estoy trabajando.

El rostro de Aguinaldo se iluminó, pero no pronunció ninguna expresión de alegría. Aunque era la jefa de policía de una ciudad pequeña, la sargento vestida de paisano mostró la tranquilidad e imperturbabilidad de los militares. Asintió con elegancia y abrió la puerta.

—¿Su compañero entra también?

—No, él... Estará bien aquí fuera.

Rook se había ofrecido voluntario a esperar en el coche. Algo extraño, desde luego. Entonces, Nikki lo vio asaltando su teléfono móvil mientras ella avanzaba por el vestíbulo y se preguntó qué estaría haciendo.

La detective Aguinaldo dispuso el retrato de Fabian Beauvais y los bocetos de los dos matones del hotel de Flatbush sobre su mesa.

—No reconozco a ninguno de estos hombres. —Los estudió un poco más y dijo—: Si me las envía en formato digital, las haré circular. Con su permiso, claro.

A Nikki le gustaba aquella mujer. Había pocas policías que cuando mostraban su lado profesional siguieran siendo humanos. Heat respetaba eso y se sintió de inmediato cómoda confiando en ella. Algo que demostró enviando a Aguinaldo un mensaje con los archivos en ese mismo momento.

El instinto de Nikki con respecto a su colega recibió su confirmación con el silencio. Aunque claramente tenía curiosidad, Inez Aguinaldo dejó el asunto ahí. Confirmó que había recibido las fotos en su iPhone, lo puso a un lado e hizo una pausa, dejando que fuera decisión de Nikki contarle algo más sobre el motivo por el que estaba en Southampton. Nikki fue haciéndolo en pequeñas dosis. Desde la espantosa caída del cielo hasta el hallazgo del dinero en el suelo del hotel. Después, hizo una pausa para observar con atención a la policía local cuando mencionó el nombre de uno de los vecinos más acaudalados y mejor conectados de Southampton: Keith Gilbert.

—Siendo clara, no le estoy diciendo que el comisionado Gilbert esté involucrado en esto —continuó Nikki—. Ni que, en caso de serlo, sea víctima de algún delito o... —Lo dejó ahí sin decir más.

—En primer lugar, agradezco su franqueza. Keith Gilbert puede ser muy importante. Pero sepa esto: no me importa. —Para enfatizar, giró las palmas de las manos hacia arriba—. Cuando se trabaja en una ciudad rica como esta, se aprenden enseguida dos cosas. Una, que tienes que hacer tu trabajo. Dos, que tienes que hacer tu trabajo. No tenemos dos tipos de leyes, por mucho dinero que tenga alguien ni por quién se crea que es.

—O que, de hecho, es —añadió Nikki.

—De nuevo, eso no importa, detective. Ni busco problemas ni tampoco huyo de

ellos. Así que, ¿en qué puedo ayudarla?

Diez minutos después, Heat puso en marcha el coche con unas cuantas indicaciones para llegar a la finca de Keith Gilbert y una aliada que había dicho que comprobaría en persona cualquier denuncia oficial de Gilbert, así como todos los controles de tráfico, altercados, denuncias por ruido o desconocidos que hubiese en las proximidades del barrio de Gilbert durante los últimos seis meses. Además, la detective Aguinaldo apuntó que, si Fabian Beauvais había estado en el pueblo para realizar algún trabajo puntual, era posible que nunca hubiese aparecido en el radar oficial. Con frecuencia, si tenían un altercado de poca importancia con alguien, como un alboroto menor o una borrachera sin violencia, siempre y cuando no fuesen al volante, los oficiales actuaban sin realizar ningún arresto. La sargento dijo que hablaría discretamente con sus agentes para ver si recordaban a Beauvais de algo. No era como en el Centro de Información de Delitos en Tiempo Real, pero serviría.

Heat puso al corriente a Rook mientras atravesaban el centro del pueblo, una idealización pintoresca de lo que debían ser las calles principales de una ciudad pequeña, donde unas personas que parecían llevar una vida sin problemas paseaban por las aceras junto a una sucesión de *boutiques* de diseño, elegantes galerías y cafeterías ubicadas en edificios emblemáticos de piedra y ladrillo.

—¿No me vas a preguntar qué he hecho yo? —preguntó él cuando ella hubo terminado—. No tienes por qué hacerlo. He hecho una reserva para cenar esta noche los dos en la famosa 1770 House de East Hampton y también para alojarnos allí.

—¿Eso es lo que estabas haciendo? Qué canalla. Suena estupendamente.

—La comida ha sido elogiada en el programa de cocina de Barefoot Contessa. Y si crees que el restaurante es romántico, espera a ver las habitaciones.

Ella se quedó mirándolo.

—¿Y cómo sabes tú que las habitaciones son románticas?

—Creo que deberíamos centrarnos en mi rescate de la intención de dedicar un tiempo para los dos.

—Rook, no estoy muy segura de que me guste la idea de revivir una escapada romántica que hayas tenido antes en los Hamptons.

—Oye, Gin Lane, ahora te toca a ti. —Cogió el mapa con la intención de retomar la conversación—. Más vale que nos concentremos.

Siguieron aquel tranquilo camino durante un rato pasando por fincas extensas, cada una de ellas, según Nikki, más lujosa que la anterior.

—No estoy seguro, pero creo que pasé por aquí una vez cuando estaba haciendo mi reportaje de portada sobre Madonna... No te importará que tenga un motivo laboral para haber estado aquí sin ti, espero.

—No, siempre que no tenga que dormir en el mismo sitio.

—Beckett's Neck —dijo él—. Parece que es aquí.

Ella detuvo el coche en una zona arenosa de la cuneta y salieron del coche. Un amplio estanque se extendía por la carretera que tenían detrás de ellos. Cinco o seis

casas más pequeñas rodeaban la orilla. En cualquier otro contexto se considerarían grandes, de no haber quedado empequeñecidas por la mansión que había antes de ellas, cuyas tres chimeneas góticas se elevaban por detrás de un seto de casi tres metros podado con tanta meticulosidad que el borde superior parecía tan afilado que podía cortar.

—Vamos. —Nikki empezó a caminar junto a los matorrales del margen y él le siguió el paso.

En los Hamptons, aquellos setos arreglados eran más comunes que los muros para obtener privacidad. En cuanto a la seguridad, Nikki advirtió la valla de tela metálica incrustada en los arbustos; estaba pintada de oscuro para que fuera del mismo color que las ramas. Recorrieron unos doscientos metros antes de llegar a la esquina del seto, donde hacía un giro brusco y continuaba por un carril de servicio en un terreno de arena, rocas y pastos que llegaban hasta el Atlántico.

—Vaya con Beckett's Neck —dijo Rook—. Impresionante.

Los dos volvieron sobre sus pasos, pasaron junto a su coche de policía secreta y continuaron caminando otros cien metros hasta el extremo opuesto del frente de la finca. Rook no le preguntó lo que estaba haciendo porque lo sabía todo sobre los ojos de principiante y la necesidad de Heat de sentir las primeras impresiones. Oyeron un coche, curiosamente el primero que veían en aquella carretera tan exclusiva, y un BMW 760 giró y aminoró la velocidad mientras el conductor miraba de los pies a la cabeza a aquellos desconocidos sin esforzarse en disimularlo. Nikki se preguntó si llamarían a la policía de Southampton. O si aquel hombre del BMW tendría a Keith Gilbert en la lista de contactos de su teléfono.

Llegaron a la puerta principal de la finca, enmarcada por unos pilares de granito elaborados de forma artesanal con adornos de ladrillo. Un grueso travesaño de madera formaba un arco arriba. Incrustada en el centro había una placa metálica rectangular cuya pintura blanca estaba desgastada y tenía manchas de óxido. En el cartel, cortado de la cubierta de un barco viejo, se leía en letras negras la palabra «COSMO».

Rook examinó la verja, que era de madera pesada, igual que el travesaño.

—Podemos saltar.

—Y conseguir que nos arresten.

—En ese caso, qué bien que te hayas hecho amiga de una policía.

»Vamos, Nik —insistió él cuando ella volvió a protestar—. No podemos llegar hasta aquí y no echar un buen vistazo. ¿Crees que he conseguido dos premios Pulitzer esperando en el Humvee cuando me encontraba un cartel que decía “No pasar”? Aunque, como no sé ruso, tenía una buena excusa.

Heat no le hizo caso y apretó el timbre de llamada en el panel del código de la entrada. Él miró su reloj.

—Vale, pero solo un minuto. Así me animas.

Se oyó el chasquido de la cerradura y la valla se abrió por la mitad, lo suficiente

como para que aquel hombre saliera. Su pelo grisáceo sobresalía por debajo de la gorra de Carhartt y llevaba una camisa canela de manga larga y unos pantalones del mismo color. Nikki no tardó en suponer que era el guarda.

—¿En qué puedo ayudarles?

Heat le enseñó su placa y, sin mencionar a Keith Gilbert ni cuáles eran las circunstancias, le explicó que buscaba información sobre una persona. Su rostro se tensó.

—Yo no soy más que el guarda —dijo.

Ella había conocido antes a hombres así. Limpiadores de piscinas y pintores de mediana edad, en su mayoría. Tipos frágiles a nivel emocional que no están hechos para relacionarse con los demás. Muchos de ellos tenían un historial desgraciado en empleos de oficina y el hecho de trabajar al aire libre solos les proporcionaba una salida del sistema a la vista de todos. Como deferencia a su intranquilidad, Nikki se lo puso fácil.

—Solamente quiero que mire una fotografía.

Cuando le mostró el retrato, los ojos de él apenas lo miraron.

—Solo he venido hoy para cerrar las contraventanas por si llega ese huracán —dijo con cierto tono de súplica.

Heat trató de encontrar en él alguna reacción. ¿Era aquella mirada huidiza y parpadeante simple estrés o algo más?

—¿Le ha visto alguna vez?

—No me gusta meterme en cosas que no son asunto mío. No soy más que el guarda —repitió.

—¿Alguna vez ha oído el nombre de Fabian Beauvais?

—Usted debería hablar con mi jefe —respondió él cerrando los ojos.

Entonces, Nikki se distrajo con algo. Por detrás del guarda, Rook la miró con una sonrisa traviesa y atravesó de puntillas el hueco de la valla. ¿Qué narices hacía? El hombre se dispuso a mirar hacia atrás, pero Nikki volvió a atraer su atención.

—¿Y su jefe? ¿El señor Gilbert ha mencionado su nombre alguna vez?

No respondió. Tras la valla oyeron un ladrido insistente y la voz de Rook aún más acuciante:

—¡No!

Cuando entraron, el pastor alemán tenía entre sus fauces la pierna derecha de Rook. Sus dientes afilados se aferraban a la pantorrilla por encima del talón de Aquiles. Pero solo lo agarraba con fuerza, sin morder. Con ello el perro guardián conseguía su objetivo: inmovilizarlo mientras esperaba nuevas órdenes.

—Apártelo —le pidió Rook tratando de mantener la calma.

El guarda pasó un dedo por su garganta como la señal de «corten» de un director de televisión y el perro guardián lo soltó. Después, se dio un par de toques en el muslo y el pastor alemán se alejó de Rook y obedeció la orden corriendo a sentarse junto a la pierna izquierda del hombre en posición de alerta.

—Ha tenido suerte. Este Topper es muy aficionado a los desconocidos.

Las orejas del perro se movieron cuando oyó su nombre, pero siguió con la mirada fija en Rook, que volvió a colocarse junto a Heat.

—Lo siento. De verdad. La puerta estaba abierta y he pensado que no pasaba nada.

Nikki aprovechó la oportunidad para observar la mansión. Keith Gilbert se había quedado corto, pues con toda su grandeza, sus múltiples gabletes, sus miradores, su molino de viento decimonónico asomándose al jardín ornamental, el cenador junto a la piscina y el edificio anexo que albergaba lo que parecía que eran cuatro piraguas de mar, un par de *lasers* y un *hobie cat*, solo podía llamarse mansión. El guarda interrumpió su inspección:

—Va a oscurecer dentro de una hora y tengo que terminar algunas faenas. Cerraré la puerta cuando salgan.

—Por esto es por lo que te digo que te quedes en el coche —dijo ella en cuanto el cierre se deslizó tras ellos.

—De haberlo hecho, nunca habrías visto esa casa. ¿Has visto todo ese jardín? Parece directamente sacado de la revista *Architectural Digest*.

—Quiero preguntar a los vecinos.

Nikki cruzó la carretera e intentó buscar una casa lo suficientemente cerca como para que se considerase vecina. Eligió la más cercana. Una casa de estilo marroquí moderno que no se adecuaba a aquel entorno y que estaba situada junto al estanque.

Rook no paraba de hablar mientras se acercaban a la casa.

—¿Cómo puede ser que Gilbert diga que eso no es una mansión? Santo Dios, ¡si es del tamaño de un hotel! No, es la hermana pequeña de Downton Abbey, solo que de madera. ¿Y has visto la variación del color en el tejado y el enlucido? Esa debe ser la rehabilitación de la que se quejaba.

Lo cierto es que Nikki también se había fijado en el nuevo tejado, primero en el viejo molino y después en la casa y el tejado. Las partes antiguas parecían ligeramente más oscuras que las rehabilitadas.

—Se han hecho muchas obras en esa casa desde la primavera. —Eso quería decir que no debía andar lejos una de las teorías de Rook.

—Ya estamos.

—Oye, no creo que sea ninguna locura decir que nuestro trabajador haitiano muerto estaba en las obras de Cosmo. De hecho, ¿estás lista para mi hipótesis?

Heat contestó que no, pero él la soltó de todos modos. Una hipótesis que ella misma ya había imaginado.

—Hay un tipo que está a punto de presentarse a un cargo político. Se somete a mucho escrutinio. Todo el mundo olfateando cada aspecto de su vida. ¿Y qué esqueleto incriminatorio podía estar guardando en su armario? El de dar trabajo a un inmigrante ilegal.

—¿Y crees que los diez mil dólares fueron para que Beauvais guardara silencio?

—Da qué pensar, ¿no? —A continuación, Rook se enderezó y sonrió—. Confirmación. Bienvenida, vieja amiga.

Alicia Delamater les invitó a entrar.

—No me habían parecido predicadores religiosos —dijo mientras Heat se guardaba la placa—. Y no es que se puedan conseguir demasiados conversos en esta zona. ¿Puedo ofrecerles algo?

Heat vio la media copa de vino tinto que había sobre el aparador lacado en negro, donde debía haberla dejado cuando llamaron al timbre.

—Muy amable. Solo queremos hacerle unas cuantas preguntas y después nos iremos.

—Claro. Pero ¿pueden acompañarme? Me han pillado en mitad de un asunto. —La siguieron desde el vestíbulo hasta el comedor, que había convertido en un despacho—. Me estoy descargando unas cuantas fotografías de bebés para hacer carteles para el sesenta cumpleaños sorpresa del padre de una clienta. —Rodeó su monitor gigante y frunció el ceño—. ¿Pueden creer que siga habiendo gente que usa ADSL? Es tan de barrio bajo...

Aparte de, quizá, alguna *pizza*, no se había servido ninguna comida en esa sala desde hacía mucho tiempo. Mostraba un caos ordenado, con superficies y estanterías llenas de calendarios de gran formato, menús de servicios de comida, carpetas de anillas con apellidos de clientes en el lomo y fotografías de eventos con participantes de la alta sociedad y famosos.

—Supongo que usted es organizadora de eventos —dijo Rook.

—Organizadora, ejecutora, psiquiatra a tiempo parcial de ricos disfuncionales... Incluso he hecho de aparcacoches de algún Bentley si eso hace feliz al anfitrión. —Alicia Delamater irradiaba que sabía hacer de todo. Además de energía y ambición, desprendía una vitalidad evidente, como si nunca descartara darse un chapuzón desnuda o tomarse un margarita servido en una copa roja. Nikki supuso que sería más o menos de su edad, pero mostraba cierto rodaje que debía de ir con el estilo de vida—. Enseguida estoy con ustedes —dijo rindiéndose ante la lenta velocidad de la conexión.

—¿Le importa que le pregunte si lleva por aquí mucho tiempo?

—Unos dos años. Me harté de la locura empresarial y decidí crear mi propia marca. Me mudé aquí, puse en marcha mi propio negocio y *voilà*.

—Le debe ir bien —dijo Rook.

—No me llama Puff Paddy para que resucite su Fiesta Blanca, pero no me va mal. —Posó su mirada en el atractivo periodista y lo evaluó sin disimulo.

Heat interrumpió esa situación enseguida con la fotografía.

—¿Habrás visto alguna vez en los últimos meses a este hombre?

La mujer dejó escapar una carcajada ronca.

—Dios mío, ¿está de broma? Claro. Es Fabian. —Después, lanzó a Heat una mirada de preocupación—. Esto es un retrato policial. ¿Se ha metido en algún lío?

Nikki siguió mostrando calma, pero Rook saltó emocionado:

—¿Y sabe su apellido?

—Es algo así como francés o haitiano. No Bouvier, pero algo parecido.

—¿Beauvais? —intervino Heat. Alicia lo confirmó asintiendo con la cabeza—. ¿De qué o de dónde lo conoce?

—Ha trabajado aquí para mí. Con la tormenta Irene sufrí muchos daños por la inundación y tuve que pasar el invierno con ellos. Contraté a Fab en verano para poner la casa a punto.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio? —intervino Rook.

—Exactamente hace dos semanas. Se hizo un corte en la pierna con la podadora eléctrica. Me ofrecí a llevarlo a urgencias, pero se negó. Probablemente le daba miedo por ser ilegal. —Una idea le cruzó por la mente—. ¿No habrán venido ustedes porque contraté a un inmigrante...?

—No —la tranquilizó Nikki—. Solo estamos tratando de saber cuáles fueron sus movimientos. ¿Se relacionó con alguien más de por aquí? Quizá hizo algún trabajo para algún vecino. —Nikki contuvo la respiración en espera de la conexión con Keith Gilbert. Pero Alicia negó con la cabeza.

—Imposible. Lo tuve muy ocupado aquí, créanme.

—¿Le contó Beauvais adónde iba cuando se marchó de aquí? —preguntó Rook.

—Lo único que dijo es que volvía a Nueva York.

Heat pasó una página de su cuaderno.

—¿Y visitas? ¿Tuvo alguna? —La mujer volvió a negar—. ¿Alguna vez habló de algún problema o conflicto con alguien?

—No; lo siento, detective. Era un tipo agradable que trabajó en mi casa y luego se fue. No tengo mucho más que decir.

Recorrieron el camino de la entrada en silencio. Heat tenía sensaciones opuestas. No solo la nueva decepción de que la relación de Fabian Beauvais apuntara a Alicia Delamater en vez de a Keith Gilbert, sino el recelo que le despertaba que, de todas las casas en las que podía haber terminado el haitiano en una zona del tamaño de los Hamptons, lo hubiera hecho en la de la vecina de Gilbert. Como solía ocurrir a menudo, Rook expresó en voz alta los pensamientos de ella:

—¿Ha pasado la prueba del olfato?

—No nos ha preguntado por qué estamos interesados en él.

—Pero tú tampoco se lo has dicho. ¿Lo has hecho aposta, detective?

—Quiero llamar a alguna puerta más.

No recibieron ninguna respuesta en las primeras cuatro casas que sondearon. Decidieron probar con una más antes de que oscureciera y fueron recibidos en el

camino de entrada de la casa de un autor de éxito, un escritor de novelas de misterio que normalmente ocupaba los mejores lugares en los expositores de las librerías de los aeropuertos.

—Claro que puedo dedicarles un minuto. Connelly, Nesbø y Lehane me están esperando en la pizzería, pero no pasa nada. Les viene bien un poco de humildad.

Se rio y eso suavizó su aspecto fornido, consiguiendo que su icónico rostro se pareciera a sus primeras fotografías como escritor, las que tenía antes de que empezara a aparecer con gafas de sol y abrigos de cuero en un callejón oscuro. Hizo un educado saludo de reconocimiento con la cabeza a Jameson Rook cuando Nikki le presentó, pero el novelista de intriga parecía más entusiasmado con Heat y su indagación policial.

—No, no puedo decir que haya visto a este hombre. Pero por aquí siempre hay un batallón de trabajadores temporales. Casi todos los días, hay alguien que está construyendo o demoliendo algo. ¿Ha preguntado en Beckett's Neck? Le aseguro que Gilbert ha estado él solito dándole la vuelta a la situación económica este verano.

—No hemos dado allí con nadie que pudiese ayudarnos —respondió Heat—. Aparte de usted, la única persona con la que hemos hablado es Alicia Delamater, la vecina de Gilbert.

Al parecer, aquello le resultó gracioso al escritor. Repitió la palabra «vecina», hizo en el aire un gesto de entrecomillado y se inclinó hacia delante, como si alguien pudiese oírlo en su finca de una hectárea y media.

—Mejor diga «amante» y acertará.

—Ajá —contestó Rook—. ¿Así que han estado practicando el salto de seto?

—Más que eso. Se rumorea que Keith Gilbert se la estaba beneficiando cuando ella trabajaba en su naviera. Debió de ser buena, porque la instaló aquí y le montó su negocio.

Rook asintió.

—Eso sí que es buscarse un seguro de oro.

—Siguiendo el consejo de las revistas —dijo el escritor.

Cuando abrió la puerta y vio a Heat y a Rook, la sonrisa de Alicia Delamater parecía forzada.

—¿Han vuelto para ver cómo sigue mi descarga de internet? Aún no ha terminado, ¿se lo pueden creer?

—Tengo algunas preguntas más, si le parece bien.

Alicia se encogió de hombros y sonrió un poco más. Heat enfatizó sus palabras apoyando el bolígrafo sobre su cuaderno.

—Me preguntaba cómo llegó usted a contratar a Fabian Beauvais.

Alicia frunció los labios y recorrió con los ojos los tablones del techo de su porche.



—Es decir, ¿puede darme el nombre de la agencia? —insistió Nikki—. ¿O pasaba con su coche y lo escogió entre la multitud de inmigrantes que hay en los alrededores de la estación de ferrocarril?

—Eh... No recuerdo. Pero tengo su tarjeta. La llamaré cuando me acuerde.

Heat notó su respiración irregular y decidió presionar:

—¿Mantiene actualmente o ha mantenido una relación con Keith Gilbert?

—Yo... creo que deberían marcharse. —Y Alicia Delamater cerró la puerta de su casa.

—No soy detective, pero definitivamente yo consideraría eso como un sí —dijo Rook.

La recepcionista de la 1770 House les asignó el rincón más romántico del restaurante, una mesa para dos junto a un muro bajo que les daba privacidad al lado de la chimenea antigua para crear una atmósfera de intimidad.

—Me siento un poco rara viniendo a un sitio tan especial como este sin equipaje —dijo ella después de sentarse.

—¿Ves? Eso es un comienzo —comentó Rook. Extendió las manos por encima del mantel y agarró la de ella—. No sigues insistiendo con lo de que he estado aquí antes.

Heat observó las vigas vistas del comedor, las bonitas pinturas al óleo y las antiguas vitrinas que adornaban las paredes. Al ver cómo el reflejo de la chimenea titilaba en la cara de Rook, Nikki sintió por dentro una sensación de calor y expectación y deslizó la otra mano para acariciar la de él.

—Me puedo despistar.

Conscientes de que East Hampton era un lugar pequeño, habían decidido en el coche que no hablarían del caso en un lugar público, lo cual resultaba difícil, pues aquella tarde les había planteado tantas preguntas como respuestas. Pero tendrían que esperar. Una botella de Sancerre de Lucien Crochet esperaba metida en hielo y la orden del día más acuciante para Heat y Rook era elegir entre bacalao del Atlántico a la plancha y pollo de corral con puré de patatas y berzas.

Rook hizo una mueca.

—¿Te supone algún problema el pollo después de lo de hoy? —preguntó ella.

—¿Por qué gustan tanto la berzas? ¿Sabes lo que es? La berza es el vello público de las verduras.

—¡Calla! —Nikki paseó la mirada por las demás mesas, pero nadie más le había oído.

Él se inclinó hacia delante y bajó la voz:

—En serio. ¿Sabes a qué sabe la berza? A las partes bajas del Gigante Verde. No me preguntes cómo lo sé.

Se rieron e hicieron un romántico brindis con sus copas de vino. Nikki se quedó

mirándolo mientras trataba de controlar su expectación al tiempo que la aceptaba y sentía su emoción. En ese momento, sonó su teléfono. Miró discretamente y vio que la llamada era del detective Ochoa.

—Perdona.

—No, por favor. Responde.

Heat se excusó.

—Espera —dijo con un susurro mientras iba hacia la recepción del restaurante.

Eran Ochoa y Raley, que llamaban deseosos de informarla.

—Aún no hemos encontrado ningún testigo ocular y las cámaras de seguridad no han dicho nada a nuestro favor —empezó explicándole Ochoa—. En cuanto a Wall Street, hasta ahora este tipo ha sido candidato a la santidad. Aunque seguiremos indagando por ahí.

—Pero vamos a lo raro. ¿Quieres que hablemos de calcetines desaparecidos? —preguntó Raley usando la expresión que ella había acuñado para ordenar a su brigada que en el escenario de un crimen buscaran siempre cosas que no encajaran o que no les parecieran apropiadas—. Hemos pasado el día aquí examinándolo todo con la policía científica y el especialista en inventarios de la compañía de seguros. No se han llevado nada de valor. Y hay bastantes cosas. Joyas, cuadros de coleccionista, esculturas... Incluso algunos krugerrands de oro en un humidificador de puros.

—En fin, que han vaciado los cajones, han revuelto las estanterías, han desvalijado los armarios, ya te lo puedes imaginar —continuó Ochoa—. Pero todas estas cosas de valor están por ahí y no parece que se hayan llevado nada.

—Ah, hasta la habitación de la asistenta la han revuelto —añadió Raley—. Y resulta raro. Es bastante austera. Solo algo de ropa y maquillaje. Y no hay ninguna caja fuerte dentro.

—Estaban buscando algo —dijo ella.

—Y no sabemos si lo han encontrado.

—¿Y la asistenta? —preguntó Heat.

—No la encuentran por ningún sitio —contestó Ochoa—. Desaparecida del todo.

—Y te llamamos por una razón. La asistenta no solamente es haitiana, sino que en su habitación hemos encontrado una fotografía de un tipo que podía ser su novio. —Raley hizo una pausa—. Tiene un tatuaje en el hombro. *L'union fait la force* —dijo con una pronunciación chapucera—. Disculpa mi acento.

Dejaron su mesa junto a la chimenea, pagaron la habitación sin usarla y emprendieron viaje en dirección oeste, realizando tan solo una parada técnica en Sagapanack para comprar comida para llevar en Townline BBQ.

—Hasta aquí ha llegado nuestra cena romántica —dijo ella.

—Yo más que una cena romántica la considero una incursión. Pero está bien. Pospongámosla para mañana por la noche —propuso Rook mientras se incorporaban al rosario rojo de luces traseras de la 495—. ¿Qué te parece una cena íntima para dos en la azotea? Estoy seguro de que Alton Brown tiene algo en el repertorio de su libro *Good Eats*. Buscaré en el índice el capítulo «Tiquismiquis y salidas por la escalera de incendios».

—También podrías preguntarle a Alicia Delamater. Apuesto a que ha cruzado más de una vez la calle hasta Casa Cosmo con un plato.

—Con un plato caliente, diría yo. Seguro que esa es la razón por la que Keith Gilbert dijo que su mujer nunca va allí.

—Vamos, Rook. Está claro que es al revés. La mujer nunca va allí, por lo que es el lugar perfecto para esconder a su amante.

—Pues resulta que no la esconde tan bien. Eso es lo que pasa con los secretos. Los dos lo sabemos. Tarde o temprano, todo sale a la luz.

Ahí estaba, servida en bandeja de plata: la oportunidad de Nikki de confesarle lo del comando especial y liberarse de los remordimientos que había estado sufriendo todo el día. Estuvo a punto de aprovechar la ocasión, pero se contuvo diciéndose a sí misma que era demasiado arriesgado, que esperaría a ver. En realidad, sabía que no era por el carácter hipotético del trabajo, sino por lo que tenía de perturbador. Sus emociones ya estaban demasiado revueltas con la previsible propuesta de matrimonio por parte de Rook, ¿para qué sacar el espinoso tema de un nuevo trabajo que implicaba numerosas ausencias por viajes al extranjero?

—Me pregunto si es posible que Fabian Beauvais se pudiera oler lo de la relación ilícita de Gilbert y que eso le haya llevado a tirarse desde el cielo sin paracaídas —apuntó él—. ¿Podría ser que ese dinero fuera el pago de un soborno?

—¿Qué es esto?, ¿tu teoría número diez?

Aunque Heat se burlaba de él, ya había añadido esa idea a su creciente lista de posibilidades. Pero Nikki se guardaba para sí esa lista. Había visto a demasiados detectives que se enamoraban de una teoría demasiado pronto y le cerraban la puerta al resto de posibilidades.

—¿Me permites una observación? —preguntó ella—. Keith Gilbert ya tiene que saber que hemos estado fisgoneando por allí. Aunque su guarda no se lo hubiera dicho, está claro que Alicia sí. Eso ha sido hace casi tres horas y todavía no ha habido ninguna reacción. Ni una llamada ni un mensaje, ni un bramido por parte de los

mandamases del departamento.

—Detective, ya sabe que este asunto va despertando cada vez más curiosidad. Cuando propuse este caso como un artículo para *First Press* no tenía ni idea de que terminaría siendo tan jugoso. Un extranjero que cae a la tierra desde el cielo podría simbolizar ahora la caída de una estrella política emergente. Se escribe solo, ¿verdad? —A continuación, añadió rápidamente—: No se escriben solos, que lo sepas. Nunca.

Si los detectives Raley y Ochoa estaban cansados, no se les notaba cuando Heat y Rook pasaron por debajo del cordón de la policía y entraron en el apartamento de West End Avenue esa misma noche. La emoción por estar dirigiendo su propio caso había hecho que el día se les pasara volando a los Roach, que se encontraban en lados opuestos de la sala de estar, cada uno de ellos consultando con un técnico distinto de la policía científica junto a unas brillantes lámparas portátiles que hacían que pareciera que era mediodía más que medianoche.

—Ah, muy bien. Vosotros os vais a los Hamptons de minivacaciones y nos dejáis a nosotros lo más pesado —dijo Ochoa cuando los cuatro se reunieron junto a la mancha de sangre.

Heat quería ir directa a la posible conexión del tatuaje, pero se resignó a seguir el ritual policíaco de no manifestar ninguna emoción como reacción al agradecimiento encubierto que le acababa de mostrar por aquella oportunidad.

—Sí, bueno, hasta que nos has interrumpido de esa forma tan grosera, estábamos alternando con J-Lo, Jerry Seinfeld y Martha Stewart. Hemos vuelto solo para reírnos de todas las pruebas que os habréis pasado por alto.

Una vez cumplido el protocolo, los Roach empezaron a hacer una recapitulación con un recorrido. El caos se correspondía con lo que los Roach les habían contado por teléfono. Aquel apartamento de lujo parecía como una cabaña en la que hubiese entrado un oso y hubiese lanzado zarpazos contra cualquier lugar donde pudiese haber comida escondida. Todas las estanterías, armarios de ropa y muebles habían sufrido arañazos, estaban volcados y tenían cortes. Habían sacado fotografías de los objetos de valor —el ladrón o los ladrones se habían dejado allí muchos de ellos—, habían hecho un inventario y los habían metido en cajas con el sello del departamento forense de la policía de Nueva York. Los técnicos de la policía científica seguían todavía buscando huellas y recogiendo fibras en el cuarto de la asistenta cuando ellos llegaron.

—¿Le hemos dado nosotros la vuelta al colchón o ya estaba así? —preguntó Heat.

—Lo hemos encontrado así —respondió el detective Raley. Después, al notar la seriedad de la jefa de su brigada cuando se agachaba para inspeccionar los modestos efectos personales esparcidos por el suelo (un cepillo de pelo, un pequeño crucifijo, maquillaje de supermercado y un pequeño cirio), añadió con tono más suave—:

Hemos encontrado talones bimestrales en el talonario de extendidos a su nombre. Se llama Jeanne Capois.

—Sí, lo tengo en tu aviso de Personas Desaparecidas. —Se levantó y fue a la ventana—. ¿Esto estaba cerrado así?

Ochoa asintió.

—Y ninguna señal de haber salido.

—¿Algo de sangre aquí dentro?

—No —respondió el técnico equipado con una redcilla para el pelo y traje esterilizado—. Pero seguimos buscando.

—¿Y la fotografía? —preguntó Nikki.

—Hemos sacado esto del suelo debajo del colchón de muelles. —Ochoa levantó en el aire tres sobres de pruebas de plástico. Los dos primeros contenían fotos grupales de amigos: una en una discoteca y otra en Battery Park con la Estatua de la Libertad al fondo—. Deben haberse caído del tablón de anuncios.

Heat vio el pequeño tablero de corcho torcido en la pared con una fotografía de un atardecer tropical sujeta con una chincheta sobre un trío de rectángulos descoloridos donde debían haber estado las otras dos fotos. Solo una mujer aparecía en ambas fotografías. Negra, de veintitantos años, guapa. La tercera foto era de un hombre negro solo, también de veintitantos. La habían sacado en la pasarela de Coney Island y estaba sin camisa. En uno de sus hombros se mostraba frente a la cámara el tatuaje haitiano.

—Llevaremos esta al equipo forense para que verifique la correspondencia del tatuaje —dijo Raley anticipándose a ella.

—¿Alguien del edificio la conoce o la ha visto recientemente? —preguntó Heat. La respuesta llegó con una gran sonrisa de los Roach que decía que sí—. Chicos, parece que sabéis lo que hacéis.

Wilma Stallings, la limpiadora de un apartamento al otro lado del pasillo, había identificado a Jeanne Capois cuando los Roach estuvieron llamando a las puertas durante su sondeo rutinario ese mismo día. Les repitió a Heat y a Rook que no había oído el alboroto porque, a sus setenta y ocho años, era muy dura de oído. El alto volumen de la televisión en una de las habitaciones de atrás también podría haber sido otra razón.

—Qué lástima. El señor David era un hombre maravilloso. Les he dicho a los otros detectives que debería haber dejado que se llevaran lo que querían. ¿Están seguros de que no quieren sentarse? La pareja para la que trabajo está fuera, en su casa de Stowe.

La siguieron a la sala de estar y Nikki confirmó in situ lo que los Roach habían dicho cuando hizo sus propias preguntas sobre la mujer desaparecida y su vida. Wilma había visto por última vez a Jeanne Capois sobre las diez de la noche anterior.

—Parecía enfadada. Normalmente, esa joven tenía una alegre sonrisa y todo el tiempo del mundo. Pero cuando la vi en el pasillo, estaba pulsando el botón del ascensor como si fuese una tragaperras. Ni siquiera me saludó.

—¿Llevaba algo consigo? —preguntó Heat.

—No. Solo el bolso.

—¿Parecía especialmente lleno o pesado?

—Qué pregunta tan curiosa... No. No, que yo notara.

Por supuesto, Heat quería saber si las prisas de Jeanne Capois eran por sacar algún objeto desconocido del apartamento. Es decir, suponiendo que ese hubiera sido el motivo del asalto.

—¿Ha tenido alguna visita recientemente o le ha hablado de alguien que la estuviese molestando?

La anciana negó con la cabeza.

—¿Sabe usted cómo consiguió este trabajo? —preguntó Rook.

—Ah, sí. Por una agencia. —Entonces, se quedó con la mirada fija. De hecho, estuvo tanto tiempo así que Nikki se preguntó si le estaría dando algún tipo de ataque. A continuación, salió de la inopia y continuó—: Avellanas Felices. Sabía que me acordaría. —Sonrió y levantó una mano que Rook palmeó en el aire. A continuación, Wilma apretó los ojos tras sus gruesas gafas y se dio un manotazo en la rodilla con gesto divertido—. Estoy en racha. Me he acordado de otra cosa. Esos jóvenes detectives me han enseñado una fotografía.

Nikki había sacado con su iPhone una foto a la del hombre de Coney Island, Fabian Beauvais. Se la enseñó a Wilma e intercambió una mirada esperanzada con Rook.

—Sí, esa. Acabo de acordarme. Le he visto antes. Ese muchacho trajo a Jeanne al apartamento una noche el mes pasado. O en junio. No sé. El señor Davis estaba en Florida, eso sí lo sé.

Nikki se tranquilizó con la importante conexión que había establecido la anciana asistente. Le pasó la foto para que la viera con más detalle.

—Pero ¿está completamente segura de que era él?

—Del todo. —Se llevó un dedo artrítico a la sien—. A veces me funciona con retraso, pero siempre acierta.

—¿Cómo se comportaron? ¿Parecía que se conocían bien? —preguntó Rook.

—Se estaban metiendo la lengua hasta la garganta.

—Bastante bien entonces —dijo él.

A primera hora de la mañana siguiente, Heat hablaba con su brigada desde el panel que contenía la información sobre el asesinato.

—Gracias a una fotografía que ha reconocido una testigo que han encontrado los detectives Roach, ahora tenemos una conexión sólida entre Fabian Beauvais y el

homicidio durante el asalto a la casa de Shelton David, *Shelly*. —Raley y Ochoa estaban sentados en sus sillas con la espalda encorvada hacia delante, los dos con los ojos hinchados y vestidos con la ropa del día anterior. En el hueco entre los dos hombres muertos, Nikki había colgado una imagen ampliada de Jeanne Capois sacada del *selfie* de Battery Park—. ¿Roach?

Raley hizo un gesto con la cara hacia su compañero y Ochoa se puso de pie para relatar lo que contenía su informe. Detalló los hallazgos en la escena del crimen, incluido el calcetín desaparejado que suponía un asalto a una casa sin que aparentemente hubiese un robo.

—¿Y no pensáis que el registro fuera solo para disimular el asesinato de la víctima? —preguntó Randall Feller.

Ochoa asintió.

—Esa idea nos gusta. Incluso tenemos a Opie investigando al viejo corredor de bolsa a través de su contacto de la comisaría del distrito uno. Aún sigue en ello, pero el juego cambió cuando descubrimos la relación entre la asistente desaparecida y el hombre espachurrado. —Sin necesidad de darse la vuelta, pudo notar la mirada reprobadora de Nikki fija sobre él y rectificó—: Quiero decir, el señor Beauvais. —A continuación, miró a Heat y añadió—: Hemos sacado al detective Rhymer de su misión en Wall Street para que busque el rastro de Jeanne Capois.

—Como es lógico, ella es ahora la pista más importante —intervino Raley—. Si tiene más información, se encuentra en peligro o es una de las cómplices. Solo queríamos que lo supierais.

Heat respondió con lo más inteligente que se le ocurrió:

—Es vuestro caso, vosotros decidís.

El detective Rhymer informó de que ya había empezado a preguntar en las mismas agencias con las que había contactado en su investigación para identificar a Beauvais.

—He enviado su fotografía a aeropuertos, estaciones de autobuses y de metro. El mensaje de voz del contestador de Avellanas Felices dice que no abren hasta las siete y media. Les haré una visita para ver si tienen direcciones alternativas o contactos para casos de emergencia en su ficha.

—¿Sigue sin haber ningún vídeo en los alrededores de West End Avenue de los asaltantes? —le preguntó Heat a Raley. Cuando este respondió negando con la cabeza, ella añadió—: ¿Se te ha ocurrido volver a revisar las cámaras de seguridad para ver adónde pudo haber ido Jeanne Capois al marcharse del apartamento?

—Se me ocurre ahora.

Todos se rieron, pero se quedaron en silencio de inmediato cuando vieron que Rook entraba en la sala. Traía su café y el de vainilla con leche para ella. Y no llevaba barba.

—¿Me he perdido algo? —dijo cuando notó aquel silencio.

—Sí, la mitad de tu cara —respondió Ochoa—. ¿Me has guardado al menos un

mechón para mí?

Durante el alboroto y el estallido de abucheos, le pasó a Nikki su café de Starbucks y esta articuló en silencio un «A mí me gusta» que le hizo sonreír —con una boca que ahora ella podía verle—. Después de lo de West End Avenue habían ido al *loft* de él. Era la una de la noche y estaban demasiado tensos como para dormir, así que se habían llevado dos copas y una botella de Hautes-Côtes de Nuit a la bañera. Él le contó que, en el avión, había visto a una chica Bond afeitando a Daniel Craig en *Skyfall* y, tras la segunda copa, Nikki se sentó a horcajadas sobre él con una cuchilla. No fue el agua caliente ni el borgoña lo que la excitó —bueno, puede que un poco—, sino la emocionante sensación de intimidad de aquel acto y la completa confianza de Rook, que descansaba la cabeza sobre el borde de la bañera mientras ella pasaba el afilado acero por su garganta hasta su pecho desnudo. El beso que se dieron al final hizo que ella atrajera de nuevo la boca de él y, por fin, se quedaron dormidos tras sorprenderse el uno al otro con una renovada intensidad.

—Bienvenida de nuevo, cara —dijo ella mientras Rook acercaba una silla para unirse al grupo. Heat informó a todos sobre la visita inesperada de Keith Gilbert y cómo había ido uniendo los puntos desde el matadero de pollos hasta los Hamptons, incluidos los encuentros con Alicia Delamater, que había declarado que Beauvais había trabajado para ella, no para su amante.

—Impecable —dijo el detective Feller, poniendo en palabras lo que todos pensaban—. No digo que no haya nada ahí, pero, para mí, las coincidencias son como los ambientadores: no hacen más que disimular el mal olor. El truco está en saber a qué huele. —Hizo un resumen de su recorrido por Flatbush—: Trabando amistad con la gente y repartiendo tarjetas de visita a todo el mundo que hablaba conmigo. Nadie ha identificado la fotografía ni los retratos robot, aunque mi instinto me dice que unos cuantos lo han reconocido. Seguiré con ello hoy.

—Llévate también la fotografía de Jeanne Capois.

—Quizá debería pasarme por alguna tienda de fotografía para comprar uno de esos álbumes pequeños. —Su teléfono sonó. Lo miró y levantó la pantalla hacia ella—. Prefijo 347. Puede que me estén devolviendo la llamada desde Flatbush. Más vale que conteste.

Feller se acercó a su mesa al otro lado de la sala para hablar más tranquilo. Sin ningún avance en las pistas ni en las teorías, Nikki dejó libre a la brigada para que hiciera su trabajo. Encendió su ordenador y vio un nuevo correo electrónico del departamento forense.

—Rook, mira esto. —Se giró para llamarle, pero él ya estaba a su lado—. Eres muy sigiloso cuando estás recién afeitado, ¿lo sabías?

—Soy todo pulcritud, como el legendario ninja. Estoy hecho de viento y humo, sin carne ni huesos. Bueno, salvo por ese truco en la bañera, ya sabes a qué me



refiero.

Nikki se tapó los oídos.

—¡Ah, por favor! —Giró el monitor para poder leer el informe los dos a la vez. En el departamento forense habían analizado la ropa de la habitación de Fabian Beauvais. Unos vaqueros tenían motas de salpicaduras secas y abrasiones de un barniz endurecido que se usa normalmente en exteriores para proteger la madera de la erosión.

—Sabes lo que esto significa, ¿no? —dijo Rook—. Barnizaba cubiertas de madera en la playa. Lo cual significa que Alicia Delamater nos mintió. Su engendro de imitación marroquí es todo de piedra sin ningún tipo de madera en el exterior.

—Para un poco. Este hombre podría haberse manchado con esas salpicaduras de barniz en cualquier sitio, no necesariamente de una cubierta de madera... Ya me entiendes.

—Sí. Estás aplicando la ley transitiva de la lógica matemática para decirme que C menos A no tiene que ser necesariamente igual a B. B de barniz. ¿Lo pillas? —Heat le dio un codazo—. Oye, sigue leyendo y verás qué más han encontrado.

Pero en medio de su entusiasmo, fue ella la que leyó el siguiente párrafo:

—«Un análisis de frecuencias ha revelado varias filas de marcas no paralelas, incluidas varias perforaciones suaves del tejido en una pantorrilla. Ver fotografía adjunta».

Abrió el archivo y los dos reaccionaron al verlo.

—Un mordisco de perro.

—No es un mordisco exactamente. Como yo mismo he sido objeto de uno de esos, diría que es un aviso de Topper. ¿Qué estás haciendo?

Nikki contestó sin dejar de escribir en el ordenador.

—Contestar a los del laboratorio. Ver si pueden detectar o identificar la raza de un perro por el pelo.

—Ya que lo haces, deberías preguntar también si pueden analizar el mordisco en busca de una posible identificación del ADN de mi amigo, el pastor alemán. —Ella se encogió de hombros con un gesto de «¿por qué no?» y lo escribió también—. El director del matadero dijo que Beauvais tenía una herida. ¿Es posible que fuese del perro?

—Todo es posible. Pero no hizo mención alguna a que hubiese sangre. Y de todos modos, tampoco la hay en estos pantalones. Les diré que vuelvan a buscar en el resto de la ropa.

—Sí, apuesto a que a esos chicos del laboratorio les encanta que los detectives callejeros les digan que sean meticulosos.

Un delator sonido de plástico anunció la llegada de Wally Irons con una camisa blanca nueva de uniforme y una chaqueta azul metidas en bolsas de la lavandería. El

capitán listo para las cámaras siempre tenía a mano ropa de repuesto por si se presentaba la ocasión de una conferencia de prensa o una foto. Pero en lugar de abrir la puerta de su despacho, entró en la sala y fue directo a la mesa de Heat.

Normalmente obsequioso con la prensa, ni siquiera miró a Rook.

—Adivine qué he estado haciendo durante los últimos quince minutos, detective. No, yo se lo diré. Estar sentado en mi coche en el aparcamiento recibiendo una bronca de la Oficina de Gestión de Emergencias. ¿Y por qué? Pues porque una porquería de tormenta tropical cercana a Jamaica acaba de pasar a huracán de Categoría Uno y parece ser que existe una fuerte sensación de que una caza de brujas dirigida desde mi propia comisaría está distraendo a las personas clave en la preparación de esta ciudad ante un posible ciclón.

—Y deje que lo adivine. Una de esas personas clave es Keith Gilbert.

—Dígame, Heat. ¿Ha estado paseándose fuera de su jurisdicción olfateando el culo de un respetado comisionado de la Autoridad Portuaria cuando toda esta zona está a punto de estar en alerta por tormenta?

Ahí estaba. Nikki se había preguntado cómo sería. Casi se había esperado otra visita del comisionado. O una llamada. Pero la presión llegó por otra vía. Una vía más sutil, de hecho, haciendo uso de un representante de alto nivel para ejercer la presión de Gilbert.

—Señor, me opongo a que se utilice la expresión «caza de brujas».

—Dígaselo al de la Oficina de Gestión de Emergencias. Ha sido él quien la ha usado. —Wally se cambió las perchas de ropa a la otra mano y se miró las marcas rosadas que los ganchos habían dejado en sus dedos porcinos.

—Con tormenta o no, señor, estoy dirigiendo la investigación de una muerte sospechosa que ahora está relacionada con un homicidio. —Hizo una pausa para dejar que aquello se filtrara a través de la dura mollera de Wally—. No me cabe duda de que al comisionado Gilbert le parece molesto que la policía esté investigando su posible relación con este asunto, pero ya sabe cómo funciona esto, capitán. Siempre seguimos las pistas hasta donde nos lleven sin miedo ni favoritismos.

Vio cómo aquello era recibido como un tópico por el superviviente que estaba de pie ante ella. Pero el otro filo de la espada a la que se enfrentaba Wally era mantener sus ropajes limpios en caso de que una futura investigación sobre su forma de dirigir aquel caso de asesinato lo mostrara como un obstruccionista. Heat tenía las suficientes tablas como para ver aquello y ejerció más presión desde ese ángulo.

—Señor, ¿me está ordenando que cese en mi investigación porque involucra a un alto rango del gobierno?

Esta vez, sí que pareció que Irons era bastante consciente de la presencia de Rook. Pasó los ojos del periodista a Nikki.

—Por supuesto que no. Le estoy dando parte desde todos los ángulos..., a medida que avanza.

No era necesario que aquellas palabras salieran de su boca. Pero lo único que

Heat quería era oírlas.

—Se lo agradezco mucho, capitán. —Heat y Rook intercambiaron gestos de celebración cuando él les dio la espalda—. Ah, capitán Irons, también quería pedir permiso para investigar los registros telefónicos de Keith Gilbert.

—Vale, Heat, ya sí que se está pasando.

—Pero, señor, si voy a...

—Ni hablar —espetó interrumpiéndola—. Le he dicho que puede seguir con su investigación. Pero no voy a despertar al león pidiendo una orden judicial contra el comisionado, no después de la llamada que acabo de recibir. —Iron Man se dispuso a marcharse, pero se lo pensó mejor y volvió a darse media vuelta para mirarlos—. En caso de que no lo haya tenido en cuenta, la Oficina de Gestión de Emergencias se solapa con el Departamento de Seguridad y otras agencias. Esto funciona porque estamos todos en el mismo bando y nos comunicamos entre nosotros.

—¿Cómo dice, señor?

—Estoy seguro de que el Departamento Antiterrorista también está dentro. —Le dedicó a Heat una mirada de complicidad. Ella sintió un aleteo de mariposas en su estómago temiendo que él llevara la conversación un paso más adelante y contara su secreto delante de Rook.

Nikki se movió, colocándose físicamente entre Rook y Irons para tratar de frenar aquello.

—Gracias de nuevo.

—Solo digo que tenga cuidado con dónde se mete. —El pánico se adueñó de ella. Y, a continuación, salió disparado—: Podría tener que despedirse de esa oferta de trabajo para el comando especial internacional. —Movi6 la cabeza con un chasquido de la lengua y, después, se dirigió a su despacho mientras sacaba las llaves.

El rostro de Rook, mucho más legible sin la barba, se contrajo.

—¿Qué trabajo? ¿De qué está hablando?

Heat le llevó a la sala de descanso, donde se sentaron en la única mesa. Dadas las circunstancias, ella se habría sentido más a gusto en una de las salas de interrogatorios. Al menos, Nikki no tenía que verse en un espejo mientras confesaba. Él la miraba con actitud pasiva mientras ella le hablaba sobre la verdadera razón del seguimiento de los de asuntos internos y la conversación a la que eso la había llevado con Zach Hamner, de la sede central de la policía.

—Quiero que sepas que esto me ha estado desgarrando por dentro. No te escondo ningún secreto, pero esto surgió justo después de nuestra... cosa..., de que tú habías estado tanto tiempo fuera que yo... no me sentía cómoda contándotelo justo en ese momento. Ha estado mal por mi parte por muchas razones, incluida esta. Esta es la peor.

Pero, al fin y al cabo, sí que le ocultaba otro secreto. Su casual hallazgo del recibo del anillo. Eso Nikki podría perdonarlo. O, al menos, verle una lógica.

—Olvidemos que me has ocultado esto. Por ahora —dijo él. Y una buena dosis de

alivio la invadió. Solo fue por un momento—. ¿Qué piensas hacer respecto a ese trabajo?

—No me lo han ofrecido oficialmente.

—Nikki, sabes que va a pasar. Por eso es por lo que me has mentido.

—No te he mentido.

—Por omisión.

—¿A eso le llamas tú olvidarlo?

—¿Cuál es tu intención? ¿Te lo estás pensando? Estoy seguro de que es un gran ascenso. Muy emocionante. Mucha responsabilidad, mucha satisfacción... —Lo dejó ahí para que fuera ella quien terminara la frase.

—Muchos viajes. —Nikki movía la cabeza arriba y abajo—, viajes al extranjero. Pasaría mucho tiempo fuera.

—Pero te estoy preguntando si lo harías.

La pregunta se quedó en el aire ocupando el espacio que había entre los dos. Como los dos estaban hechos de un tejido que les ordenaba acudir a llamadas y hacer sacrificios personales por obligación, ambos sabían hacia dónde se inclinaba ella sin tener que pronunciar aquellas palabras. De hecho, esa era la primera razón por la que le había ocultado la oferta.

Para Nikki Heat la suerte estaba echada. Había cruzado el Rubicón el día en que asesinaron a su madre y decidió hacerse policía.

—Hay una parte de mí a la que le gustaría escuchar alguna felicitación.

La cara que había confiado en ella de una forma tan absoluta, tan difícil de olvidar, en la bañera cuando le afeitaba ahora se había enturbiado.

—Creo que el momento para eso habría sido ayer, cuando me lo hubieses contado todo al recibir la llamada con la oferta —respondió él en voz baja. Y, a continuación, añadió—: Pero, sinceramente, espero que sea bueno para ti.

El teléfono de Heat sonó. Ella le enseñó que era Feller el que llamaba y Rook la dejó a solas para que respondiera. El corazón de Nikki se encogió cuando vio su espalda atravesando la puerta que daba a la sala sin soltar ninguna ocurrencia ni ponerle ninguna mueca graciosa. Sin ni siquiera mirarla.

—Estoy a punto de meterme en el túnel de Hipsterlandia. —El detective Feller albergaba un desprecio nada disimulado hacia las generaciones jóvenes que se habían anexionado Brooklyn, tal y como él decía, «echando a perder un barrio decente y trabajador que no necesita de más tiendas de pepinillos caseros ni de otras en las que se mezclan cerveza artesanal y antiguos discos de vinilo». Llevaba la ventanilla del coche bajada. Ella podía oír que iba rápido—. He recibido una llamada de un tipo que conoce a otro tipo con el que hablé en mis sondeos por Flatbush. Cree que vio a esos dos matones a los que perseguimos. Iban por ahí preguntando por Fabian Beauvais hace unos días.

—Eso es estupendo, Randall.

—Ya veremos. Esta gente ayer no estaba tan dispuesta a hablar.

—Utiliza tu encanto natural.

—Es más divertido sacárselo a golpes, pero bueno. Te mantendré informada.

Heat colgó y entró en la sala para contarle la noticia a Rook. Lo encontró guardando su portátil y sus notas en su mesa de okupa.

—¿Vas a algún sitio?

—La verdad es que sí. Tengo mucho trabajo con este artículo y aquí no voy a escribir nada. Te veo luego.

Nikki quería algo más. Quería conversación. Quería una sonrisa. Quería que todo volviera a ser lo de antes. Pero allí de pie, llena de remordimientos y vergüenza, lo único que consiguió decir fue:

—Claro. ¿En tu casa? ¿En la mía?

—No sé. Nos llamamos.

La idea de la azotea y las velas se convirtió en una esperanza que se hundía, cayendo en picado sin ningún comentario, desplumada.

Heat trató de llamar a Rook cuando encontraron el cadáver de Jeanne Capois, pero su teléfono la pasó directamente al buzón de voz. No es el tipo de noticias que se dejan en un mensaje, así que lo solventó con: «Un gran avance. Estaré en el terreno con mi móvil». Se resistió a decirle que la llamara. Parecería demasiado necesitada.

El detective Ochoa la vio y se acercó a su coche de paisano cuando ella frenó delante de la escuela de secundaria de West End Avenue. Nikki se detuvo para su habitual toma de aire y, a continuación, se reunió con él en la acera.

—Ha sido el bedel del colegio el que la ha encontrado —dijo él mientras la acompañaba a la valla de hierro negro que había entre el edificio de granito del colegio y un edificio de múltiples usos con una consulta de dentista en la planta baja—. Hoy se recoge la basura. Iba a acercar los cubos a la acera y ahí estaba, tirada detrás de ellos. Lauren dice que hay tanta sangre que no le cabe duda de que la han matado aquí.

La doctora Parry estaba agachada encima del cadáver haciendo sus análisis y diciéndole al técnico de la policía científica dónde tenía que sacar fotografías.

—Vaya mierda más sádica —dijo el detective Raley. Sabía que a Heat no le gustaban mucho las blasfemias, pero lo soltó—. Lo siento, pero es que esto es una jodienda.

Nikki se inclinó por encima de la médica forense para mirar y se apartó rápidamente.

—Esto es más que pérdida de sangre por una paliza —le explicó Lauren—. En mi informe preliminar, doy por seguro que la causa de la muerte es la asfixia. ¿Ves las marcas de estrangulamiento en el cuello? Por ahora, no he visto signos de agresión sexual, así que imagino que ha sido un perturbado o un torturador.

—Dados los estragos del apartamento en el que vivía, apuesto por la tortura —

apuntó Ochoa.

—Yo también —dijo la forense—. Acercaos. ¿Veis las yemas de los dedos? Eso lo han provocado unos alicates. ¿Veis las marcas de las agarraderas de dentro de las tenazas? Y los ojos. Parece como si les hubieran echado una especie de líquido tóxico o corrosivo. La mancha brillante de su blusa podría ser de anticongelante para coches. Lo analizaré. —Heat volvió a apartar la vista y se puso de pie para mirar las luminosas hojas amarillas que se mecían en los árboles otoñales mientras ella contemplaba el horror de los últimos momentos de vida de Jeanne Capois—. Mirad también los rasguños alrededor de la boca por donde la debieron amordazar. Hay también muchas quemaduras alrededor de los pechos y en las plantas de los pies.

—¿Y esto de aquí? —preguntó Nikki—. ¿Estas marcas por encima de las muñecas?

—Concuerdan con alguna especie de sujeción que se le haya clavado en la piel.

—¿Como unas esposas desechables?

Era Ochoa quien lo había dicho, más que preguntarlo. Los tres detectives se acordaron de inmediato de las bridas ensangrentadas que había recuperado el vendedor del puesto que había en la puerta del planetario donde Fabian Beauvais se había estrellado.

—Es muy posible —dijo Lauren Parry, la científica del grupo—. Para estar segura, me gustaría examinarlas con más atención en la oficina forense.

—Son unas esposas desechables —afirmó Ochoa.

—¿Puedes calcular la hora de la muerte? —preguntó la detective Heat.

—Yo diría que el cuerpo lleva dos noches aquí —contestó la forense a la vez que colocaba bolsas de papel marrón por encima de las manos de la víctima para conservar pruebas de ADN y de partículas—. En cuanto a la hora, es difícil. Voy a necesitar hacer unos análisis en el laboratorio para daros una franja. Si los resultados coinciden, eso sería la noche del asalto a la casa.

Nikki bajó la mirada hacia el rostro tierno y amable de Jeanne Capois, un fuerte contraste con la agonía brutal que había padecido. ¿Cómo había sido su vida? Las fotografías encontradas en su habitación mostraban a una mujer joven y alegre con muchos amigos, una sonrisa que iluminaba el mundo y un novio. Un novio que también había muerto de una forma horrible. Heat pensaba en una mujer inmigrante de veintitantos años que había llegado a Nueva York, como tantas otras, para vivir su propio sueño americano. Y ahí es donde había acabado. En un recinto donde guardaban la basura. De camino a una mesa de acero inoxidable en una sala de autopsias del sótano de la comisaría del distrito treinta este. ¿Cómo había ocurrido? ¿En qué se había metido? Heat sí sabía seguro algo: en vista de la coincidencia en el tiempo y de su relación con Fabian Beauvais, ahí había algo más que la historia de una inmigrante que va en busca de una vida mejor.

Los detectives se apiñaron en la acera mientras la furgoneta del centro forense daba marcha atrás hacia la valla del recinto de basuras. Aunque la escuela de

secundaria había cerrado todo el día tras el hallazgo, los técnicos rodearon la zona con carpas para tener privacidad mientras cargaban el cuerpo.

—Hora de la muerte, ¿antes o después del asalto al apartamento? —preguntó Heat.

—Podría ser cualquiera de las dos cosas —contestó Raley—. Primera posibilidad: la atrapan después de salir del edificio a las... ¿A qué hora dijo la asistenta anciana?

—A las diez de la noche.

—Eso es. Y la traen hasta aquí... o la encuentran escondiéndose aquí... y empiezan a forzarla para tratar de sonsacarle lo que sea que quieren saber.

—Pero, entonces, ¿por qué narices van a destrozar el apartamento? —preguntó Ochoa mientras negaba con la cabeza.

—Quizá no les dijo lo que querían saber —contestó Heat—. O les mintió.

Las patas metálicas de la camilla se plegaron cuando la cargaron. Y todos dejaron de hablar y pensaron en la fuerza de voluntad que aquella mujer debía tener ante un interrogatorio tan profesional como aquel.

—Caballeros, sigue siendo vuestro caso. ¿Qué pasa ahora?

—Quiero que unas cuantas unidades peinen las cuatro manzanas que hay entre este lugar y el apartamento para ver si alguien vio u oyó algo esa noche —respondió Ochoa sin vacilar—. Si la estaban persiguiendo, debió hacer algún ruido. También debió hacerlo aquí, aunque la tuviesen amordazada.

—Y como sigo siendo el rey de las cámaras de seguridad, voy a buscar alguna —dijo Rales.

Heat se quedó en el escenario del crimen. Se había convertido en la pista principal. De todos modos, tuvo cuidado de no obstruir el trabajo de los Roach y se colocó a un lado para dejar que ellos organizaran el despliegue del detective Rhymer, los agentes de uniforme y los de paisano que habían pedido prestados a la brigada de robos. Sí que sugirió que prestaran atención a los vagabundos que normalmente colocaban cartones para dormir en los escalones de la iglesia de la esquina. Ellos eran los búhos de la noche y su situación desgraciada no les restaba importancia como testigos oculares.

Mientras examinaba un trozo de tela rasgada que había encontrado un técnico de la policía científica, su teléfono sonó y se sobresaltó.

—¿Detective Heat? Soy Inez Aguinaldo, de la policía de Southampton. —Es decir, no era Rook devolviéndole la llamada—. Quería comentarle esas comprobaciones que le dije que haría. ¿Es un buen momento?

—Estoy en el escenario de un homicidio, pero puedo hablar.

—Entonces seré breve —dijo la jefa de policía de Southampton—. En primer lugar, he comprobado los registros de llamadas y quejas desde el pasado mes de abril en las cercanías de Beckett's Neck. Una de las llamadas la respondí yo en persona

tras recibir una alarma de una intrusión en casa de Keith Gilbert. Cuando llegamos, el señor Gilbert estaba con una mujer que claramente estaba pasando la noche allí.

—¿Alicia Delamater?

—Sí. Gilbert tenía en la mano una pistola, que comprobamos que estaba registrada legalmente, y apuntaba al intruso, que resultó ser un escritor de novelas de misterio muy borracho que decía que había entrado en la casa por error.

—Por allí hay muchas muy parecidas —dijo Heat.

—El resto son solamente unos cuantos controles de tráfico, todos residentes de la zona. Otra queja por una pelea en casa del mismo escritor de novelas de misterio. Esta vez rayó la pintura de la puerta del coche de su editor. Además, algunas quejas por música alta por una sonada fiesta en la playa que se les fue de las manos.

—¿La del *flashmob* de *Thriller*?

—Está usted muy informada.

—Me lo contó Keith Gilbert.

—También a nosotros aquella noche —dijo riéndose—. Digamos simplemente que el *Thriller* se acabó. Y muy rápido. También les he enseñado los bocetos y la fotografía policial a los agentes que patrullan por la ciudad. Es lo bueno de las ciudades pequeñas. Mi sargento de patrulla está de vacaciones, así que tendré que enseñárselos cuando regrese, pero nadie ha identificado a la pareja de matones. Un agente ha dicho que puede que haya visto al hombre de la fotografía caminando hacia el último tren que va a Nueva York hace un tiempo. Era de noche y lo vio tambaleándose por la carretera. El oficial creía que estaba borracho, pero el hombre le dijo que tenía una gripe muy fuerte. Parecía lúcido, aunque costaba entenderle por su acento extranjero, así que fue un caso de captura y puesta en libertad. Lo dejó marchar.

—Puede que fuese Beauvais. ¿Cuándo fue eso?

—Hace nueve días. ¿Le sirve de algo?

—Ya sabe cómo es esto, detective Aguinaldo. Nunca se sabe hasta que se sabe.

Heat le agradeció su colaboración y colgó para responder a otra llamada.

El detective Feller comenzó a hablar sin saludar.

—Vale, esto es lo que hay. El encargado nocturno de un restaurante que sirve comida en Church Avenue, aquí en Flatbush, recibió una paliza de la pareja de matones de nuestros retratos robot. No hablé con él ayer, pero sí con su primo, que hace el turno de día, y le pasó mi tarjeta a este tipo.

—¿Conocía a Beauvais?

—Dice que no. A ellos también les dijo lo mismo y pensaron que les estaba mintiendo, así que se pusieron un poco duros con él. Cuando se fueron, tomó nota de su matrícula. Solo por seguridad.

—Me pregunto si será alguno de los coches que salieron huyendo del hotel —comentó Heat.

—No lo es. Ya lo he comprobado.



—Randall Feller, eres estupendo.

—Pero espera. La matrícula pertenece a un Chevy Impala. ¿Estás preparada? Está registrada a nombre de la Autoridad Portuaria de Nueva York y Nueva Jersey.

Tras decirle al detective Feller que se quedara en Flatbush para seguir investigando en la comunidad haitiana, Nikki se sentó un momento en los escalones de metal galvanizado que había bajo la puerta de servicio del colegio para evaluar la nueva información. No estaba segura de adónde llevaría eso, pero sí sabía que estaba pasando algo más grande que aún no podía ver. Y ahora esa conexión con la Autoridad Portuaria le hacía cada vez más difícil llegar a la conclusión que necesitaba con una urgencia cada vez mayor.

Nikki dejó de mirar los trabajos que estaba haciendo la policía científica delante de ella. Se abstraigo del ruido y del parloteo de la calle. En silencio, sin dejar que nada la distrajera, creando un espacio de soledad en medio del caos, evocó una imagen mental del panel con la información del asesinato que estaba a seis manzanas de distancia y, repasando todos los avances que habían surgido en este caso, empezó a colocar notas imaginarias sobre la fotografía de un tal Keith Gilbert.

¿De quién eran la dirección y el número de teléfono que habían encontrado con todo aquel dinero en el vestidor del haitiano? ¿De quién era el perro que seguramente había dejado aquellas marcas de dientes en los vaqueros de Fabian Beauvais, los mismos vaqueros que estaban manchados de un barniz que probablemente procedía de las obras de rehabilitación de Cosmo? ¡Zas! ¿La vecina-barra-amante de qué habitante de Southampton había declarado casualmente que había dado trabajo a Beauvais? ¡Zas! En la imaginación de Heat eran tantas las notas adhesivas que rodeaban la fotografía que era como si Gilbert llevara puesta una guirnalda hawaiana.

Pero con eso no podía atraparlo.

Saber adónde apuntaba todo esto no era suficiente para actuar. Había indicios, desde luego. ¿Incriminatorios? Aún no. Aparte del hecho de que no había encontrado un móvil. Ni siquiera la forma de la muerte de Beauvais para determinar el medio. Heat carecía de una conexión sólida que implicara a Keith Gilbert en nada que fuese más siniestro que contratar a un trabajador ilegal para colocar un tejado nuevo en su segunda residencia.

Así estuvo hasta que recibió el mensaje urgente del detective Rhymer.

—Lo he encontrado dentro de esto —dijo Rhymer cuando Heat llegó. Señaló la caja amarilla que dispensaba catálogos gratis del Taller de Escritura Gotham. El puesto de revistas estaba colocado entre otro rojo con ejemplares gratuitos del *Village Voice* y el contenedor azul con folletos de *Big Apple Parent*—. Pensé: «¿Y si no la capturaron, sino que estaba huyendo, asustada?». Como no hemos encontrado su bolso en la

escena del crimen, he pensado que, si no se le cayó o si los malos no se lo llevaron, quizá ella lo escondió mientras huía. He caminado en línea recta desde el edificio donde irrumpieron y he ido mirando en las ramas de los árboles, las papeleras e incluso los techos de los camiones aparcados. Dos malditas manzanas.

Su acento sureño salió en aquellas últimas palabras, haciendo que Heat pensara en el pequeño *Opie* Rhymer, un muchacho de las colinas con un perro sabueso. Con un trabajo como este, quizá no lo necesitara.

Ochoa había acercado el coche de los Roach y, con las manos enguantadas, vació cuidadosamente el contenido del bolso de Jeanne sobre el capó. Raley encendió un teléfono móvil barato de prepago que había dentro mientras Heat y Rhymer seguían mirando. El contenido del bolso parecía normal, incluidos un lápiz de labios, gomas del pelo, chicles, una tarjeta del metro, unas llaves, la lista de la compra, unas cuantas tarjetas de visita y un bolígrafo. En la cartera había aún un poco de dinero. En los compartimentos para fotografías había una de una pareja de mediana edad, seguramente sus padres, y un retrato de un Fabian Beauvais sonriente con gesto de orgullo ante una barbacoa de pescado asado.

—Eh, detective —dijo Raley levantando en el aire el teléfono—. Va a querer ver esto.

Nikki lo cogió y puso la mano para que el sol no diera en la pantalla y así poder leer el mensaje que había abierto Raley. Decía: «VETE. LO DE KG HA IDO MAL. ¡VETE AHORA! JE T'AIME. FAB».

Los otros dos detectives se acercaron a ambos lados para poder mirar. Opie soltó un leve silbido. Ochoa mantuvo su actitud tranquila.

—Vaya, a eso sí que se le puede llamar un nexo —dijo.

Heat volvió a leer el mensaje y se dirigió a sus hombres:

—Creo que va siendo hora de tener otra charla con Keith Gilbert.

## 6

La detective Heat quería sorprender a Keith Gilbert, igual que había hecho él con ella. Para Nikki, estar desprevenido era estar con la guardia baja y no quería que él la viera llegar llamándolo con antelación. Aunque el comisionado aceptara reunirse con ella, ya había mostrado sus intenciones presionando a su amigo de la Oficina de Gestión de Emergencias. Eso no era algo propio de un hombre que está dispuesto a una total colaboración, como había proclamado.

Las oficinas de la Autoridad Portuaria estaban en la zona sur de Park Avenue, pero Heat, antes de ir allí, hizo una visita rápida a la página web de la campaña de Gilbert. Arriba del todo encontró una entrada con la «Agenda», en la que anunciaba una charla sobre decisiones políticas que iba a impartir por la mañana en un foro de empresarios patrocinado por una emisora de radio local. Tras dejar al detective Rhymer al cargo de la investigación que estaba realizando en West End Avenue, los Roach fueron detrás del coche de Heat hasta el hotel Widmark, de Times Square. Estaba cayendo de nuevo una llovizna que recordaba a la mañana en la que Fabian Beauvais se había estrellado contra el planetario. Cuando aparcaron y se juntaron en la acera, Ochoa alzó el rostro hacia la lluvia.

—No parece que se esté acercando una gran tormenta —dijo.

—Te pareces al vecino de Noé cuando le vio construyendo el arca —respondió Raley. Mientras subían en la escalera mecánica desde el vestíbulo a la entreplanta, él continuó hablando del huracán Sandy—: Además, se supone que para esto faltan... ¿cuánto?, ¿cinco días? He oído que es el lunes o el martes.

—Mi amigo, el hombre del tiempo.

Pero Nikki solo escuchaba a medias. Dirigió su atención al trío de agentes de seguridad con traje oscuro que estaban en la puerta de la sala de reuniones Fraunces. Sobre todo, porque la atención de los agentes ya estaba centrada en ella.

—¿Tienen entradas? —preguntó la mujer que se encontraba en la mesa de recepción.

Había menos de una docena de acreditaciones que no habían sido reclamadas dispuestas ante ella. La voz amplificada del presentador resonó fuera de la sala cuando una de las puertas se abrió brevemente y salió una persona. Heat vio que llegaba un cuarto miembro del personal de seguridad.

Heat mostró a la recepcionista su placa de identificación.

—No he venido al foro —dijo—. Se trata de un asunto policial.

Su explicación hizo que la joven se mordiera el labio y pusiera cara de «¿Qué hago?» al equipo de seguridad.

El hombre que se acababa de acercar a los demás desde el otro lado de la puerta dio un paso adelante mientras sonreía sin especial alegría. Lo envolvía un aroma a gel de ducha y pastillas de menta.

—¿Existe alguna amenaza de la que se nos deba informar, detective?

—No, ninguna. —Se presentó a sí misma y a los Roach. El hombre que estaba al frente mostró su credencial de policía de la Autoridad Portuaria, pero no sus acompañantes—. Estamos investigando un caso dentro de la jurisdicción de la policía de Nueva York.

—Lo respeto. —La frase típica tenía cierto tono de obstrucción—. Sin embargo, la policía de la Autoridad Portuaria es la que se encarga de este evento y solamente se nos permite dejar pasar a invitados con entrada.

—Lo respeto —respondió ella imitándolo—, pero no hemos venido por la conferencia. Solo queremos hablar con una persona.

—¿Con quién?

Aquel baile había empezado a aburrir a Heat, quien de todos modos continuó con tono agradable:

—Estoy segura de que, como policía que es usted, comprenderá que no revele los detalles de un caso que está investigándose.

—Desde luego, está en su derecho —dijo él. A continuación se cruzó de brazos, dando a entender que ahí se acababa la conversación.

—Hemos venido a ver al comisionado Gilbert.

—Él no va a ver a nadie. El comisionado está preparando su intervención tras el desayuno.

Detrás de ella, Ochoa se aclaró la garganta.

—Podemos esperar —dijo.

—Lo siento, justo después tenemos que llevarlo rápidamente a Port Newark para asegurarnos de que los muelles de contenedores de carga están listos para el Sandy. —El agente se metió la mano en el bolsillo lateral y sacó una tarjeta de visita para dársela a Heat—. Aquí tiene el número de su despacho. Estoy seguro de que su ayudante podrá concertar una cita con usted.

—Me ha puesto de los nervios —dijo Raley cuando bajaron al vestíbulo—. Esos tipos no tienen jurisdicción aquí. La policía de la Autoridad Portuaria se ocupa de las dependencias de la Autoridad Portuaria. Por lo que yo sé, eso no incluye el hotel Widmark.

Heat se encogió de hombros.

—El bien de la Autoridad Portuaria que protegen es el comisionado, cualquiera que sea el lugar donde se encuentre. A menos que estéis preparados para una pelea, esos hombres no iban a ceder.

—¿Qué? —preguntó Ochoa—. ¿Te vas a rendir sin más?

Sin que fuera la primera vez esa misma mañana, Nikki pensó en Rook. Pero en esta ocasión no fue por su marcha de la sala de la comisaría y su falta de respuesta a las llamadas por teléfono. Heat retrocedió unos años, a cuando tuvieron que saltarse el control de seguridad de un hospital a las afueras de París y él le dijo que nadie te

detiene si llevas algo o, mejor aún, si vas comiendo. Sonrió a Ochoa y cogió un teléfono del hotel.

—Con el director del servicio de comidas, por favor.

Cinco minutos después, Nikki se encontraba en la cocina del hotel en medio del frenesí controlado de un servicio de banquete para setecientos invitados. El encargado cogió el sobre cerrado de la detective de homicidios de la policía de Nueva York, lo metió bajo la tapadera de acero inoxidable que cubría el plato con el desayuno de Keith Gilbert y ordenó al camarero que se lo llevara al comisionado de inmediato.

Su mensaje, escrito con letra clara en una nota con el membrete del hotel Widmark, era concisa:

A menos que desee un enfrentamiento muy público entre fuerzas policiales cuando yo le baje del escenario, más vale que se reúna conmigo. Ahora.

El hotel Widmark les había puesto a sus instalaciones para eventos nombres de tabernas y bares de la época de la guerra de la Independencia. En el sentido de las agujas del reloj, tras la sala Fraunces estaban en la entreplanta la Slaters, la Buckman's, El Dragón Verde y el único salón de banquetes que se encontraba vacío esa mañana, La Cabeza de Toro. Fue aquí donde entró Heat. Un espacio tenuemente iluminado y cavernoso con capacidad para quinientos comensales en el que se reunió con Keith Gilbert, que estaba solo y de perfil en medio de la sala vacía. Las pisadas de Heat apenas sonaban sobre la alfombra a medida que se acercaba a él. Gilbert le habló durante todo el trayecto:

—Su intromisión en este acto no solo es absolutamente extraordinaria y grosera, detective Heat, sino que tendrá consecuencias. —Ella había recorrido tan solo la mitad de la distancia, pero él seguía hablando—: Fui a su comisaría por voluntad propia y de buena fe me esforcé en contestar a sus preguntas y ayudarla en su investigación como es debido. ¿Y ahora esto? —Estaban lo bastante cerca como para que él le tirara a los pies el sobre del hotel Widmark cuando Heat se detuvo—. ¿Una nota de extorsión junto a mis huevos Benedict? ¿En serio?

—He intentado entrar por la puerta principal. Me lo han impedido.

—Tengo un despacho.

—Usted está aquí. Yo también. Y quiero respuestas. —Se aseguró de mirarle a los ojos sin encogerse mientras él la observaba de arriba abajo.

—Yo también. Por ejemplo, ¿por qué está llevando a cabo una cruzada contra mí? ¿Es siempre tan agresiva? ¿O la están presionando? ¿Hay alguien en el gobierno de la ciudad que esté hurgando para poder dar un golpe preventivo contra mi candidatura?

Por supuesto, Heat se ofendió por la indirecta de que pudiera estar actuando en nombre de otra persona, pero tenía la experiencia suficiente como para darse cuenta de lo que se trataba aquello: un inteligente intento psicológico de ponerla a la defensiva y controlar la conversación. Bueno, quizá no fuera tan inteligente. En lugar de picar el anzuelo, sacó tranquilamente su cuaderno.

—Si ha terminado, podemos continuar. No quiero que llegue tarde a su conferencia.

En la penumbra de aquella sala, Heat pudo ver cómo el músculo del mentón de Keith se tensaba.

—Hay algunas incongruencias que quiero darle la oportunidad de aclarar. Cuando el otro día le dije que habíamos encontrado su dirección de Southampton y su teléfono entre los efectos personales de Fabian Beauvais, usted negó conocerle.

—Así es.

—Y no le reconoció cuando le mostré su fotografía.

—Exacto.

—¿Sigue manteniendo lo mismo? Porque ayer fui a Beckett's Neck y, por lo que me he enterado después, quiero darle la oportunidad de pensárselo y decidir si esa sigue siendo su respuesta.

—¿Qué coño está diciendo? Hábleme en cristiano.

—Su vecina, Alicia Delamater, aseguró que Fabian Beauvais ha estado trabajando para ella hace poco. Parece una coincidencia. —Heat levantó la mano—. En realidad, más que una coincidencia es sospechoso.

—Puede que ella le diera mi número de teléfono.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Pregúntele a ella. ¿Lo ve? Está dando palos de ciego. ¿Hemos terminado?

Una vez más, Nikki se contuvo.

—Gracias, se lo preguntaré a ella. Pero, mientras tanto, ¿está usted diciendo que el señor Beauvais estuvo este verano al otro lado del camino de Cosmo y nunca lo vio ni habló con él?

—Eso es.

—¿Pese a que supuestamente estaba trabajando para su amante? —Era su turno de atacar.

O Keith Gilbert era una persona fría, o lo parecía. Lo único que dejó escapar fue una media sonrisa.

—Parece que ha estado hablando con algunos cotillas del pueblo mientras ha estado allí. —A continuación, abandonó su tono divertido—: Yo no tengo ninguna amante. Tengo un matrimonio consolidado a lo largo de muchos años y defiendo los valores de la familia. También estoy preparado para las calumnias infundadas que puedan surgir en una pugna política. —Se encogió de hombros quitándoles importancia.

Heat se mantuvo fiel a los hechos:

—¿Y si le digo que tengo una prueba física de que Fabian Beauvais estuvo en su casa?

—¿Qué prueba?

—¿Seguiría manteniendo su declaración de que no le conocía?

—Sí. ¿Qué prueba?

Heat pensaba que las manchas de barniz y las marcas de mordedura del perro constituían una información que debía guardar. En lugar de responder, pasó la página de su cuaderno.

—Los dos hombres de los que le enseñé los retratos robots...

—A quienes tampoco conozco.

—Un testigo de Flatbush los ha identificado, porque fueron a su restaurante haciendo preguntas sobre Fabian Beauvais.

—Parece que ya tiene una pista que seguir.

—Puede que tenga razón. Este testigo anotó la matrícula del coche de estos hombres. Conducían un vehículo que está a nombre de la Autoridad Portuaria, señor comisionado.

Por fin una reacción. No muy notoria, pero sus ojos se movieron a un lado y a otro mientras procesaba la información. Mientras pensaba en cómo responderla. Se recompuso y se rio entre dientes.

—¿Tiene idea de cuántos coches tenemos en la Autoridad Portuaria? Miles. ¿Qué significa eso? Si fuese un coche de la Autoridad Metropolitana de Transporte, ¿investigaría a su comisionado?

—Puede que sí, si su dirección y su número de teléfono aparecieran en un sobre ensangrentado con dinero oculto en el vestidor de un hombre muerto. —A continuación, lo miró fijamente y añadió—: O si se le mencionara en un mensaje que el muerto hubiese enviado a su novia para avisarla de que saliera corriendo y hubiésemos encontrado este mensaje en el móvil de ella.

—¿De qué está hablando?

Nikki había conseguido lo que esperaba, hacer que se tambaleara. Continuó insistiendo:

—Hábleme de Jeanne Capois.

—¿De quién?

—Supongo que tampoco la conoce.

—¿Dice que mi nombre estaba en el teléfono de una mujer?

—Era un mensaje de advertencia. Lo encontramos entre sus cosas... después de que la asesinaran.

El comisionado volvió a mostrarse calmado.

—Sigo sin comprender qué tiene que ver todo esto conmigo.

—Le mencionan en el mensaje.

Pareció sorprenderse.

—¿A mí? ¿Por mi nombre?

Gilbert la estaba llevando a un terreno pantanoso. Que en el mensaje de texto figurasen sus iniciales no era lo mismo que si estuviera su nombre. Él notó su vacilación y aprovechó la oportunidad:

—Muy bien. —Extendió los brazos hacia delante y le mostró las muñecas—. Si tiene algo sólido, espóseme. —A continuación, empleó un tono de burla—: Vamos, póngamelas, detective. —Elevó la voz lo suficiente como para que resonara entre las sillas y mesas apiladas alrededor del salón vacío—. ¡Vamos! ¡Hágalo! —Se acercó y se inclinó hacia ella como un bateador que se mofara del árbitro por haberle pitado un *strike*—. ¡Ja, ja! No va a hacerlo porque no puede. Huele la sangre, pero no sabe de quién es. Una mierda, eso es lo que tiene.

Pero de pronto aquella representación tan frenética se detuvo. Sin embargo, su rostro permanecía cerca cuando le dijo en un tono tranquilo y escalofriante:

—Esto no es un juego, detective. No trate de intimidarme. No me venga con tonterías. No siga con esto, porque usted no es lo suficientemente hombre y a mí no se me jode.

Ella se irguió impasible.

—Voy a llegar al fondo de esto, sea lo que sea.

—¿Sabe? Mi padre solía darse cabezazos con un rival del mundo de las navieras. Un tipo llamado George Steinbrenner. Este hombre sabía qué decir cuando la gente le presionaba. Decía cosas como: «La próxima vez que me empujes contra la pared, te tiraré por encima de ella».

—Siempre se ha citado a Steinbrenner. ¿Va a tomar prestadas sus palabras para amenazarme?

—No se lo tome como una amenaza —respondió con una sonrisa—. Solo la estoy informando.

Y, a continuación, se marchó a dar su conferencia.

Nikki encontró en el móvil un mensaje de voz de Rook cuando volvía hacia el coche y se maldijo por no haber respondido a su llamada.

—Hola, soy yo. Siento rajarme, pero estoy trabajando. Ya sabes cómo va la cosa. No me gusta hacer esto, pero no creo que podamos cenar esta noche. Te lo explico luego.

Su voz sonaba condenadamente... neutral. Sin rabia ni dolor. Sin calidez tampoco. Solo la información. Decidió no devolverle la llamada y volvió en el coche de los Roach a la comisaría animada por un fuerte deseo de cumplir la voluntad de Keith Gilbert de que le pusiera las esposas.

Más por costumbre que por hambre, Heat se sentó en su mesa a mordisquear un bocadillo de pavo comprado en Andy's Deli mientras hacía unas llamadas. Una de las indagaciones la había motivado el comentario de Gilbert sobre el número de vehículos que componían el parque móvil de la Autoridad Portuaria. La institución,



una agencia conjunta de los estados de Nueva York y Nueva Jersey, no solo supervisaba las operaciones de los aeropuertos de la zona, el transporte aéreo, los puertos, los principales puentes y túneles, las terminales de autobuses más importantes, el ferrocarril que atravesaba el río Hudson y el nuevo World Trade Center, sino que también tenía su propio y respetado cuerpo de policía compuesto por mil setecientos oficiales, con cuatro de los cuales Heat había tenido el placer de tratar esa misma mañana en el Widmark. En lugar de sentirse molesta con ellos por haberles impedido el paso a ella y a los Roach, los veía como unos profesionales de la policía que cumplían con su deber. De haberse intercambiado los papeles, quizá ella hubiese actuado igual. Desde luego, se habían comportado con eficacia e, incluso, con cierta educación.

La policía de la Autoridad Portuaria tenía también una Oficina de Investigación Criminal compuesta por cien detectives y la llamada de Nikki fue a uno de los supervisores de esta oficina.

—Inspector, solo quiero saber unos cuantos detalles sin importancia —empezó a decir—. Uno de mis detectives está investigando a un inmigrante haitiano llamado Fabian Beauvais y se ha enterado de que hay un par de hombres más que también han estado buscándolo recientemente en Flatbush. No estoy segura de quiénes son, pero por su descripción me preguntaba si podrían ser policías de paisano, así que estoy llamando a los demás cuerpos de policía para asegurarme de que no nos interponemos en el camino de otros detectives.

El inspector Hugo respondió diciendo que agradecía su cortesía profesional y que lo comprobaría y se pondría en contacto con ella. Heat no mencionó la naturaleza de su caso ni al comisionado. También obvió el hecho de que aquellos hombres estuviesen relacionados con un coche registrado a nombre de la Autoridad Portuaria. Pero hacer esa llamada le pareció el procedimiento adecuado en caso de que el Impala fuera un coche camuflado de la Oficina de Investigación Criminal. Si Beauvais formaba parte de una investigación de la policía de la Autoridad Portuaria, lo utilizaría para intercambiar información. El comportamiento de esos dos hombres, sobre todo que les hubieran tirado al suelo al huir del hotel, no era muy propio de policías. Pero había algo en la realización y ejecución tan precisas de su huida en coche con un tufo a formación.

Media hora después, Heat se reunió ante el panel con la información del asesinato con Raley, Ochoa y Rhymer para comunicarles que la policía de la Autoridad Portuaria le había devuelto la llamada para decir que no tenían ninguna investigación abierta sobre Fabian Beauvais.

—Eso sigue dejando sin contestar la pregunta de qué estaba haciendo allí un coche de la Autoridad Portuaria —dijo Ochoa.

—Bueno, la vinculación con Gilbert es bastante clara. —Heat apuntó con un dedo

el número de matrícula que estaba en la pizarra bajo los retratos robot de los dos hombres—. Hemos metido la matrícula en el sistema de alertas, así que, si encontramos alguna coincidencia, quizá ahí tengamos nuestra respuesta.

El detective Rhymer se había puesto en contacto con el personal de Avellanas Felices, la agencia que había colocado a Jeanne Capois como asistente.

—Nada de importancia. Pero es algo triste. Le tenían cariño y solo dicen cosas buenas de ella. Además, Fabian era más que un novio. Al parecer, los dos vinieron de Haití a la vez y estaban comprometidos. Me han dicho que lo único que le importaba a Jeanne era volver como fuera a su país para casarse.

—Yo he encontrado una especie de anomalía en la tarjeta de metro de Jeanne Capois —dijo Raley—. Habitualmente, los días que tenía libres tomaba la línea tres desde la estación de la calle Setenta y Dos hasta Saratoga Avenue, en Brooklyn, que supongo que era la estación más cercana a la casa de su prometido, cerca de Kings Highway, en Flatbush. Se puede ajustar el horario para hacer esto, dos veces por semana durante medio año. Pero hace unas cuantas semanas empezó a utilizar la tarjeta para viajes de ida y vuelta en el tren de la línea uno desde la Setenta y Nueve con Broadway hasta la calle Catorce en Chelsea y, después, volver el mismo día al Upper West Side.

—¿Lo hacía a las mismas horas y los mismos días? —Heat sabía el valor de una alteración de las costumbres. Cosas importantes, como cambios en el estilo de vida o en los ingresos, eran señales clave que había que buscar en una investigación, pero a veces las nuevas costumbres se debían a las cosas más tontas, como un cambio de gimnasio o de paradas de metro—. Me pregunto si tendría algún tipo de cita. Tal vez estuviera embarazada o tuviera problemas de salud. ¿Hay alguna clínica médica por allí? ¿Quizá algún fisioterapeuta?

—Los trayectos los hacía siempre a distintas horas, tanto de día como de noche.

—Os diré lo que me gustaría hacer a mí —dijo su compañero—. Creo que deberíamos «roachificar» esto.

Heat inclinó la cabeza hacia el detective Ochoa.

—¿Acabas de decir «roachificar»?

—Sí. Olvidemos de esto. Quiero que volvamos a su bolso, a su habitación, a todo, para ver si hay algo que la conecte con Chelsea.

—Dicho así, sería tonta si no te hiciera caso —contestó Nikki.

Heat había dejado su iPhone sobre la mesa y vio cómo se arrastraba por el papel secante con la vibración cuando volvía del baño. Una vez más, no era Rook. El detective Feller estaba llamando desde Flatbush.

—Te voy a contar una historia —empezó a decir—. Un detective entra en un bar.

—¿Ajá?

—Y sale con una pista.

—Te escucho.

Automáticamente, pasó a una página en limpio de su cuaderno Clairefontaine. A Feller le gustaba hacerse el gracioso, pero ella sabía que no habría llamado si no fuese algo importante. Siempre lo era.

—Hay una especie de bar de mala muerte en la esquina de la pensión de Beauvais. Sé que es temprano y tal, pero se me ha ocurrido entrar a ver qué pasaba. El camarero parece que no quiere hablar, pero al mismo tiempo parece que sí. Ya has visto antes a tipos así, ¿verdad? —En efecto, los había visto—. He pensado que, como había algunos hombres en el bar con el mentón apoyado en sus cervezas, quizá no le apetecería hablar delante de ellos, así que le he preguntado si podía salir a indicarme cómo llegar a la autopista que va de Brooklyn a Queens. Cuando nos hemos quedado a solas, como era de esperar, me ha dicho que conoce a Beauvais del barrio y que una noche, hace una semana más o menos, entró casi a la hora de cerrar haciéndose el borracho, pero no lo estaba. Tenía sangre en la camisa y decía que le habían pegado un tiro.

—¿Has dicho «un tiro»? ¿Un disparo?

—Eso mismo. Beauvais dice que no llamen a urgencias, se niega a ir al hospital, pero recuerda que el camarero tiene un amigo que es médico.

—¿Tienes su nombre?

—Ya he hablado con él. Y adivina: va a colaborar —anunció Randall Feller rematando una crónica imposible de rebatir, algo propio del agente de policía mejor considerado por Nikki Heat—. Voy ahora para allá a entrevistarle.

—Yo quiero ir contigo. Puedo llegar en media hora.

—Está en Cortelyou, cerca de la Dieciséis Este. —Le dijo el número de la calle y repitió el nombre del local para que le quedara claro—: Busca la tienda de repuestos para coches Klaus's.

—¿Está al lado de la consulta del médico?

—Negativo. Ahí es donde trabaja. Pregunta por Ivan.

De camino hacia Brooklyn, Heat trató de llamar a Alicia Delamater para darle la oportunidad de explicar su declaración sobre que Fabian Beauvais se había herido con una podadora. O, para ser más exactos, para dar la oportunidad a la vecina y amante de Gilbert de retractarse y aclarar su mentira. No se oyó ningún tono de llamada, solo saltó directamente el buzón de voz: «Soy Alicia. He salido. Si es urgente, llame a este número...». Nikki llamó y contestó su abogado.

Vance Hortense, del bufete Hortense, Kirkpatrick and Young, parecía la versión masculina de Siri cuando se le pide al iPhone que haga algo que no aparece en su menú. Su tono de voz era neutro, impasible y poco diligente, adjetivos que, en opinión de Heat, habrían sido un nombre mejor para el bufete de abogados.

—La señorita Delamater ha salido del país.

—¿Adónde ha ido?

—A un sitio donde no se puede contactar con ella.

—¿Ha dejado algún número al que la pueda llamar?

—No, lo siento.

—¿Me está diciendo que no sabe cómo ponerse en contacto con ella si surgiese alguna emergencia?

—Si llama ella, le daré su recado.

—¿Cree usted que regresará pronto?

—No le puedo decir.

«Ni quiere hacerlo», pensó ella.

—Por favor, espero que no tengo problema —dijo Ivan Gogol. Sus ojos, incrustados en unos párpados gruesos bajo una constelación de lunares, se clavaban nerviosos en Heat y Feller—. Un hombre necesita ayuda, solo eso. Yo ayudo. —Su patente miedo ante un interrogatorio de la policía hizo que Nikki recordara todas esas películas de espías de la época de la Guerra Fría que Rook se bajaba de forma adictiva de Netflix en las que la KGB parte en dos a un desventurado ciudadano mientras este confiesa lo que ellos quieren saber.

—Permítame que le tranquilice —contestó Heat con un tono de voz lo más sereno posible—. Le agradecemos mucho su colaboración. No hemos venido a investigar a usted, solamente queremos que nos cuente cómo fue su encuentro con este hombre.

Él echó otro vistazo a la fotografía de Beauvais y asintió, tranquilizándose ligeramente en la silla. Con la luz fluorescente del desordenado despacho que el dueño de la tienda de repuestos les había dejado utilizar, su barba parecía un tatuaje azul oscuro bajo la piel pálida. Les había dicho que tenía treinta y ocho años, pero la calvicie le añadía veinte más. O quizá fuera el peaje por una vida de paranoia.

La primera cuestión de Heat parecía obvia, pero, como era consciente de que contenía un componente estresante, habló con tono despreocupado:

—Me ha sorprendido que el detective Feller me dijera que le íbamos a ver aquí.

—Este es mi trabajo. Así gano vida —contestó él—. En San Petersburgo salí de Facultad de Medicina sabiendo ser médico, ¿sí? Pero cuando llego a Estados Unidos, los..., ¿cómo se dice?, los requisitos... para licencia de médico no tan fácil. En Rusia, yo tendría mi clínica. Cuando vengo aquí para estar con mi mujer, sorpresa. Llevo un taxi o trabajo aquí. Un día yo haré examen de admisión y tendré consulta en Brighton Beach.

—Entonces, legalmente no es médico —dijo Feller y los ojos de Ivan empezaron a moverse nerviosos de nuevo.

—Lo cual hace que ese servicio a sus amigos que no pueden permitirse pagar a un médico sea tan admirable —intervino ella. Hizo una pausa mientras él sacaba un cigarro y, a continuación, volvía a dejarlo en el bolsillo—. ¿Es así como acudió a

usted el hombre de la fotografía?

Gogol les relató la llamada del camarero a última hora de la noche. Todos los detalles concordaban con lo que había contado la fuente de Feller.

—Así que yo visto y cojo mi bolso para ir al bar donde este hombre, Fabian, está en la cocina de atrás. Tiene dolor y no bien.

—¿Era muy grave la herida? —preguntó Heat.

Feller se dio por enterado y se sentó junto a la mesa para observarles.

—La herida no era amenaza de muerte. Había dejado de sangrar con compresión así. —Ivan se llevó las manos a la caja torácica y apretó—. Pero piel es muy fina en costillas y tiene muchas terminaciones nerviosas desde columna. Muy doloroso.

—¿Qué tipo de bala era? —Y, a continuación, preguntó expectante—: ¿La conserva?

—No había bala. La herida como un corte. Corte, no agujero, ¿entiende?

Sintiéndose con la situación más controlada, arrancó una hoja en blanco de un cuaderno de Repuestos Klaus's y dibujó la silueta de la parte superior de un torso. Su boceto era preciso y experto, mucho más claro que algunos de los dibujos que había visto en informes de autopsias. Añadió una raya donde la bala había alcanzado a Beauvais.

—Un roce.

—Eso es, roce. Pero cerca del corazón. Tuvo suerte.

«Aunque solo durante un tiempo», pensó ella.

—¿Hablaron algo?

—*Da*. Su acento hace difícil, pero sí —dijo en su propia versión del inglés.

—¿Le dijo quién le había disparado?

Los dos detectives vieron cómo se removía en su asiento.

—No.

Entonces, Ivan fijó la mirada en su pequeño dibujo y lo toqueteó, alisando la página con el canto de la mano. El silencio le puso nervioso y decidió acabar con él:

—Y me dice que fue esa noche en un sitio de los Hamptons.

—¿Le dijo exactamente dónde?

—Eh..., no.

—¿En un bar, en una casa, en la calle?

—No sé eso.

—¿En qué ciudad? —intervino Feller.

La única respuesta que tuvo fue un encogimiento de hombros por parte del ruso antes de que empezara a toquetear de nuevo el dibujo, que después acercó a Heat ofreciéndoselo.

—Ayúdeme a comprenderlo —le pidió ella—. ¿Él no vio quién le había disparado o no lo dijo?

—No le hice tantas preguntas como usted pregunta. Es mejor eso, creo.

A Nikki le daba la impresión de que en esta conversación iba a llegar casi tan

lejos como con el abogado de Alicia Delamater. El mismo oscurantismo. La diferencia estaba en el miedo que había notado en Ivan Gogol. ¿Era por su carácter o por su difícil situación como inmigrante por lo que se mostraba todo el rato receloso y excesivamente cauteloso? ¿O es que ocultaba algo?

—Quiero que sepa que puede contárnoslo todo sin temor.

Como respuesta, se puso de pie.

—Debo volver al trabajo. Tengo que llevar carburadores.

—Fabian Beauvais ha sido asesinado —dijo ella en un último intento—. Quienquiera que lo haya matado sigue estando en la calle. —Nikki vio el efecto que sus palabras provocaban y le entregó su tarjeta de visita—. Si se acuerda de algo más, llámeme cuando sea, día o noche. Yo le ayudaré. —Le sonrió, pero él apartó la mirada y salió de la habitación.

Cuando Heat y Feller salieron a la calle, Ivan les esperaba junto a sus coches.

—Cuando terminé de coser la herida, este Fabian se marchó, pero volvió. Dijo que había un coche y esperó a que se fuera. Tenía mucho miedo. Dijo que quería contarme quién había hecho esto por si algo le pasaba. ¿Y ahora usted me dice que sí le pasó?

Nikki sabía que era mejor no hablar ni interrumpir el delicado momento en que ese hombre se estaba sincerando. Gogol tardó un largo rato en reunir el coraje antes de dar el salto.

Pero lo dio.

—Dijo que fue un hombre poderoso. Y lo es. Porque le he visto en la televisión. Señor Keith Gilbert.

Para ser sincera consigo misma, Heat no tenía ni idea de cómo un disparo efectuado por Keith Gilbert podía tener algo que ver con la final y letal caída desde las alturas de Fabian Beauvais sobre el planetario. Pero sí tenía la suficiente experiencia en homicidios como para saber unas cuantas cosas. Dos intentos de asesinar a Beauvais —uno de ellos con éxito—, más la muerte por tortura de su prometida, más un fajo de billetes escondidos, más el saqueo de un apartamento de lujo en un asalto desprendían un fuerte olor a tapadera y conspiración. Y algo que Heat también sabía por experiencia: en las conspiraciones siempre hay alguien detrás. Alguien con poder. La suma de todos aquellos factores le decía que había llegado el momento de detener al principal sospechoso.

Para conseguir una orden serían necesarias varias cosas. Lo sabía. La firma del fiscal del distrito suponía un obstáculo considerable. El arresto de un alto cargo como era el comisionado de la Autoridad Portuaria, sobre todo alguien como Keith Gilbert, que era tan importante y estaba tan bien relacionado, necesitaría de la aprobación de las más altas esferas. Pero Heat confiaba en la valiente imparcialidad del fiscal del distrito y se sentía segura de que podría pedírselo. El problema estaba en un escalafón

muy inferior.

El rostro del jefe de su comisaría se volvió rubicundo cuando ella le pidió permiso para llamar al fiscal y solicitar la orden de arresto. Los gastados muelles del sillón del gran Wally chirriaron mientras el capitán se inclinaba hacia atrás, boquiabierto y con los ojos tan grandes como bolas de billar, mientras calculaba mentalmente los riesgos y recompensas de aquella acción. Para animarlo, Heat le llevó desde su despacho hasta el panel con la información del asesinato para hacerle un resumen de los puntos principales, convencién-dole y, lo que era más importante, arrastrán-dole poco a poco a ver su caso contra Keith Gilbert como si fuese un niño de primaria. Él la escuchaba sin interrumpirla, asintiendo con la cabeza de tal forma que Nikki pensó que por fin había atravesado la gruesa capa de grasa que rodeaba su cerebro.

Pero había subestimado el poder de su instinto de superviviente de la institución.

—Respóndame a una pregunta —dijo el capitán—. La causa de la muerte del haitiano volador fue el impacto contra el planetario, ¿verdad? ¿Y ahora quiere una orden de arresto contra Gilbert porque un matasanos ruski equipado con serruchos y sin licencia para ejercer asegura que el comisionado disparó a este tipo? La pistola no lo mató. Fue la ley de la gravedad.

Una vez más, el jefe de su comisaría había mostrado su falta de experiencia en las calles. Nikki sabía cómo resolver los casos. Se coge una pieza del rompecabezas por aquí, un calcetín desaparejado por allí, una coincidencia que no tiene sentido... Te ciñes a ello y, poco después, a medida que vas recopilando más piezas, consigues tener todo el rompecabezas y la verdad sale a la luz. Nunca caía sin más sobre tu regazo, tal y como Wally imaginaba.

—Vamos, capitán —volvió a insistir—. Disparó a ese hombre. Y creo que el disparo fue el primer intento. Cuando falló, Gilbert buscó otro modo. E hizo que alguien se encargara de ello. —Irons seguía negando con la cabeza—. Quiero una orden de arresto y otra de registro para buscar la pistola.

—Ni hablar —contestó él cuando hubo terminado—. No poniendo mi cuello sobre ese frío mármol.

A su espalda, la brigada lanzaba al capitán una ráfaga de miradas desdeñosas. Heat dejó de lado su propio menosprecio y se concentró en conseguir la orden.

—Quizá pueda volver a explicarle algunos de estos puntos si no le han quedado claros, señor.

—Sí que los entiendo. Muy bien. Pero ¿cuál es mi situación? Se trata de pulsar el botón de un motor a reacción. Y no pienso pulsarlo sin la única cosa que usted se está saltando. —Barrió con una mirada de desprecio el panel—. No veo ninguna conexión importante entre ese tal Beauvais y el comisionado Gilbert. Lo que sí veo son un montón de pruebas circunstanciales y de conjeturas.

—Capitán Irons, esto es algo sólido. He realizado arrestos y he conseguido sentencias condenatorias con mucho menos.

—Esta vez no. —Golpeó la pizarra con los nudillos, manchando algunas de las anotaciones—. Muéstreme una conexión entre el muerto y Gilbert. Entonces, le daremos luz verde a su orden de arresto.

Lo primero que hizo Heat cuando Irons cerró la puerta de su despacho fue decirles a sus detectives que se guardaran los duros comentarios y que mantuviesen el ojo fijo en el objetivo.

—Ahorraos vuestra pena para más tarde, cuando estéis tomando una cerveza en el Plug Uglies. —Sin parar de pensar, se golpeaba los labios con el bolígrafo hasta que dijo—: Vale. Ahondaremos más en lo que ya tenemos. Detective Rhymer, busca a Alicia Delamater con tus contactos en Aduanas y comprueba si ayer u hoy ha utilizado su pasaporte. Su abogado dice que ha salido del país y quiero hablar con ella.

—Me pongo con ello.

Y, a continuación, se le ocurrió otra idea:

—Y, por ejemplo, Opie. Si por casualidad no se ha ido aún, revisa los cruceros de la compañía Gilbert Maritime que hayan salido de Nueva York o Nueva Jersey y lanza una orden de búsqueda.

Si Gilbert estaba tratando de obstaculizar la investigación de Heat, también podía proporcionar transporte a uno de sus testigos.

—Detective Feller, haz una visita al parque móvil de la Autoridad Portuaria. Utiliza tu encanto personal para que te enseñen las solicitudes con los nombres de los empleados que utilizaron ese Impala. Quiero hacer sudar a esos dos hombres y los quiero ya.

Se dio cuenta de que Rhymer seguía allí. Respetuosamente, esperó a que ella hubiese terminado y levantó un dedo para pedir la palabra.

—Se me acaba de ocurrir una cosa. —Su acento de las colinas de Virginia hacía que sus palabras sonaran como una pregunta—. Es por lo de la conexión del número de teléfono. Entre Beauvais y el número de la casa de Gilbert. Fue ahí donde empezó todo.

—Sí, pero Irons nos ha metido en un callejón sin salida al no dejarnos pedir los registros de llamadas del teléfono de Gilbert —dijo Ochoa con tono impaciente—. Además, no encontramos ningún teléfono en la habitación de Beauvais, así que no tenemos nada por ese camino.

—Entiendo —contestó Rhymer—. Pero en ese teléfono del bolso de Jeanne Capois había un mensaje de Beauvais, ¿no?

Nikki llegó a la misma conclusión que él.

—Genial. Si podemos seguir la pista de ese mensaje hasta el teléfono de Beauvais, conseguiremos su número sin necesidad de una orden. Eso sí que es dar un rodeo.



Ochoa miró a su compañero.

—¿Por qué narices no se te ha ocurrido a ti?

Raley se encogió de hombros.

—Para darles a estos otros una oportunidad de brillar.

Quince minutos después, la detective Heat tenía al capitán Irons de nuevo delante del panel con la información del asesinato y le señalaba sus nuevos descubrimientos.

—Hemos conseguido la conexión que buscaba, señor. Se hizo una llamada desde el teléfono de Fabian Beauvais al de la casa de Keith Gilbert este día.

—Un momento —la interrumpió Wally—. ¿Quién demonios ha autorizado la orden de registro del teléfono de Keith Gilbert?

—No hemos investigado los registros de llamadas de Gilbert. Hemos buscado en los del fallecido..., tras rastrear el teléfono móvil de prepago de Fabian Beauvais.

—¿Tenía un teléfono de esos? —Irons hizo que sonara como si fuera un accesorio criminal.

—No es poco común entre la gente con pocos ingresos utilizar teléfonos desechables, capitán. No es ningún delito.

—Bien. Pero llamó al teléfono de la casa. Una vez. ¿A eso lo llama conexión?

—Y por eso las demás llamadas que se sucedieron durante los días siguientes, incluidas algunas desde el móvil personal de Keith Gilbert a Fabian Beauvais, son tan... convincentes. ¿No cree?

Wally Irons era un superviviente. Sí, jugaba a las damas en lugar de al ajedrez con sus estrategias profesionales, pero incluso un burro torpe termina encontrando finalmente su comedero.

—¿Está completamente segura de que es su hombre?

—Lo estoy, señor. Y aparte de eso, ya estoy perdiendo posibles testigos, tanto del homicidio como del vuelo. —Le miró directamente con la esperanza de que su argumento le diera donde más le dolía—. Así que, si lo retrasamos, corremos el riesgo de que nuestro liderazgo se ponga en duda, si hubiese una instrucción.

Era lo único que él necesitaba oír.

—Adelante.

El mismo equipo de policías de paisano de la Autoridad Portuaria que les habían prohibido esa misma mañana el paso a Heat y a los Roach evitaron las puertas giratorias tan estratégicamente vulnerables y salieron por la puerta corredera de cristal, que era más ancha y por eso la utilizaban los mozos de equipaje del Widmark. El servicio de seguridad vio al instante a la detective Heat, que estaba de pie junto al todoterreno del comisionado. Gilbert les seguía por detrás y tardó más en notar su presencia, pero cuando lo hizo su rostro se llenó de rabia. En ese momento, el posible

candidato se dio cuenta de que había medios de comunicación tomando fotografías y grabando en vídeo y eso le obligó a relajar el gesto. De hecho, sonrió a Nikki cuando esta se acercó, pero con esas curtidas arrugas faciales y esa perilla a ella le pareció la sonrisa de un pirata.

—Joder, es usted incansable —dijo él tratando de mostrarse despreocupado frente a las fotografías, pero unos hilos blancos de saliva en la lengua le contradecían—. ¿Qué narices pretende?

—Hacerle un favor. —Él frunció el ceño y ella continuó—: Le voy a dar la oportunidad de venir conmigo tranquilamente o... —Señaló con la cabeza hacia los dos extremos de la rotonda de entrada, donde se encontraban los detectives Raley, Ochoa, Feller y Rhymer junto a sus coches sin distintivos policiales bloqueando las salidas. Con cada uno había media docena de agentes uniformados—. La situación puede ponerse muy fea.

—No entiendo esto. ¿No me ha hecho ya todas sus preguntas?

—No he venido a hacerle preguntas, comisionado Gilbert. He venido con una orden de arresto por el asesinato de Fabian Beauvais.

Keith Gilbert se había limpiado la tinta de los dedos con una gasa y alcohol y estaba sentado en una celda individual esperando a su abogado antes de que le interrogaran formalmente. Aunque Heat había realizado hábilmente el arresto para evitar una escena desagradable delante de la prensa en el Widmark, la noticia se había extendido rápidamente y ahora un terrible enjambre de furgonetas de medios de comunicación y espectadores se aglomeraba en la puerta de la comisaría Ochenta y Dos Oeste.

Heat recibió tantas peticiones de entrevistas tanto de manera formal como extraoficial que dejó de atender las llamadas de la prensa y empezó a no hacer caso de los mensajes y correos electrónicos; los consultaba solamente cada diez minutos, más o menos, por si había alguno de Rook. Le había dejado un breve mensaje de voz para informarle del arresto, asegurándose de no pedirle que la llamara. Nikki no quería parecer necesitada, aunque estaba deseando que él se pusiera en contacto con ella. Sobre todo, después de los incómodos momentos de esa mañana con lo del trabajo en el comando especial.

Cuando vio que Wally Irons salía del servicio de caballeros alisándose la parte inferior de la nueva camisa blanca de vestir que había llevado por la mañana en una percha, Heat no se sorprendió. A pesar de todos sus ángulos muertos, el capitán levantaba constantemente el dedo hacia el viento y ahora consideraba astutamente que la dirección más ventajosa para su futuro estaba lejos de su sospechoso de asesinato. Además, ese hombre no podía resistirse al brillo de los focos de la televisión. Era como si, en cierto modo, fuese una polilla. Circulaba el rumor de que unos años antes había tirado al suelo a un niño cuando se apresuraba hacia el podio de una conferencia de prensa. Heat apareció en la puerta de su despacho mientras él

se anudaba la corbata delante de un espejo y le preguntó si estaba seguro de que quería hablar con los medios de comunicación tan pronto. Como siempre, él envolvió su respuesta con la bandera del deber.

—Alguien tiene que salir a contarle a la gente de esta ciudad que el Departamento de Policía de Nueva York actúa sin miedos ni favoritismos —dijo mirándose al espejo.

—Yo no utilizaría ese eslogan, señor.

—Lo he copiado de usted.

—Y yo lo copié del *New York Times*.

—Mejor aún —respondió él.

Heat solo esperaba que la información que ella le había dado hubiese calado tan hondo como el eslogan. Albergaba sus dudas.

Diez minutos después, Nikki estaba en un rincón apartado mientras Iron Man toqueteaba los micrófonos que habían colocado en la entrada principal de la comisaría.

—Buenas tardes. Soy el capitán Wallace Irons, jefe de la comisaría Veinte. —Hizo una pausa mientras se oía el zumbido y el chasquido de las cámaras de fotos—. Para que no haya duda, se deletrea W-A-L-L-A-C-E y después I-R-O-N-S. Voy a realizar una breve declaración. Tras la investigación de la muerte de un hombre llamado Fabian Beauvais...

—¿Puede deletreárnoslo? —preguntó una mujer de la agencia Eyewitness News.

—Les daremos toda esta información tras mi declaración —respondió el capitán tras una breve confusión—. Bien. Tras nuestra investigación de la muerte del señor Beauvais, hemos realizado el arresto de nuestro principal sospechoso: Keith Gilbert. —Aunque los reporteros ya sabían aquello, un enérgico murmullo se oyó entre la multitud acompañado de una ráfaga aún mayor de chasquidos de las cámaras—. No voy a hablarles de las pruebas que tenemos contra el sospechoso, pero, como todos ustedes saben bien quién es el comisionado Gilbert, he venido para asegurarles en persona que el Departamento de Policía de Nueva York actúa sin consideración. —Al darse cuenta de su error, corrigió—: Es decir, sin consideración al estatus.

—¿Cómo va a afectar esto a la capacidad de la Autoridad Portuaria para prepararse para el huracán Sandy? —preguntó un corresponsal del *Ledger*—. ¿No era él el encargado?

—Pues... eso se lo preguntaré a la Autoridad Portuaria.

—¿Cuándo y dónde le han arrestado? —gritó un reportero de la emisora 1010WINS.

—El comisionado Gilbert ha sido puesto bajo custodia hoy sin ningún incidente tras una conferencia...

Mientras Iron Man informaba sobre los pormenores del arresto, Heat se permitió relajarse un poco, encantada al ver que, tal y como habían acordado, él iba a limitar sus comentarios a aspectos básicos del arresto y del proceso en lugar de revelar las

pruebas o la información bajo secreto.

Una mano se apoyó suavemente sobre su hombro y Nikki vio a Rook al girarse. Había algo perturbador en su expresión. A continuación, él se inclinó hacia su oído para susurrarle:

—Nikki, no me odies, ¿de acuerdo?

—¿Odiarte? Vamos... —El peso que él parecía estar arrastrando la preocupó, pero sonrió y recostó discretamente su cuerpo contra el de él—. ¿Por qué iba a odiarte?

—Porque tengo que contarte una cosa. —Ella se giró para mirarlo y Rook volvió a susurrarle al oído—: Has arrestado al hombre equivocado.

Nikki volvió a estudiar el rostro de Rook esperando su sonrisa de «es broma» o el modo juguetón en que entrecerraba los ojos cuando le estaba tomando el pelo. No vio ninguna de las dos cosas.

—En serio —fue lo único que él dijo.

Y su expresión también lo era.

—Pues no puede ser. Y si lo dices en serio, estás equivocado.

—Te aseguro que Gilbert no es el asesino.

Heat vio que el reportero de una revista se acercaba a ellos intentando oír su conversación.

—Aquí no —le dijo a Rook.

Le cogió de la mano y lo llevó dentro, pasando junto a la placa de homenaje a los policías caídos en servicio que había a la puerta, y entraron en el vestíbulo de la comisaría, que estaba vacía salvo por el sargento de servicio que se encontraba tras el cristal blindado y el eterno olor a un producto de limpieza desinfectante. La fila de sillas de plástico naranja estaba vacía y se sentaron bajo el enorme cartel de STOP requisado a la división de tráfico, que demarcaba la frontera entre los visitantes y la policía.

—Sé que te habrás pasado todo el día imaginando una hipótesis alternativa —empezó a decir ella sujetándole aún la mano mientras estaban allí sentados con las piernas en contacto—. Pero te has perdido muchas cosas durante tu ausencia.

Heat no necesitaba sus notas. Por suerte o por desgracia, tenía una imagen fotográfica del panel con la información del asesinato y rápidamente hizo un resumen de ese día, casi lo mismo que había hecho antes con Wally Irons al solicitarle la orden de arresto. Nikki le contó todo por orden cronológico: el descubrimiento de que los dos infames matones estaban buscando a Beauvais en un Impala de la Autoridad Portuaria; el hallazgo del cuerpo de Jeanne Capois tras los cubos de basura, esa víctima torturada y terriblemente maltratada que era la asistente de la casa que habían asaltado; su bolso, probablemente escondido durante su huida, que les había llevado al mensaje de advertencia de Fabian Beauvais sobre K. G. Soltó la mano de él y la colocó sobre su rodilla.

—Rook, te juro que, después de haber visto eso, estoy segura de que si hubieses estado conmigo habrías enviado a Gilbert a chirona.

Le sorprendía ver que él no la había interrumpido y que simplemente se había limitado a asentir como si estuviese esperando a que terminara. Continuó informándole sobre su reunión con el comisionado en la sala de banquetes vacía del hotel Widmark y terminó diciendo:

—En realidad, la guinda del pastel ha sido..., ¿estás preparado?, la prueba concluyente de las múltiples llamadas de teléfono entre Beauvais y Gilbert, que había

asegurado que no conocía a ese hombre.

Heat no obtuvo la reacción que esperaba. Rook estaba en otra parte. Sumido en alguna reflexión, con la mirada perdida en la máquina expendedora que había al otro lado del vestíbulo, pero no como si estuviese decidiendo qué refresco comprar.

—He intentado llamarte —dijo ella.

Él volvió a mirarla.

—Sí, bueno, estaba de inmersión total.

—¿Qué significa eso?

—Nik, no me malinterpretes. Me encanta salir contigo a trabajar, pero en un momento dado tengo que apartarme, alejarme de la policía para ser el periodista que soy en realidad.

Ella miró la mano que tenía apoyada en la rodilla de él y la llevó a su propio regazo. Rook no pareció notarlo.

—Oficialmente, estoy encargado de este caso, ya lo sabes. Eso es importante, para mí es la base y tengo que protegerlo. Cuando voy contigo, le saco provecho, desde luego. Consigo un montón de datos y observaciones. Pero es demasiado fácil perder la objetividad. Si la pierdo, dejo de ser periodista. Necesito mantener mi visión independiente.

Nikki se preguntó qué estaba pasando allí. Rook estaba hablando de ello con tranquilidad y claridad, pero el efecto de lo que estaba diciendo en cuanto a la independencia y a estar apartado sembraba una semilla de preocupación en el interior de Nikki que echaba raíces rápidamente y crecía con cada frase que él pronunciaba. Más cómoda —o al menos más segura— con datos, Nikki quiso cambiar la dirección que aquello había tomado.

—De acuerdo. La soledad del escritor. Te he visto trabajar, lo entiendo. Pero ¿qué has podido sacarte de la manga que te haga pensar que no tengo caso?

—Solo una cosa: cuando dices «sacarte de la manga» haces que parezca como si, no sé, como si se tratara de alguna conspiración.

Ella estaba tratando de evitar que aquello terminara en discusión, pero ese comentario merecía una contestación.

—Vamos, Rook, ¿necesitas que te haga una lista de todas las especulaciones locas que han salido de tu boca?

—Solo para apartarme de lo de siempre. Para animarte a que tengas nuevas ideas. No es como si siempre estuviera con teorías conspiranoicas.

—El otro día, en el planetario, sugeriste que aquel cuerpo desconocido había caído del espacio exterior. Al día siguiente estabas hablando de vudú.

—Bueno, no vayamos a lo anecdótico. Eso es distinto. Tengo información sólida y bastante esclarecedora, por si quieres escucharla.

—Por supuesto que sí. Estaré encantada. —No lo estaba. Quería salir corriendo. Cualquier lugar menos estar allí.

Rook sacó un cuaderno de su americana. Ella no pudo evitar darse cuenta de que

había cambiado su habitual Moleskine negro por un Rhodia naranja de Francia. Una *différance* más que asimilar. Tomó la irracional decisión de tirar el cuaderno Clairefontaine que le había regalado Rook.

—Empecemos por el matadero —dijo él—. La gente como Fabian Beauvais no aparece sin más de la nada y empieza a degollar pollos.

—Bien —contestó ella—. No, estoy segura de que en su comunidad la información corre de boca a boca.

—Estoy de acuerdo. Pero también existen las referencias. ¿Qué es lo que necesita un inmigrante, sobre todo si es ilegal? Alguien que le indique el camino en el laberinto. Papeleo, alojamiento, trabajos... Y de forma discreta. Pasando inadvertido. —Abrió el cuaderno y buscó una de las primeras páginas—. Se les conoce como abogados de inmigrantes. No son los letrados de Park Avenue. Ni siquiera se puede comparar con esos tipos que hablan de lesiones y accidentes laborales y que se anuncian en los autobuses. Son sanguijuelas, desde luego, pero cumplen su papel ayudando a las clases marginales.

En la calle, el jaleo de los reporteros tratando de hacer sus preguntas llamó la atención a Nikki desde el otro lado de la ventana y supo que la conferencia de prensa estaba terminando.

—¿Es esto una clase sobre educación cívica?

—Ya voy al grano. Toda aquella coincidencia del director del matadero apuntándonos hacia los Hamptons nunca me pareció fácil.

—¿Por qué no? Es lo que pasó.

Rook continuó adelante sin hacerle caso:

—Así que he realizado algunas averiguaciones. Nuestro amigo Jerry, el director del matadero de pollos, tiene un acuerdo de referencias laborales, que suena sospechosamente a sobornos y comisiones, con un abogado de esta especialidad que se llama Reese Cristóbal. ¿Te acuerdas de que Fabian Beauvais tenía antecedentes por allanamiento? Te dejo que adivines qué abogado se ocupó de su caso. Yo te lo diré: Reese Cristóbal.

—Hasta ahora todo esto es información útil, pero...

—Reese Cristóbal es un hombre muy ocupado. No solo tiene fuertes lazos con la comunidad de inmigrantes ilegales. La noche en que arrestaron a Fabian Beauvais por allanamiento por rebuscar en la basura, otros dos hombres fueron arrestados con él. También inmigrantes. También representados por el mismo abogado.

—De lo que se deduce que está ocupándose de muchos de estos casos —dijo ella.

—Exacto. Pero en el caso de Fabian se trataba de la primera infracción. He averiguado que los dos hombres a los que acompañaba tenían antecedentes más interesantes.

Nikki inclinó la cabeza a un lado.

—¿Cómo has conseguido información sobre ellos?

Rook sonrió.

—Por favor, ¿tengo que llevar siempre bajo el brazo mis premios Pulitzer de periodismo de investigación?

Tras reprocharse a sí misma no haber investigado a los compañeros de Beauvais que habían sido arrestados, le animó a que continuara. Él volvió a consultar sus notas.

—Sujeto número uno: Fidel Figueroa, *Fifi*, tenía alteración del orden público reducida a vandalismo por lanzar una bomba fétida sobre la multitud. Ah, ¿y sobre qué multitud? Fue en Washington Square. En un mitin de campaña de Keith Gilbert.

—Continúa —le animó ella.

—Ah, el dulce sonido de la atención exclusiva. Sujeto número dos: Charley Tosh fue arrestado por allanamiento de morada y vandalismo. Es decir, en mitad de la noche rompió un escaparate y provocó grandes destrozos en la calle Sesenta y Tres esquina con avenida Lexington. El cuartel general de la campaña de Keith Gilbert. ¿Vamos viendo ya un patrón de conducta en todo esto? Por tu expresión, yo diría que no. ¿Y sabes por qué? Esto no fue algo al azar. Sus travesuras estuvieron pagadas por un comité de acción política muy activo. Este comité tiene unas iniciales muy inocuas. Está registrado como el CBAP. ¿Sabes qué significa CBAP? Comité para Bloquear al APiota.

Alzó la vista de sus notas.

—No me culpes. Estos especialistas en política pueden ser muy mordaces. ¿No ves nunca al comentarista Bill Maher?

Nikki no pudo evitar sucumbir a la curiosidad.

—¿Ese AP se refiere a la Autoridad Portuaria?

—Sí. El APiota en cuestión sería cierto comisionado de la Autoridad Portuaria que está planeando presentarse al Senado de Estados Unidos.

—¿Y qué, Rook? Esos dos hombres hicieron el trabajo sucio de un comité de acción política con un nombre sospechoso...

—... Creado específicamente para ir en contra de la campaña de Keith Gilbert.

—Pero no fue Beauvais. Él solo estaba rebuscando en la basura.

—Con esos otros dos personajes. Quien con niños se acuesta mojado se levanta. Y si me lo preguntas, el asalto a la oficina central de la campaña de Gilbert me recuerda muchísimo al trabajo que vimos en la West End Avenue. Salvo por...

—¿Salvo por qué?

—Pues que en la oficina de la campaña alguien dejó un mojón sobre la mesa del jefe de recaudación de fondos.

Nikki puso cara de asco.

—¿Has leído el informe de la policía?

—No. Eso lo he sacado hoy de la agencia de información de Keith Gilbert.

—Un momento. ¿Has hablado con el jefe de prensa de Gilbert?

Rook respondió con un encogimiento de hombros para restarle importancia.

—Conocí a Dennis cuando era decano de la Facultad de Periodismo de la Universidad de Hudson. Nos hemos reunido esta tarde. Por eso tenía el teléfono



apagado.

—Rook, no me lo puedo creer. ¿Has hablado con el personal de uno de mis principales sospechosos? ¿Sobre este caso?

—Sí. Se llama conocer las dos versiones.

—¿Qué le has contado sobre el caso? Porque debes saber que está en contacto directo con Gilbert y su Equipo Estrella de colaboradores.

—¿Nos estamos volviendo paranoicos?

—No. Nos estamos enfadando. —Absolutamente anonadada, Nikki le lanzó una mirada de indignación que le puso nervioso.

Se distrajo pasando páginas de su cuaderno.

—Noto cierta resistencia, así que deja que te cuente mi conclusión. —Llegó a una página muy manoseada—. ¿Te acuerdas de que en el matadero algunos de los trabajadores parecían un poco recelosos con la policía y salieron por la parte de atrás?

—Claro.

—Pues hoy he vuelto allí y me he hecho algún amigo en el callejón.

—¿Les has pagado?

—Por favor. Eso sería un insulto. Les he repartido vales del Dunkin' Donuts. Y ha merecido la pena, porque una mujer se ha sincerado conmigo. —Señaló con el dedo un nombre de su cuaderno—. Hattie Pate. Hattie era amiga de Fabian Beauvais. Supongo que cuando se mata con alguien a unos cientos de pollos terminas conociéndole. A lo que iba: me ha dicho que Fabby llegó un día muy nervioso. Ella le preguntó qué le pasaba y él le dijo que había alguien que quería matarle. —Hizo una pausa—. ¿Quieres que te lo repita?

—Continúa.

—Beauvais le contó a Hattie que había estado haciendo unos trabajos por su cuenta para unos tipos. Una especie de banda de ladrones de cajeros automáticos. Se volvieron en su contra y le dijeron que iban a..., y cito textualmente, «joderle la vida y matarlo». Sabían dónde vivía, así que Hattie le buscó la habitación a la que se mudó, que es donde encontramos escondidos los diez mil dólares. En fin, ¿es posible que el dinero fuera la razón por la que lo buscaban? —Se quedó mirándola y asentía y sonreía mientras ella procesaba aquella información—. Te lo diré otra vez: has detenido al hombre equivocado.

Ella estaba tan absorta asimilando lo que le había contado Rook, así como su indiscreción con el jefe de comunicación, que no se dio cuenta de que la conferencia de prensa había terminado y Wally Irons se encontraba ahora a unos pocos metros.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondió Nikki antes de que lo hiciese Rook—. Simplemente le estoy poniendo al día sobre el caso.

No parecía que el capitán se lo hubiese creído del todo, pero su teléfono móvil sonó y continuó andando hacia el interior de la comisaría.

Cuando Irons se fue, Heat se removió en aquel terrible asiento de plástico para

mirar a Rook.

—Admito que has planteado un montón de puntos interesantes. Pero no he oído nada que cambie el caso que tengo contra Gilbert.

—¿Llamas nada a una amenaza de muerte?

—No. Y sabes de sobra que voy a investigarlo. —Dio varios golpecitos en el cuaderno de Rook con los dedos—. Quiero el contacto de Hattie para ponerme con ello. Pero, por ahora, solo es un rumor y ese rumor no invalida la prueba que tengo contra Gilbert.

—Da un paso atrás como he hecho yo, Nikki. ¿De verdad lo llamas prueba?

—Puedes apostar a que sí.

—Porque yo le puedo dar un nuevo contexto a todo lo que tienes. —Eso le sorprendió a Nikki, pues hasta esa misma mañana, cuando a Rook le pilló por sorpresa la noticia del comando especial, él habría dicho «tenemos» en lugar de «tienes». Rook hizo el gesto de dibujar un cuadrado en el espacio que había entre los dos con ambas manos y dijo—: Podría volver a enmarcarlo todo en un escenario que demostraría que la única conexión que Gilbert tenía con Beauvais era la de tener que soportar a un sucio estafador político que le estaba hostigando y boicoteaba su campaña.

—Vaya, Rook, ahora podrías ser tú el ayudante de comunicación de Gilbert —dijo ella con no poco sarcasmo—, dándole la vuelta a todo para convertir al pobre comisionado en la víctima.

—Puede que no sea una víctima, pero sí que lo han acosado.

—Entonces, ayúdame a aclarar esto: ¿por qué negó Gilbert que conocía a Beauvais?

—¿Quién sabe? Quizá no tenga nada que ver con su asesinato. O puede que estuviese cabreado porque el haitiano le hostigaba. Quizá Beauvais iba a contar lo de la amante. O quizá Keith y Alicia tienen un hijo; un caso parecido al del senador John Edwards. Así que Gilbert le amenaza soltando un improperio en el fragor del momento y luego esa banda de ladrones de cajeros termina matándolo por haberles robado esos diez mil dólares. En su caso, yo también me habría mostrado algo prudente.

Cerró su cuaderno y se golpeó con él la palma de la mano unas cuantas veces mientras le daba vueltas a una idea.

—Creo que tienes que investigar más a esos dos matones de la pensión. Ya sabes, que a Beauvais lo hayan matado no lo convierte en un buen tipo.

Un argumento válido. Nikki a veces se sorprendía a sí misma cayendo en la trampa lógica de santificar a la víctima de un asesinato.

—Solo te pido que des un paso atrás. Quizá las cosas parezcan de una forma, pero signifiquen otra. ¿Acaso no es posible que Keith Gilbert no tuviera nada que ver con la muerte de Fabian Beauvais y que simplemente fuese un satélite dando vueltas en su periferia?

En lugar de abrírsele nuevas posibilidades, Nikki sintió que la envolvía la oscuridad. Se había acostumbrado a las lúdicas especulaciones conspiratorias de Rook e incluso había disfrutado con ellas a regañadientes. Era como escuchar en su cerebro palomitas de maíz explotando. Pero esto tenía un tono distinto. Su aseveración de que podría estar ocurriendo algo más grande no pasaba la prueba de las palomitas de maíz. Esto parecía ser un desafío para todo el caso.

Y nada divertido.

El detective Feller estaba esperando a Heat al otro lado de una luz intermitente cuando ella y Rook entraron en la sala. Mientras ella respondía a la llamada, Rook dejó su bolso en su mesa prestada y se acercó al panel con la información del asesinato para ver las novedades.

—¿Sabes lo que este caso implica para mí? —empezó a decir Feller, que estaba llamando desde la central de automóviles de la Autoridad Portuaria de la ciudad de Jersey—. Puentes, túneles, puentes y túneles. Ah, y túneles.

—¡Bua! Yo tengo dos docenas de mensajes de teléfono de periodistas que me quieren convertir en su fuente anónima de información sobre el arresto de Gilbert.

—Ponlos en contacto entre sí. Eso es lo que yo haría. Después, retírate y observa los rayos que salen del teléfono.

—¿Has terminado? —preguntó ella.

—Casi. He encontrado algo inesperado aquí. En el sistema que gestiona los registros del parque móvil no consta que nadie haya sacado ese Impala este mes.

—¿Cómo es posible?

—Porque... ¿estás lista? Ese coche lo han robado.

—¿Cuándo lo han robado?

—Pues eso es lo raro. Acaban de darse cuenta y lo han denunciado hoy.

Nikki puso fin a la llamada, se acercó en silencio a Rook y quitó el tapón a un rotulador para apuntar el robo del Impala.

—¿Estás tensa? —preguntó él cuando ella terminó.

—No, ¿por qué?

—¿Es mi imaginación o ese rotulador ha chirriado demasiado cuando has escrito esas mayúsculas?

—Podría ser —contestó ella—. Dios sabe que tu imaginación es bastante fértil.

Antes de que Rook pudiese responder, Wally Irons asomó la cabeza por la puerta de su despacho.

—¿Detective? Los abogados de Gilbert están en la sala de interrogatorios número uno con él. Todos están listos.

Heat entró sola en la sala. El capitán Irons, al que ella había invitado por una cuestión

de protocolo, era demasiado cobarde como para sentarse allí —gracias a Dios— y Rook, que sí deseaba —y esperaba— participar, recibió una mala noticia por parte de Nikki en la puerta de la sala de interrogatorios. Al tratarse de un caso de alto riesgo con una persona tan importante, la detective jefa no podía permitirse meter la pata. Y en el número uno de la lista de traspiés estaba dejar que un periodista participara en el interrogatorio oficial por homicidio de un funcionario del gobierno en presencia de su oportunista Equipo Estrella de colaboradores.

Lo primero que vio fue la sonrisa de Keith Gilbert. Lejos de tener el aspecto de un hombre al que acababan de confiscar su corbata, su cinturón y los cordones de sus zapatos, irradiaba una sensación de relax y casi afabilidad. Nikki ocupó la única silla que tenía el respaldo vuelto hacia el espejo de la sala de observación. Al otro lado de la mesa, enfrente de ella y flanqueado por un trío de hombres trajeados, Keith Gilbert parecía más un magnate ejerciendo de jurado en un programa de futuros aspirantes a empresarios que un sospechoso de asesinato. La detective Heat pensó que tendría que cambiar eso.

—Keith Gilbert, quiero que conste que esto es un interrogatorio oficial. Así como se le ha informado en el momento de su arresto de que cualquier cosa que diga puede ser utilizada en su contra, en esta reunión se le advierte...

Nikki continuó recitando el texto estándar no solo para que cada actuación fuera legalmente irrefutable, sino también para dejar claro que aquella fiesta la había convocado ella. Estando presentes unos abogados penalistas de primera, supo al entrar que solo tenía una pequeña oportunidad de hacer que constara alguna prueba incriminatoria. Desde luego, no una confesión. Pero esperaba que en esa pequeña probabilidad cupiese la posibilidad de que hubiese algún lapsus por descuido, que alguna de sus respuestas contradijera una declaración anterior o que apareciera alguna nueva información útil. De cosas así de pequeñas habían salido grandes condenas.

Frederic Lohman, socio principal de Lohman y Barkley, agitaba el aire con una de sus artríticas manos como si estuviese espantando mosquitos.

—Detective —dijo sosegadamente con su habitual tono casi susurrante—, creo que puedo conseguir que nos ahorremos algo de tiempo si dejamos claro que a mi cliente ya le han advertido convenientemente de sus derechos y que, de hecho, su derecho a tener un abogado ya se ha cumplimentado de forma más que adecuada. — El anciano abogado soltó una risa ronca a la que se unió su lado de la mesa, Gilbert incluido, quien aún conseguía de algún modo mantener su aspecto bronceado y robusto bajo las enfermizas luces fluorescentes que hacían palidecer a los demás—. También podemos ahorrar tiempo informándola a usted, con todos los respetos, de que el comisionado Gilbert no va a hacer ningún tipo de declaración ni va a responder a ninguna pregunta.

Nikki contestó con un tono tranquilo, imitando el comedimiento de Lohman. Pero la contundencia de su mensaje no podía pasar inadvertida.

—Con el mismo respeto, abogado, si ahorrar tiempo se convirtiera en la prioridad

de esta reunión, me aseguraré de hacérselo saber. Mientras tanto, el principal objetivo es obtener respuestas a las preguntas que le voy a hacer a su cliente en relación con su papel en un homicidio. Ustedes podrán hacer lo que quieran, pero no es usted quien tiene que decirme qué debo hacer.

Después de haber estado en muchas salas como esa con otros tantos clientes durante cinco décadas, el abogado se tomó aquel contraataque como siempre hacía. Como si no hubiese oído nada. Lohman se limitó a esperar con expresión neutra. Ella abrió su archivo y empezó. Decidida a observar cada detalle, empezó por el principio, levantando en el aire la fotografía de Fabian Beauvais y preguntándole si lo conocía.

—Pregunta respondida —contestó el abogado.

A continuación, ella mostró los retratos robot de los dos hombres que habían salido huyendo de la pensión de Beauvais.

—Pregunta respondida.

Continuaron así hasta que, unos minutos después, Keith Gilbert empezó a removerse en su asiento.

—¿Se va haciendo a la idea, detective? —dijo. Lohman apoyó su mano de espantapájaros sobre la manga de su cliente en vano—. ¿Qué sentido tiene todo esto?

—Recopilar datos. Y darle a usted la oportunidad de colaborar...

—Ya he colaborado. —Gilbert apartó el brazo del toque de advertencia de su abogado. A Nikki le gustó ver eso y esperó que la frustración de Gilbert le hiciera bajar la guardia—. Dígame cuándo no lo he hecho, ¿eh?

Nikki le complació:

—¿Considera colaborar a hacer que desaparezcan pruebas y obstaculizar una investigación?

—¿Cuándo he hecho eso?

—Keith —dijo Lohman.

—No, quiero oírlo. —Flexionó el cuello a un lado y a otro y ella pudo oír el suave crujido de las vértebras—. En mi puesto como comisionado he jurado someterme a las leyes del país y quiero saber en qué he sido yo un obstáculo.

—Veamos, comisionado. Un vehículo registrado a nombre de la Autoridad Portuaria, un Chevrolet Impala, fue utilizado por dos personas relevantes en este caso.

—Vamos a detenernos en este punto —intervino el abogado—. Todo esto está muy bien, es muy entretenido. Pero, detective Heat, usted sabe que esta víctima no murió por un Chevy Impala, ¿verdad? —Sonrió a sus compañeros mientras disfrutaba de su propio chiste—. Creo que cayó desde un avión y que mi cliente estaba a treinta kilómetros de distancia, en Fort Lee, Nueva Jersey. Entonces, ¿qué tenemos que ver?

—Continuemos, comisionado —dijo ella evitando claramente a Lohman—. Esta mañana le he mencionado a usted la utilización del vehículo de la Autoridad Portuaria. Cuatro horas después..., ¡qué sorpresa!, el Impala en cuestión no solo ha desaparecido de su parque móvil, sino que alguien de la Autoridad Portuaria ha

descubierto por casualidad esta misma tarde que lo robaron hace un mes. Me gustaría que me explicara por qué no le parece una obstrucción semejante coincidencia.

De la boca de Frederic Lohman salió algo horrible junto con una tos irregular.

—No es necesario que mi cliente teorice sobre sus especulaciones —dijo después.

—No, Freddie. Quiero responder a eso. Está en juego mi reputación. —Sin hacer caso al movimiento de cabeza de su abogado, que le insistía en que no hablara, Gilbert continuó—: Yo nunca trato directamente con el centro automovilístico y técnico. Solo sé que cuentan con muchos vehículos. Con respecto a la fecha, supongo que es probable que vieran que el Impala había sido robado cuando hicieron inventario de todo para la preparación del huracán Sandy. Esto tiene menos que ver conmigo y más con el huracán, se lo aseguro.

—¿Me lo asegura igual que cuando me dijo que no conocía a Fabian Beauvais?

Lohman golpeó la mesa con los nudillos como si se tratara de una puerta, la primera vez que Nikki veía algo parecido en una sala de interrogatorios.

—Muy bien, voy a aconsejar encarecidamente a mi cliente que haga uso de su derecho a guardar silencio —dijo dirigiendo una mirada furiosa a Gilbert—. Y, detective Heat, sus insinuaciones no se hacen más creíbles a base de repetir las. De hecho, espero que podamos salir pronto de aquí con la moción que hemos presentado ahora en la que decimos que hay nuevas pruebas que provocan dudas serias esenciales en su caso.

Ella no sabía qué pretendía exactamente Lohman, pero supuso que había algo más que sus fingidas confianza y tranquilidad y empezó un lento ascenso de señales de alarma en el interior de Nikki. Estaba ocultando algo. Pero ¿qué?

—No estoy segura de a qué se refiere con lo de «nuevas pruebas» —dijo ella tanteando el terreno—. Pero si ha contratado a un investigador privado, sus hallazgos tendrán que esperar a superar la prueba de un juicio público.

—¿En serio? ¿Cuando hubo una amenaza de muerte específica y creíble contra el fallecido por parte de una persona que no es mi cliente? A saber, una banda que cometió un fraude con tarjetas de crédito y robos en cajeros automáticos tenía motivos, medios y oportunidades para hacerlo.

Las señales de alarma empezaron a sonar con más fuerza.

Frederic Lohman levantó sus cejas enmarañadas.

—¿No sabe usted nada de esto? Me sorprende, detective. Su propio..., eh..., llamémosle amigo, Jameson Rook, el respetado periodista de investigación, me ha aportado suficientes pruebas para presentar una petición de liberación inmediata sin fianza. Espero que nos contesten pronto, porque el comisionado Gilbert es fundamental en los preparativos del inminente desastre natural.

¿Rook? ¿Qué demonios había contado en esa reunión con el ayudante de prensa de Keith Gilbert? ¿Cuántas personas más habían hablado de este caso? El cerebro de Heat daba vueltas a toda velocidad. Había intentado estremecerlos con esta reunión y ahora era ella la alterada. Mientras Nikki intentaba recomponerse, el abogado

continuó con su tranquila voz monótona:

—La solicitud de liberación es solamente el principio. Vamos a insistir en que haya un sobreseimiento del caso basándonos en estas nuevas informaciones. Por supuesto, ese será un camino más difícil, pero merecerá la pena arriesgarse. Todos nos arriesgamos, ¿verdad, detective Heat?

Su teléfono sonó sobre el expediente que tenía al lado. La pantalla decía que se trataba del despacho del fiscal del distrito. Al otro lado de la mesa todo eran sonrisas. De hecho, la habitación se convirtió en un depósito lleno de tiburones. Y para Nikki era como si se estuviese llenando de agua.

Unos minutos después, Nikki miraba por el cristal cómo salía Keith Gilbert. No hacia la cárcel de Rikers Island, sino, como repetía constantemente el fósil de su abogado, a cumplir con su papel irremplazable en la Autoridad Portuaria dirigiendo los preparativos para la crisis de la tormenta. Rook miraba detrás de ella.

—Te lo juro, Nikki. Yo no les he contado nada —dijo mientras el magnate naviero se abrochaba su reloj de pulsera de estilo náutico.

Ella no lo miró ni elevó la voz.

—Una curiosa coincidencia. ¿No dirías eso?

—Pues sí, sé lo que parece. Sobre todo cuando ya estabas alterada porque me he reunido con el ayudante de prensa de Gilbert.

—Hoy.

—Fíate de mí. Sé muy bien que no se deben desvelar las entrañas de un caso a alguien que esté relacionado con el sospechoso.

—Lo han sabido por alguien. Y, más o menos, han dicho que has sido tú. No, la verdad es que sí que han dicho que has sido tú.

—Mienten. —La miró con ojos triunfales—. O tienen una fuente interna. Quizá un infiltrado en *First Press*. Apuesto a que es eso.

—Menuda burla —les interrumpió Wally Irons acercándose a la ventana donde estaban—. ¿He dado la cara en público y ahora esto? He quedado como un imbécil.

—Señor, a nadie le fastidia esto tanto como a mí —dijo Heat—. Pero ha sido solo un revés. Ha sido una petición de liberación. Pero todavía tenemos caso.

—¿Sí? Me parece que será mejor que empiece usted a tapar agujeros. Empezando por pedir a su novio que salga de la comisaría. —El capitán se marchó nada más decir aquello y se metió en su despacho para no tener que hablar con Rook.

—¿Me acaba de echar de aquí?

Heat vio cómo se estrechaban rápidamente las manos Gilbert y su Equipo Estrella mientras salían. Después, miró a Rook.

—Probablemente sea lo mejor para todos.

—¿Qué? —Movié la cabeza hacia ella con una sacudida—. ¿De verdad has dicho eso?

—Son órdenes, Rook.

—Pero yo os puedo ayudar. Sobre todo ahora que esto ha estallado por los aires.

—Ya has hecho bastante por hoy.

—Nikki, ¿me estás diciendo que no me crees?

Con lo enfadada y desanimada que se sentía, Heat sabía que era mejor dejarlo ahí.

—Estoy diciendo que mi jefe te ha pedido que te vayas. Nos ocuparemos de lo demás después.

Lanzó a Nikki una mirada dolorida. Al parecer, la decepción era mutua.

La primera llamada que Heat devolvió cuando se sentó en su mesa fue a Lauren Parry.

—Primero, las malas noticias —dijo la forense—. El laboratorio no puede confirmar que los mordiscos en los pantalones de Beauvais sean de una raza en particular o de un perro concreto. Están lavados y no hay pelos de ningún perro ni ADN. Pero también tengo el análisis del laboratorio de las marcas en las muñecas de Jeanne Capois. Coinciden totalmente con las bridas desechables que se encontraron cerca del planetario tras la colisión de Fabian Beauvais.

»He conseguido algo más interesante —continuó su amiga—. Bajo las uñas de los dedos de las manos hemos encontrado los habituales residuos de piel humana al defenderse arañando a su asaltante o asaltantes. Lo he metido todo en tubos y lo he etiquetado para buscar posibles coincidencias de ADN.

—Mantengamos la esperanza —dijo Nikki.

Lauren había empleado un tono profesional al hablar de «los habituales residuos al defenderse», pero a Heat le costaba ser imparcial. Lo único que podía imaginarse era a una mujer arrastrada brutalmente tras unos cubos de basura clavando las uñas con la esperanza de sobrevivir.

—También hemos encontrado las fibras habituales. —Nikki garabateaba en su cuaderno mientras la doctora Parry continuaba—. Debajo de las uñas y, según han visto los del laboratorio, enganchadas en el cierre de su reloj, hemos sacado fibras negras de nailon antidesgarro mezclado con licra. Nikki, esto indica un tipo de material que se encuentra en los uniformes de la policía. Sobre todo en los uniformes de los grupos tácticos de policía.

—¿Te refieres a la Unidad del Servicio de Emergencias o a la de Operaciones Tácticas?

—No es concluyente, claro. Vamos a seguir analizándolos, pero quería darte los resultados preliminares.

Y con esa corta llamada de teléfono, otra pieza del rompecabezas cayó sobre la mesa de Heat. Una pieza huérfana que no encajaba en ningún sitio. ¿Por qué el asaltante de Jeanne Capois iba a ir vestido con el uniforme de un grupo táctico? ¿Estaba aquello relacionado con algo que estuviese pasando con ella o con su novio,



Fabian Beauvais? ¿O con los dos? Los dos hombres a los que Nikki persiguió a la salida de la pensión mostraron una forma de actuar militar. Pero ¿qué conexión tenía ese perfil con Keith Gilbert, más allá del coche de la Autoridad Portuaria que habían utilizado? A Heat le parecía que cuanto más información conseguía más le enturbiaba la mente en lugar de aclararla. Lo único de lo que Nikki estaba segura era de que el hecho de que un tipo cayera desde un avión ya era bastante complicado. Y esto iba más allá de eso. ¿Cuál era el contexto? Heat no lo sabía todavía, pero, como diría Rook, había una historia detrás. Si descifraba la historia, llegaría hasta el asesino.

Pensó que había llegado el momento de rellenar los espacios en blanco.

Reese Cristóbal, el abogado de inmigrantes del que había hablado Rook, trabajaba en un despacho a pie de calle en la Treinta y Ocho Oeste, cerca de los establos de los coches de caballos, no exactamente un barrio de obligada visita que apareciera en los mapas de turistas. Heat encontró un aparcamiento y se identificó ante el recepcionista, que estaba en una diminuta habitación con el escaparate agrietado que daba a la calle.

Tras estrechar la mano pegajosa del abogado, supo que su fuerte colonia se le quedaría en el cuerpo el resto del día, un recuerdo de su visita cuando estuviese cenando. Cristóbal llevaba una camisa de vestir rosa de manga corta con una corbata a juego que probablemente venía con ella en la misma caja. El abogado volvió a su asiento tras un montón de papeles sobre una mesa desordenada. Nikki ocupó la única silla para las visitas y se esforzó en no mirar fijamente los implantes de pelo.

—Estoy tratando de ponerme en contacto con algunos de sus clientes. Fidel Figueroa y Charley Tosh. —Como él no respondía, Heat añadió—: Esperaré si necesita consultar sus expedientes.

—Una corrección, detective: antiguos clientes. Y no necesito consultar mis expedientes, porque los recuerdo bien y han desaparecido. No tengo ni idea de adónde han ido y tampoco me importa mucho.

—Vaya, sí que los recuerda. —Sus ojos se dirigieron a los trasplantes que le bordeaban la frente.

—No suelo hacer muchos trabajos de asistencia social en casos de delincuencia. Sobre todo ayudo a los inmigrantes en cuestiones de transición, etcétera, etcétera. Ya sabe, problemas con el casero, obtención de documentos, líos con el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas... Pero si el cliente se mete en un lío, le ayudo. Esos dos hombres, Tosh y Figueroa, se aprovecharon de la situación. Los saqué de un problema por allanamiento de morada y luego descubrí que era una estafa. Unos gilipollas de un comité de acción política les pagaban por ejercer de sucios estafadores. ¿Le parece que necesito buscarme problemas enredándome en asuntos así? No.

—No lo entiendo. ¿Qué tipo de problemas?

—Yo no me dedico a ayudar a cretinos indocumentados a entrar en este país para que le tiren piedras al próximo senador de Estados Unidos.

—¿Está hablando de Keith Gilbert?

—El mismo.

La conversación había llegado adonde ella pretendía, al comité de acción política contra Gilbert. La actitud protectora del abogado hacia el candidato la intrigaba, así que siguió por ahí:

—¿Es usted simpatizante de Gilbert?

—Va a ser el elegido. Así que hay que subirse al carro.

—¿Participa usted en su campaña?

—No.

—¿Lo conoce? ¿Se ha reunido con él alguna vez?

—Eh..., tendría que pensarlo. —Hizo el teatrillo de mirar las manchas de humedad del techo—. No.

—Es curioso que se acuerde de Figueroa y de Tosh, pero no recuerde si ha conocido a su candidato político preferido.

—¿Curioso? —Se encogió de hombros—. Solo tenía que pensarlo, eso es todo.

No eran los establos lo que olía Heat, sino la mentira. Pero volvería con eso más adelante. En ese momento, tenía otras cosas que investigar.

—¿Recuerda también a un cliente llamado Fabian Beauvais?

Como él frunció el ceño, ella le mostró una fotografía.

—Ah, sí, claro. Delito menor por allanamiento. Fue arrestado con los otros dos. Pero no es que estuviera del todo con ellos. Un buen chico. Sin embargo eso puede volverse contra ti cuando no eres consciente de tu realidad.

Heat no pudo pasar aquello por alto.

—Perdone, pero ¿eso no suena un poco a que cada uno debe saber cuál es su lugar?

—Oiga, las cosas son como son. ¿Por qué quiere información sobre él?

—Lo han asesinado.

—Ah, lo siento. Yo no lo conocía. Es decir, antes de su arresto.

Se olió otra vez que le ocultaba algo.

—¿No le buscó un trabajo? —Nikki esperó y, a continuación, insistió—: ¿En un matadero de pollos?

—Eh..., ¿sí? Tendría que consultarlo, pero me alegra haberle ayudado. —El abogado se puso de pie—. Verá, llego tarde a una vista en Mott Haven. ¿Podemos continuar otro día? Quizá la próxima vez podríamos concertar una cita. —Fuera la vista real o un invento, ella no podía hacer nada al respecto. Con disculpas y despedidas, él le aplicó otra dosis de colonia a la mano y salieron por la puerta.

En la acera, Heat vio cómo se iba a toda velocidad en su Mercedes G-Class. Nikki pensó que para ser un abogado especialista en inmigración con el despacho en un local a pie de calle, a Reese Cristóbal le estaba yendo bastante bien.

De vuelta en la comisaría Veinte, Heat vio que Feller acababa de regresar de Nueva Jersey, así que podía reunir a toda su brigada para una sesión informativa de última hora. Hizo un breve apunte sobre la puesta en libertad de Gilbert y evitó el tema de que el capitán había desterrado a Rook de la comisaría. Los rumores a ese respecto ya habían circulado por sí solos y sus hombres tuvieron la suficiente compasión —o sensibilidad— de no hacer ningún comentario.

—No estoy sugiriendo que los asesinos sean policías —puntualizó después de transmitir la noticia de las fibras que le habían comunicado la oficina del forense y la policía científica—. Podrían ser guardias de seguridad o simplemente aficionados que hayan comprado la ropa en tiendas de saldos del ejército. Detective Rhymer, quiero que vayas con los retratos robot de nuestros dos matones a tiendas de ropa militar. Sé que podrían haberla comprado por internet, pero la calle es un buen comienzo.

—¿Y el Departamento de Policía de la Autoridad Portuaria? —preguntó Feller.

—Muy listo. Como la Autoridad Portuaria se ha convertido en tu especialidad, ¿por qué no te haces algún amigo en la policía de la Autoridad Portuaria que busque a Beauvais y Capois en su banco de datos para ver si encuentra algo? Arrestos, multas, denuncias civiles contra algún policía, lo que sea. Roach, ¿habéis hecho algún avance con aquellas tarjetas de metro en Chelsea?

—Pues sí —respondió Raley—. Hemos mirado el bolso de Jeanne Capois por segunda vez y hemos encontrado en su cartera algo en la parte de atrás del recibo de una tienda. Lo usó para apuntar una dirección de Chelsea, en la calle Dieciséis Oeste.

—Es un apartamento que no queda lejos de la parada de metro —explicó Ochoa.

—Y curiosamente es el edificio de la terminal nacional de la Autoridad Portuaria. Antes de que te emociones: ya no pertenece a la Autoridad Portuaria, pero sí según Google. Lo busqué y me metí en un ridículo bucle infinito.

—Rales, antes de que entres en el túnel del tiempo, ¿por qué no me das esa dirección? Me pasaré esta noche cuando vaya de camino a casa. Quiero que Ochoa y tú vayáis a ver a Hattie Pate, la amiga de Beauvais, en la dirección que ha dejado Rook.

Antes de darles las buenas noches, puso palabras a lo que estaba dando vueltas en la mente de todos:

—No es necesario que os diga que la solución de este caso está aún muy lejos. No creo que esté en peligro, pero no podemos quedarnos sentados. —Señaló el panel con la información del asesinato que tenía a sus espaldas—. Vamos a imaginarnos que esta es la casilla de salida y avancemos.

—Más alto, más lejos y más rápido —añadió Rhymer.

—No. Por favor, no sigas —dijo Ochoa negando con la cabeza.

Heat le dio al taxista la dirección de Chelsea y se acomodó en el asiento con la carga

de un día deprimente y sus desalentadores pensamientos. El sorprendente giro que había dado el caso y sus efectos colaterales ya eran suficientemente malos. Que su cerebro se mantuviera dando vueltas sin parar tenía un nombre: Jameson Rook. Tras todos esos años de relación íntima y felicidad que habían pasado juntos, por no mencionar el profundo respeto que Nikki sentía por él, le había creído cuando le dijo que no le había dado al ayudante de Gilbert ninguna información confidencial. Pero, entonces, ¿cómo había sido?

Sacó su teléfono y abrió el mensaje de texto que Rook le había enviado poco después de salir de la comisaría. «Por cierto, ya que has mencionado el vudú, también he hecho hoy alguna indagación sobre eso. No es tan marginal y satánico como la gente cree. Una de sus creencias es que no existen las casualidades ni las coincidencias. Todo ocurre por un motivo. R.».

Nikki se preguntó qué motivo podría encontrar a aquello. No al hecho de que enviara el mensaje. ¿Qué razón había detrás del disentimiento y la intrusión de Rook? Aunque no hubiese sido Rook la causa directa de la puesta en libertad sin fianza de Gilbert, había supuesto algo más que una acción arriesgada. Nikki no podía evitar tener la sensación recurrente de que Rook estaba yendo en su contra.

Desde que había salido a la luz lo de la noticia del comando especial.

Heat no quería pensar siquiera que él estuviese intentando socavar su oportunidad de entrar en el cuerpo especial por una razón personal: conseguir que ella se quedara en Nueva York.

Pero no podía evitar hacerlo.

De modo que dio un toque a la pantalla de televisión para volver a ver desde el asiento trasero las noticias que acababa de apagar, así podría distraerse. «El huracán Sandy golpea Jamaica». Hasta ahí llegó la distracción. El reportaje de *Eyewitness News* decía que la tormenta había pasado a la Categoría Uno y que avanzaba hacia el norte golpeando Jamaica con vientos de ciento treinta kilómetros por hora. El vídeo seguía con imágenes de gente caminando doblada contra la fuerza lateral de la lluvia. Un reportero con un impermeable amarillo establecía su inexcusable conexión en directo gritando por encima del aullido de la naturaleza desde el furioso rompeolas y hablaba de las docenas de muertos y desaparecidos, los edificios derrumbados y otros que habían sido arrastrados al mar por el oleaje. El fuerte huracán seguía su camino por el mar Caribe y los programas informáticos seguían prediciendo la entrada en el noroeste de Estados Unidos entre el lunes y el martes. Como la mayor parte de los neoyorquinos, Heat veía la suave neblina que reflejaba el paisaje nocturno sobre las aceras y le costaba creerlo. Pero en cinco días podían pasar muchas cosas.

Cuando el taxi la dejó en la avenida Ocho esquina con la calle Dieciséis, una nueva oleada de inquietud la invadió. Tras ver por fuera el edificio, Nikki se preocupó. ¿Debía ir a su casa o a la de Rook? Al final, deberían enfrentarse a sus problemas. Por el momento, tendrían que esperar. Heat volvió a mirar el edificio y siguió su camino, preguntándose por qué narices había tenido que ver en la basura

aquella bolsa de la joyería de París.

Si en lugar de eso hubiese estado prestando atención a su alrededor, quizá los habría visto llegar. Cuando el hombre con el uniforme de la Unidad de Operaciones Tácticas la abordó desde atrás, su compañero ya le había quitado la pistola.

La sorpresa hizo que la reacción de Heat se retrasara. Un instante de «¿Qué...?» fue lo que tardó en empezar a caer de cara a la acera. Pero justo después de ese instante, la experiencia hizo acto de presencia en forma de venganza.

La regla principal de un combate cuerpo a cuerpo: no quedar acorralado. Nikki se giró en medio de la caída para aterrizar de espaldas en el suelo. Mientras giraba descargó un fuerte codazo en la oreja del hombre que tenía detrás, lo cual no solo le sorprendió, sino que lo apartó lo suficiente para que no cayera sobre ella.

Cuando Heat cayó en el suelo con un «¡Ay!», continuaba con su giro, de tal forma que lanzó una pierna por detrás de las rodillas del hombre que estaba a su lado, el que le había quitado el arma. Tenía su Sig Sauer en la mano, pero apuntaba hacia donde estaba antes, no adonde se encontraba ahora. El movimiento de la pierna hizo que el hombre cayera al suelo bruscamente. La parte posterior de su cabeza sonó como un coco que hubiese caído sobre el cemento. Heat se puso en cuclillas de un salto, lista para embestir y recuperar su pistola, pero en ese momento el otro asaltante ya se había recompuesto y se lanzó sobre ella.

Al igual que su compañero, era corpulento y musculoso. Pero sus dimensiones también le hacían ser más lento que Nikki. Una vez más, ella se giró y cayó de espaldas y, cuando él extendió los brazos para ponerle una mano en cada hombro e inmovilizarla, Nikki lanzó una rápida ráfaga de puñetazos hacia su rostro desprotegido, una cara que a continuación ella reconoció de la pensión de Beauvais. Él echó hacia atrás un puño para asestar un golpe, pero mientras lo hacía ella embistió con la parte superior de la frente contra su nariz y él soltó un grito. El puñetazo nunca llegó a su destino.

Movimiento. El otro hombre, al que también había visto en el vestíbulo de la pensión, se estaba poniendo de rodillas, aturdido, y sangraba por el corte que tenía en la parte posterior de su cabeza afeitada. Bajo la luz espectral, le vio levantar la Sig Sauer. Nikki trató de desasirse de aquel gigante que gimoteaba. Por fin, con el cuerpo agachado, vio que había mucha distancia y poco tiempo para saltar y coger la pistola. Movié la mano sin mirar y arrancó el velcro de la cartuchera que tenía en el tobillo. El sonido del velcro hizo que el hombre vacilara un momento. Heat lo aprovechó para disparar su Beretta Jetfire de calibre 25. En el aire se oyeron dos detonaciones y la cara del hombre se iluminó con el fogonazo del arma a la vez que las balas le entraban justo por encima de las cejas.

A su lado, sonó un fru-frú. Una bota negra de un uniforme de equipos tácticos golpeó la muñeca de Nikki y su arma de repuesto salió volando de su mano y cayó con estrépito en el aparcamiento del complejo de viviendas protegidas. Sin esperar, Heat se lanzó sobre la Sig Sauer, que estaba en la mano del hombre muerto. Cuando se encontraba a unos pocos centímetros, dos pares de manos la agarraron por detrás y la pusieron de pie. Otro hombre grande se había unido a la refriega y entre los dos la

arrastraban por la acera en dirección a una furgoneta que les estaba esperando. Ella trató con todas sus fuerzas de soltarse. Heat sabía que si la metían dentro de esa cosa, podía darse por muerta.

Otro axioma del entrenamiento de combate de Nikki: dar rienda suelta a la sorpresa, pensar en acciones opuestas. Se esforzó por revolversse con más fuerza mientras la acercaban a las puertas laterales. No podía rivalizar con su fuerza bruta. Entonces, a un metro de las puertas abiertas, llegó la sorpresa. Heat cambió su fuerza cargando inesperadamente en la misma dirección hacia la que la empujaban. El impulso los lanzó a los tres hacia el vehículo. Pero Nikki era la única que se había preparado para ese cambio.

Cuando los dos hombres chocaron contra el lateral de la furgoneta a ambos lados de Heat, esta se soltó y salió corriendo.

Eran las diez de una noche lluviosa de entre semana y aquella manzana estaba desesperadamente tranquila. Los vestíbulos de los edificios estaban vacíos y cerrados. El gran edificio de oficinas de la izquierda estaba apagado. No había taxis ni coches a los que pedir ayuda. Delante de ella, en la avenida Nueve, unas cuantas luces brillantes consiguieron que se acordara: hoteles. El Dream y el Maritime tenían una animada vida nocturna. Y seguridad. Pero entonces se detuvo de pronto.

Una silueta se acercaba hacia ella desde aquella dirección. Una persona con un uniforme negro paramilitar. A media manzana, pero acercándose. Caminando. Tomándose su tiempo, aunque también llevándose la mano a la cintura. Algo en sus movimientos tranquilos le hacía parecer más amenazante. Nikki giró rápidamente y salió disparada por la calle Dieciséis para tener algo de ventaja en el sentido opuesto. Casi la matan.

La furgoneta de carga de los asaltantes avanzó a toda velocidad y casi la atropella marchando en sentido contrario por una calle de una sola dirección. Heat se aprovechó de esa velocidad. Iban demasiado rápido como para girar. Así que ella se dio la vuelta y volvió en la dirección contraria a la que ellos venían, hacia la avenida Octava. Pero la furgoneta no se molestó en dar la vuelta. Oyó el chirriar de los frenos y el rugir del motor. Heat miró hacia atrás mientras corría y se quedó cegada con las luces blancas de la marcha atrás mientras la Express 1500 retrocedía a toda velocidad hacia ella.

El conductor era bueno. Incluso marcha atrás a una velocidad de locura, los neumáticos seguían a la perfección la línea de las alcantarillas y rápidamente el vehículo llegó a su lado y se puso al mismo ritmo que ella. Las puertas de la parte trasera se abrieron de golpe y el asaltante cuya nariz había golpeado se colgó de la ventanilla, dispuesto a saltar o simplemente a agarrarla cuando pasaran a su lado. Los pulmones le quemaban. Heat calculó sus posibilidades de llegar a la esquina decidida a no acabar. No de ese modo. Durante un instante, se preguntó si habría sido eso lo que le había pasado a Jeanne Capois justo antes de que la torturaran.

En la avenida Octava, un taxi se acercaba con la luz del capó encendida. Nikki

llegó a la esquina gritando con los brazos en alto, pero el taxista no miró hacia ella. Nikki se metió corriendo entre el tráfico, pero los pocos taxis que pasaron junto a ella estaban ocupados en medio de una nublada noche neoyorquina. No hacían caso a la peatona que movía los brazos frenéticamente. Pensarían que era una borracha o una turista. Se le ocurrió mostrar su placa para que se detuvieran, pero por la noche era arriesgado. Además, la furgoneta seguía ahí. El conductor se había metido en la avenida Octava y de nuevo avanzaba hacia ella, esta vez iluminándola con los faros delanteros.

Heat echó un vistazo a la acera. Ir corriendo hacia la calle Quince no era un buen plan. Escapar. En la siguiente esquina, un hombre que entregaba comida a domicilio se disponía a encadenar su bicicleta a una tubería.

—¡Eh, eh! —gritó ella—. Policía de Nueva York. Me la llevo.

Él no debió entenderla o no la creyó, pues empujó a Heat para proteger su bicicleta. Justo lo que necesitaba, perder ventaja con un chico de entrega a domicilio de comida india. Se abrió paso junto a él, montó en la bici y gritó:

—Llame al 911. Una agente necesita ayuda.

Nikki avanzó por la acera sabiendo que si ocupaba la calle sería atropellada por la furgoneta.

La furgoneta.

De nuevo a su lado. Corriendo en paralelo, a la misma velocidad, manteniendo el ritmo. La ventanilla delantera se abrió. Un par de mangas negras salieron, unos antebrazos que se apoyaban en el borde de la ventanilla, unas manos que agarraban una pistola Glock que apuntaba hacia ella. Heat frenó. La furgoneta continuó adelante. Se oyó un disparo desde la ventanilla. La bala dio en la pared de piedra que había junto a ella. El repentino frenazo de Heat le hizo perder el equilibrio. Más adelante se oyó un ruido, un gran estruendo. Tratando de mantener el equilibrio, dio unos bruscos bandazos en el sillín. Casi lo consigue. Casi... Unos metros más adelante, la fuente del estruendo. Un equipo de demoliciones nocturnas hacía rodar un carretón de escombros de construcción desde un muelle de carga que había justo en su camino.

El impacto contra el enorme contenedor gris de desechos hizo que Nikki aterrizara en la acera delante de la rueda delantera de la bicicleta, que seguía dando vueltas sobre su cabeza. Los obreros de la demolición fueron corriendo junto a ella, se levantaron las mascarillas que protegían sus caras del polvo y la ayudaron a levantarse.

—¿Está bien, señora?

Una bala atravesó el brazo del que estaba más cerca de ella.

—Al suelo, al suelo, al suelo.

Heat tiró de ellos hacia abajo justo cuando dos disparos más alcanzaban unos trozos de yeso del contenedor levantando un polvo que les fue cayendo encima. Sus acompañantes se quedaron inmóviles, asustados y confundidos. Nikki se hizo con la



situación.

—Policía de Nueva York. Usted. —Señaló al que no sangraba—. Venga, vamos. —Cada segundo era crucial—. Vamos. —Lo agarró del mono y tiró arrastrándolo a su lado hacia el contenedor de escombros. Agarró una de las manos del otro hombre y se la puso sobre la herida—. Apriete. No se aleje de nosotros. —Contó hasta tres y volvieron a empujar el contenedor hacia el muelle de carga utilizándolo como protección. Hubo tres disparos más, pero no lo atravesaron. Ahora tenía que pensar en la protección. Táctica y protección. Entrar en el edificio, ponerse detrás de la puerta de metal. Rápido. Pero a medio camino, el hombre herido se desmayó y cayó al suelo. Heat miró hacia el muelle de carga. Era el momento de buscar otra táctica.

Nikki envió un mensaje diciendo que una agente necesitaba ayuda y esperó a que llegaran. Más de medio minuto que le hizo poner en alerta todos sus sentidos. Preguntándose cuántos eran. Deseando tener una pistola. Trató de no pensar en los riesgos. Y lo único que consiguió fue que se le pusieran los pelos de punta. La voz del instructor de su entrenamiento resonó con una fuerza estremecedora desde más de una década atrás: «Cuando te encuentres con una fuerza superior, responde con un vigor impactante». Heat aguzó el oído para distinguir los sonidos de la noche, dispuesta a hacer que su instructor se sintiera orgulloso.

Sabía que debía esperar un ataque calculado. Y no solo porque a esos tipos les gustase ponerse uniformes de grupos de operaciones especiales. Su huida de Flatbush en aquellos coches había sido una demostración de planificación y entrenamiento. Igual que la ejecución de su intento de derribarla esa noche: el sigilo, la destreza con la furgoneta, el blindaje —como la colocación de aquel tipo para impedir su huida hacia los hoteles—. Así que se metió dentro de sus cabezas para seguir su manual de estrategias, anticipándose a su entrada. Por eso, cuando la pistola Glock apareció por la esquina que conducía al muelle de carga, justo cuando ella sabía que pasaría, Heat estaba preparada. Pero se contuvo. Se contuvo porque sabía que aún quedaba medio segundo para que alguien se asomara para mirar. Primero, se vería más brazo. Y así fue. De hecho, fueron dos brazos, pues ambas manos sujetaban la pistola formando un triángulo isósceles.

Ya.

Heat lanzó la canaleta de metal flexible de casi tres metros de largo como si fuese un látigo. El lanzamiento resultó perfecto. El cable de acero galvanizado rodeó las muñecas con dos vueltas dejándolas atadas. Agarró su extremo con ambas manos e hizo uso de todo el peso de su cuerpo para tirar. El impulso tiró del antebrazo del hombre contra la pared de cemento y lo partió. El hombre gritó y cayó hacia delante. Ella saltó sobre él para cogerle la Glock antes de que el cable se aflojara de sus muñecas, pero cuando él aterrizó sobre el suelo la pistola se le cayó de las manos y quedó fuera de su alcance. Nikki se arrastró a por ella. Pero él pudo liberar su mano

sana y le agarró la chaqueta y tiró de ella hacia atrás. Se oyó un disparo desde el exterior del muelle de carga y el aire crepitó junto a la oreja de Heat cuando pasó la bala. La mano del tipo no solo le impedía que cogiera el arma, sino que la convertía en un objetivo inmóvil. Ella bajó la mano para empuñar el martillo de carpintero que le había cogido al albañil. Con un giro, Heat clavó el extremo del garfio en la sien de su asaltante. Trató de sacarlo para asestarle otro golpe, pero se había atascado. No importaba. Él ya no la agarraba.

Cuatro disparos más dejaron la pistola fuera de su alcance en la zona peligrosa. Heat se apartó rodando y se retiró al escondite que tenía tras el contenedor de escombros. Hizo una señal al albañil que estaba consciente y que se escondía con su compañero tras el armario de las herramientas junto al panel eléctrico. Él asintió, levantó la mano y tiró del cable principal. El muelle de carga se quedó a oscuras, salvo por la poca luz que entraba desde la calle.

De nuevo, Heat esperó.

Él entró agazapado. Heat pudo ver su reflejo en el espejo convexo que había sobre el montacargas. Él se acercó. Con cuidado. Consciente ahora de que su misión era arriesgada. Era el hombre al que le había roto la nariz. Nikki hacía respiraciones cortas para no dejar que ningún sonido la delatara. Pero él tenía que saber dónde estaba ella. Y tenía razón. Llegó al lateral del contenedor. Ella oyó cómo tragaba saliva. Agachada en la oscuridad, estaba perdida entre las sombras, pero en el espejo, retroiluminado por la luz de las farolas, Heat pudo ver que estaba apenas a unos centímetros de distancia. Un paso más. Eso era lo único que ella necesitaba. Y él lo dio.

Heat encendió el nivelador de luz láser. Al principio, Nikki no le dio en los ojos, pero enseguida ajustó la puntería y le cegó con aquella herramienta. Él disparó frenéticamente hacia la fuente de luz, pero ella ya se había movido, saltando desde su posición agachada con una pistola de clavos. Él no podía ver nada, pero pudo oírla acercándose y levantó un brazo para bloquearla. La herramienta neumática se disparó. Con tan poca luz, Heat no estaba segura de haberle alcanzado, pero él jadeó y gritó: «¡Joder!». Heat tenía que quitarle esa pistola. Él ya la estaba dirigiendo hacia ella. Nikki le dio un golpe con su mano libre y pudo apartarla, pero él la sostenía con fuerza. El hombre le dio un puñetazo fuerte en la mejilla que la aturdió.

Incapaz de quitarle el arma, Nikki apretó la pistola de clavos contra su muñeca y disparó. Retrocedió. Volvió a disparar. Los clavos son dolorosos. Los clavos entre las articulaciones son insoportables. La pistola cayó al suelo. Desarmado, salió corriendo entre quejidos.

Se acercaban sirenas. Muchas.

Armada con la Smith & Wesson de su asaltante, la detective Heat cambió de repente su actitud y pasó a la ofensiva. Quería a aquellos tipos. Por lo que habían hecho. Por lo que sabían.

Con cuidado y rápidamente, se abrió paso junto al contenedor de escombros que

la había protegido y saltó por encima del cadáver que estaba tumbado en el suelo de cemento con el martillo clavado en la cabeza. Apoyó la espalda sobre la pared del muelle de carga y agarró la pistola con las dos manos. Oyó la puerta de carga de la furgoneta cerrándose de golpe justo al lado y oyó cómo el motor rugía alejándose. Ella dio la vuelta a la esquina para salir a la acera y tratar de disparar a las ruedas, pero ya se había ido. Al otro lado de la calle, a media manzana hacia el oeste, había un Impala detenido. Junto a la puerta abierta del conductor había un hombre. Era el tipo que le había bloqueado antes la huida. Se miraron a los ojos. Bajo la luz naranja de las farolas, sus facciones eran inexpresivas. La máscara de un muerto viviente.

—Policía. No se mueva. —Nikki le apuntó con su arma. Con una escalofriante sangre fría, él levantó un rifle de asalto y disparó una ráfaga de balas que la obligó a buscar protección tras el motor de un coche aparcado. Cuando los disparos cesaron y el eco del G36 dejó de sonar en mitad de la noche, Heat se sacudió los cristales del parabrisas del pelo y se levantó dispuesta a responder a los disparos.

Pero el Impala estaba ya doblando la esquina hacia la avenida Nueve. Antes de desaparecer, Heat estaba segura de que había visto un brazo levantándose desde el lado del conductor y haciéndole una peineta.

Cuarenta minutos después, Lauren Parry estaba arrodillada junto al cadáver en el suelo del muelle de carga.

—Nikki Heat, ¿has hecho tú esto?

—¿Serviría de algo si te dijera que él se lo ha buscado?

La forense volvió a mirar el martillo de carpintero aún incrustado en la cabeza del hombre y, a continuación, de nuevo a ella.

—Chica, recuérdame que nunca te haga enfadar.

Lauren, que repetía constantemente a su amiga que no se dejara matar nunca, se rio. Su risa era tan falsa como la sonrisa tonta de Nikki.

Heat seguía aún sumida en el páramo de la adrenalina. Después de que el *tsunami* emocional se desvaneciera, notaba su cuerpo tembloroso, los sentidos adormecidos y la visión nublada. Se había quedado sin reservas y resistía por pura fuerza de voluntad. Se sentía aliviada por poder dar cuenta de sus armas. La Beretta 950 había regresado a su funda en el tobillo gracias a un adolescente de las viviendas protegidas que había incumplido el toque de queda de su madre para salir a fumar un poco de hierba en el aparcamiento; había encontrado la pistola y se la había devuelto a la policía científica, que estaba analizando el cadáver del asaltante al que ella había matado con esa arma. La policía científica había localizado su Sig Sauer cerca del cadáver y se la devolvería enseguida. El detective Randall Feller sabía algo sobre descargas de adrenalina y le dio una chocolatina. Randall había llegado al lugar poco después de que acudieran los primeros servicios de emergencia, tras haber escuchado la llamada con un código diez-trece. El veterano agente aseguró que si hubiese sabido

que era ella la policía que necesitaba ayuda, habría llegado antes, y Nikki le creyó. Randall le dijo que las matrículas que había anotado de los dos vehículos las habían cogido de coches de alquiler del aeropuerto, así que poco se podía hacer.

—Me lo he imaginado al ver las matrículas de Montana del Impala —dijo ella.

—Tiene sentido que ese tipo duro no estuviese conduciendo por ahí con placas de la Autoridad Portuaria.

—Un tipo duro de verdad. Ese G36 que ha usado debía tener cien balas. La policía científica ha tenido que pedir más conos numerados para señalar los casquillos. Se han quedado sin ninguno.

Mientras el detective iba al otro lado de la manzana para ver si podía recoger la pistola de Heat, ella dio otro mordisco a la barrita de chocolate para meter más azúcar en su sangre. Llegó entonces otro estímulo: Rook.

Había sido a él al primero que había llamado cuando todo se tranquilizó y al albañil herido lo habían vendado y metido en la ambulancia. Nikki le llamó solo para que supiera dónde estaba. Al menos eso es lo que ella misma se dijo. Pero, en realidad, necesitaba escuchar su voz. Ansiaba tener una conexión con la vida después de haber estado tan cerca de perderla. Y aunque ella le había dicho que no fuera, ahí estaba, sonriendo en la acera como si quisiera mirarla antes de echarse a correr a sus brazos.

Se fundieron en un abrazo susurrándose sus nombres el uno al otro y, después, besándose. «¿Qué importa una demostración de afecto en público?», pensó ella. Ese momento se lo había ganado. Las tensiones que habían sufrido desaparecieron en ese momento. Lo único que deseaba era abrazarle y que él la abrazara a ella. Rook le pasó suavemente el dedo pulgar por la marca roja de la mejilla y ella le dijo que los médicos la habían estado examinando y que estaba bien. No se había roto nada.

—¿Sabes? —dijo él—. Creo que es la primera vez que beso a una mujer junto a un cadáver.

Nikki se rio, pero aquella risa empezó a convertirse en lágrimas y tuvo que apoyar la cabeza sobre el pecho de Rook para calmarse y no derrumbarse. Él parecía ser consciente de que aquello era lo que Nikki necesitaba y los dos se quedaron allí en silencio durante unos segundos, hasta que ella se apartó haciendo un gesto con la cabeza para indicar que ya se encontraba bien.

Volvieron a la acera para dejar que Lauren Parry continuara con su trabajo.

—Que me perdonen Peter, Paul y Mary, pero ahora sabemos lo que harías si tuvieses un martillo<sup>[1]</sup>.

Eso la hizo reír, pero a continuación vio que él tenía los ojos llorosos.

—Oye —dijo agarrándole la mano—. Estoy bien.

El otro Crown Victoria de la comisaría aparcó a su lado y el hombre que necesitaba todo aquel espacio gritó desde el asiento del conductor.

—Heat, vas a conseguir que me dé un puto ataque al corazón —dijo Wally Irons.

—No. Yo creo que más bien serán las chuletas de cerdo y la bollería las que se

encarguen de eso —le murmuró Rook a Nikki mientras el capitán se acercaba a ellos con andares de pato.

Antes de preguntar a Nikki cómo estaba, miró con desdén a Rook de los pies a la cabeza.

—Le preguntaría qué está haciendo en mi escenario del crimen, pero supongo que puedo dejarlo pasar teniendo en cuenta las circunstancias.

—Es usted un gran hombre, Wally —respondió Rook recibiendo acto seguido un codazo de ella.

Heat informó a su capitán de lo sucedido. Aquel ejercicio la obligó a revivir la desagradable experiencia, pero también la ayudó a ordenar los puntos principales para el informe que tendría que escribir después. Eso también le proporcionó un segundo resumen para Rook. Terminó diciéndole que el detective Feller velaría por que los de la oficina del forense tomaran huellas de los dos fallecidos y de la Smith & Wesson que se le cayó al hombre al que disparó con la pistola de clavos.

Irons asentía con la cabeza.

—Parece que lo tiene todo controlado.

—Es mi trabajo, señor.

Él levantó la vista hacia la calle vacía a medianoche, mirando la vida más allá del cordón de seguridad.

—¿Cree que está relacionado con el caso de Gilbert? —preguntó.

—Sí.

A su lado, Rook se aclaró la garganta, pero fue lo suficientemente inteligente como para no decir nada.

—Heat, quiero que alguien pague por esto. —Volvió a mirarla—. Y mientras tanto, ya lo he intentado otras veces, pero no voy a aceptar un no por respuesta. Voy a poner un coche en su puerta toda la noche. Y punto.

Ella pensó en el grupo de asalto. Había visto la amenaza pasiva que había en el rostro del Tipo Duro. Y dijo que sí.

Irons se alegró de ello. Hasta que Rook dijo que esa noche el coche debía estar en su casa.

Heat estaba levantada y vestida, dando vueltas por la cocina y hablando por el móvil, cuando Rook salió del dormitorio a la mañana siguiente. Tras darse el gusto de un baño largo, caliente y terapéutico para aliviar el dolor posterior a su batalla callejera, Nikki ya había preparado un termo de café y se lo había bajado a los agentes que estaban en el coche de policía en la puerta del *loft* de Rook. Nikki le sirvió una taza de café torrefacto francés de la segunda cafetera y le lanzó un beso silencioso al aire mientras escuchaba la arisca llamada de Zach Hamner, *el Martillo*, como comienzo del día de trabajo.

—Esta no va a ser una de nuestras habituales conversaciones amistosas —había

empezado diciendo él cuando el teléfono de Nikki sonó exactamente a las siete y un minuto. Zach era tan condenadamente serio que ella no sabía si estaba bromeando o si de verdad creía que tenían una relación cordial—. Esta es una advertencia oficial que va a quedar registrada, detective. ¿Me estás oyendo?

—Sí, Zach. Te oigo.

Rook levantó la vista de su portátil, que había encendido sobre la encimera.

—¿Es el Martillo? —susurró. Ella asintió y puso los ojos en blanco—. Dile que anoche mataste a un hombre con un martillo. Eso relajará el ambiente.

Nikki levantó un dedo para que guardara silencio y se dio la vuelta para no reírse mientras Zach insistía:

—En calidad de ayudante especial del comisionado para asuntos jurídicos, te informo de que al departamento se le ha notificado que los abogados de Keith Gilbert van a presentar una denuncia por detención ilegal. No es necesario que te cuente el coste que va a acarrear dicha denuncia. No solo en dinero, sino en bochorno para toda la sede central del Departamento de Policía.

—¿Quieres decir que os están amenazando? Eso es solo sacar pecho. ¿Por qué no se limitan a presentar la denuncia si de verdad tienen razón?

—Una postura indulgente si no estás en mi lugar —respondió él—. Quiero que me asegures que de verdad tienes un caso.

Nikki contestó que sí, pero no le parecía inteligente contarle todas las pruebas que habían conseguido en su brigada. Quizá Heat no tuviera una licenciatura en Derecho, pero también sabía lo que significaba extremar las precauciones.

—Tengo algo sólido, Zach. Tengo pruebas forenses. Tengo registros de llamadas de teléfono que relacionan a Gilbert y a Beauvais, aunque él había negado conocerle. Tengo al médico que trataba a Beauvais, al que este dijo que era Gilbert el hombre que le había disparado.

—Dime que tienes el arma.

—Estoy esperando una orden de registro.

—¿Y por qué se ha retrasado? Deja que adivine: Wally Irons.

—Has acertado.

Zach Hamner no se rio. El Martillo nunca se reía, porque no era humano. Pero esta vez su acritud tenía un motivo. Estaba presionado.

—Tenemos que hacer esto bien, Heat. Tienes que hacerlo bien tú. Una bola que cae al suelo puede perjudicar a todo el equipo, pero si eres tú la que falla el lanzamiento tendrá repercusiones muy serias en cuanto a tu viabilidad para futuras empresas. Ya sabes de lo que te estoy hablando, ¿no?

—Sí, claro. El comando especial.

Vio que Rook levantaba la vista de su pantalla al oír aquello y rápidamente la volvía a bajar. ¿Daría eso lugar a una conversación o simplemente harían como si no pasara nada? Nikki ansiaba un contacto cariñoso y rodeó la encimera para envolver a Rook con su brazo.

—Muy bien —dijo el Martillo. Heat oyó cómo revolvió papeles en su mesa—. Ocupémonos de los asuntos más básicos. Sigue investigando. Y trae a ese médico para que haga una declaración jurada. Voy a ver qué puedo hacer para que avancemos con lo de la orden de registro para buscar la pistola.

—Eso vendría muy bien.

—Lo único que puedo decir es que más vale que todo esto sea irrefutable. Quiero oír cómo me lo dices. —Como Heat no le respondió, insistió—: ¿Detective?

Nikki no contestaba porque se había quedado paralizada por lo que acababa de ver en el MacBook de Rook. Era una imagen congelada de una cámara de seguridad. Dos hombres, ambos de aspecto peligroso con cara de expresidarios, estaban inclinados en el primer plano de la imagen, que tenía ese ligero efecto de ojo de pez que suele verse en las lentes de gran angular. Heat había visto antes muchas fotografías como esa. La pareja había sido sorprendida mientras instalaba un teclado falso y un lector de tarjetas para robar claves secretas y códigos de cuentas en cajeros automáticos. Pero no fue eso lo que la dejó inmóvil. Lo que dejó a Heat sin habla por un momento fue la persona que vio vigilando al fondo: Fabian Beauvais.

—Oye, ¿se ha cortado?

—No. Estoy aquí. —Y a continuación, tratando de parecer como si de verdad lo siguiera creyendo, dijo—:... Irrefutable.

Nikki dejó el teléfono en la encimera y examinó con atención la imagen que había en la pantalla del ordenador con Fabian Beauvais y los dos matones que manipulaban el cajero. Prestó especial atención a la pareja para ver si reconocía a alguno de los dos de su emboscada en Chelsea. No solamente no los reconocía, sino que eran de razas completamente distintas. La banda de Chelsea, incluido el dúo de la pensión, tenían un aspecto paramilitar, pulcro, disciplinado, incluso iban vestidos con una especie de uniforme. Los dos de la fotografía con Beauvais eran delincuentes callejeros. Pandilleros urbanos, burros que se dedicaban a armar jaleo.

—¿Cuándo has conseguido esto?

—Ahora. Me ha llegado esta noche por correo electrónico. Parece que son dos archivos. El otro es un vídeo. ¿Quieres ver qué es?

No necesitaba respuesta. Rook ya había pulsado su panel táctil.

Apareció un vídeo de vigilancia de una calle, grabado desde una cámara elevada, probablemente colocada en una farola. No tenía audio, pero la imagen, aunque granulosa, era lo suficientemente definida como para distinguir a Fabian Beauvais corriendo por una acera en dirección a la cámara mientras lanzaba miradas de pánico hacia atrás, hacia los dos hombres que le seguían. Unos segundos después, salía de la imagen y sus seguidores se detenían justo debajo de la cámara. Uno de ellos levantaba una pistola y disparaba. Heat contó tres destellos del cañón del arma. Tras los disparos, los dos matones, los mismos que en la imagen congelada del cajero, ladeaban la cabeza fuera de la imagen en dirección a Beauvais y después retrocedían, huyendo a toda velocidad del lugar del disparo, del mismo modo que habían llegado.

—Vaya —dijo Rook—. ¿Eso eran imágenes de la película *Dodge City* o de Queensboro Plaza?

—Otra vez —fue lo único que Nikki pudo decir.

Le había inquietado demasiado la primera reproducción del vídeo como para poder fijarse bien y quería hacer un análisis más frío. En el segundo visionado, se centró en los detalles. Beauvais llevaba algo debajo del brazo. Una bolsa de color claro o, quizá, un sobre de estraza. No lo había visto antes. Llevaba una camisa diferente a la de la imagen congelada del cajero, lo que indicaba que se trataba de un día distinto. Los dos que corrían tras él iban también con otra ropa. El modo en que el hombre armado apuntaba y disparaba —sacándose el arma del cinturón, sujetando la pistola con el brazo extendido como un gánster de John Woo y disparando de forma precipitada— indicaba que no se trataba de un policía ni de un guardia entrenado. Los disparos de lado resultan atractivos en apariencia y ahorran tiempo en espacios reducidos, pero, especialmente con un objetivo en movimiento que va ganando distancia, los profesores de Heat enseñaron a la clase que tenían que tomarse su tiempo para ahuecar las manos y prepararse: estabilizar, mirar, apretar. Esta no era una observación vana. Indicaba que esos tipos no formaban parte del grupo de



profesionales que habían ido tras ella la noche anterior.

No necesitó pedirle que volviera a reproducirlo.

—Una más —dijo Rook. Y volvió a ponerlo.

La impresión que le dio a Nikki esta vez fue que Beauvais apretaba la bolsa o el sobre bajo el brazo como si fuese importante. «¿Quieres perder tiempo en una carrera? Pues lleva algo en las manos». Él corría para salvar su vida, pero no abandonaba aquel paquete para ganar velocidad.

Al terminar, Rook se echó hacia atrás en su taburete y se cruzó de brazos mirándola. No dijo nada, pero su gesto era el mismo que en la puerta del muelle de carga la noche anterior cuando Irons le preguntó a Heat si pensaba que el asalto estaba relacionado con Gilbert. Entonces, igual que ahora, él permaneció en silencio, pero actuaba como un caballo que estuviese pateando el suelo del establo mientras olía a humo. Nikki cogió su taza de café. Estaba fría al tacto, así que la volvió a poner junto a su teléfono.

—No es concluyente y lo sabes —dijo por fin.

—¿En qué sentido? A mí me parece como si a nuestro hombre lo estuviesen persiguiendo y después le dispararan.

—Ah, ¿es que vamos de listillos? Ahora no, ¿vale? Por supuesto que sé qué es lo que parece. Pero ¿le dio el disparo? Beauvais estaba fuera del plano.

—Tres disparos, Nikki.

—Y él llevaba el paquete. Y el que efectúa el disparo está exhibiendo su arma. He visto a policías veteranos fallando el tiro cuando un delincuente sale corriendo.

—Pero tú no —dijo él con una sonrisa pícaro.

—No trates de hacerme la pelota con halagos. —A continuación, ella cedió un poco ante aquella sonrisa de Rook. Pero solo un poco—. Oye, no he visto la fecha de la grabación. ¿Cuándo fue?

Rook la abrió y leyó el código digital incrustado. A continuación, hizo algunas cuentas en silencio moviendo los labios.

—La mañana anterior al día que Beauvais fue a ver al doctor Ivan para que le curara la herida de bala.

Esa fecha podría encajar. Si uno de esos matones acertó el disparo y le hizo el rasguño que describió el médico ruso, un periodo de más de cuarenta horas desde la herida al tratamiento situaba aquel incidente en la zona. Aunque esto suponía un desafío para su presentimiento sobre el caso, Heat se agarraba a su principio fundamental como detective de la objetividad, aceptando la posibilidad de que un matón callejero, y no Keith Gilbert, pudiera haber disparado a Beauvais. Volvió a mirar la pantalla a tiempo de ver las tres sacudidas silenciosas de la pistola en la mano del que disparaba y pensó que, fuera lo que fuese lo que estaba pasando, había un contexto realmente complicado en cuanto a lo que su amigo haitiano había estado haciendo. ¿En qué narices andaba metido Beauvais?

Nikki seguía esperando que se encendiera la bombilla que lo explicara todo, pero

lo único que conseguía eran estas pistas huérfanas que, más que aclarar, confundían. Se dijo a sí misma que tenía que ser paciente, que simplemente no conocía aún toda la historia. Y que, al final, todo cobraría sentido. Siempre que no se desanimara y no abandonara la búsqueda.

Y entonces planteó una pregunta elemental:

—Esto te ha llegado por correo electrónico. ¿Quién te lo ha enviado?

Él contestó sin vacilar. Como si no fuera importante. Como si fuese una tontería.

—Lo envía Raley.

—Raley. Lo envía sin más. Es decir, como si no tuviese otra cosa que hacer.

—No, claro que no. Tenía tiempo libre y le he pedido que examinara un vídeo de una cámara de seguridad. —Ladeó la cabeza hacia ella—. ¿Supone esto algún problema?

—Solo que el detective Raley no tiene tiempo libre porque trabaja para mí realizando los encargos que yo le hago.

—Vale, sí que supone un problema.

—Irons te ha prohibido que vayas a la comisaría.

—Y por eso he llamado a Raley en lugar de ir en persona. Yo no he abandonado nada, Nikki Heat.

—¿Y se te ha ocurrido pensar que quizá yo podría necesitar que dejaras de quitarme a mis detectives en tu propio beneficio?

—Vale. Pero anoche, cuando Hattie, la amiga de Beauvais, me contó esto... —señaló su pantalla— tú estabas ocupada jugando a los albañiles con tus asaltantes y no pude ponerme en contacto contigo. Así que me puse en contacto con Rales y le pedí el favor. ¿De verdad es tan malo?

Sintió dolor en los músculos de la espalda, como si le apretaran con un alambre de espinos. No era por la emboscada en la calle. Unos días atrás había creído que Rook iba a regalarle un anillo de compromiso. Ahora lo que le regalaba era sus puños. Como cuando llegaba a ella sabía reconocer una encrucijada, Nikki decidió que ya tenía suficiente batalla por delante sin tener que abrir otro frente con Rook. Por su bien, Nikki sabía que tendría que comérselo, hacer lo que tan bien se le daba, que era dividir sus emociones en distintos compartimentos en beneficio de la misión. Así que se encogió de hombros.

Pero sí había una conversación que necesitaba tener.

Como de todos modos le había asignado un coche de vigilancia, Heat pidió que el coche de policía la llevara de Tribeca a Chelsea. Los agentes le dieron las gracias por el café y bromearon diciendo que les mimaba para sonsacarles la basura de la que se enteraban en las calles. Cuando la dejaron en la misma esquina en donde la habían asaltado apenas diez horas antes, Nikki declinó la oferta de que la acompañaran. Pero cuando pasaba por delante de la entrada del edificio de viviendas protegidas, que aún

seguía mojado después de que la policía científica hubiese limpiado con una manguera la sangre, miró hacia atrás y vio que los dos agentes la saludaban con la mano mientras la vigilaban desde el coche patrulla.

Raley y Ochoa se mostraron un poco perplejos cuando aparcaron delante de la casa de fachada de piedra de la calle Dieciséis Oeste y vieron que Heat estaba allí esperándolos. La emboscada le había impedido ir a ver la dirección que Jeanne Capois había escrito en el recibo de la tienda, así que los Roach se habían ofrecido a encargarse de ello esa mañana. Pero Nikki decidió ir también. No tenía motivos para suspender su visita sorpresa.

Se agachó en la acera junto al coche de los Roach. Raley bajó el cristal de su ventanilla.

—Dicen que has tenido una noche tremenda.

—Espera que piense... Ah, sí.

Desde detrás del volante, Ochoa se unió al juego de quitarle importancia al asunto:

—Oye, necesito que me hagan unos trabajos de carpintería. ¿Trabajas con madera o solo con carne humana?

Una vez realizadas las bromas pertinentes, levantaron los pestillos de sus puertas.

—Quedaos sentados —dijo ella provocando que los detectives intercambiaran más miradas perplejas—. Cambio de planes. Yo me encargo de esta entrevista. Quiero que vosotros investiguéis a estos dos. —Les pasó la foto del cajero automático que había impreso en el ordenador de Rook—. Por supuesto, ese del fondo es Fabian Beauvais, pero quiero saberlo todo sobre la pareja que está en primer plano. —Hizo una pausa y lanzó una mirada cómplice a Raley—. Sean, tengo entendido que ya estás familiarizado con esta imagen después de haber hecho cierto trabajo por tu cuenta para Rook sin autorización.

Él se sonrojó.

—Oye, me quedé en la comisaría hasta tarde de todos modos. Se trataba de Rook, así que pensé que... —Vio lo poco que aquello le gustaba a ella y no completó la frase.

Su compañero no se mostró tan intimidado:

—¿Qué problema hay? Ese tipo está haciendo su trabajo y ayudando.

Heat le contestó en voz baja, pero firme:

—¿De verdad estamos discutiendo por esto? No vamos a discutir. —Él soltó un soplido y apretó el volante mientras los dos hombres miraban al frente por encima del capó del coche—. Una vez aclarado, se acabó el problema. Ya tenéis vuestra misión. Nos vemos dentro de una hora delante del panel del asesinato.

El coche de los Roach se fue sin que dijeran nada más, ni saludar con la cabeza.

«Estupendo», pensó ella mientras veía cómo se alejaban. Ahora los dos estaban enfadados con ella. Casi igual de enfadados que ella consigo misma.

Tras esperar, llamar y volver a esperar, Heat no recibió ninguna respuesta desde el apartamento tres. Después de pulsar los botones de los otros apartamentos en el panel de aluminio sin obtener respuesta, llamó al encargado del edificio. Vivía en otra casa de Bleecker Street, así que esperó quince minutos mientras llegaba desde su barrio de Greenwich Village. No muchos años atrás, habría llamado por teléfono al arrendatario, pero, como era habitual en la era digital, no aparecía en la lista un teléfono fijo para esa casa. El encargado la acompañó a la puerta con su colección de llaves y se quedó a un lado mientras ella llamaba con los nudillos.

—Policía de Nueva York. Abra, por favor —anunció Nikki. Volvió a llamar y, después, colocó una oreja sobre la puerta, pero no oyó nada. También olió, pero no notó ningún olor que indicara putrefacción.

El encargado del edificio se acercó a la cerradura, pero Heat le hizo una señal para que se pusiera a un lado, lo cual hizo retrocediendo tres pasos. Con una mano en la culata de su Sig Sauer, Nikki giró la cerradura y abrió la puerta.

—Policía de Nueva York —volvió a decir. Esta vez, su voz resonó en los suelos desnudos de madera y las paredes vacías del apartamento.

El encargado asomó la cabeza.

—¿Qué coño...?

No había nadie en casa. Ni siquiera era una casa.

En la sala de la brigada de homicidios del distrito veinte no faltaba casi ningún detective cuando Nikki Heat empezó su sesión informativa. Ya había llamado con antelación a Randall Feller para enviarlo a Brooklyn a buscar al doctor Ivan, el médico expatriado que trabajaba en una tienda de repuestos de coches. Si Zach Hamner quería proteger su trasero con una declaración jurada de que había tratado una herida de bala a Fabian Beauvais y quería escuchar el nombre del comisionado Gilbert como responsable del disparo, estaría encantada de proporcionarle ese documento. Consciente del hastío que provocaba a Feller tener que cruzar puentes y túneles, le había dicho que tuviera en cuenta las ventajas.

—Se acerca un huracán. ¿Cuántas veces vas a poder ir a la consulta de un médico y conseguir unas escobillas nuevas para el limpiaparabrisas?

Él se rio mientras colgaba.

Nikki empezó su reunión con una buena noticia.

—Voy a obtener mi orden de registro y podremos conseguir la pistola de Keith Gilbert, que está registrada en su domicilio de Southampton. Iré allí en cuanto lleguen los documentos. Están tardando una eternidad porque todos los abogados del despacho del fiscal del distrito están examinándola para asegurarse de que la redacción cumple los requisitos del Equipo Estrella.

Aunque ella se sentía optimista en cuanto a la orden, el ambiente en la sala estaba revuelto. Rhymer parecía estar bien, pero Raley y Ochoa seguían de mal humor.

Nikki trató de animarlos:

—Roach, creo que os he ahorrado un viaje.

Mostraron una actitud atenta pero pasiva cuando ella les contó su visita al apartamento vacío de Chelsea y fue Rhymer quien levantó la mano.

—¿Conseguiste alguna identificación del inquilino?

—Se llama Opal Onishi. En su contrato de alquiler dice que se dedica al estilismo culinario, pero el documento es de hace cuatro años y la empresa para la que trabajaba en aquella época ya no existe. Bienvenidos a la crisis.

—¿Algún número de móvil? —preguntó Ochoa rompiendo su silencio.

—Salta directamente el buzón de voz, así que está apagado. ¿Podrías seguir intentándolo?

—Siempre y cuando tú lo autorices —respondió él.

Su compañero alargó una mano para indicarle que se tranquilizara. Nikki lo dejó pasar y continuó con su trabajo.

—Mientras tanto, detective Raley, ¿puedes buscar si Opal Onishi tiene antecedentes y pedir al Departamento de Tráfico una fotografía suya?

—Podría buscar también en Facebook —dijo Rhymer con un acento muy sureño—. Si publica cosas, se puede conseguir más información sobre ella.

—Muy bien, Rhymer. ¿Quieres ocuparte de ello?

—No, yo lo hago —se ofreció Raley, pero con cierto tono entre pasivo y agresivo.

Nikki se volvió hacia la pizarra y colgó unas fotografías ampliadas que parecían de documentos oficiales debajo de los retratos realizados por el dibujante de la policía de los matones de la pensión.

—Ya tenemos los nombres de esta pareja tan desagradable. —Subrayó cada nombre según los pronunciaba—: En primer lugar, Stan Victor. El señor Victor salió anoche de Chelsea con la nariz rota y unos clavos galvanizados de siete centímetros y medio en la muñeca. Su compañero, Roderick Floyd, se marchó en una furgoneta de la oficina del forense. —Con un rotulador rojo escribió la palabra «FALLECIDO» en mayúsculas—. Estos son los dos hombres a los que Rook, el detective Feller y yo nos encontramos en la pensión alquilada por Fabian Beauvais. Un tercero, que también murió en el lugar de los hechos, era un tal Nicholas Bjorklund.

Colgó una tercera fotografía al lado de las otras: un retrato del documento de identidad del hombre al que le había clavado el martillo. Escribió también «FALLECIDO» en color rojo debajo de su fotografía y, a continuación, volvió al podio para leer sus notas. Todos los ojos la siguieron atentos y, pese a la irritabilidad de algunos, respetuosos por la dura experiencia que había pasado enfrentándose a esos hombres tan enormes.

—Los tres tienen un perfil parecido —explicó mientras miraba sus notas—. Todos de treinta y muchos años, todos con carrera militar. Victor destacó por recibir una baja por conducta deshonrosa en Irak en la que se le acusó de sadismo y crueldad con un prisionero de la Guardia Republicana. Los tres volvieron a combatir en

Afganistán y quizá también en Pakistán como militares por cuenta propia, es decir, mercenarios, hasta hace un año más o menos, fecha en la que el control de pasaportes muestra que volvieron a entrar en Estados Unidos casi los tres a la vez. Detective Rhymer, quiero que visites el último domicilio conocido de Victor, Floyd y Bjorklund. La policía científica está ya en los tres sitios buscando huellas y fibras. Ve allí a incordiar.

—Lo haré.

Sacó otra fotografía de su carpeta y la colgó en el panel.

—Aún no tenemos nada del conductor de la furgoneta, pero sí una imagen de una cámara de seguridad en la que se ve al conductor del Impala mientras hacía una demostración de sus aptitudes tácticas urbanas con el fusil de asalto Heckler & Koch.

Colocó la foto y alguien detrás de ella, probablemente Opie, soltó un silbido. La imagen mostraba el rostro de un hombre, al que ella había puesto el apodo de Tipo Duro, iluminado en plan satánico por la lengua brillante de una llama que salía del G36 mientras vaciaba su cargador contra ella.

—¿A ese tipo no le corre sangre por las venas? —preguntó Rhymer—. Está descargando fuego letal, pero se le ve tan relajado como si estuviese en un río pescando.

Sí que era un Tipo Duro.

—Aún no lo hemos identificado, pero esta fotografía ya está en circulación. Se ha enviado a la Policía de Nueva York, al Departamento de Seguridad, al FBI, al Departamento de Defensa y a la Interpol. —Los ojos de Heat se quedaron fijos en las fotos y, a continuación, se dirigió al grupo—: Mientras investigamos a estos tipos quiero saber un par de cosas. ¿Qué está haciendo un grupo de mercenarios de tan alto nivel en Nueva York? ¿Y por qué van a por mí? ¿Y a por Fabian Beauvais? ¿Y a por Jeanne Capois si, tal y como sospecho, la mataron también ellos? ¿Y para quién trabajan? —La fotografía de Keith Gilbert asomaba por encima de su hombro—. Tengo una idea, pero quiero pruebas. Quiero encontrar una conexión sólida.

Ochoa levantó un dedo.

—¿Miguel?

—Esto no es lo que haces normalmente, ¿verdad? —El detective no miraba a los ojos a Nikki. Permanecía encorvado en su silla, concentrado en las puntas de sus zapatos al hablar—. Es decir, siempre nos dices que mantengamos la mente abierta...

—... Con ojos de principiante —añadió su compañero.

—Y ahora insistes en que busquemos pruebas contra Keith Gilbert cuando hay pistas que van en otra dirección. Es lo único que digo.

Eso era decir mucho. Era decirle que se estaba cuestionando su liderazgo en el caso. No solo eso. La estaban desafiando dentro de su brigada. De manera discreta, pero era un desafío al fin y al cabo. ¿Su reprimenda había enfadado tanto a aquellos dos hombres como para distanciarse así de ella?

—Hablemos de ello.

—Sí, hablemos. —El detective Raley se acercó al panel. Había poco espacio, pero encontró un hueco y puso dos fotografías de los registros policiales: una de cada uno de los componentes de la pareja del cajero automático, que también habían perseguido y disparado a Beauvais en el vídeo de Queensboro Plaza—. Hablemos de estos matones. Matón número uno: Mayshon Franklin. Veintiocho años, ha entrado en prisión en tres ocasiones, sin contar el centro de detención de menores. Condenas por asalto, posesión de armas y robo de tarjetas de crédito.

Pasó a la segunda fotografía, al hombre con aspecto más duro.

—Matón número dos: Earl Sliney. Es el que dispara en el vídeo. Edad, treinta y siete años. Mayor que su compañero, pero, al parecer, no más listo. También delincuente juvenil. También con numerosas condenas en distintos estados. Dos en Colorado por cheques falsos y robo de documentación; un asalto a mano armada en grado de tentativa en Florence, Arizona; pasó cinco años en la prisión de Dannemora por disparar a las piernas a un camello que le vendía. Earl Sliney tiene actualmente una orden de búsqueda y captura por un asesinato reciente en Mount Vernon, Nueva York. Disparó y mató a una anciana que se escondió en la bañera mientras trataba de llamar al 911 en un atraco a su casa.

Raley regresó a su asiento y su forma de moverse le recordó a Nikki a un cómico al que ella y Rook habían visto una vez y que tiró el micrófono y salió del escenario después de conseguir unas carcajadas insuperables.

Nikki se sentó sobre la mesa de delante y se tomó un momento para pensar en los Roach y en cómo la presión que ella sentía podía provocar a veces daño donde menos lo pretendía y a aquellos que menos lo merecían. Había estado pensando en ello durante todo el camino de vuelta a la comisaría. Había sido ella la que les había dicho a Raley y Ochoa que se pusieran al frente del caso del asalto al apartamento. Y de ahí salió el recibo que encontraron en el bolso de Jeanne Capois, que les llevó hasta Chelsea. Y con su propio enfado, les había pasado por encima de manera inconsciente en la acera y les había dicho que se fueran.

¿Lo solucionaría una disculpa? O tal vez aquello no fuese un distanciamiento por haberles dado un golpe bajo. Quizá realmente tuvieran dudas. Puede que se oliesen algo en ese caso que ella no estaba viendo.

—Os gustaría que fuesen estos tipos —dijo Heat sin tono desafiante ni tampoco convincente.

—Nos gusta estar abiertos a esa idea —contestó Ochoa.

Raley asintió.

—Creemos que nos hemos apresurado en una dirección.

—Nos hemos apresurado mucho —repitió su compañero—. Solo vemos lo que vemos, jefa.

Los Roach, sus mejores detectives, estaban devolviéndole la pelota acudiendo a las lecciones de formación que ella misma les había dado.

—Vale, bien. Os diré lo que vamos a hacer. Vamos a seguir esta pista. Mirad si

podéis dar con estos dos. Parientes, conocidos, lo de siempre. Está claro que están robando dinero de tarjetas bancarias, así que yo empezaría por ahí. Quizá podríais conseguir más información de la misma fuente de la imagen congelada del cajero. Por cierto, ¿de dónde salió esa foto?

Nadie respondió. A continuación, Rhymer se aclaró la garganta.

—Recibí una llamada de Rook ayer después de que le diera el soplo aquella mujer del sitio de los pollos.

Heat se puso a pensar tratando de recordar el nombre.

—¿Te refieres a Hattie? —preguntó.

—Sí, exacto, esa —asintió Rhymer—. En fin, Rook me pidió que llamara a alguno de mis viejos compañeros de la brigada de robos y anticorrupción para que buscara a Beauvais en su base de datos de ladrones de cajeros automáticos.

—Un momento —dijo Heat sin podérselo creer—. Rook. ¿Rook te llamó y te pidió que hicieras eso? —Primero los Roach ¿y ahora él? «¿Tú también, Opie?», pensó Nikki.

El detective se encogió de hombros.

—Pensé que tú también habrías pedido lo mismo si hubieses estado presente.

Heat los despidió para que fueran a cumplir con sus deberes. Ella volvió a su mesa y sintió que el alambre de espinos volvía a apretarle los músculos de la espalda.

Estuvo a punto de llamar a Rook. No para contarle que había identificado a los matones uno y dos, sino para retomar la conversación de reclutar a la brigada en su beneficio personal como equipo de investigación para su artículo. No llamó porque sabía adónde llevaría eso, que era la misma área restringida que había decidido evitar en la encimera de su cocina por la mañana. Así que se entretuvo haciendo sus seguimientos mientras esperaba la orden de registro de la oficina del fiscal del distrito para ir al norte de la ciudad.

Seguían sin encontrar a Alicia Delamater. O bien la amante de Gilbert había cruzado las fronteras de Estados Unidos o su abogado había mentido y nunca había salido del país. Una redundancia..., un abogado mentiroso.

Localizó el domicilio de Hattie Pate, la compañera de Fabian Beauvais del matadero de pollos que había dado el soplo a Rook de la banda de los cajeros automáticos y el tiroteo de Queensboro Plaza. Lo escribió en un mensaje al grupo para que Raley y Ochoa fueran a investigar. Nikki no añadió un emoticono sonriente, pero esperaba que ese gesto derritiera la fría atmósfera que había entre ellos.

Con su renovada actitud de mantener la mente abierta, escribió un correo electrónico al Centro de Información de Delitos en Tiempo Real para pedirles que buscaran a Fidel Figueroa, *Fifi*, y a Charley Tosh. Figueroa y Tosh, los que fueron arrestados con Beauvais rebuscando en la basura, tenían antecedentes de artimañas y acoso contra la campaña de Keith Gilbert. No sabía exactamente qué información



podían obtener sobre ellos, pero no vendría mal cerrar el círculo.

La sargento Aguinaldo, de la policía de Southampton Village, le devolvió la llamada para confirmarle que se reuniría con ella en Cosmo para ayudarle en el registro y en la búsqueda del revólver de Gilbert. Además, después de que el médico ruso diera el nombre del comisionado como la persona que había disparado a Beauvais, Heat le había pedido a Aguinaldo que comprobara las denuncias de tiroteos la noche en que le estuvieron curando.

—Lo siento —dijo Aguinaldo—. Me temo que no hay ninguna denuncia en esa franja horaria. Lo cual no me sorprende. Es decir, ya lo sabríamos. «Un tiroteo» sería una gran noticia en el pueblo.

Aquello sumergió a Heat bajo otra capa de preocupación en lo que se refería a conseguir que su caso fuera irrefutable. Y también mantenía la puerta abierta a que hubiese sido Earl Sliney quien había disparado al haitiano y no su principal sospechoso.

—Gracias por comprobarlo de todos modos. —A continuación, como nunca se rendía, dijo—: ¿Sería mucho abusar si le pidiera otro favor?

—Dígame.

—Ese oficial de patrulla del que me habló...

Inez Aguinaldo la entendió enseguida.

—¿El que se encontró al hombre que iba dando tumbos en dirección al tren?

—¿Cómo llaman a eso sus agentes?

—Captura y puesta en libertad. Cuando hablé con el agente Matthews, no estaba seguro de que fuera el señor Beauvais, pero sí dijo que aquel hombre tenía acento y actuaba como si estuviese mareado. ¿Cree que quizá no fuera un mareo?

—Puede que le hubiesen disparado —contestó Heat—. ¿Podría...?

—¿Hablar con él otra vez? Claro. Incluso veré si puede venir con nosotras cuando llegue usted a Beckett's Neck.

Si a Fabian Beauvais le hubieran disparado cuando estaba en los Hamptons, eso pondría fin a la especulación de que una de las balas de Earl Sliney le habría alcanzado en aquella grabación de la cámara de seguridad de Queensboro Plaza. También podría acabar con la discordia interna que había surgido en torno a este caso. En primer lugar, por parte de Rook y, ahora, con los chicos de su brigada, que miraban en otra dirección, ya fuera por dudas en cuanto a las pruebas o porque estaban enfadados con ella.

Como la pistola de Gilbert podía ser un eslabón fundamental en aquella cadena de pruebas, cuando Nikki se enteró de que la orden de registro estaba a tan solo unas manzanas, empezó a prepararse para salir en el momento en que la tuviese en sus manos. Durante la ritual comprobación del estado de su mesa, sonó el teléfono. La oficina del forense. Se detuvo para responder.

—Acabo de terminar las autopsias de tus dos bajas en Chelsea. En primer lugar, causa de la muerte...: Nikki Heat. —Por suerte, la forense conocía a su amiga y por la falta de respuesta supo que Nikki tenía prisa. Así que se saltó las ocurrencias y fue directa al grano—: Roderick Floyd, al que disparaste. Tiene marcas de arañazos en el cuello y en las mejillas. En tu informe sobre los sucesos de anoche no mencionaste que le hubieras arañado.

—Exacto. El único contacto físico fue un golpe con mi pierna derecha a la parte posterior de sus rodillas.

—Eso tiene sentido, porque estos arañazos parecen ser de hace unos días.

—Lauren, ¿crees que se los hizo Jeanne Capois?

—Eso concordaría con la apariencia y la antigüedad de las marcas de arañazos. Compararemos el ADN con los residuos en la uña de ella, pero ese es el motivo por el que te llamaba. Nunca habrás visto que me la juegue de este modo, pero sé qué es lo que vamos a encontrar. Estoy segura de que Roderick Floyd fue uno de los que la asaltaron.

Después de colgar, Nikki se colocó delante del panel con la información del asesinato y dejó que sus ojos pasaran una y otra vez de la fotografía de Roderick Floyd, el asesino paramilitar de Jeanne Capois, a Earl Sliney, el delincuente callejero que había disparado a Fabian Beauvais en el vídeo. Lo que trataba de comprender era cómo encajaban, en caso de hacerlo. Tenían historiales muy distintos, igual que sus perfiles: uno, de fuerzas tácticas; el otro, un matón. El único punto en común que veía Heat era sus antecedentes en asaltos a casas. La información que acababa de recibir de la forense casi confirmaba que Floyd formaba parte de la banda que entró en el apartamento del West End y mató al propietario cuando este intentaba detenerlos con un bate de béisbol. También habían ido a por Jeanne Capois, para torturarla después tras unos cubos de basura cerca de un colegio.

Sliney tenía una orden de arresto por un robo con homicidio. ¿Esos asaltos a casas eran un punto de unión o eran simple coincidencia? ¿Ese equipo de operaciones tácticas trabajaba con bandas callejeras? ¿Sabían al menos de su existencia unos y otros? Heat no podía encontrar ningún patrón... todavía. Sabía que había algo, pero cada vez que estaba a punto de ver el horizonte, era como si un remolino de nubes furiosas le ocultara la visión.

Todos los ayudantes administrativos de la comisaría sabían lo importante que era aquella orden de registro. Hasta tal punto que uno sostuvo la puerta abierta para que el otro saliera corriendo a entregarle el documento a Heat en cuanto llegó. Mientras ella examinaba el documento para comprobar la fecha, las firmas y los sellos, el detective Feller la llamó.

—Tengo que ir a los Hamptons —dijo ella levantando en el aire la orden.

—Creo que vas a querer oír esto.

Y cuando él le contó de qué se trataba, Heat se alejó de la puerta y le siguió a la sala de juntas.

El estómago le dio un vuelco en el instante en que entró y vio al ruso sentado con los codos apoyados sobre la mesa de juntas. El mentón de Ivan Gogol descansaba sobre ambas manos, las comisuras de la boca apuntaban hacia abajo y un inquietante cuaderno amarillo con una hoja en blanco yacía delante de él con un bolígrafo encapuchado colocado sobre ella en diagonal.

—No puedo escribir esta declaración.

—Señor Gogol —empezó a decir ella con voz suave, dulce... y esperanzada—, ¿le puedo ayudar en algo? ¿Necesita un traductor?

—*Niet*. No puedo hacer declaración porque es mentiras.

Heat notó cómo se sonrojaba. El detective Feller masculló una maldición y apartó la mirada frustrado.

Nikki trataba de ver si podía conseguir algo. Quizá si lo rompía en pedazos.

—Bueno, nosotros no queremos que usted declare algo con lo que no se sienta cómodo. —Apoyó una mano sobre su brazo y, aunque aterrizó sobre un archipiélago de verrugas, la dejó ahí—. Empecemos por aquello de lo que usted da fe.

—Nada. No juro nada. —Apartó el cuaderno como si fuese una comida desagradable.

—Vayamos paso a paso —insistió Heat armándose de valor—. Usted nos dijo que curó a Fabian Beauvais una herida de bala. Hasta ahí es verdad, ¿no? —Volvió a empujar el cuaderno hacia él.

Gogol se encogió de hombros y los dejó levantados, casi tocándole las orejas.

—No puedo ser seguro. Era hombre negro. Su nombre ya no soy seguro. —Heat cogió la fotografía de Beauvais de las manos de Feller y la levantó en el aire, pero antes de que pudiese preguntarle, Ivan añadió—: ¿Es él? ¿No es él? No puedo ser seguro. Noche muy traumática. Yo estaba durmiendo, ¿sabe? Me despierto de pronto.

No tenía sentido alargar aquella angustia.

—Señor Gogol... Señor Gogol, por favor, míreme. Necesito que piense en esto antes de responder. Ayer mismo usted nos contó que este hombre de aquí había recibido un disparo —dijo golpeando con un dedo la fotografía de Beauvais—, que usted le curó y que él le dio el nombre de la persona que le había disparado, que era Keith Gilbert. ¿No es verdad?

—No me acuerdo.

—Señor Gogol...

—Este hombre dice muchas cosas. Quizá delira o está bebido, se pelea en el bar y disparan así. Sí. Eso creo que pasó. La bebida.

Nikki se quedó mirando a Ivan Gogol. No veía el rostro de un mentiroso. Lo que veía en él era miedo. Casi pánico. Alguien había dicho —o hecho— algo para que estuviera así. La preocupación de Heat por él se fundió con la que sentía por sí misma al ver que una pieza fundamental de su caso —su caso irrefutable— se desinflaba

ante sus ojos.

—Ivan, si tiene miedo de algo, por favor, sepa que el Departamento de Policía de Nueva York le proporcionará...

—Basta. No diré nada más.

Apartó el cuaderno de nuevo con tal fuerza que el bolígrafo se cayó de la mesa y se perdió en algún lugar del suelo de linóleo. Nadie se agachó a recogerlo. No iba a servir de nada.

Los viejos lobos de mar que salían al Atlántico desde Long Island no contaban con radares Doppler, modelos informáticos ni imágenes de satélite para predecir la formación de una tormenta. Olían el aire, observaban los pájaros o consultaban el *Almanaque de los granjeros*, si es que no le habían arrancado las páginas en el retrete. Por supuesto, también se llevaban muchas sorpresas. En 1938, la tormenta Long Island Express golpeó la costa noreste matando a unas ochocientas personas que no habían sido avisadas. Vaya con los cielos rojos por la mañana.

La detective Heat solo tenía que enfrentarse al sol y a dieciséis grados cuando pasaba por la salida de la costa de Fire Island. En lugar de buscar información sobre el tiempo, su atención se centraba en vigilar el espejo retrovisor y el lateral por si cierto Impala o algún otro vehículo por determinar la seguía. Tras el asalto en Chelsea, sabía que el capitán Irons insistiría en que la acompañara un conductor uniformado o incluso trataría de obligarla a ir en un coche oficial de la policía hasta Southampton, así que Nikki se escabulló en el interior de su Taurus sin distintivos policiales justo después de la fracasada entrevista con Ivan Gogol para asegurarse la soledad que necesitaba durante el trayecto.

¿De verdad habían pasado solamente dos días desde que hiciera ese mismo camino con Rook? Habían cambiado muchas cosas en ese lapso de tiempo y pocas a mejor. Sobre todo que Rook no la acompañaba. Fuera lo que fuera lo que él estuviese haciendo en ese momento, Nikki solo esperaba que no le provocara más trastornos. Se esforzaba por mantenerse positiva. Desde luego, lo del médico ruso era un fastidio, pero aún tenía la orden de registro. Sin embargo, la situación le parecía demasiado inestable como para sentirse tranquila.

Heat había empezado viendo el choque de Beauvais contra el planetario y el asalto a la casa de West End Avenue como dos casos distintos. Pero luego llegó la conexión entre ambos con la pareja de amantes haitianos. Y ahora, gracias a Lauren Parry, el nexo forense entre los matones de la pensión y Jeanne Capois los relacionaba también. Sin embargo, la aparición de Earl Sliney como posible ejecutor del disparo lo desordenaba todo. Nikki se preguntó si de verdad estaba trabajando en un solo caso o si era posible que volvieran a ser dos.

Durante el trayecto, puso la radio en onda media para escuchar las noticias sobre el huracán. El último informe decía que el Sandy había atravesado Cuba con Categoría Dos y que rachas de viento de ciento ochenta kilómetros por hora habían provocado la muerte sin confirmar de once personas. El ojo del huracán no había llegado a entrar en La Española, pero en su camino hacia el norte el potente remolino del Sandy había provocado lluvias de 508 litros por metro cuadrado y había matado a cincuenta personas en Haití. A partir de las ocho de la mañana, la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica había avisado de tormentas tropicales en el sureste de Florida y todo el litoral oriental de Estados Unidos había empezado a tomarse en

serio los preparativos ante el desastre.

Cuando el locutor dijo: «Conectamos ahora, en directo, con la conferencia de prensa conjunta del alcalde, el gobernador y el comisionado de la Autoridad Portuaria», Nikki subió el volumen. El honorable empleó su habitual tono tranquilo para anunciar que ya había creado el comité de crisis de la Oficina de Gestión de Emergencias y que todas las agencias de la ciudad estaban trabajando conjuntamente ante el fenómeno meteorológico que se les avecinaba. El gobernador contó que mantenía con regularidad conversaciones con la Agencia Federal de Gestión de Emergencias y con el presidente, que estaba siguiendo la situación atentamente. La Autoridad Metropolitana de Transporte se estaba preparando para trasladar los autobuses y trenes a zonas más altas durante las siguientes veinticuatro horas. El alcalde intervino para decir que los ciudadanos iban a ver trabajadores tapando con sacos de arena las entradas de metro y colocando maderas de contrachapado en los conductos de ventilación de las aceras para evitar inundaciones. Esa imagen provocó en Nikki la sensación visceral de una tormenta que hasta ese momento había sido muy abstracta. Y la sensación que tuvo no fue solamente de impacto, sino de algo más agorero: inevitabilidad.

Un periodista preguntó al gobernador si los cargos presentados contra el comisionado Gilbert tendrían consecuencias adversas en los preparativos. Su pregunta fue seguida por unos murmullos en toda la sala de prensa.

—Yo respondo —dijo Keith Gilbert. Heat se lo imaginó acercándose al micrófono para evitarle al gobernador el momento peliagudo—. Poco después de jurar mi cargo el pasado mes de julio, mucho antes de que nadie supiera siquiera de la existencia de esta tormenta, dirigí unas maniobras de preparación en la Autoridad Portuaria para ensayar una situación de emergencia como esta. Lo hicimos a gran escala, al estilo de los juegos de guerra, utilizando como escenario los aeropuertos JFK y Newark Liberty y el puente Bayonne. De eso hace tres meses. Así es como trabajamos. Planeamos. Nos preparamos. Y ahora ejecutamos.

»Estoy a punto de poner en marcha la Oficina de Gestión de Emergencias de la Autoridad Portuaria —continuó Gilbert—. Nuestro personal profesional está inspeccionando todos nuestros recursos para que estén listos y en pleno funcionamiento. Las obras del nuevo World Trade Center se van a cerrar. Además, como se espera la entrada de la tormenta para los primeros días de la semana que viene, he ordenado que este fin de semana esté trabajando todo el personal fundamental y eso incluye al Departamento de Policía de la Autoridad Portuaria y al de Operaciones Especiales.

De repente, los periodistas empezaron a hacer preguntas a gritos todos a la vez. Él no concedió la palabra a nadie. En cambio, continuó con su declaración:

—Un comentario más para responder de una forma más directa a la pregunta del periodista. Hace veintiún años, un fenómeno llamado La Tormenta Perfecta azotó el Atlántico norte. Ahora vemos cómo diversos componentes pueden estar uniéndose

del mismo modo, dispuestos a encajar entre sí para provocar una catástrofe que perfectamente puede ser mayor. Ustedes saben que yo soy marinero. Lo soy. Un marinero que se ha enfrentado a todo tipo de mares. Cualquiera que haya navegado conmigo sabe una cosa: sé cómo centrarme en lo importante. Y reconozco la diferencia entre una tormenta de verdad y una borrasca pasajera.

Durante su pausa dramática, Nikki negó con la cabeza y murmuró:

—Políticos.

Igual que había hecho dos días antes, Heat pulsó el botón del portero automático que había en la valla de seguridad de Cosmo, la mansión de Keith Gilbert en Beckett's Neck, Southampton. Unos segundos después, respondió una voz que ella reconoció.

—¿Qué desea?

—Hola, Danny. Soy la detective Heat, del Departamento de Policía de Nueva York. Nos conocimos el martes.

—Sí... —contestó a través del diminuto altavoz.

Por su tono neutro, ella no supo si lo que quería decir era un «¿Y qué?» o un «Sí, lo recuerdo».

—¿Me abre, por favor? Traigo una orden de registro.

Cuando salió, Danny miró el documento como si fuese radioactivo. Desvió la mirada del papel a Nikki y después a la sargento Aguinaldo, cuyo todoterreno sin distintivos policiales estaba aparcado junto al Taurus de Heat.

—Esto queda por encima de mis competencias. ¿Le importa si llamo al señor G?

Nikki se quedó pensando.

—Claro, muy bien. Pero hágalo aquí.

No quería perder de vista a Danny tras la pesada verja, por si cabía la posibilidad de que él pudiera interferir en el registro. Danny asintió débilmente, abrió su teléfono móvil y se apartó unos metros a un lado para tener algo de intimidad.

—No creo que tengamos ningún problema con este hombre —dijo Aguinaldo en voz baja—. Me refiero a que ese papel es lo único que hace falta para entrar. Si surge algún problema, llamaré a alguien para que lo vigile aquí fuera mientras nosotras realizamos el registro.

Heat agradeció la calma de la otra detective. En lugar de ejercer la intimidación propia de los pueblos, que Heat había visto en muchas ocasiones a lo largo de los años, Inez Aguinaldo tenía una forma de actuar fría y profesional. Esas cosas no se aprendían. Era algo con lo que ya venía de fábrica.

—También hay un perro.

—Estamos acostumbrados a los perros —dijo Aguinaldo con una sonrisa—. Oiga, es temprano para comer, pero he traído dos bocadillos de Sean's Place, en Hampton Road.

—Gracias. Qué detalle.

—Puede elegir. Jamón a la parrilla y queso Havarti o jamón a la parrilla y queso Havarti.

—¿Cuál me recomienda?

—Yo me decantaría por el primero.

Justo entonces, sonó el teléfono de Heat. Le enseñó a Aguinaldo el nombre de la pantalla.

—El abogado de Gilbert. Esto se pone interesante.

—Me dicen que tiene usted una orden —susurró la voz en el teléfono. Frederic Lohman siempre parecía llevar una cánula nasal para tener más oxígeno.

—Sí, señor Lohman. Su cliente tiene una Ruger del calibre 38 especial registrada para ser utilizada solamente en su domicilio de Southampton concedida por el *sheriff* del condado de Suffolk. Él nos dio la información de que llevaba el arma durante la visita que realizó de forma voluntaria a mi comisaría. Tengo el documento. Vengo a por la pistola.

—Esa finca es muy grande, ¿no? —Justo cuando Nikki estaba a punto de interrumpirlo por entorpecer su trabajo, él la sorprendió—: Por eso es por lo que vamos a decirle exactamente dónde puede encontrarla. ¿Se da cuenta de que he dicho «vamos»? —Tosió sin molestarse en tapar el auricular y continuó—: He consultado al comisionado Gilbert y mi cliente ha ordenado a su guarda que la acompañe directamente hasta donde se encuentra el arma como muestra de una total colaboración.

Ligeramente desconcertada, Heat no quería darle las gracias, pero lo hizo.

—De nada. Límpiase primero los zapatos. —Se rio y después añadió—: Recuerde este gesto, detective. —Y luego, colgó.

Las detectives se limpiaron los zapatos. Les pareció que era lo que había que hacer para entrar en una casa de veinte millones de dólares. Lo que sorprendió a Nikki en primer lugar fue el silencio. En aquella amplitud de altos techos de la entrada y de la sala de estar principal no había eco. La completa amortiguación de las alfombras absorbía todo el sonido del interior y el cristal de doble aislamiento impedía que entrara ruido del exterior. Incluso la suave sucesión de las olas del Atlántico, que hacían espuma en la playa adyacente, quedaba amortiguada, a menos, por supuesto, que las ventanas motorizadas del patio estuviesen abiertas.

Heat no tenía ningún prejuicio contra la riqueza. Simplemente, no se dejaba impresionar por nadie por el simple hecho de que fuera rico. La madre de Nikki, que se pasó los años posteriores a su graduación dando clases de piano a algunas de las familias más acaudaladas de Europa, solía decirle: «El dinero magnifica», que era como decir que solamente agranda el carácter. Dale un millón de dólares a un adicto a la metanfetamina y en un año no verás más que un jardín lleno de hierbajos y una boca con menos dientes.



Danny las hizo pasar junto a la escalera de caracol a través de una cocina de escaparate, donde había un mostrador refrigerado de cristal curvado como los de las tiendas lleno de salchichas y quesos, estantes con contenedores de pastas de todos los colores y varios molinillos de pimienta coleccionados a lo largo de los años. De ahí pasaron a una sala a la que se accedía bajando un escalón y que estaba decorada con colores más oscuros, más apropiados para un club de élite que los aireados blancos y ocre de las habitaciones que habían atravesado. Sin ser excesivamente preciosista, el despacho de aquel magnate naviero estaba diseñado y decorado para parecer exactamente la imagen de fantasía de las dependencias de un capitán en un transatlántico de lujo de principios del siglo xx. Ojos de buey con marcos de metal que daban a una piscina inmensa y, tras ella, el mar. El techo de madera producía una sensación envolvente. Un escritorio alto, puesto de lado para tener una vista completa de la habitación, dominaba una esquina. Una mesa de ejecutivo de madera pesada estaba puesta frente a la chimenea y flanqueada por dos sillones orejeros de cuero verde botella con remates de clavos metálicos.

Vieron cómo el guarda se dirigía a un armario empotrado del mueble bar. Abrió una puerta de cristal y tocó el marco interior de un lado y, al no encontrar lo que buscaba, hizo lo mismo en el otro.

—Eh..., ha dicho que la llave estaba aquí dentro.

—¿Usted nunca la ha cogido?

La miró como si estuviese loca.

—Nadie entra en esta habitación, aparte del señor G. —Cerró el armario y abrió la puerta de al lado. Metió la mano y Heat oyó un pequeño golpe metálico contra una copa—. Ya la tengo.

Danny salió con una pequeña llave enganchada a una correa de cuero circular. Mientras se acercaba a la mesa grande y se arrodillaba junto a una de las cajoneras, Nikki pensó en el tipo de arma que había registrado Gilbert. Si uno va a comprar un arma para proteger su casa, el revólver es una buena opción para un propietario novato. La mecánica no es complicada —las pistolas se atascan— y la Sturm Ruger de calibre 38 Special +P tenía un percutor oculto, lo que hacía que el arma fuese más fácil de guardar y sacar sin que se enganchara.

Sonó el pequeño pestillo y Heat dio la vuelta a la mesa para colocarse junto a Danny.

—Yo la cogeré, gracias. —Él respondió con su habitual encogimiento de hombros y se apartó para dejarle sitio. Nikki tiró de la manilla metálica y miró el interior—. No se preocupe por nosotras. Le daré la llave al salir —dijo mirando al guarda.

Danny tardó unos segundos en comprender que le estaban diciendo que se marchara, pero al final salió de la habitación. Aguinaldo se quedó observando a Heat y cuando esta miró hacia abajo la otra detective rodeó el escritorio y miró también el interior del cajón.

En él no había más que una funda vacía.

De nuevo en el camino de entrada de la casa, Inez Aguinaldo saludó cordialmente al oficial que estaba en el coche de policía negro y plateado de la ciudad de Southampton, que estaba dando media vuelta para aparcar detrás de ellas.

—Debo decir que se ha mantenido usted muy tranquila ahí dentro —le dijo a Nikki.

Aunque podía parecer impertérrita, en el momento en que Heat vio la funda de la pistola vacía sintió como si, de repente, en su cerebro hubiesen soltado una bola brillante de pinball que estuviese dando golpes por ahí arriba, encendiendo luces y haciendo sonar campanas con una rápida sucesión de preguntas: ¿Dónde estaba la pistola? *Ting*. ¿Por qué Gilbert colaboraba con el registro si sabía que la pistola no estaba allí? *Ting*. ¿Sabía él que no estaba? *Ting*. ¿Lo sabía y simplemente se mostraba colaborador para simular que era inocente? *Ting*. ¿Estaba en otro lugar de la casa o entre el oleaje? *Ting, ting*.

—Lo de la tranquilidad es muy relativo, detective Aguinaldo.

—No me creo ni por un momento que Gilbert haya olvidado dónde está su pistola —dijo la detective del pueblo—. Es decir, usted ha visto ese despacho. Está tan pulcro como el Museo Smithsoniano. Todo estaba perfectamente en su sitio.

«Perfecto». Ahí estaba de nuevo esa palabra. Casi como los elementos de una tormenta.

La mansión era demasiado grande como para que Heat la registrara sola y su llamada al capitán Irons fue recibida con una carcajada.

—¿Quiere que saque recursos de la ciudad durante los preparativos para un huracán? —preguntó—. Quizá la semana que viene, detective. Después de la gran tormenta.

Nikki colgó y se preguntó si esa gran tormenta se refería al huracán o a lo que él estaba haciendo con su caso.

Se dio la vuelta y miró la mansión Cosmo, no solo la extensa casa, sino su enorme terreno y los numerosos edificios anexos, llenos de posibles escondites. Heat no sabía dónde estaba esa pistola desaparecida. Pero sí sabía una cosa. El porqué era tan importante como el dónde.

Hay dos departamentos de policía distintos en Southampton. Un marco legal municipal confuso que separa las jurisdicciones de la ciudad de Southampton del pueblo de Southampton. El agente Matthews, del Departamento de Policía de la ciudad de Southampton, no del pueblo, estrechó la mano de Heat y la miró con la innata jovialidad que ella había visto en más bomberos que policías. Como veterano bien conservado, Woody Matthews daba la sensación de un tipo que te arreglaría el pinchazo del coche en el aparcamiento del supermercado o al que podría verse en un puesto de la feria del pueblo preparando tortitas. Miró el retrato que ya le había enseñado la detective Aguinaldo, pero fue la otra fotografía que le enseñó Nikki, la

que habían encontrado los Roach en el suelo de la habitación de Jeanne Capois, lo que le hizo asentir.

—Sí, ahora puedo decir sin duda que ese es el hombre al que vi.

El agente confirmó también la fecha en que lo vio. Había sido unas horas antes la misma noche en que Beauvais le había pedido a Ivan Gogol que le cosiera..., si es que la declaración primera del médico ruso era cierta, algo que Heat creía.

—La detective Aguinaldo me dijo que quizá le habían disparado.

—Es posible. ¿Vio usted algún resto de sangre en su cuerpo?

—Negativo. Estoy seguro. Yo habría hecho algo al respecto. Pero iba encorvado, con los brazos cruzados así. —El agente los dobló para mostrarlo y su cinturón de piel crujió como una silla de montar—. Ese hombre dijo que estaba enfermo. Yo no voy por ahí haciendo la puñeta, ¿sabe? Solo quería asegurarme de que estaba bien. Incluso le ofrecí llevarlo hasta el tren, pero dijo que no. Recibí una llamada denunciando a un borracho que estaba armando alboroto en un bar, así que lo dejé y fui a ver qué pasaba.

«Captura y puesta en libertad», pensó Nikki.

—¿Parecía asustado como si le estuviesen siguiendo?

El agente Matthews se pasó los dedos por su pelo canoso cortado al rape.

—Eso también lo habría notado.

Heat le creyó. Era uno de esos agentes que se ponían todos los días el uniforme para ayudar, no para molestar. Le pidió que le mostrara dónde había visto a Beauvais. Él abrió un mapa sobre el capó de su coche y señaló la North Sea Road, cerca del cementerio.

—Eso está literalmente al otro lado de las vías desde aquí —observó ella.

—Exacto. Se dirigía a la estación de tren desde el norte.

Lo cual resultaba extraño. «Lo suficiente como para calificarlo como un calcetín desaparejado», pensó Nikki. Si Fabian Beauvais viniera de la casa de Keith Gilbert o de la de Alicia Delamater, habría llegado andando de sur a norte, no al revés.

—¿Qué hay al final de North Sea Road?

—Hay muchos complejos residenciales —respondió la detective Aguinaldo.

—Eso es —continuó el agente—. Algunas casas bonitas siguiendo por ese camino. No como esto, sino de clase media-alta. Solares arbolados y garajes de dos plazas. Déjeme pensar. Una licorería, que es de donde pensé al principio que él podía venir. Pero también podría haber sido un cocinero de la marisquería. Todo lo demás que hay por allí habría estado cerrado a esas horas de la noche. El servicio de retirada de árboles en mal estado, Conscience Point, el supermercado...

—Un momento —le interrumpió Heat. Por un momento, la idea casi se le escapa a Nikki. Pero cuando empezó a desvanecerse, volvió de repente como un bumerán con toda su fuerza aterrizando de golpe contra su mente—. ¿Qué es Conscience Point?

Nikki dejó el coche en el aparcamiento del puerto deportivo municipal de Southampton en Conscience Point quince minutos después, junto a un camión de obras públicas que estaba descargando sacos de arena para prepararse para la tormenta. Inez Aguinaldo salió de su todoterreno y llevó a su colega en un breve paseo por el atracadero del parque recreativo, un parque humilde pero bien cuidado entre la carretera y el puerto de North Sea. Tres muelles en forma de T sobresalían del rompeolas y una fila de pendientes bajaban en ángulo recto por el paseo de la playa.

Dos meses después de la Fiesta del Trabajo, casi todo estaba vacío. Los pocos balandros y yates que quedaban pertenecían a algunos empecinados que trataban de ampliar la temporada y ya estaban a punto de levar anclas. Un operador que estaba manejando una grúa con una eslinga trabajaba a un ritmo frenético para poner los botes a salvo antes de que llegara el Sandy. Heat se mantuvo en silencio observando la cascada de agua que caía de un barco Ensign 22 suspendido en el aire y estudiando la disposición del terreno. Vio los dos edificios del parque situados justo al lado del asfalto y se fijó en los cubos de basura y los tanques de almacenamiento de combustible de dos mil litros al otro lado del aparcamiento. Mientras escuchaba y miraba, la detective trataba de mantener la mente abierta, dejar que aquel lugar le dijera algo.

Las dos detectives se sentaron sobre una mesa de merendero para comerse sus bocadillos mientras veían cómo el Ensign de tonelada y media se balanceaba en la grúa en dirección a un camión con remolque.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó por fin Aguinaldo—. ¿Está buscando algo específico?

—Es como jugar en un concurso de preguntas y respuestas —contestó Heat—. Tengo la respuesta. Solo necesito saber la pregunta adecuada.

Nikki le dijo cuál era la respuesta: conciencia.

—Esa palabra me ha estado hurgando en la cabeza desde que la encontramos. La palabra «conciencia» estaba escrita en un trozo de papel guardado en un sobre lleno de dinero en el vestidor de Fabian Beauvais. Hay que destacar que la dirección y el número de teléfono de Keith Gilbert estaban escritos en el mismo trozo de papel. Pero «conciencia» estaba a lápiz, como si lo hubiesen añadido después.

—Me está ocultando la verdad, detective Heat. Creo que ya sabe cuál es la pregunta. Es: «¿cuál puede ser el lugar de encuentro para pagar un soborno?».

Nikki vio cómo el casco del barco se apoyaba suavemente sobre los soportes acolchados del camión.

—Se me ha pasado por la cabeza.

Más que eso, Heat había estado los últimos minutos en silencio estudiando su viabilidad.

—Esta es una posibilidad: ¿y si Fabian Beauvais tuviera alguna ventaja, alguna razón para extorsionar o sobornar a Keith Gilbert? No sé... Quizá cuando trabajó para Alicia Delamater se enteró de su aventura y le amenazó con sacarlo a la luz.

A la vez que hablaba, Nikki se dio cuenta de que estaba preparando su escenario sobre una de las teorías de Rook y no le cupo duda de que, como consecuencia, habría cierto pavoneo o alguna compensación sexual. Eso tendría que esperar hasta la noche, pensó con cierto deleite.

—Eso explicaría las llamadas de teléfono entre Beauvais y el comisionado. Y los diez mil dólares en efectivo.

—Llamadas para negociar el pago y el lugar donde realizarlo. Aquí.

—Conciencia —dijo Heat.

La detective Aguinaldo siguió respondiendo a la pregunta en absoluta sincronía con los pensamientos de Heat:

—Así que se reunieron esa noche aquí. Se hace el pago. Pero algo sale mal.

Heat tomó el relevo:

—No es la cantidad acordada o Beauvais dice algo que cabrea a Gilbert, o viceversa, o Gilbert no tenía la intención de pagar... o de dejarlo con vida. Piense en la cantidad de cosas que pueden irse a pique en un trato que se tuerce. En cualquier caso, Gilbert sacó su pistola y pasó algo que le impidió terminar del todo la tarea. Beauvais sale corriendo, herido. Gilbert se va cagando leches.

—Pero si los diez mil dólares eran algún tipo de soborno, ¿por qué Beauvais no denunció a Gilbert después de que este le disparara? —preguntó Aguinaldo.

—No estoy segura. —Nikki se sentía lo suficientemente cómoda con la otra detective como para pensar en voz alta—. ¿Qué le parece esto? Él es inmigrante, ¿no? No pertenece a la comunidad. Tiene su dinero, aunque se trate de un soborno ilegal. Se imagina que se recuperará de la herida. ¿Por qué exponerse entrando en el sistema legal en contra de un ejecutivo poderoso?

—... Y que ya ha intentado matarle.

—Y que quizá se sentía muy incentivado para terminar lo que había empezado —agregó Heat—. Eso explicaría cómo un tiroteo en los Hamptons termina con un choque contra el planetario de la ciudad de Nueva York.

—Si estamos seguras de que hubo aquí algún disparo.

Se levantó una brisa y Nikki se dio la vuelta para ver cómo formaba ondas en la superficie del puerto. Y se preguntó si la Ruger estaría enterrada allí en el cieno.

—Hay mucha agua —dijo Aguinaldo.

—¿Gilbert guardaba aquí su barco? —preguntó Heat mientras regresaban a sus coches.

—Lo dudo, pero puedo comprobarlo.

—Le he pedido muchas cosas. Yo tengo que volver a la ciudad. ¿Le importa que le pida otro favor? —Heat señaló hacia las casas esparcidas tras los árboles de hoja perenne y las vallas del ferrocarril que se encontraban al otro lado del camino comarcal que rodeaba al puerto deportivo—. Si puede liberar algo de personal, ¿podría enviar a alguien a preguntar en algunas casas de por aquí, detective Aguinaldo?

—Llámame Inez.

Rook envió un mensaje a Heat mientras ella estaba comprando una taza de café para llevar en el Hampton Coffee Company. Su primera reacción fue una punzada de melancolía por haber pasado del contacto personal al buzón de voz o a los mensajes de texto. Era como si él estuviera en Suiza. Pero se alegró cuando leyó su invitación: «¿Aún con ganas de esa cena romántica en la azotea?». Heat se aseguró de mostrarse directa y respondió que sí. Él contestó preguntándole si podría ser en casa de ella. Él tenía sus motivos y ella, además, tenía una azotea.

Nikki se incorporó a la autopista con una sonrisa. Quería ver el rostro de Rook a la luz de las velas cuando le dijera que le había copiado una de sus chifladas teorías. Nikki contuvo el hormigueo que sentía al pensar en qué más le traería esa noche. De momento, se alegraba de que las cosas pudieran volver a la normalidad entre ellos.

Mientras salía de los Hamptons empezó a contar las señales metálicas azules colocadas cada setecientos metros que decían: «Ruta de evacuación de la costa». Aquellos avisos llevaban allí varios años, pero en realidad nunca se había fijado en ellos. Como en tantas otras cosas.

¿Qué era lo que había pasado por alto en este caso? Se hizo aquella pregunta lo mismo que se la hacía en algún momento de cada investigación. Heat sucumbió a la enfermedad del detective. Siempre creía que había algo de lo que no se había dado cuenta o que se había perdido entre tanta complejidad y mentiras. Pero la experiencia le había enseñado a seguir insistiendo. A que siempre hay algo más de lo que se cree, pero la respuesta es más sencilla de lo que parece.

Nikki pasó junto a otra señal que indicaba que seguía en la ruta de evacuación y se preguntó si estaba saliendo de una zona de peligro o dirigiéndose a ella.

La respuesta a aquello llegó con el parte del detective Rhymer, poco después de que ella regresara a la comisaría a última hora de la tarde. Opie había pasado el día con la policía científica peinando los apartamentos de los miembros conocidos de la banda de asesinos que habían atacado a Heat. Hasta el momento, no habían encontrado nada que relacionara a Bjorklund, Victor o Floyd con el comisionado de la Autoridad Portuaria. Mientras hablaban, el teléfono móvil de Heat empezó a cobrar vida con mensajes y correos electrónicos de amigos y compañeros. Su contenido solo daba pistas. Mensajes breves que decían cosas como: «¡Golpe bajo!» o «¡Juego sucio!». Y uno de Lauren Parry, la forense: «¿Qué coño...?». El de Lauren contenía un enlace a uno de los blogs de cotilleos más ruines, el *city's-edge.com*, un paso más allá del *Ledger*, si es que eso era posible. Nikki entró en él y abrió la página principal del blog. Lo de «¿Qué coño...?» cobraba sentido.

El titular, grande y en negrita, decía:

## ¿EL GOLPE DE HEAT?

Debajo, había una fotografía a media pantalla de Nikki enfrentándose a Keith Gilbert en la puerta del hotel Widmark antes de arrestarlo. El pie de foto decía: «La famosa policía Nikki Heat gruñe al colaborador y confundido comisionado Keith Gilbert justo antes de ponerlo en evidencia con un embarazoso arresto en público en el centro de la ciudad. ¿Hay alguna emergencia o es que la rápida Heat ha perdido los nervios?». Y seguía aún peor.

El artículo, que citaba solamente a empleados sin nombre y fuentes que preferían mantenerse en el anonimato, hacía un retrato de una detective de homicidios del Departamento de Policía de Nueva York que antiguamente había sido muy valorada y que tenía cierta inclinación a obsesionarse.

La gente que la conoce habla de la firmeza de la neurótica Nikki. Le gusta vender el caso del asesinato de su madre hace más de diez años, siempre a costa de otras investigaciones. «No te pongas en su camino cuando está enfadada», ha dicho un antiguo policía. Pero parece que a Heat no le supone un problema hacer varias cosas a la vez en lo que se refiere a la cama. Aunque tiene una relación sentimental con el periodista Jameson Rook, un musculoso compañero de gimnasio resultó muerto de un disparo en su elegante apartamento de Gramercy no hace mucho. Cuando llegaron los servicios de emergencia, el tipo macizo estaba desnudo en la entrada. «Yo creo que ella se volvió un poco desequilibrada», ha dicho otro que no ha querido dar su nombre por temor a recibir un castigo de parte de la promiscua detective. «Pero no hay que ser muy duro con ella. A su madre la apuñalaron y su padre se convirtió en un borracho».

¿Era a eso a lo que se refería Keith Gilbert cuando citó a Steinbrenner para enmascarar su amenaza de lanzarla por encima de un muro? ¿A lanzar difamaciones contra su familia? Dejó de leer y de inmediato cogió el teléfono para llamar a su padre. La triste realidad era que Nikki tenía que mirar el reloj para ver si era lo suficientemente temprano como para localizarle mientras seguía estando sobrio.

—Hola, papá. Soy yo. Oye, estaba pensando en ti. Espero que estés bien. —Hizo una pausa. ¿Qué debía hacer en una situación como esta? ¿Dejar un mensaje diciéndole que no leyera ningún periódico ni respondiera a correos electrónicos ni al teléfono?—. Llámame en cuanto oigas esto, ¿vale? Te quiero.

Cuando Heat terminó con su mensaje de voz, un fuerte golpe en la ventana del despacho del capitán la sobresaltó. Se giró y vio a Wally Irons dentro de su pecera sosteniendo con una mano el bolígrafo con el que había dado el golpe en el cristal y con la otra sujetando el teléfono junto a la oreja. Estaba utilizando el bolígrafo para

señalar a Nikki y después lo echó hacia atrás para indicarle que entrara. Tenía la expresión de un hombre cuyo bocadillo grasiento ha empezado a repetírsele.

—Acaba de entrar en mi despacho, voy a conectar el manos libres —dijo Irons antes de dejar el teléfono en su base y colgar sin querer—. Joder. —A continuación, miró a Nikki—. Era Zach Hamner, de la central. Siéntese. —La línea volvió a sonar cuando marcó la rellamada y pulsó con un dedo el botón del altavoz para responder.

—¿Heat? —preguntó la voz del Martillo.

—Estoy aquí.

Nikki trataba de parecer tranquila, pero todas sus defensas estaban en alerta. Irons y Hamner se despreciaban el uno al otro, así que el hecho de tenerlos juntos en una llamada, sumado a la aparente indigestión de Wally, indicaba que se trataba de una situación de emergencia total. Lo primero que pensó fue que aquello podía deberse al artículo ruin. No tuvo tanta suerte.

—Me han dicho que no había ninguna pistola —dijo Zach yendo directamente al grano.

Lo cierto es que eso tranquilizó un poco a Heat, porque estaba preparada para responder a ese tema.

—Ha sido una sorpresa, después de que su abogado nos llamara para ayudarnos a localizarla en la casa. Pero estas cosas pasan. —El capitán emitió un audible suspiro y su mueca se volvió aún más marcada. Ella no le hizo caso y continuó—: Eso no me preocupa.

—¿Cómo que no? Es la prueba física de tu caso.

—Que ha desaparecido —dijo ella asintiendo hacia la rejilla del altavoz del teléfono—. O la han escondido. O perdido. No es que me alegre, pero solo significa que tenemos que recuperarla. O sacársela a alguien. En cualquier caso, para mí todo esto concuerda con la falsedad de Gilbert. Acepta el registro para parecer inocente mientras es consciente todo el tiempo de que voy a perder la mitad del día para encontrar una funda vacía.

—Debe estar bien sentirse tan indiferente.

—Todo lo contrario, Zachary. Mira, esto es un trabajo de pico y pala que hacemos en el terreno. Hemos sufrido un revés, pero eso es todo. Yo sigo encontrando pistas nuevas prometedoras sobre este hombre. —Estuvo a punto de hablarle de Conscience Point, pero eso estaba todavía en una fase tan teórica que habría dado la sensación de ser más una especulación que otra cosa. Nikki trató de recordar cuándo había tenido que esforzarse tanto por convencer de un caso—. La pistola desaparecida es un detalle sobre el que vamos a trabajar.

No le gustó la pausa que hubo al otro lado de la línea, en la sede central. Le gustó menos aún cuando empezó a hablar.

—Para esta oficina, esa pistola es más que un detalle. Como con tu médico ruso, que ni siquiera era médico. ¿Qué ha pasado con él y su declaración sobre Gilbert?

—Se ha asustado. Alguien ha hablado con él.



—Aquí hay un patrón. No hay pistola, tu testigo se retracta... Sigues sin tener una conexión entre Beauvais, Gilbert y el avión.

—Tiene un helicóptero.

—En el que él no podía estar, porque se encontraba dando una conferencia cuando tu haitiano saltó.

—Entonces lo hizo uno de los matones de los que envió para atacarme.

—Ah, no me habías dicho que tenías pruebas de que trabajan para él.

El sarcasmo de aquella rata hizo que Nikki deseara tenerlo delante. Si Zach tenía pelotas, ella les daría una patada.

—Gilbert ha hecho esto.

—Heat, sé que para ti esto es una pasión —dijo el Martillo—, pero mi pasión es que este departamento evite demandas embarazosas y costosas.

—Sí, bueno. La mía es meter en la cárcel a los asesinos. —Hubo algo que se soltó dentro de ella cuando se inclinó sobre el teléfono para añadir—: Aunque jueguen al golf con tus jefes.

Irons se echó hacia delante en su silla de repente.

—Detective, eso está fuera de lugar.

—Si uno es rico y está bien relacionado, ¿puede hacer lo que quiera?

—Y es una insubordinación. —Wally miró la luz del teléfono para asegurarse de que sus objeciones habían sido escuchadas y continuó—: Mucho cuidado, aquí hay alguien que se está poniendo a la altura de su reputación en las revistas.

Heat le lanzó una mirada penetrante, pero pensó que ya había hecho suficiente daño con su estallido.

En cambio, si el ayudante administrativo del director adjunto de asuntos jurídicos se había ofendido, no lo mostró. De hecho, cuando por fin volvió a hablar parecía completamente tranquilo.

—Creo que todos nos haremos un favor si nos damos un respiro.

Nikki, que se había puesto de pie durante la conversación, volvió a sentarse. El tono calmado de Zach la hizo pensar que, ya que la habían advertido oficialmente por segunda vez ese día, lo peor había pasado. Al menos hasta que él habló.

—Voy a eliminar toda la presión sobre este caso ahora mismo. Tengo el consentimiento del mandamás de aquí y se lo he consultado al fiscal del distrito. Vamos a retirar todos los cargos contra Keith Gilbert.

Rodeada por su brigada, Heat miraba la televisión que estaba en la pared de la sala para ver la conexión en directo de la declaración de Keith Gilbert ante los medios tras la retirada de cargos en su contra. Todo aquello, aunque convocado apresuradamente, tenía pinta de ser un teatro orquestado que a Nikki le revolvía el estómago. Con la corbata aflojada y las mangas de la camisa subidas hasta el punto preciso del «manos a la obra», el comisionado se había colocado delante del panel mágico de atención de emergencias de la sala del comité de crisis del huracán Sandy de la Autoridad Portuaria. ¿Por qué no se envolvía en la bandera que estaba detrás de él junto a las parpadeantes luces verdes que indicaban el estado del puente y el túnel?

Rook llamó a su móvil. Heat se apartó del grupo de detectives para atenderle.

—¿Estás viendo eso? —preguntó él.

—Es como un accidente en una autopista. He intentado no verlo, pero tenía que hacerlo.

—Gracias por llamar para avisarme.

—Lo habría hecho —contestó Nikki—. Pero, al parecer, Gilbert lo ha sabido antes que yo. Espera, ¿qué está diciendo ahora?

En la televisión, Gilbert se dirigía a un periodista que no aparecía en pantalla:

—Nunca hubo caso, así que en ningún momento me ha preocupado..., salvo por mis pensamientos y oraciones por la víctima de este crimen —dijo Gilbert—. Espero que el Departamento de Policía pueda ahora concentrar todos sus recursos en llevar al verdadero asesino de Fabian Beauvais ante la justicia mientras yo me centro en la inminente tormenta que viene hacia nosotros.

—¿Dónde está la música patriótica? —se mofó Rook en el oído de Nikki—. Este tipo debería tener a un John Williams o a un Aaron Copland poniendo un acompañamiento musical a esto.

Su cinismo sentaba bien, pero proporcionaba poco consuelo a Heat. Rook no solo no creía que el comisionado fuese responsable. Su investigación podría haber provocado la primera grieta diminuta que había conducido al derrumbe del caso. Por su propia cordura, Nikki trató de dejar ese tema a un lado de momento. El mismo Gilbert se lo puso más difícil.

—Comisionado, una fuente me ha dicho que tiene pensado demandar al Departamento de Policía por un arresto erróneo —dijo otro periodista—. ¿Eso sigue en pie?

Gilbert sonrió débilmente y, despacio, movió la cabeza de un lado a otro.

—Deje que le diga esto: es el momento de concentrarnos en el presente y en el futuro. En definitiva, la Policía de Nueva York y el fiscal del distrito han hecho lo que debían. Esto no tenía sentido y ellos lo sabían. Incluso un importante periodista de investigación, Jameson Rook, que curiosamente es la pareja sentimental de la detective que lleva el caso, ha planteado grandes dudas hoy mismo en un blog

publicado en *First Press-punto-com*.

Los detectives, casi al unísono, giraron ciento ochenta grados para mirar a Nikki. Ella les dio la espalda y susurró al teléfono:

—¿Qué...?

Rook se aclaró la garganta.

—Eh..., puede que este sea un buen momento para colgar.

—Ni se te ocurra.

—Nikki, en esa publicación no hay nada de lo que no hayamos hablado ya. Y, para que lo sepas, yo no lo he publicado. Lo ha hecho la revista sin consultármelo y lo usan como señuelo porque es un caso candente. Me crees, ¿no?

¿Qué podía decir? ¿Algo que diera lugar a otra discusión?

—Me imagino cómo ha podido pasar. —Fue ahí donde encontró la verdad y un terreno neutral.

—Te voy a ayudar a olvidarte de esto durante la cena, lo prometo.

—Eso sería un buen cambio. —Y luego añadió—: Sea lo que sea lo que estás haciendo, no te pavonees, ¿vale?

Cuando había salido del coche una hora antes de volver de los Hamptons, Nikki sintió cada dolor, arañazo y magulladura de la pelea de la noche anterior y había pensado terminar su turno temprano. Los acontecimientos que vinieron después lo cambiaron todo, así que convocó a su equipo a una reunión para reorganizarse.

—Volvemos al panel del asesinato y, supongo, también a la pizarra —observó, pero sin mostrar en absoluto una actitud bromista. Los cuatro detectives que estaban sentados a su alrededor tampoco sonreían—. Antes de levantar el campamento, vamos a compartir lo que tenemos.

Empezó contándoles lo de la pistola desaparecida y su teoría sobre Conscience Point. A partir de ahí, Nikki les dijo que la forense sospechaba que las marcas de arañazos en el fallecido Roderick Floyd probablemente confirmarían que el miembro de la banda que la había atacado era uno de los asesinos de Jeanne Capois. Heat mencionó también su falta de éxito al tratar de vincular a esa especie de grupo de operaciones tácticas que había ido tras ella y a Capois con la pareja de matones que habían disparado a Fabian Beauvais. Cuando admitió que mantenía la mente abierta al hecho de que cualquiera de ellos podría haber liquidado a Beauvais, los Roach se miraron el uno al otro, no a ella. Vaya.

El detective Raley hizo un resumen de sus esfuerzos por conseguir algo sobre Opal Onishi, cuyo apartamento de Chelsea Heat había encontrado vacío por la mañana.

—Tengo su fotografía del Registro de Vehículos a Motor —dijo mientras pasaba la foto de la joven japonesa-americana a Nikki para que la colgara en la galería del panel de información—. Veintiséis años de edad. Ningún arresto. Sin orden de

captura. He ido a su casa y los vecinos dicen que se fue el pasado lunes por la noche.

—El mismo día que Fabian Beauvais se precipitó sobre el planetario. La misma noche que Jeanne Capois murió —comentó Ochoa.

—Tiene usted razón, señor —dijo su compañero—. Los vecinos no saben adónde ha ido, así que me he pasado el día visitando los trabajos de Opal Onishi de los últimos años. Resulta que tiene un título de la escuela de cine de la Universidad de Nueva York. Empezó como chica de los recados en el programa *Iron Chef* del Canal de Cocina y ascendió hasta su actual puesto transportando equipos para Location Location. Es una empresa audiovisual de Astoria que alquila equipos de sonido y cámaras para rodajes de cine y televisión en toda la ciudad.

—¿Por qué crees que Jeanne Capois tenía la dirección de Onishi? —preguntó Heat.

—¿Para un trabajo de asistenta, quizá?

—¿Para alguien que tiene un curro donde pagan por horas? —preguntó retóricamente Feller—. Lo dudo.

Raley se encogió de hombros.

—No sé. Estaría bien poder preguntarle a Opal Onishi. Pero he llamado a su jefe. Me ha dicho que no ha ido en toda la semana.

—Ve allí a primera hora de la mañana a hablar con sus compañeros de trabajo y sus amigos —le ordenó Heat—. Y, Sean..., buen trabajo. —Él reconoció el gesto, pero de forma discreta. Por su lenguaje corporal, ella supo que él y Ochoa seguían molestos—. Miguel, te toca.

—He tratado de buscar a los dos tipos del cajero automático que mataron..., perdón, que dispararon a Beauvais.

Parecía un desliz real y quizá lo fuera, pero a Heat le pareció evidente que Ochoa había soltado ese verbo a la luz de los últimos acontecimientos. Nikki se preguntó cuántos golpes más podría aguantar, solo deseaba llegar a casa con Rook para empezar de nuevo a la mañana siguiente.

—Los dos siguen sueltos —continuó—. El matón número uno, Mayshon Franklin, no tiene ninguna orden de captura activa, nadie le quiere. Sin embargo, el número dos, Earl Sliney, sigue constando como fugitivo en busca por su asesinato en el asalto a una casa. Su caso ha pasado a la Agencia de Investigaciones Criminales de la policía del estado de Nueva York. He conseguido el nombre del detective de la Agencia de Investigaciones Criminales que lleva el caso. Hemos terminado intercambiando llamadas y correos electrónicos. —Ochoa se levantó el puño de la manga para ver el reloj—. Hemos acordado finalmente una hora para llamarnos esta tarde, así que espero tener más información pronto.

El detective Rhymer contó cómo le había ido el día en el Bronx en los distintos apartamentos de los tres hombres de la banda que había atacado a Heat.

—Los tres viven más o menos en la misma manzana de Bathgate, así que eso me ha facilitado cubrir las tres casas a la vez.

—¡No fastidies! —exclamó Feller—. Yo me paso media vida en puentes y la otra media en túneles. Y Opie tiene una sola parada para tres escenarios de delitos.

Los demás se rieron, pero Rhymer parecía preocupado.

—¿Qué tienes que contarnos, detective? —preguntó Heat.

—He llamado a la policía científica para preguntar cómo iban cuando tú estabas en el despacho del capitán con tu..., eh..., tu llamada. Primero, en casa de Stan Victor, el afortunado al que disparaste con la pistola de clavos, han encontrado una tarjeta con la dirección de la casa que asaltaron en West End Avenue, en la que Jeanne Capois trabajaba de asistenta y donde mataron al anciano corredor de bolsa. —Hizo una pausa y consultó sus notas—. También han encontrado tus direcciones, tanto la de aquí como la de tu casa de Gramercy Park. Y una lista de tus paraderos habituales. El *loft* de Rook, tu gimnasio, tu Starbucks...

Tras el silencio mortal que cayó sobre la sala mientras pensaban en las implicaciones de vigilancia que eso acarrearía, Heat habló:

—Bueno, se han tomado muchas molestias. Me alegra haberles merecido la pena.

Nikki se acercó al panel donde estaba la información del asesinato, que ahora estaba tan lleno de fotografías y de notas de rotulador de todos los colores y tamaños que parecía uno de esos edificios urbanos que, de forma espontánea, se convierten en el paraíso de los grafiteros.

—¿Y sabéis qué? —preguntó al grupo—. No he terminado. Los de asuntos jurídicos puede que se hayan rajado, pero yo no voy a dejar esto. Al contrario, voy a profundizar más. Gilbert tiene las manos sucias y que haya pasado de estar en libertad bajo fianza a quedar libre de todos los cargos no cambia nada. No va a ir a ningún sitio. La tormenta lo va a mantener por aquí y mañana o pasado o el día de después vamos a encontrar eso que aún no tenemos... —Hizo una pausa para examinar el historial del caso en la pizarra y después continuó—: Vamos a hacer exactamente lo que él esperaba en su conferencia de prensa: llevar ante la justicia al asesino de Fabian Beauvais. Y yo sé quién es.

Cuando volvió la cara a su brigada de homicidios adivinó que solo la mitad estaban con ella. Era un comienzo.

Cuando abrió la puerta de su apartamento estuvo a punto de gritar: «Cariñito, ¡ya estoy en casa!» para establecer un tono bromista con Rook, pero hubo algo que la contuvo. Heat conocía las sensaciones de su propia casa —los sonidos, los olores, la atmósfera— tras tantos años e innumerables momentos. La había conocido como lugar de fiestas y espacio de trabajo; como escenario romántico y escenario de un crimen; con todos los matices que podía haber entre medias. ¿Qué pasaba?

¿El silencio? No, no era eso. Porque no estaba exactamente en silencio. El sonido ambiente de la ciudad, con las bocinas de los coches y las sirenas lejanas, parecía demasiado presente, como si hubiera una ventana abierta.

Heat rechazó la idea de bajar al coche, que estaba aparcado al otro lado de la calle Doce, pero, recordando lo que le había dicho el detective Rhymer, cerró la puerta silenciosamente y colocó una mano sobre la funda de su pistola mientras avanzaba despacio. Nikki llegó al final de la alfombra, donde la entrada de su apartamento se juntaba con la esquina del pasillo que giraba hacia la cocina, y vio una servilleta blanca de papel en el suelo. Se asomó por el borde y vio otra servilleta a medio metro. El silbido de un portero que llamaba a un taxi llegó desde el otro lado de la plaza, desde el hotel Gramercy Park, y una capa de la servilleta que estaba más lejos se levantó con una brisa como si la saludara y, después, volvió a su lugar. La calidez de un recuerdo afectuoso la envolvió y apartó la mano de su pistola. Después, Nikki volvió la esquina y sonrió.

Una fila de servilletas de papel cruzaba el suelo como si fuesen piedras de papel desde el pasillo, atravesando la sala de estar hasta la ventana abierta. Cuando asomó la cabeza para mirar hacia arriba, la salida de incendios estaba iluminada por unas velas en dirección a la azotea. Nikki pensó que ese día todavía podía darse la vuelta. Y empezó a subir.

Rook la agarró de la mano cuando llegó al último escalón y la sostuvo de un modo elegante que comenzó como un juego pero que se volvió real cuando ella entró en la azotea.

—Parece que no te ha costado encontrarme. Como en la resolución de un caso, siempre hay que seguir el rastro de los papeles, ¿eh?

—Creo recordar que ya utilizaste este método en otra ocasión.

—Mantén en tu mente ese pensamiento —dijo él—. Va a ser la temática de la velada.

—Es jueves. ¿Desde cuándo tienen los jueves una temática?

—Tú eres la detective extravagante. Averígualo. —Se echó a un lado para que ella pudiera ver la cena al aire libre que había preparado para los dos. Había colocado dos sillas y una mesa cubierta con un mantel blanco de lino que reflejaba unas velas danzarinas en el centro de la azotea. A un lado se encontraba una mesa plegable con más velas preparada con platos, cubiertos y utensilios de la barra de un bar.

—No sé bien. —Trató de adivinar—: ¿Cena romántica al aire libre?

—Enhorabuena. —La cogió entre sus brazos y le alisó el pelo—. Tú ganas. Eres la peor detective del mundo. La temática de esta noche es «Ojos de principiante». —Mientras la acercaba a la mesa, añadió—: Esta noche regresamos a nuestros comienzos, Nikki Heat. ¿Recuerdas nuestra primera vez? Claro que sí, estuve magnífico, un semental. Me estoy desviando del tema. —Señaló la barra, que solamente contaba con una botella de tequila, un vaso de chupito, trozos de lima y un salero—. ¿Nuestra primera bebida de «aquella noche»?

—Dios mío, sí. Tomamos margaritas.

—Chupitos de margarita, para ser exactos. La ola de calor provocó un corte de electricidad y nos sentamos a la luz de las velas, como ahora, y estuvimos bebiendo a

la antigua usanza.

—Yo estaba muy necesitada —dijo ella con una carcajada.

—Y de alcohol también —añadió él con un movimiento de cejas—. ¿Y qué velada de los comienzos estaría completa sin la primera comida que tomamos aquí, en esta misma azotea? Básicamente por eso es por lo que quería hacer esto aquí.

Nikki apoyó una mano en cada tapadera de acero inoxidable y adivinó:

—Quesadillas y salmón ahumado. —Levantó las tapas y volvió a reírse al ver que había acertado—. Rook, qué idea tan estupenda.

—Ah, pues tengo un montón infinito de ellas. Aquí va una.

La atrajo hacia sí para besarla. Pero Nikki empezó a tener ideas propias y se lanzó hacia delante para buscar su boca con un ansia que pilló a Rook por sorpresa. No pareció importarle y se abrazaron en medio de la noche sin hacer caso de la comida, la bebida ni las velas, explorándose el uno al otro. Se besaron con la pasión que aún los atraía al cabo de los años... y algo más.

—La boca de la señora Principiante —dijo él con una sonrisa cuando por fin se separaron, lo que la hizo reír aún más.

Aquello era lo que ella echaba de menos; aquello era lo que necesitaba. Se quedó mirándole a la cara. Sí, esa cara tan atractiva, como a él le gustaba dejar claro. Y pensó en el arte de su risa. La risa de Rook había sido para ella su mejor regalo, lo que la había mantenido cuerda haciendo desaparecer la seriedad y animándola cuando más lo necesitaba. Que era la mayor parte del tiempo.

Rook le apartó la silla para que se sentara. Mientras él se encargaba de preparar los chupitos de margarita, ella miraba la forma cuadrada del tamaño de un joyero en el bolsillo lateral de su chaqueta y la agitación que no se había permitido a sí misma sentir durante días la estremeció. Rook se sentó a su lado, la agarró de la mano y con una muestra de intimidad y naturalidad le lamió la piel entre los dedos pulgar e índice antes de ponerle sal. Le sirvió un chupito de Patron, que ella levantó hacia él. A continuación, Nikki lamió la sal, se bebió el tequila y mordió la rodaja de lima que él le acercó.

—Te toca —dijo ella mientras lo preparaba de la misma forma. Le lamió, le echó la sal, le sirvió el chupito y, después, bromeó con la lima antes de colocarla en su boca mientras él chupaba su jugo.

—¿Vas a contarme qué narices ha pasado con Gilbert o me vas a hacer sufrir? —le preguntó él tras la segunda ronda.

—No tenía pensado mezclar el trabajo con todo esto.

—Tonterías. Lo llevamos en el ADN, Nik. Cuenta, para que así podamos pasar a asuntos más placenteros.

—Vale, de acuerdo. Pero voy a tomarme otro de estos. —Mientras él la complacía con otro chupito para los dos, Heat le contó todo. Sin duda alguna, el tequila reposado tuvo algo que ver con la tranquilidad que sintió al compartir sus preocupaciones. De todos los asuntos, él pareció interesarse más por la Ruger

desaparecida del despacho de Gilbert.

—Eso es lo más raro de todo —dijo él—. Junto con el hecho de que su abogado se ofreciera a colaborar para que la encontraras... Si sabía que el calibre 38 no estaba en aquel cajón, ¿por qué?

—Para simular inocencia. Despierta, Rook, ya sabes cómo es esto. —El interés de él aumentó cuando ella le contó lo de Conscience Point y Nikki hizo una pausa para que las piezas de sus engranajes conspiratorios se ensamblaran sin interrupciones. ¿Quién sabe? Quizá él saldría del lado oscuro y, al final, dedicaría todos sus esfuerzos a ayudarla en su caso. Nikki pensó en animarlo—. Ahora existe un vínculo oficial entre esos tipos que vinieron a por mí anoche y Jeanne Capois.

—¿Hay coincidencia de ADN?

—Eso lo están analizando todavía. —Le contó lo de la tarjeta con la dirección de la casa asaltada. Al ver el impacto que eso provocaba en él, le habló de la información detallada que habían reunido sobre ella. Cuando él empezó a mirar hacia atrás, ella le preguntó—: ¿Te molesta esto?

—Claro que no. ¿Un escuadrón de un equipo oculto de operaciones tácticas, operaciones clandestinas?, ¿unos comandos corruptos acechándonos? Es lo que más me gusta. Siempre que no practiquen la tortura por asfixia bajo el agua. Mis orificios nasales son muy pequeños.

—No te preocupes, hay un coche de vigilancia en la puerta.

—¿Y si hubiera un francotirador?

—Vamos, Rook, ¿quién va por ahí preocupándose de si hay francotiradores? —Él miró los tejados más altos de todos modos. Ella continuó—: No voy a salir corriendo asustada ni voy a dejar de investigar cómo ha hecho esto Gilbert.

—Siempre te han encantado las grandes dificultades.

—Que algo sea difícil no significa que sea imposible.

—Cierto —contestó él—. Por ejemplo, ¿sabías que un autor francés publicó una novela entera de doscientas treinta y tres páginas sin utilizar ningún verbo?

—¿Eso te lo has sacado del tapón de un refresco Snapple?

—Sí. En cada tapón viene un dato. ¿Más tequila?

—Quizá deberíamos ir más despacio —dijo ella—. Hablando de cosas difíciles pero no imposibles, ¿has dejado de publicar blogs y artículos que me hagan la vida más desagradable?

—¿Estás diciendo que soy difícil?

—Pero no imposible. —Se echó hacia delante para besarle de nuevo—. Vale, uno más.

—¿Beso o chupito?

—Sorpréndeme. —Rook la besó y, después, le sirvió un vaso. Antes de que ella se la bebiera, sonó su teléfono móvil—. Ochoa. Será mejor que...

Él se mostró de acuerdo y apartó el chupito para que ella respondiera.

—Perdona por llamarte tan tarde —dijo Ochoa.



—¿Bromeas? Vosotros podéis llamarme a cualquier hora. —Trataba de parecer alegre y, sí, conciliadora, pero no obtuvo respuesta—. ¿Dónde está tu compañero?

—Estoy aquí también —dijo Raley.

—Hola, Sean. Bien. Tengo a los Roach al completo. —Nikki notó que se estaba comportando de forma un poco forzada. Ya fuera por el tequila o por su deseo de reavivar la camaradería perdida, decidió recuperar un tono profesional—. Os pongo el manos libres, porque estoy con Rook. —Pulsó el botón—. ¿Qué pasa?

—Acabo de terminar de hablar por teléfono con el inspector de la Agencia de Investigaciones Criminales del estado que se ocupa de la orden de busca de Earl Sliney. —En un acto reflejo, Heat hizo ademán de coger su cuaderno, lo mismo que los exfumadores buscan un paquete imaginario, pero se lo había dejado abajo. Rook sacó el suyo y se lo pasó con un bolígrafo—. Sliney ha desaparecido, pero han tenido suerte, porque, al parecer, se ha ido con el otro tipo del vídeo de la cámara de Queensboro Plaza.

—¿Mayshon Franklin?

—Exacto. En fin, Mayshon metió la pata hace dos días porque robó unas cervezas en una tienda al norte del Hudson, en Rhinebeck.

—Tenemos la foto que le tomó la cámara de la caja registradora —añadió Raley—. Y han sacado sus huellas del cristal del armario de las cervezas.

Ochoa continuó con el informe:

—Según la base de datos, es un socio conocido de Sliney, quien tiene un hermano que vive por la zona, una ciudad pequeña llamada Pine Plans, en Dutchess County. La policía estatal y la del condado han ido de redada a la casa del hermano. No han echado el guante a esa escoria en seis horas.

—¿Ha dicho el hermano de Sliney adónde han ido? —preguntó Nikki.

—No. O no lo sabe o nos está engañando. Pero no es por eso por lo que llamamos.

—Es por lo que nos han dicho del hermano —apuntó Raley con cierto aplomo.

—¿Sí...?

—El hermano de Earl Sliney trabaja en una granja de allí —le explicó Ochoa—. Se dedica a pilotar el avión fumigador. —Tras una pausa muy breve, continuó—: Así que lo que te estamos diciendo es que el hermano de Earl Sliney tenía acceso a un avión.

Aunque el tequila la hacía ir un paso por detrás, Heat entendió enseguida lo que los Roach le decían: Fabian Beauvais estuvo en el robo del cajero automático con Franklin y Sliney; Sliney ya era conocido y lo buscaban por asesinato; una cámara de seguridad grabó a Sliney disparando tres tiros a Beauvais, que huía de él; Beauvais tenía una herida de bala; el hermano de Sliney tenía un avión; Beauvais cayó del cielo.

Una zarpa familiar se agarró al vientre de Nikki. No le gustaba nada adónde estaba llevando aquello. No le gustaban las nuevas probabilidades tan claras y

luminosas que apuntaban a Earl Sliney como asesino frente a Keith Gilbert.

—Da que pensar —dijo ella y se dio cuenta de a qué había sonado cuando oyó un suspiro de los Roach a través del teléfono—. No estoy diciendo que no sea factible. Solo que...

—... Es importante —dijo Ochoa interrumpiéndola con brusquedad.

Heat movió la cabeza de arriba abajo.

—Estoy de acuerdo. Así que lo que tenemos que hacer es colocar esto con el resto de las piezas y ver lo que sale.

—¿Qué necesitas que salga? —La pregunta de Raley era tan válida como el tono en que la planteó.

—Mirad, no estoy descartando esa teoría, chicos. Lo sabéis, ¿verdad?

Tras un intervalo por un zumbido de la calle que venía desde el lado de ellos, Ochoa respondió:

—Entonces, ¿qué hacemos? —Su voz reflejaba la consternación apagada de los dos compañeros.

Como ella tenía que estar abierta a la posibilidad de que pudieran haber dado con algo y como quería volver a conectar con aquella pareja que tanto le gustaba y a la que tanto admiraba, les dijo:

—Esto es lo que vamos a hacer. Poned vuestros despertadores para mañana temprano y llegad a Pine Plains al amanecer. Id a esa granja y coged al hermano de Sliney, al estilo de los Roach. Comprobad dónde estuvo la mañana de la caída sobre el planetario. Que os cuente su coartada y comprobadla. Id a ver el avión: en qué condiciones se encuentra, cuántos asientos tiene. Mirad si hay registros o planes de vuelo. No conozco la normativa de la aviación rural, pero quizá tengáis suerte. Lo que os estoy diciendo, chicos, es que os pongáis con ello. Seguid esta pista, ¿de acuerdo?

Ligeramente apaciguados, dijeron que eso era todo lo que querían escuchar y le desearon buenas noches.

—Y bien... —dijo Rook después de que Nikki dejara el teléfono sobre la mesa—. Me parece que siguen enfadados desde que esta mañana les diste esa bofetada en la acera de Chelsea. —Notó la reacción de ella y reuló antes de darle un bocado a la rodaja de lima—. Quizá deba explicarme. Es cierto que hoy he hablado con los detectives Raley y Ochoa sobre otro asunto y me han contado lo de ese incidente. Pero de una forma completamente informal. La conclusión de que tu interacción con ellos ha sido una bofetada es del todo mía.

Nikki dejó a un lado el tema de que hubiesen hablado de ella y fue directa al grano:

—¿De qué otro asunto has estado hablando con mis detectives?

—Verás, yo no debería tomar tequila y hablar de asesinatos. No es una buena combinación.

—No trates de escabullirte con tus bromas, Rook. Cuéntame.

Él se cruzó de brazos y apoyó la espalda en la silla para pensárselo.

—De acuerdo. No iba a hablar de esto hasta mañana porque no quería echar más leña al fuego en este caso tuyo, pero me he enterado de que Keith Gilbert presentó el mes pasado una orden de alejamiento contra..., adivina..., Alicia Delamater.

—¿Eso te lo ha contado una fuente de fiar?

—Sí, pero yo siempre verifico mis informaciones. De ahí que llamara a los Roach. Y es verdad. Así que puede que las cosas no hayan ido tan bien en Beckett's Neck. No como decía ese engreído escritorzuelo de novelas de misterio que tienen de vecino.

—Estás cabreado porque dijo que debías limitarte a publicar en revistas.

—Yo no creo que sea innoble considerar como molesto su comentario.

Nikki no lo oyó. Se dejó caer en la silla y levantó la cara hacia el cielo mientras comenzaba un monólogo interno.

—Heat, sé que no es una buena noticia. Lanza por los aires la teoría de la amante, y esto lo digo sin intención de faltar al respeto al fallecido señor Beauvais. —Se echó hacia delante y le puso una mano en la rodilla—. Oye. —Ella bajó el mentón y se quedó mirándolo—. ¿Y si dejamos todo esto aparcado hasta mañana y disfrutamos del resto de la noche?

Nikki sintió un escalofrío y deseó haberse subido un jersey. O quizá no haber subido nunca.

—¿Te refieres a hablar más de cómo nos ha ido el día?

—¿Quieres comer algo? —Levantó la mano con un tenedor—. El salmón ahumado es de Citarella.

—Quizá deberíamos hablar de cómo el caso se va desenredando ante mis ojos. —Él dejó el tenedor y le dedicó toda su atención—. O de cómo mi brigada susurra y me mira de reojo cuando paseo por la sala. O de la picadora de carne en la que me estoy metiendo con la central de la policía.

—Lo superarán. Zach Hamner no tiene sentimientos. Ni siquiera es humano. Probablemente deje colgado su disfraz de piel humana sobre la barra de la ducha por la noche. —Al ver que ella no sonreía, preguntó—: ¿Te preocupa que ponga fin a tu ascenso al comando especial?

Ahí estaba de nuevo. El asunto del que evitaban hablar había aparecido en su azotea de Gramercy Park. En voz baja, le contó lo que pensaba:

—Creo que ya me puedo despedir de mi posibilidad de entrar en el comando especial.

Él se encogió de hombros.

—No hay mal que por bien no venga.

Un fusible se conectó en la parte posterior del cráneo de Heat.

—Rook, ¿me estás diciendo que desperdiciar un ascenso es algo bueno? ¿O que es bueno para ti?

—No. Para nosotros. Oye, no digo que lo desee. —Levantó las cejas mientras

pensaba—. Aunque...

—¿Qué?

—Ese trabajo implicaría unos retos enormes en nuestra vida. Pero todo se puede hablar, ¿no? —En un intento de quitarle importancia, le sirvió otro chupito—. Creo que este es el último.

Nikki no quería beber más. La adrenalina y la bilis la habían devuelto repentinamente a la sobriedad.

—A mí no me parece que esto se trate de ningún reto en nuestra forma de vida. Ya no.

—Sé lo que vas a decir. Que lo que es justo es justo y que yo también viajo.

—A la mierda la logística.

—Eh..., ¿no era eso lo que ibas a decir?

Heat dio un golpe en la mesa con la palma de la mano.

—¿Quieres dejarlo ya? ¿Quieres dejar de ser encantador por una vez y enfrentarte a mí? —Él le puso el tapón a la botella—. Dime cómo es posible que todo se pueda hablar. Nunca lo hablamos. Ya te has encargado de ello.

Ahí estaba. Lo había sacado. Nikki se lo había guardado durante días. Lo había negado. Lo había evitado. Se lo había comido. Por fin había dado voz a la bestia y ya no podía controlarla.

—Eso vas a tener que explicármelo.

—Rook, por favor... Desde el momento en que te enteraste de que me habían ofrecido entrar en el comando especial empezaste a criticar mis pruebas.

—No es verdad.

—¿Y cómo lo llamarías tú?

—Periodismo de investigación. Más o menos es a lo que me dedico.

—¿Sabes cómo lo llamo yo? Sabotear mi caso. Bien porque te ha enfadado que no te contara lo del ascenso...

—Eso es ridículo...

—O porque así evitabas que me lo dieran. O las dos cosas.

—Nikki, sabes que yo no soy así.

—¿Y qué otra cosa puedo pensar? Es así como empezó. No solo me llevaste la contraria. Eso lo puedo soportar. Fuiste más allá. Te volviste destructivo.

—¿Al contemplar otras posibilidades en el caso?

—Al desautorizarme. Primero te haces amigo del ayudante de Gilbert; luego, me quitas mis limitados recursos, a Raley, a Ochoa e incluso a Rhymer, para que hagan de ayudantes en una investigación personal. Algo que les hizo dudar a ellos. Y ahora, mira. Ya has oído a los Roach. Están yendo en la dirección contraria por ti. —Nikki estaba fuera de control. Sabía que debía contar hasta tres y marcharse, pero aquel fusible chisporroteaba y ardía en dirección al barril de pólvora—. Ni siquiera esta noche puedes parar. Tenías que seguir machacándome con la orden de alejamiento contra su amante.

—Te estoy contando lo que he descubierto. Estoy colaborando.

—¿Qué has dicho antes? ¿Que no querías echar más leña al fuego en este caso mío?

—Estoy compartiendo contigo las pruebas. Pruebas que tú has decidido ignorar. Como el avión del que han hablado los Roach.

—¿Esperas que crea que una avioneta fumigadora ha entrado volando en Manhattan y ha tirado a Beauvais sobre el Upper West Side sin que haya aparecido en ningún radar?

—Los radares no son perfectos —respondió Rook.

—Pues yo quiero creer en los radares perfectos.

—Solo por argumentar..., descartemos al hermano de Sliney y su avioneta. ¿Cómo se las ha arreglado entonces Keith Gilbert para tirar al haitiano desde el cielo sin ser detectado?

La bestia de Nikki se alimentaba de rabia; la de Rook, de sarcasmo.

—Ah, ya sé. Gilbert sale a navegar con sir Richard Branson. Quizá le haya pedido a Richie que suba a Fabian Beauvais hasta la línea de Kármán en su nave espacial Virgin Galactic y lo haya lanzado desde debajo de un ala.

La mano de Heat encontró el vaso de chupito delante de ella y le tiró el tequila a la cara.

—Vete.

El licor goteaba de la nariz y el mentón de Rook sobre su camisa. No hizo ningún ademán para limpiarse. Rook se quedó mirándola, en silencio, sorprendido, herido. Nikki empezaba a sentir ya que la marea de la vergüenza iba subiendo, pero su rabia seguía siendo más fuerte. Antes de que la balanza pudiera cambiar, repitió sus palabras en voz más baja pero aún firme:

—Vete.

Con actitud aún estoica, Rook se puso de pie. Vaciló, quizá preguntándose si debía decir algo que sirviera como reconciliación y justificación. Mientras esperaba, Heat vio el contorno que formaba la cajita cuadrada en el bolsillo de su chaqueta. La oleada de rabia se mezcló entonces con la estela de la vergüenza. Aquel remolino provocó una especie de resaca que arrastraba a Nikki hacia abajo. Incapaz de hacer nada más que hundirse, vio cómo Rook se daba la vuelta y se iba. El impulso de llamarlo iba y venía, pero la sensación de convertirse en palabras no se materializó.

Nikki había ido demasiado lejos.

Lo que fuera que debía haber sido aquella velada, ya no llegaría a serlo. No podía serlo. Aquel fue su oscuro pensamiento mientras lo veía bajar por la salida de incendios y desaparecer peldaño a peldaño de aquella situación y, quizá, pensó ella, también de su vida.

Heat llegó temprano y paseaba de un lado a otro por el vestíbulo. A las siete de la mañana, la mayoría de las consultas de aquel edificio de oficinas y centros médicos aún no habían abierto y cuando el timbre del ascensor que estaba al otro lado del vestíbulo por fin sonó, rompió el silencio vacío como la campana en un *ring* de boxeo. Lon King, el doctorado en Psicología que había ofrecido sus servicios a través del programa de terapias del Departamento de Policía de Nueva York, no atendía normalmente en su consulta hasta las nueve y Nikki le agradeció que hubiese aceptado reunirse con ella. Tras abrir la consulta, le pidió que se sentara en la sala de espera y desapareció tras la puerta cerrada para prepararse, como si pudiese perderse algo de magia si presenciaba cómo encendía las luces, colgaba la chaqueta y levantaba las persianas.

—Ha pasado algún tiempo —dijo el loquero cuando ella tomó asiento en el sofá y él se acomodaba en su silla al otro lado de la mesa baja.

—Casi dos años, creo. —Heat escuchaba los sonidos amortiguados de York Avenue elevándose por las doce plantas mientras pensaba por dónde empezar. Nunca se sentía cómoda allí. No era por él. Le gustaba bastante el doctor King. Era la idea de la terapia. Al principio, había acudido a él en contra de su voluntad cuando el capitán Irons utilizó la baja por depresión como herramienta para expulsarla temporalmente sin necesidad del molesto papeleo.

Pese a que había resultado doloroso, a Nikki le fue útil y había vuelto unas cuantas veces cuando sentía que la brújula le daba demasiadas vueltas y necesitaba alguna orientación. O consuelo. Como era habitual, él se sentaba en actitud pasiva y esperaba. Nikki pronunció la primera frase que se había preparado en el trayecto en taxi hacia el norte de la ciudad:

—Me estoy enfrentando a ciertos desafíos.

—Eso imagino. Si ustedes, los policías, piden una consulta en medio de su enorme cantidad de casos y de los preparativos para el huracán, es que debe tratarse de un desafío importante.

—Por eso esperaba poder verle temprano.

—Para poder hacer un hueco —dijo él con una sonrisa—. Nikki, usted es consciente de que no puedo solucionar su vida en cincuenta y cinco minutos.

—Concédame sesenta. Soy un caso rápido.

—¿Por qué no empieza por contarme qué es lo que ha motivado esta sesión?

Volvió a inquietarla la sensación de vergüenza. La vergüenza que la había estado acechando y la había tenido dando vueltas en la cama hasta que la envolvió y encontró su camino hacia el interior se movía como una serpiente cuyas escamas se clavaban en su alma herida.

—Anoche le tiré a mi novio una copa a la cara.

King reaccionó con el silencio. Como persona que sabía escuchar, el semblante

del loquero encajaba con la atmósfera de su despacho: luz mantecosa y tonos y texturas apacibles. Una neutralidad diseñada para evocar. Personalmente, ocupaba un lugar en la escala entre taciturno y meditabundo. Pero conocía a Nikki y, por tanto, sabía de la importancia de aquello.

—Eso es muy significativo. Otras veces ha hablado aquí de lo mucho que valora el autocontrol.

—Lo perdí. —Había estado mirando la caja de pañuelos y cogió uno.

—Vamos a tratar de comprender por qué.

—¿Por dónde empiezo?

—Creo que ya sabe por dónde.

Y lo sabía. Al menos, creía que lo sabía. Así que por ahí fue por donde empezó, con el hallazgo del recibo del anillo de compromiso y su candidatura para el comando especial internacional.

—Supongo que le oculté lo del ascenso porque creía que me iba a proponer matrimonio y sabía que mis viajes supondrían un problema.

—No se lo contó a Rook.

—Creía que no podía.

—Pero tampoco rechazó el ascenso.

Al ver que él reflexionaba sobre aquello, Nikki empezó a sentir que había cometido un error yendo a la consulta. No le importaba que el camino fuera molesto y que la mejor salida fuera siempre pasar por aquello y blablablá. Quería alivio, no más agonía.

—Deje que le cuente qué más cosas hay alrededor de esto —dijo ella notando la desesperación de su propia buena disposición, pero sintiendo también la necesidad de que la comprendiera.

Heat le habló del caso. No de todos los detalles, por supuesto, pero el psicólogo hizo un gesto de estar al tanto cuando ella mencionó a Keith Gilbert. Le dijo que lo fundamental era que Rook parecía estar de su lado, como el compañero que siempre había sido, justo hasta el momento en que el capitán Irons soltó lo del comando especial.

—Eso supuso un punto de inflexión. A partir de ese momento, fue como si se hubiese convertido en un adversario. No solo refutando las pruebas que yo recopilaba, sino explorando de forma activa pistas opuestas para su artículo.

—¿Él tenía un encargo?

—Sí.

—¿Sobre el caso en el que usted está trabajando? —Ella asintió y él continuó preguntando—: ¿No son trabajos distintos para los dos? ¿Salvo por los perfiles que él había hecho?

—Sí, pero esto va más allá de su celo periodístico. No solo parecía estar yendo en mi contra, sino que planteó dudas entre mis hombres y, como consecuencia, ahora tengo problemas con algunos de mis detectives.

Él le pidió que le describiera esos problemas, lo que la llevó a contarle sus conflictos con Raley y Ochoa.

—La conclusión de todo esto es que ahora me han cancelado el arresto. Nunca se me había cuestionado de esta forma.

—Aquí vienen muchos policías muy buenos que me hablan de primeras experiencias. Los reverses ocupan el número uno de la lista.

—Se han equivocado.

—Noto cierta actitud defensiva. Nunca se la había visto antes. ¿Le preocupa de alguna manera que usted pudiera estar equivocada?

—No.

—Muy bien. ¿Y existe la posibilidad de que se haya saltado algo por el camino?

Ella iba a decir que no, pero se contuvo.

—Pues... Vale, si le digo la verdad, admito que quizá he forzado la situación. —Él la miraba con paciencia mientras dejaba que ella por sí misma llegara a la conclusión—. No he tomado atajos. Nunca lo hago. Pero en algunas ocasiones quizá he cometido algún error de apreciación o he forzado las cosas para que fueran adonde yo quería en lugar de esperar a que lo hicieran solas o a que se cerraran todos los círculos.

—¿Y a qué cree que se debe eso?

Tras un momento eterno de siseo del aire acondicionado, contestó:

—Puede que esto me afecte en algún aspecto personal.

—¿En cuál?

—No sé. El caso. No puedo explicarlo, es una sensación.

—De las sensaciones es de lo que nos encargamos aquí, Nikki —dijo con una sonrisa alentadora.

—He metido varios dedos en la llaga.

—¿Con Rook?

—Desde luego.

—¿Con quién más?

—No sé. —Nikki se deslizó hacia delante apoyando la espalda mientras trataba de acomodarse en el sofá—. Últimamente, me he sentido como un muñeco de simulación de estrés. Allá donde mire hay algo que me fastidia. Rook, la central de la policía, mi propia brigada... Yo solo quería dirigir este caso.

—¿A su modo?

Lo que eso implicaba quedó flotando entre los dos.

—Yo siempre he colaborado, doctor King. Y he mantenido la mente abierta a las investigaciones y a las ideas nuevas.

—Siempre lo ha hecho. ¿Y ahora?

Ella no contestó. Por su mirada, el doctor supo que los dos sabían la respuesta.

—Un par de observaciones. —Dejó su cuaderno en la mesa auxiliar y cruzó las piernas indicando una nueva actitud—. Uno de los problemas que hemos tratado en



sesiones anteriores es el asesinato de su madre.

—Bueno, eso quedó resuelto hace dos años.

—Con cerrar un caso no se soluciona todo lo que ocurre en el interior de su mente. De hecho, puede ser parte del problema. —Volvió a coger su cuaderno para echar un vistazo—. Cuando revisé mis notas anoche, después de que usted llamara, recordé que una vez, antes de que resolviera ese asesinato, le pregunté cómo sería su vida sin la sensación que le proporcionaba tener como objetivo buscar al asesino de su madre. ¿Le ha costado adaptarse después de aquello?

—La verdad es que no lo he pensado.

—Hágalo. Inténtelo. Esa sensación de tener una misión era una forma muy práctica de canalizar. No es raro que la rabia sea sustituida por un objetivo. Y cuando ese objetivo desaparece, ¿qué es lo que regresa? La rabia de las víctimas de episodios traumáticos no se alivia con factores externos como el hecho de cerrar un caso. Se pospone. Como cuando se aprieta un globo y la presión se desplaza hacia otro lado. ¿Es este caso diferente a los demás? Puede que aún esté tratando de solucionarlo.

—Yo no voy por ahí sintiendo rabia.

—Le ha lanzado una copa a la cara a Rook. —La serpiente volvió a moverse bajo su piel y ella bajó la mirada—. Pero no se sienta juzgada. El lado positivo es que resulta agradable ver que una persona tan controlada como usted también es espontánea. Además, la rabia es una cualidad humana. Vive en el interior de todos nosotros. Estoy seguro de que nos ha ayudado a sobrevivir desde los tiempos de la Prehistoria hasta ahora. Pero ya no vivimos en las cavernas. En la vida cotidiana y civilizada, la rabia puede resultar tóxica. Y un desperdicio de un buen *whisky* escocés.

—Tequila.

Él se permitió una especie de risa y su mirada se dirigió al reloj de pared que ella sabía que quedaba por encima de su hombro.

—Antes de que nos quedemos sin tiempo, quiero hablar de usted y de Rook. —Al oír su nombre, Nikki sintió que la piel se le erizaba, como si fuese el comienzo de un salpullido—. ¿Ha dicho que anoche iba a proponerle matrimonio?

—Eso creía. Encontré aquel recibo y él mostró todos los signos y organizó una velada muy romántica para los dos. Incluso creo que vi la caja en su bolsillo.

—¿Cómo se siente al respecto? Ante la posibilidad de casarse con él.

—Espere, ¿me está diciendo que he montado una escena para estropearle la proposición de matrimonio?

—¿Quién sabe? El subconsciente es un cabroncete travieso. Pero me interesan más sus sentimientos en cuanto a esta relación.

Nikki había acudido allí en busca de alivio y ahora se encontraba sumergiéndose en una angustia aún mayor.

—Sé que esto es difícil, pero usted ha venido aquí por su incidente con Rook —dijo él como si le estuviese leyendo el pensamiento—. Hablemos de él. —Heat se preparó y asintió. Él consultó sus notas otra vez—. Llevan juntos... ¿Cuánto? ¿Tres

años? En general, ¿la relación ha resultado buena para usted?

—Sí, por supuesto.

—Y puedo imaginarme el desafío que ha supuesto tratándose de dos triunfadores obstinados que comparten tanto carrera como relación amorosa. De hecho, cuando él aceptó como tema de investigación el reciente caso de asesinato que usted lleva, puede decirse que la puso en una situación conflictiva, ¿no?

—De eso me doy cuenta ahora. Cuando lo mencionó, supuse que simplemente me acompañaría.

—¿Y que escribiría sobre los hallazgos que usted hiciera como si fuese al dictado? —Dejó que ella asimilara sus palabras—. Podría servir de ayuda que usted reconociera que está viviendo la quintaesencia de las relaciones modernas, Nikki Heat. Las exigencias de la pasión y de la profesión constituyen una mezcla volátil. Esta discusión sobre su caso puede que solo sea la punta del iceberg. Sobre todo, cuando usted tiene necesidades y ambiciones que entran en conflicto con las de él.

—¿El comando especial?

—Tiene muchas cosas en las que pensar. Pero hágalo. Debe hacerlo. Y busque una determinación. ¿Cree que va a hablar con él sobre esto?

—Si es que todavía quiere hablarme.

—Hágase un favor antes de hablar. Pregúntese esto: en vista de lo que usted acaba de pasar, ¿puede ver un futuro a largo plazo con Rook cuando las exigencias vayan a ir a más? —Se puso de pie y añadió—: Por si se lo está preguntando, yo no puedo responderle a eso. Solo le planteo preguntas.

«Siempre volvemos a los riesgos», pensó ella.

Wally Irons atrapó a Heat cuando esta pasaba por su puerta al llegar.

—¿Dónde están sus dos hombres, Starsky y Hutch?

—Suponiendo que se refiera a los detectives Raley y Ochoa, ahora mismo deben estar yendo a Dutchess County para seguir una pista.

—Ah. —Levantó un informe y sacó el labio inferior como si se tratase de un puchero inconsciente—. Iba a anunciar esto ante su brigada, pero como veo que no están todos para pasar lista, tome. Dígaselo usted. —Le pasó la hoja de papel—. Quedan cancelados todos los permisos y vacaciones en vista del huracán que se acerca.

—Adiós a mi fin de semana en Hawai.

—Nada de permisos, ni siquiera el fin de semana —insistió, evidenciando su falta de ironía. Mientras ella entraba en la sala, él le gritó—: Heat, ¡se acabó lo de dejar que el personal salga de la ciudad y se largue por ahí un viernes sin mi permiso!

No fue su tono brusco lo que la hizo estallar. Ni el hecho de que le gritara de esa forma en la sala de su brigada. Sino que aquello fuera un ejemplo más del jefe que lo dirige todo sin levantarse de su sillón. Nikki se acercó y lo miró a la cara.

—Creo que será mejor que dejemos algo claro, capitán. —Él la observó con los ojos abiertos de par en par ante el inesperado enfrentamiento. Detrás de ella, Rhymer y Feller giraron sus sillas para mirar—. Sean Raley y Miguel Ochoa son dos investigadores experimentados que anoche estuvieron trabajando hasta muy tarde y que tomaron la iniciativa de llamarme para pedirme permiso para ir a investigar lo que consideran que es una pista prometedora en el norte del estado. Voy a respaldar a estos detectives por su tenacidad y por estar siempre alerta. También voy a respetar su petición de solicitarle a usted el visto bueno. Pero no voy a permitir que describa el trabajo de estos hombres como «largarse por ahí un viernes».

Lo dejó allí plantado y se dirigió a su mesa mientras leía el informe con la actualización del nivel de emergencia.

Decía que el Sandy había atravesado las Bahamas y había desviado su trayectoria hacia el nornoroeste. Aunque había disminuido hasta la Categoría Uno, desde una velocidad que le dejaba a un kilómetro y medio por hora escaso de la Categoría Tres, el huracán seguía siendo fuerte y peligroso, con vientos de ciento treinta kilómetros por hora. En el litoral oriental, Carolina del Norte, Maryland, Washington D. C., Pensilvania y Nueva York ya habían declarado el estado de emergencia y se esperaba que Nueva Jersey y Connecticut hicieran lo mismo. Ante la previsión de su posible llegada entre el lunes y el martes, el alcalde había inaugurado oficialmente el comité de crisis de la Oficina de Gestión de Emergencias de la ciudad de Nueva York. No solamente se habían cancelado los permisos y las vacaciones, sino que se esperaba que todos los policías, bomberos y sanitarios estuviesen preparados para desplegarse en el momento en que se les ordenara ocuparse de la seguridad y el orden público.

Heat les enseñó el informe a Feller y a Rhymer, que ya habían vuelto al trabajo y hablaban por teléfono removiendo cielo y tierra en busca de cualquier dato que reanimara el caso de los asesinatos de Beauvais y Capois. No se le ocurrió que quizá sería muy temprano para llamar a Rook, así que salió a la calle Ochenta y Dos en busca de privacidad y marcó su número.

No saltó directamente el buzón de voz, por lo que supo que el teléfono estaba encendido. Y oyó todas las tonos de llamada antes de escuchar el mensaje del buzón, así que, por lo menos, él no había pulsado el botón para rechazar la llamada y rechazarla a ella. Al oír la grabación, a Heat se le secó la boca. Tras la señal, fue concisa y empleó el tono de voz más agradable que pudo poner dado su nivel de estrés.

—Hola, soy yo. Se acerca la tormenta. Se me ha ocurrido llamar a ver cómo estabas. Telefonéame para que podamos hablar, ¿de acuerdo? —Estuvo a punto de colgar, pero antes añadió—: Estoy aquí.

Levantó los ojos al cielo, que tenía una tonalidad azul brillante, con tan solo unas cuantas nubes vaporosas que el sol de la mañana no había hecho desaparecer todavía. No había rastro de ningún remolino ciclónico que se estuviese nutriendo de agua mil quinientos kilómetros al sureste. La tormenta le hizo acordarse del poema de Emily

Dickinson con el que Rook había bromeado en una época más feliz..., en el matadero de pollos. El poema que hablaba de la esperanza como esa cosa con plumas que canta una dulce melodía. Y en su mente, recitó su estrofa favorita:

*Y se oye más dulce en el vendaval;  
y feroz deberá ser la tormenta  
que pueda abatir al pajarillo  
que a tantos ha dado calor.*

Entonces, sonó su teléfono con un mensaje de Rook. Decía que creía que debían concederse un descanso y darse un poco de espacio. Se pondría en contacto con ella. No decía cuándo.

No había ahí ni una sola pluma.

Cuando Raley y Ochoa llamaron por la mañana, iban en dirección sur por las montañas Taconic en el coche de los Roach.

—¿Qué os han dicho en la granja? —preguntó ella.

—Walter Sliney no mucho, eso desde luego.

—Un imbécil integral —sonó por el altavoz la voz de Ochoa, a quien ella pudo imaginarse detrás del volante.

—Pero es comprensible —explicó Raley—. Nos estaba liando para proteger a su hermano.

—El cual es un asesino de ancianas —puntualizó de nuevo Ochoa.

—Entonces, ¿ningún rastro de Earl Sliney ni de Mayshon Franklin?

—Exacto. Pero la policía del estado ha sacado huellas que confirman que el matón número uno y el matón número dos han estado allí, así que, por lo menos, hay una pista que seguir y están en ello a tope —continuó Raley—. Hay buena relación con la Agencia de Investigaciones Criminales, así que si encuentran algo lo sabremos al momento.

Como no lo habían sacado a colación, fue Heat quien lo mencionó:

—Pero lo de ese avión parecía viable.

Raley, que claramente estaba de acuerdo, le dio los detalles:

—Yo no me esperaba de ese biplano más que un saco de tornillos metido en un pajar. El avión está en perfectas condiciones. Es un Piper Pawnee Ag reconvertido para llevar a dos pasajeros, lo cual deja espacio para el piloto y para el cadáver de Beauvais, si el plan era sacarlo volando por el Atlántico y lanzarlo al océano.

—¿Esa es vuestra teoría? —Sensible a la tensión reciente, preguntó sin juzgar, solo buscando información.

—Es una de ellas. Admito que es un poco como lo de la trituradora de madera en *Fargo*, pero encaja con el perfil del coeficiente intelectual que hay por aquí.

—No es solo que haya espacio en el avión, también tiene suficiente alcance de vuelo, unos seiscientos cincuenta kilómetros —intervino Ochoa.

Siguiendo el ritmo de conversación entre los dos compañeros, Raley añadió:

—Y desde esa granja habría sido fácil entrar y salir. No hay ninguna torre de control ni ningún plan de vuelos que solicitar ni ningún registro. Solo cargar y volar.

Heat seguía albergando sus dudas, pero tras su charla con el loquero, continuó deliberadamente con su estilo de mentalidad abierta:

—Entonces, vamos a tener eso en cuenta. Chicos, buen trabajo. Gracias por vuestra iniciativa.

Se quedó en silencio en medio de uno de esos desagradables vacíos suspendidos en el aire esperando la respuesta de ellos.

—Jefa —dijo por fin Ochoa—, nos han llamado Rhymer y Feller. Nos han contado que has dado la cara por nosotros cuando el gordo de Wally te ha preguntado.

—Queremos que sepas que no hay ningún problema. —El detective Raley parecía relajado, como solía mostrarse antes.

—Ninguno en absoluto —dijo Ochoa por encima de él.

Nikki colgó. Deseaba que empezara la cicatrización.

El asunto del correo electrónico de Lauren Parry era: «¡Te lo dije!». Nikki pinchó para abrirlo y leyó el resumen de los resultados del laboratorio tras analizar los residuos bajo las uñas de los dedos de Jeanne Capois y el ADN de Roderick Floyd. El margen de coincidencia era muy alto. Heat contestó a su amiga reprendiéndola: «Una forense no debería utilizar emoticonos sonrientes».

La sonrisa desapareció de su cara cuando se acercó a colgar aquella noticia en el panel de información del asesinato y vio que, más o menos, ya la tenía allí. El correo electrónico de la forense le daba la confirmación, pero no suponía ningún avance. Y lo que era peor, eso no hacía más que recordar a Heat que había una pieza del rompecabezas que aún no encajaba en ninguna parte. El panel de Nikki estaba lleno de trabajadores temporales, huérfanos, calcetines desaparejados, coincidencias, contradicciones y los nombres de los fallecidos, y todo ello demostraba que aquello realmente era algo más que un hombre que hubiese caído del cielo. Pensando que eso parecía más propio de Rook que el mismo Rook, Heat creía que cuando aquel despliegue de piezas disparatadas se juntara por fin, sacaría a la luz algún tipo de conspiración. ¿De qué clase? No estaba segura. Nikki encontró la anotación de «RODERICK FLOYD: ADN DE UÑA», cogió un rotulador, dibujó una marca de verificación al lado y consideró que aquello era un avance. Por ahora.

Cuando volvía de coger un yogur griego de la sala de personal, Nikki oyó que su

iPhone estaba sonando sobre la mesa y se lanzó sobre él temerosa de no contestar a una llamada de Rook. Pero al ver el prefijo 631 supo que era de los Hamptons.

—Detective Heat, soy la detective Aguinaldo. Siento no haber respondido a tu llamada antes, pero creo que me perdonarás cuando te diga el motivo.

—No hay ningún problema, Inez. —Heat dejó su yogur y se hizo espacio para tomar notas—. No quería ser pesada. Solo hacía mi ronda, ya sabes cómo va esto.

—Bueno, aquí, en Southampton Village, va un poco más lento, pero sí. Cuando has telefoneado había vuelto a Conscience Point. Quería llamar a algunas puertas después de haber estado allí ayer, pero no he encontrado a ningún agente libre, así que he ido yo misma esta mañana.

—No hace falta que des explicaciones. Te agradezco el esfuerzo.

—Varios de los vecinos no estaban en casa. Como nos encontramos a un nivel tan bajo y tan cerca de la costa, la gente está haciendo caso a los avisos y se está dirigiendo hacia tierra firme. El *ferry* del Cross Sound acaba de anunciar que va a cancelar el servicio del lunes debido al Sandy y te podrás imaginar el embotellamiento de vehículos esperando para subir a un barco en Orient Point.

Heat pensó en el número de coches que ya había visto marchándose el día anterior y supuso que el éxodo de ahora debía parecerse a la caída de Saigón.

—Pero tengo una noticia interesante para ti. ¿Conoces la bifurcación de la carretera que sale hacia Scallop Pond? Claro que no, pero es muy cerca del puerto deportivo, fíate de mí. Uno de los vecinos de allí me ha dicho que la noche de la que hablamos oyó algo que pensó que serían unos niños lanzando unos M-80; ya sabes, petardos.

—¿Cuántos?

—Dos. Y bastante seguidos. Pum. Y después pum. Le he pedido que me dijera la hora a la que pasó.

—¿Es en la misma franja horaria? —preguntó Nikki tras apuntar lo de los dos estallidos.

—Coincide a la perfección.

—¿Tu testigo es de fiar?

—Totalmente. Un tipo listo. Es el relaciones públicas de uno de los viñedos de North Fork.

—¿Y no lo denunció porque pensó que serían unos petardos?

—Exacto. Aquí hay muchos. Cosas de niños. Salió a la calle para investigar y dice que oyó a dos coches salir a toda velocidad, así que pensó que para qué molestarse si ya se habían ido de todos modos.

Heat se daba golpecitos con el bolígrafo en los labios.

—¿Ha dicho que eran dos coches?

—Volví a preguntarle para que me lo confirmara. Definitivamente, eran dos.

—¿Ha dicho si oyó algo más? ¿Voces? ¿Gritos? ¿Algún chillido?

—Se lo he preguntado. Ha dicho que, de haberlo oído, lo habría denunciado.

—Inez, esto es muy útil.

—Aún no he terminado —dijo la detective de Southampton—. Voy a seguir con esta pista, aunque tenga que ponerme las botas de agua.

Heat pasó los siguientes diez minutos en un estado casi meditativo, sentada en una silla y mirando el panel con la información del asesinato. Ese ejercicio, que siempre realizaba cuando se sentía «muy cerca» pero «muy lejos» de una solución, le ayudaba a alejar el ruido del caso y a dejar que los elementos gráficos que tenía ante sus ojos le hablaran. Bueno, esperaba que lo hicieran. No siempre lo conseguía. De hecho, a veces se burlaban de ella.

—Detective Rhymer —dijo cuando ya había estado suficiente tiempo y se levantó para estirarse.

—¿Qué pasa? —preguntó Opie acercándose a ella desde su mesa.

Heat golpeó con un dedo un espacio en blanco que había en medio del desorden de fotografías y anotaciones.

—Mi pizarra está muy blanca. —Había un nombre sobre el espacio en blanco—. Tú has estado comprobando el paradero de Alicia Delamater, ¿no?

—Sin ningún resultado. Igual que la última vez que te informé. Ningún dato de aduanas ni utilización de sus tarjetas de crédito ni de su teléfono móvil. Nada.

Nikki le hizo una señal para que se acercara a su mesa y él la siguió y esperó mientras ella buscaba entre sus notas. Encontró lo que buscaba, lo copió en un cuaderno y le dio la hoja.

—¿Qué es esto?

—El número de la casa de Alicia Delamater. Llama y deja un mensaje.

—Vale... —contestó vacilante mientras daba la vuelta al papel entre sus dedos índice y pulgar—. ¿Por qué crees que me va a devolver la llamada?

—Porque no eres el detective Rhymer de la policía de Nueva York. Eres el nuevo director de la compañía de mercadotecnia que acaba de conseguir el lanzamiento de la Fiesta Blanca de Puff Daddy en el Surf Lodge de Montauk y quieres entrevistar a Alicia para ofrecerle el trabajo de organizadora del evento.

Rhymer sonrió.

—Siempre he pensado que se me daría bien ser creativo.

—Tengo mucha fe en ti —dijo ella—. Haz que nos sintamos orgullosos.

En cuanto Rhymer se marchó para hacer o, más bien, para ensayar su llamada de teléfono, el detective Feller se acercó a su mesa con un pequeño éxito.

—Acabo de encontrar una coincidencia de tu amigo de Chelsea con el rifle de asalto. Te he reenviado el informe.

Esperó mientras Heat examinaba el informe detallado de la Interpol del hombre al que ella había puesto el apodo de Tipo Duro. Un dato al final del todo la dejó helada. Volvió a leerlo para asegurarse de que lo había entendido y se puso de pie, cogió sus llaves y su teléfono.

—Ven conmigo. Tú y yo vamos a ir a ver a un viejo amigo.

Mientras salía, Heat acarició la pistola que llevaba en la cadera para asegurarse de que estaba allí.

Habían pasado casi tres años desde que Heat había subido en el ascensor rápido que llevaba a los pisos superiores del rascacielos de cristal negro que había junto a la estación Grand Central. Desde Vanderbilt Avenue, era como cualquier otro edificio de oficinas del centro de la ciudad con pequeños comercios a pie de calle y una mezcla de bufetes de abogados y empresas ocupando el edificio hasta las dos plantas más altas. Estas dos plantas pertenecían a una empresa que no aparecía en el panel informativo del vestíbulo. Ese toque clandestino era característico de Lancer Standard, que se clasificaba a sí misma como una empresa de consultoría. Pero eso no era más que otra capa de camuflaje. El principal servicio de consultoría de Lancer Standard era el de operaciones mercenarias.

Durante años, había prosperado, a menudo con bastante controversia, como agencia externa de la CIA en Irak, Afganistán y Pakistán. Con instalaciones de formación secretas —es decir, negadas públicamente— en el remoto desierto de Nevada y quién sabía dónde más, Lancer Standard, Inc. proporcionaba comandos, asesinos, saboteadores y personal de seguridad independientes a dirigentes de Estado y magnates de negocios en los lugares más peligrosos del mundo.

Tras negarse a que les revisaran las armas reglamentarias, la misma situación que Heat había soportado —y de la que había salido airosa— en su primera visita, ella y Randall Feller fueron acompañados desde la recepción por tres caballeros de atractivo letal a través del compartimento hermético y blindado del control de seguridad activado con huella digital y subieron un tramo de escaleras hasta el despacho del director ejecutivo, Lawrence Hays, que estaba en el ático.

Al contrario que en la última visita, Hays dedicó a Heat una sonrisa cuando se estrecharon la mano al entrar en su despacho. A diferencia de la última visita, en esta ocasión Hays no era el principal sospechoso del asesinato de un sacerdote. Circunstancias como esa solían aportar cierta tensión a las reuniones. Dijo a sus guardaespaldas que podían marcharse y pulsó un botón que cerraba la puerta mientras se sentaban en la zona de estar de su enorme despacho.

—Qué curiosa es la naturaleza humana —dijo él—. Usted se sentó exactamente en el mismo lugar la última vez.

—Buena memoria.

—Dependo de ella.

Ladeó la cabeza hacia Heat y pasó una pierna envuelta en un pantalón vaquero sobre el brazo del confortable sillón, exactamente del mismo modo que en la anterior ocasión. Ella también tenía buena memoria. De esa manera supo que Hays seguía imitando al joven Steve McQueen con el corte de su pelo rubio y unas cuantas horas de gimnasio.



—¿A qué se debe la visita, detective? Supongo que esta vez no ha venido a intentar intimidarme para que realice una confesión falsa.

—La verdad es que no. Me interesa poner a prueba esa memoria de la que tan orgulloso se siente.

Hays levantó una de las botellas de agua que había sobre la mesa baja, que tenía la forma del timón de un helicóptero Black Hawk. Después de que los dos detectives declinaran el ofrecimiento, él abrió el tapón y le dio un sorbo, dispuesto a escuchar. Pero su comportamiento cambió cuando ella habló.

—Necesito encontrar a un hombre que ha hecho un trabajo para usted.

—No damos información sobre nuestro personal. Ni siquiera confirmamos si han trabajado para nosotros.

—Este hombre es un asesino.

—Leo eso en muchos currículum, ¿sabe? Puede que hasta puntúe positivamente. —Lanzó una rápida sonrisa con esa muestra de chulería que a las personas con información privilegiada les gusta lucir ante los forasteros—. No me gusta decirle que no, detective, pero tendría que meterme en un subcomité conjunto parlamentario a puerta cerrada y, aun así, no contaría todos los detalles.

—Está actuando en la ciudad.

—Nosotros no hacemos esas cosas.

—Ah, ¿de igual modo que tampoco cruzan la frontera desde Texas para parar a los cárteles de la droga? —intervino Feller.

Hays miró al detective como si estuviese valorando si podía ofrecerle un puesto de trabajo.

—Yo visito Juárez por su cocina. Vaya a El Tragadero, en la calle Constitución. Los mejores filetes que haya comido nunca.

—Pero, señor Hays, ustedes sí que trabajan en el territorio nacional. ¿Qué me dice del Cuerpo de Seguridad?

—Escolta de gorilas y evaluación de amenazas a famosos. Nada más. —Le puso el tapón a la botella de agua y se levantó—. ¿Está contenta ya?

—Entonces, ¿nunca ha oído hablar de Zarek Braun? —preguntó Nikki.

El cambio de actitud fue notable. Por primera vez, Heat le vio vacilar. Quizá no fuese miedo lo que vio en su cara, pero sí algo parecido. Desde luego, la chulería había disminuido.

—¿Están siguiendo a Braun?

—Así que le conoce.

—¿Está aquí?

Heat le mostró una foto sacada del circuito cerrado de televisión con Zarek Braun vaciando el rifle de asalto hacia ella y él se volvió a sentar para mirarla.

—Un G36. A este tipo le siguen gustando los juguetitos.

—Estaba jugando conmigo cuando sacaron esa imagen.

—Y sigue viva. Estoy impresionado.

Hays hablaba en serio. Heat decidió aprovechar ese momento en que había bajado la guardia.

—Nuestro informe de la Interpol dice que ha sido militar polaco, luego estuvo de baja, después ha estado en Lancer Standard y ahora nada. Ayúdeme a rellenar alguna de las lagunas.

Él le pasó la foto por encima de la mesa con forma de Black Hawk.

—Zarek Braun entró en mi radar después de darse de baja del ejército polaco. Fue un soldado agresivo. Lideró un pelotón del Primer Regimiento de Comandos Especiales de Polonia durante la misión de rescate de 2005 en Pakistán. Pasó después con ellos a Bosnia y luego a Irak. A continuación, dio unas cuantas palizas en Chad en 2007.

»Se metió en líos porque le gustaba demasiado apretar el gatillo en las fuerzas en misión de paz de las Naciones Unidas, algo que a mí no me suponía ningún problema. Cuando lo echaron, nosotros lo acogimos. Al principio, principalmente para operaciones de sabotaje, posteriormente para nuestros equipos de evacuación en lugares que no voy a detallar pero que habrá visto en los telediarios de la noche. Es un hombre con muchas destrezas, pero ¡menudo temperamento! Ese tipo es tan frío que estoy seguro de que por sus venas corre líquido refrigerante en vez de sangre.

Heat pensó en el apodo que ella le había puesto y recordó el aspecto frío y despreocupado de Braun mientras caminaba hacia ella por la calle Dieciséis Oeste. Un desagradable hormigueo le recorrió el cuerpo y se preguntó si se le notaría en la cara la misma intranquilidad que acababa de apreciar en Lawrence Hays.

—¿Va a decirme si sigue trabajando para usted o lo voy a tener que adivinar?

—En mi trabajo se conoce a muchos locos. Así es la vida. Las cosas que suceden durante la batalla no podemos juzgarlas mientras bebemos agua mineral y disfrutamos del aire acondicionado. Así que hay cierta flexibilidad. Aunque estamos hablando de Zarek Braun. Él juega en otra liga, una donde solo está él. No voy a detallarle todo, pero durante una acción encubierta se nos pidió que iniciáramos la operación Cazador de Sueños y empezamos a recibir informaciones desde el terreno sobre atrocidades y mierda de lo más diabólica. Así pues, cuando fui hasta nuestra pequeña aldea, situada en un lugar secreto, me tuve que sentar a hablar con él. —Hays golpeó con el dedo la foto en la que Braun estaba vaciando su arma—. Este fue su aspecto durante toda la conversación. Resumiendo, le despedí. Esa noche, Zarek Braun colocó un artefacto casero en mi campamento base. Mató a mis mejores guardaespaldas.

El director general se puso de pie y se levantó el polo negro para mostrar una ensalada de tejido demacrado y descolorido, cicatrices y deformaciones por las quemaduras. Dejó caer el polo.

—No sé dónde está ahora.

—Puede saberlo. —Hays le lanzó una mirada vacía, pero ella ahora sabía que se trataba de algo personal, así que insistió—: Este hombre no solo va por la ciudad

disparando a policías con un rifle de asalto como si estuviese en Kandahar, señor Hays. Le busco por varios casos de homicidio que estoy investigando. ¿Quiere hacerle pagar? Yo puedo cazarlo. ¿Puede al menos decirme que me va a ayudar?

Lawrence Hays se quedó pensando y a Nikki le pareció que quizá hubiera conseguido convencerlo.

—Yo siempre me aseguro de no decir nunca nada —contestó.

Apretó un botón y la puerta se abrió automáticamente para que entrara su escolta.

Feller salió y metió hacia dentro el espejo lateral para que Heat pudiese acercar el coche al de los Roach cuando aparcó en doble fila a la puerta de la comisaría. Estaba calibrando la anchura de la calle Ochenta y Dos Oeste para asegurarse de que dejaba suficiente espacio para que pasara el tráfico cuando sonó su teléfono.

—Hola —dijo Rook—. ¿Puedes reunirte conmigo? Me refiero a ahora mismo.

Rook la estaba esperando justo donde dijo que estaría, en el parque infantil junto a los columpios. Bueno, no exactamente junto a los columpios, sino sentado en ellos. Y cuando Heat lo vio tras su corto paseo por Amsterdam Avenue desde la comisaría, le pareció que tenía todo el aspecto de un niño de once años, con un talón plantado en el suelo, la pierna extendida y haciendo girar las cadenas. Lo único que necesitaba para completar el efecto habría sido estar jugando a ser un avión bombardero escupiendo sobre una hormiga.

Un grupo de corredores de maratón salió de la tienda de atletismo del otro lado de la avenida para entrenar y el golpeteo de las suelas acolchadas sobre el pavimento atrajo su atención en dirección a Nikki, que se estaba acercando. El sol de finales de octubre ya se había puesto, los niños estaban en casa cenando y el parque infantil de Tecumseh estaba a su entera disposición. El malestar por la noche anterior enmudeció los saludos. Él permaneció sentado en su columpio. Ella ocupó el que estaba vacío a su lado y los dos se balancearon hombro con hombro, pero mirando en direcciones opuestas.

—Espero que no te sientas demasiado expuesta aquí, pero quería estar en un terreno neutral, lejos del trabajo, de tu casa y de la mía. —A continuación, añadió—: Y lejos de cualquier líquido. Si tienes pensado mojarme, vas a tener que meterme la cara dentro de aquella fuente.

Nikki deseó poder reírse, pero tenía el alma forrada de vergüenza.

—No fue uno de mis mejores momentos.

Nikki ofreció esa rama de olivo y se quedó mirándolo mientras trataba de adivinar cuál era el estado de ánimo de Rook. Lo consiguió. Tenía el ceño fruncido y no estaba sonriendo.

—¿Sabes? Me diste donde más me dolía cuando me acusaste de haberte socavado.

Nikki empezó a hablar, desesperada por explicarse, por hacer que Rook oyera lo que había estado meditando en cuanto a su comportamiento, no solo el de la noche anterior, sino todo lo que la había conducido hasta allí. Si pudiese encontrar las palabras para hacerlo bien, quizá podría volver a conseguir que regresaran al punto en el que estaban antes. Pero aquel encuentro lo había convocado él y Rook también tenía que desahogarse.

—No es fácil conseguir que los malabarismos salgan como queremos —dijo él haciéndose eco de los comentarios de Lon King durante la terapia de emergencia de esa misma mañana—. El estrés por el trabajo, tantas horas, los viajes, los desacuerdos...

Hizo una pausa y vio otra ola de corredores que empezaban a trotar por Central Park tras la jornada laboral. Heat no hablaba, se limitaba a concederle ese momento, aunque presentía que aquella conversación era el preludio de un final..., como el

momento decisivo después de tres años en el que cada uno hace la civilizada promesa de seguir siendo amigos de Facebook. No se sintió mejor cuando, por fin, él continuó.

—Pero siempre he creído que lo que nos mantenía unidos era un valor que compartíamos. La confianza. Cuando cuestionas mis actos y mis intenciones en este caso, no solamente atacas mi integridad como periodista, Nikki. Estás golpeando con una espada láser lo que somos los dos.

Heat notaba la sal picándole en los ojos y se preguntó si sentiría esa taladradora clavándose en su pecho cada vez que pasara junto a aquel parque. Pero a continuación él dio un giro inesperado.

—Y por eso quería regalarte algo que simbolizara nuestra confianza y que la fortalezca para el futuro.

Nikki sintió que el pecho le palpitaba cuando él se metió la mano en el bolsillo lateral de la chaqueta.

—Rook, ¿qué haces?

—Algo que no puede esperar ni un minuto más. Por eso te he llamado y te he dicho que necesitaba verte enseguida. —Sacó la mano del bolsillo, pero no sostenía una caja con una joya. Era una bolsita de cierre hermético—. ¡Tachán! —exclamó triunfante levantándola ante ella. Nikki miró el interior a través del plástico y no vio allí ningún anillo de compromiso—. ¿No ves lo que es? Mira, la voy a poner a la luz. —Dejó colgando la bolsa de forma que quedaba iluminada por detrás con el anuncio de un establecimiento de comida rápida.

Ella la examinó perpleja.

—¿Eso es...?

Rook subía y bajaba el mentón.

—Exacto. Una bala. Pero no una bala cualquiera. Una bala del calibre 38.

Sus pensamientos tanto sobre una ruptura como sobre una proposición de matrimonio quedaron a un lado. Heat cogió la bolsa de sus manos y miró con atención la bala aplastada del interior.

—¿Dónde la has encontrado?

—Tras nuestra, digamos, riña de la azotea, no podía dormir cuando llegué a casa.

—Yo tampoco. No podía dejar de pensar en ti.

—Sí... Ejem... Yo también estuve pensando en el caso. Sobre todo en tu teoría de que se había hecho algún tipo de pago en Conscience Point. Así que me dije: «¡Qué carajo!». Me levanté y salí con el coche. Llegué sobre las cuatro de la mañana. Me senté en aquel aparcamiento con mi linterna y pensé que si realmente el disparo a Fabian Beauvais solo le había rozado, quizá..., solo quizá, la bala se habría incrustado en algún sitio.

—Entonces, ¿encontraste la bala? ¿Cuánto tiempo tardaste?

—Unas nueve horas. Esta la saqué de la barandilla de la escalera que da al parque recreativo. La detective Aguinaldo encontró otra aproximadamente una hora después de llegar.

—¿Qué? Rook, he hablado con ella y no me ha mencionado nada de esto.

—Porque le hice prometer que me dejara contártelo. La que ella encontró estaba en una de las placas del lateral del edificio. Una madera muy blanda, así que la bala está como nueva. Se la ha quedado para enviarla al laboratorio de balística de la policía de Nueva York y que te la pasen.

—¿Algún rastro de la pistola?

—Chica, tú lo quieres todo, ¿no?

—No, si estoy contenta. De hecho, este es uno de los mejores regalos que podías hacerme. —«Uno de ellos», pensó.

—Pero tiene un precio.

—¿Sí?

—Quiero tu confianza. Eso es lo que me hizo levantarme de la cama y recorrer ciento cincuenta kilómetros hasta Conscience Point. Para hacer lo que tú habrías hecho. Seguir los rastros hasta donde lleven y dejar que la verdad salga. —Sacudió la bala dentro de la bolsa—. Y aunque no hubiese encontrado esto, ¿no sabes que siempre puedes confiar en mí?

—Sí, por supuesto. —Nikki sintió que era la primera vez que respiraba hondo en todo el día—. Me alegro mucho de que hayamos dejado todo esto atrás. —Posó una mano en la pierna de él y se dio cuenta de que no reaccionaba—. Lo hemos dejado atrás, ¿no?

—Quiero volver a la comisaría. Lo de divide y vencerás es una cosa, pero lo de que me impidieran ir es lo que hizo que empezara toda esta locura.

—Chico, tú lo quieres todo, ¿no? —le remedó Nikki. Solo ella se rio. Él aún no le había agarrado la mano—. Hablaré con el capitán Irons para que te vuelva a dejar entrar.

—Bien. —Rook se puso de pie—. Avísame cuando sea y nos veremos allí.

—¿En serio? ¿Ni siquiera quieres que cenemos juntos esta noche? —Él se mordió los labios, vacilando—. Rook, creía que íbamos a pasar página.

—Y lo haremos. Solo que aún no estoy de humor como para vernos esta noche, si quieres que te sea sincero.

Por mucho que le doliera, Heat lo comprendió. Pensar otra cosa sería minimizar el impacto de lo que ella le había hecho. Heat le dio las gracias por la bala y se volvió a la comisaría con la bolsita.

Cuando caminaba por Amsterdam Avenue, se dio la vuelta y se detuvo para ver cómo él se marchaba en la dirección opuesta. Qué cansada estaba de verle la espalda.

Heat se despertó a la mañana siguiente sola, sintiendo cada segundo de esa soledad. Todavía faltaban diez minutos para que sonara el despertador, así que abrió la aplicación para apagarlo con total decisión y, mientras lo hacía, el teléfono sonó en su mano y la sobresaltó. En la pantalla aparecía el nombre del detective Raley.

—Así que ahora también haces llamadas para despertar a la gente.

—Esto te ayudará a levantarte con energía. Hemos encontrado a Opal Onishi.

La mujer que estaba enfrente de Nikki en el sofá de Greenwich Village tenía aún las marcas de la almohada en un lado de la cara. Opal Onishi las compensaba mirando con el ceño fruncido la placa identificativa de Heat.

—Ha dicho de homicidios, ¿verdad?

—Sí, esa es mi división. —Nikki no quería decirle todavía que había encontrado su anterior dirección en el bolso de la víctima de un asesinato. Se lo reservaría hasta que obtuviese las respuestas a unas cuantas preguntas preliminares sin adelantar la sombría información que podía alterar la situación. Así que Heat cambió el rumbo de la conversación—: Solo tengo que hacerle unas cuantas preguntas y me iré. Siento haberla despertado un sábado por la mañana.

—No pasa nada. Mi compañera de piso ha pasado la noche con su novio, así que me había levantado de todos modos para darle de comer a su gato.

—¿Su compañera de piso es Erika? —Nikki siempre hacía los deberes.

—Sí, Erika. ¿Se ha metido en algún problema? No es una asesina demente como la de *Mujer blanca soltera busca*, ¿verdad?

—No —respondió Heat—. Lo cierto es que solo la conocemos porque trabaja con usted en Location Location. Gracias a eso la hemos encontrado a usted en su casa.

Opal, que seguía vestida con su pijama desparejado de franela, se aclaró la garganta y cruzó las piernas subiendo las rodillas hasta el pecho.

—¿Me estaban buscando?

—Lo hemos intentado en su antiguo apartamento.

—Sí, me fui de allí.

—De repente.

—Eh..., sí. —Se encendió un cigarro y esperó a que Nikki dijera algo, pero, como no lo hizo, Opal llenó el vacío—: Sí, bueno. He tenido una mala ruptura con mi novia. Venía a casa a todas horas, ¿sabe? Era una zorra, así que... —Opal terminó la frase deslizando las palmas de las manos como si fuese un cohete que se separara de su transbordador.

—Ya me hago una idea. —Heat dejó el bolígrafo suspendido sobre su cuaderno—. ¿Puedo preguntarle el nombre de su novia?

—Exnovia. ¿Tiene que involucrarla en esto? Es actriz en una película que están rodando en la ciudad.

De nuevo, Heat se quedó en silencio. Opal Onishi lo rompió con el nombre de una mujer que probablemente Heat no necesitara escribir, pero lo anotó de todos modos. Lo que de verdad quería saber era por qué Jeanne Capois tenía su dirección y si era relevante en el caso de los asesinatos. Pero ¿por qué una mudanza tan repentina? Nikki no se creía en absoluto esa historia de la amante acosadora y a eso

se agarró.

Examinó la sala de estar de aquel estudio del East Village, que estaba abarrotado de cajas de cartón y muebles apilados.

—¿Presentó alguna denuncia contra su novia?

—¿A la policía? No, simplemente me fui.

—A medianoche.

Opal parecía lista y daba respuestas rápidas. Alguna incluso podría ser verdad.

—Es más fácil aparcar en doble fila una furgoneta de carga a esas horas. No hay tráfico.

Nikki decidió tomar otro camino:

—Quiero mostrarle una fotografía y pedirle si puede identificar a la persona que aparece en ella. —Posó una foto ampliada de Jeanne Capois sobre la mesa baja. Opal apagó el cigarro y cogió la foto. Nikki no estaba segura de si había dudado o simplemente intentaba recomponerse, pero notó que tardaba unos segundos de más en contestar.

—Jeanne... —Le ofreció la foto para devolvérsela—. Jeanne.

Heat dejó que se quedara con ella en la mano.

—¿Sabe su apellido?

Apretó los labios y se encogió de hombros.

—Lo siento, pero solo la conozco como Jeanne.

—¿Y de qué la conoce?

De nuevo, ese instante de vacilación llamó la atención de la detective.

—La contraté para que limpiara —contestó Opal—. Es asistenta.

Heat notó que había utilizado el tiempo presente. Pero, aun así, ¿por qué meditaba tanto unas respuestas tan sencillas?

—¿Puedo preguntarle cuándo trabajó de asistenta para usted?

—Dios, tendría que pensarlo. No lo sé. ¿Quizá hace tres semanas de la última vez?

—¿Cómo la conoció?

Una pausa.

—A través de una agencia o algo parecido, sí. No recuerdo el nombre.

—¿Avellanas Felices? —preguntó Heat.

—Sí, eso es —contestó ella muy rápido esta vez, casi interrumpiéndola.

Le pareció una respuesta improvisada, así que Heat siguió por ese camino:

—¿Le pagó en efectivo o con cheque? —Algo improbable, pero una prueba documental de un cheque podría servir de ayuda.

—En efectivo.

—¿Cuánto?

—Vaya, sí que presiona usted. —A continuación, se quedó mirando al techo—. Supongo que... ¿Cuánto? ¿Unos cincuenta dólares?

—Usted sabrá.



—Cincuenta. ¿Por qué me pregunta por Jeanne?

—Es la víctima de un homicidio.

Heat observó su reacción, algo que siempre es fundamental, pero sobre todo cuando se tiene la sensación de que se está ocultando algo. La expresión de Opal Onishi se aflojó y se incorporó en el sofá con la mirada perdida. Heat pensó que se trataba de una reacción fuerte, teniendo en cuenta la vacilación a la hora de recordar su nombre.

—Joder..., ¿qué le ha pasado?

Por fin bajaba la guardia. Nikki continuó utilizando un lenguaje sencillo, de momento.

—Encontraron a Jeanne Capois después de que hubiera sufrido una paliza y hubiera sido estrangulada en la calle al norte de la ciudad. —Pasó a una página en blanco con la intención de aprovechar la apertura que siempre sigue a la impresión—. Cuando Jeanne vino a su casa, ¿habló de alguna amenaza contra ella?

—No —contestó en voz baja y aturdida.

Dio la misma respuesta cuando le preguntó si Capois parecía nerviosa o preocupada o si había hablado de que la estuvieran siguiendo. Después, Nikki sacó las fotografías y los retratos robot y se las fue enseñando de una en una a Opal, que se había deslizado hasta un extremo del sofá, al lado de ella. La joven negó con la cabeza ante cada una de las fotografías. Fabian Beauvais... no; los cuatro mercenarios que habían atacado a Heat a una manzana del antiguo apartamento de Opal... no; los matones de la imagen del cajero automático... no; Keith Gilbert... Vacilación.

—Opal, ¿le reconoce?

—Claro, es ese político. Un poco imbécil, si quiere saber mi opinión.

—¿No le conoce por algún otro motivo?

—No. ¿Por qué iba a conocerlo?

Heat se olió algo raro ahí. En lugar de arrinconarla, le ofreció una escapatoria:

—Opal, en mi trabajo hablo con mucha gente y percibo cuándo hay alguien que no está siendo sincero conmigo.

—¿Me está acusando de mentir?

—Lo que digo es que, si hay algo que no me esté contando, por la razón que sea, es el momento de hacerlo. —Examinó a su entrevistada, sentada de nuevo con la espalda apoyada en el brazo del sofá y las rodillas levantadas en posición fetal—. Si tiene miedo de alguien, yo puedo ofrecerle protección.

Opal Onishi se quedó pensando, pero dijo:

—He respondido a todas sus preguntas, ¿no?

En la puerta, Heat le dio una tarjeta de visita.

—Por si recuerda algo. —«O por si decide contarme por qué le tiembla la mano», pensó mientras veía cómo la cogía.

Rook se encontró con Heat en la acera junto a la comisaría a las nueve de la mañana.

—¿Qué ha dicho Wally?

—No te preocupes por Wally. Tú entra.

—¿Le has amenazado? ¿Le has dicho que yo puedo hacer que quede mal ante la prensa?

—Para que lo sepas, no he hablado con él. Aún no ha llegado. Oye, no me pongas esa cara. Eso no va a suponer ningún problema. Confía en mí. Sé cómo manejar a Wally Irons.

Aquello bastó para Rook. Abrió la puerta para que ella entrara. Pero Nikki no se movió, así que volvió a cerrarla.

—¿Qué?

—No solo hay que ocuparse de Irons. Yo también pongo una condición.

—Habla.

—Tienes que escribir un artículo y yo voy a cumplir con mi compromiso de que me acompañes. Pero... ya tengo suficiente estrés sin tenerle que añadir que tú vayas a estar por aquí serio o con actitud recelosa.

—Te haré caso. Ya verás. Puedo ser uno más del equipo. Incluso puedo ser tu bufón de la corte.

—Bien —dijo ella—. Podremos hablar de lo nuestro cuando todo esto acabe. Pero hasta entonces, Rook, necesito saber que podemos seguir adelante sin más dramatismos.

—¿Me estás diciendo que me comporte?

—¿Lo ves? —preguntó ella con una sonrisa—. Ya hemos vuelto a la normalidad.

Heat abrió la puerta y entró. Él se encogió de hombros y la siguió.

No parecía que fuera sábado cuando entraron en la comisaría Veinte. Aunque Nikki y sus detectives de homicidios trabajaban bastantes fines de semana cuando el caso lo requería, ese día estaba toda la comisaría al completo, no solo los de su sección. En la sala de la brigada de homicidios, la gran televisión que había en la pared estaba encendida pero sin sonido. Raley, Ochoa y Rhymer estaban al teléfono o trabajando en sus ordenadores. De vez en cuando, alguno de ellos echaba un vistazo a los gráficos que mostraban el movimiento del curso de la tormenta o negaban con la cabeza cuando veían las inevitables imágenes en directo de algún pobre corresponsal que estaba siendo bombardeado por la arena y el viento o esquivaba hojas de palmera.

Mientras Heat actualizaba el panel con la información del asesinato, Rook miraba el texto que iba apareciendo en la parte inferior de la pantalla bajo el vídeo silencioso del equipo de la Oficina de Gestión de Emergencias respondiendo a preguntas de la prensa desde su sede central en Brooklyn. El texto decía que los gobernadores de Connecticut y Nueva Jersey se habían unido al resto de la región y habían declarado el estado de emergencia. El gobernador de Nueva Jersey había llegado incluso a ordenar la evacuación de las islas barrera desde Cape May hasta Sandy Hook y a

pedir a los casinos de Atlantic City que el domingo cerraran a las cuatro de la tarde. La red de ferrocarriles Amtrak había suspendido el servicio de muchas de sus rutas de la costa este. Era pronto para saber por dónde entraría el huracán, pero Delaware, Maryland y Nueva Jersey parecían los objetivos más probables. El alcalde de Nueva York estaba postergando las evacuaciones hasta tener más datos, pero se pensaba que el Bajo Manhattan sería más vulnerable a la tormenta, sobre todo Battery Park.

—No voy a parar para convocar una reunión formal —dijo Heat a su grupo—. Estáis ocupados y yo no quiero entorpeceros. Solo unos cuantos datos.

Resumió su reunión con Opal Onishi por la mañana. Les dejó con la sensación de que ocultaba algo y Nikki quería seguir investigándola. Cuando les contó que Rook y la detective Aguinaldo, de la policía de Southampton Village, habían encontrado dos balas en un edificio del puerto deportivo de Conscience Point, Nikki observó una profunda reacción, sobre todo por parte de Raley y Ochoa.

—Eso hace que ahora me piense dos veces si Earl Sliney fue quien disparó a Beauvais —dijo Raley.

—Yo pienso lo mismo —añadió su compañero—. No es que vaya a rendirme, pero parece que podría estar justificado. Puede ser.

Heat y los Roach formaron un triángulo de ratificación en silencio y pareció que los tres se sentían aliviados al ver que la tensión se relajaba. Después, les pidió que llamaran al laboratorio de balística para concertar una reunión con ella más tarde.

—Voy a insistir hasta que me den toda la información posible sobre la bala que les dio Inez Aguinaldo y voy a dejarles la que encontró Rook.

—Jameson Rook es... —retumbó la voz de Ochoa ronca como si fuera un anuncio de televisión— «El hombre que susurraba a las balas».

—Y en ocasiones veo muertos —comentó Rook siguiendo con la broma.

Los silbidos y reproches que dedicaron a Rook y lo que este disfrutó al ver cómo se burlaban de él hizo que Heat se alegrara de que cumpliera con su compromiso de no mostrarse resentido. Nikki les obligó a que volvieran al trabajo al preguntarle a Opie cómo había ido su intento de sacar a Alicia Delamater del escondite. Rhymer dijo que la tarde anterior había dejado como señuelo el mensaje de la fiesta del Surf Lodge. Alicia no le había devuelto la llamada todavía.

Feller entró en la sala.

—Tengo algo que te puede interesar. ¿Recuerdas que en el registro sacaron información del pasado de Fabian Beauvais?

—Sí —contestó Heat—. Era de hacía tiempo. Un arresto menor por rebuscar en la basura de una propiedad privada. Lo tengo presente porque he tratado en vano de hablar con el abogado de inmigrantes que llevó su caso, Reese Cristóbal, para que él me pusiera en contacto con los cómplices de Beauvais.

—Pues tu detective ha preferido hacerlo a la antigua usanza. El Centro de Información de Delitos en Tiempo Real consiguió la dirección de sus últimos domicilios, como pediste; así que he estado llamando a algunas puertas de mala

muerte. —Consultó sus notas—. Vale, uno de los sinvergüenzas... se volvió a Jamaica hace diez días.

—Huy —dijo Rook—. Justo a tiempo para el huracán.

Feller golpeó su cuaderno con un dedo.

—Sin embargo su otro cómplice, Fidel Figueroa, *Fifi*, también va a saborear el Sandy, porque Fifi está aquí.

—¿Podemos ir a verle? —preguntó Heat.

—Sería una tontería no hacerlo. —El detective Feller señaló hacia el vestíbulo—. Cuando he dicho que está aquí me refería a aquí mismo. Está en la sala de interrogatorios número dos.

—Me han dicho que iba a haber una recompensa económica —fueron las primeras palabras de Fidel Figueroa cuando Heat y Rook entraron en la sala de interrogatorios.

Feller, que ya estaba allí con un hombro apoyado en la pared detrás del hombre enjuto, simplemente negó con la cabeza mirando a Nikki.

—La verdad es que, pese a que apreciamos su colaboración, no existe ninguna recompensa, señor Figueroa.

—Fifi. Todos me llaman así. —Se señaló a sí mismo con los dos dedos pulgares—. Fidel Figueroa, *Fifi*.

Rook dijo:

—¿No debería pronunciarse Fi Fi, como dos palabras por separado? —El reproche silencioso de toda la habitación cayó sobre él y levantó una mano en señal de rendición—. Pero ¿quién soy yo para corregir el apodo de un matón?

Fifi volvió al tema inicial de su conversación:

—Entonces, ¿nada de dinero?

Cuando Heat era una agente de uniforme, había arrestado a docenas de tipos como Figueroa que normalmente trabajaban las esquinas de la Octava Avenida por detrás de Times Square. Si no era vendiendo gafas de sol y bolsos falsificados era con pequeños timos como el de adivinar dónde está la bolita con los que desplumaban a inconscientes turistas de Nebraska en un juego amañado. Los había de todos los tamaños, formas, edad, sexo y colores, pero todos compartían los movimientos sospechosos, las miradas rápidas y los tics corporales del estafador profesional. Y siempre trataban de ser esquivos. Incluso en la sala de interrogatorios del departamento de policía.

—Digamos que la recompensa es la de haber sido un buen ciudadano —dijo ella.

El invitado se frotó con los nudillos la línea de barba cana, rematada en una perilla, que le recorría la mandíbula.

—Merecía la pena intentarlo, ¿no?

—¿Por qué no le cuenta a ella lo que sabe sobre Fabian Beauvais? —le preguntó Feller apartándose de la pared e inclinándose sobre el estafador. Heat vio una clara

muestra del pasado de Randall como detective de calle que sabía cómo intimidar físicamente hasta el límite y con efectividad.

Fidel se apartó un par de centímetros en su silla y se encogió.

—Claro, el haitiano. Un tipo listo. Una vida dura, pero tenía un don, ya sabe.

—No lo sé —respondió Feller—. ¿Por qué no me lo cuenta?

Nikki esperaba que el timador no estuviese jugando con ellos, porque esa era su primera oportunidad real de hacerse una idea clara de cuáles habían sido las actividades de su víctima. Quizá Fifi le daría también alguna alegría. Lo que eso supusiera solo lo sabría si escuchaba con atención. Ese artista de las mentiras le hacía tener que vadear muchos escollos.

—Tenía astucia. Ingenio. Hay tipos que crecen entre tanta mierda que todo lo que terminan consiguiendo es malo. —Acercó el dedo índice lo suficiente al pulgar como para crear una rendija por la que mirar—. En cambio, estos, solo estos, terminan volviéndose ingeniosos. Fabby era nuevo, quizá se había bajado de la barca apenas un par de meses después del gran terremoto. Fue entonces cuando se unió a nuestra..., eh..., empresa.

—¿Recolectando entre la basura? —preguntó Feller con un resoplido.

Tomó asiento en el lado de la mesa donde estaba Figueroa y apoyó una bota en la silla de este hombre. Esta vez Fifi no se encogió. Al contrario, le miró de reojo con aire burlón.

—No sabes nada, tío. No tienes ni idea. ¿Crees que éramos como vagabundos o algo así? Y una mierda, tío. Éramos recolectores. Pero no de latas o botellas.

Parecía que aquello llevaba a algún lado. Nikki tomó el camino de la contradicción al ver que el conflicto hacía que se abriera.

—¿Y cómo si no llamarías a meterse en los cubos de basura? Desde luego, yo no llamaría a eso una empresa.

—Y una mierda —intervino Rook—. ¿Una empresa? Normalmente se llama así a un proyecto que requiere algo más de ingenio que buscar envases vacíos para reciclar.

—¿Y si consigues cientos de miles? Millones. ¿Lo llamaría entonces empresa?

—Sí —contestó Heat. Había muchas formas de hacer que un testigo hablara. Intimidándole, adulándole, provocándole, suplicándole. Ella vio que Fifi era un hombre que necesitaba jactarse, así que alimentó su ego hambriento—. ¿Y tú sabes hacer algo así?

—¿Que si sé? Dios, lo he hecho. —Se miró en el espejo de observación de la sala de interrogatorios y añadió—: Puede que esto haga que me arresten, pero lo que he visto... ¡Uf! Alucinante.

—Seguro que yo alucinaría —dijo Rook. Y preguntó a los demás—: ¿Y vosotros?

—He trabajado en equipo para una organización que nos enviaba a cientos de nosotros por ahí, día y noche, para recoger lo bueno de la basura.

—Explíquese. ¿Lo bueno?

—Documentos de identidad, datos bancarios, datos de tarjetas de crédito... Estáis

esposos, tíos. —Desde luego que no, pero si lo fingían él continuaría soltando—. Cualquier papel que se tire a la basura con un nombre, una dirección, una fecha de nacimiento, la membresía de alguna asociación, algún club o algún sindicato, felicitaciones de Navidad con el apellido de soltera de mamá, líneas de crédito en fase de aprobación, contraseñas informáticas. No os engaño, la gente tira papeles con sus putas contraseñas escritas en ellos. —Se rio—. Salíamos por la ciudad como un pequeño ejército todas las noches para buscar todo tipo de cosas.

—¿Y qué hacían con ellas? —preguntó Feller.

—Cambiarlas, claro. Por dinero.

—¿Dónde? —Heat esperaba que le diera una dirección.

—Cada vez en un sitio distinto. Venía una furgoneta. Nosotros se lo dábamos y ellos nos pagaban. —Volvió a reírse, sintiéndose muy ingenioso—. Se lo llevaban a algún lugar para procesarlo. No sé adónde. —Notó el escepticismo de ella—. En serio, no lo sé. Lo único que sé es que lo clasificaban y lo utilizaban... Ya sabe..., para documentación falsa, fraudes de tarjetas de crédito..., todo eso. Nos lo compraban todo. Incluso papeles triturados.

—¿De qué sirven unos documentos triturados?

—Estás de broma, ¿no? Los muy tontos se creen que son seguros solo porque los han roto. ¿Y sabes qué? La mayoría de las máquinas que usa la gente son trituradoras en tiras. ¿Y qué hacen después? Colocan ordenadamente las tiras cortadas en una práctica bolsa de plástico para que nosotros las recojamos y las vendamos.

—Pero si están trituradas —insistió él.

—En tiras. Tiras perfectas. Nada seguras. Tienen montones de gente..., ya sabe..., ilegales y gente así. Están sentados en una habitación y van juntando esos papeles como si fuesen rompecabezas por unos cuantos centavos la hora. Les merece la pena, porque ¿para qué las iban a triturar si no tienen ningún valor? —Hizo un gesto de asentimiento cómplice y se echó hacia atrás en su silla con los brazos cruzados.

Nikki tenía ya una dirección que seguir y se ciñó a ella:

—¿Y ahí es donde conoció a Fabian Beauvais? —Fifi la miró con una sonrisa que lo confirmaba—. ¿Y qué es lo que le hacía tan especial? Esa...

—... Astucia. Ese hombre era un genio. Por ejemplo, un día apareció con una nevera con ruedas. Yo le pregunto que qué hace, que si ha traído unas cervezas para la gente. Dice que no, que está vacía. Entra en un edificio de oficinas fingiendo que es un repartidor de bocadillos. Joder, en todos los edificios de oficinas de Manhattan hay tipos así que entran en los vestíbulos, así que ¿quién va a fijarse en otro inmigrante que vende rollitos de pavo? Nadie. Entraba con la nevera vacía a plena luz del día, rompía el candado de los cubos azules de reciclado de la sala de las fotocopadoras o de donde fuera, metía los papeles en la nevera, salía por la puerta principal y adiós muy buenas; luego los ordenaba.

—Qué valiente —dijo Feller.

—Y también trabajaba estupendamente. Hasta que esos machotes lo pillaron cogiendo algunos de esos documentos, ya sabes, guardándoselos para él. Se encabronaron, tío. Hasta que lo ascendieron, le habían dejado trabajar con ellos desplumando cajeros automáticos y todo.

—¿A qué se refiere con «machotes»? —preguntó Heat después de que ella, Rook y Feller unieran cabos con aquella noticia.

—Ya sabes, rompepelotas. Los matones de la empresa que hacían que nos meáramos en los pantalones si nos daba por ser codiciosos. O si hablábamos demasiado.

La puerta que daba a la sala de observación se abrió despacio por detrás de Heat y entró Raley, le dio unas cuantas fotografías y se marchó.

—Fifi, estoy muy impresionada por todo lo que sabes. Estoy flipando de verdad.

Le pasó por encima de la mesa dos fotografías de los compañeros de Beauvais en el cajero automático. Él empezó a mover la cabeza de arriba abajo hasta que ellos lo interrumpieron.

—Son ellos.

—¿Los matones?

—Sí. Este es Mayshon no sé qué. Y ese con pinta de malo es Earl. Earl Sliney. Ese tío es un bicho raro. En un momento se está riendo y, pum, se le gira... Da miedo. —Apartó la fotografía de Sliney como si contuviera alguna maldición—. Cuando las cosas se pusieron feas entre él y Fabby decía que le quería matar. Y lo decía de verdad.

—¿Sabe qué documentos había robado Fabby..., Fabian Beauvais? —Nikki contuvo la respiración después de preguntar. Había mucho en juego en aquella respuesta.

—Ni idea.

Ella volvió a intentarlo. Tenía que hacerlo. Pero él siguió diciendo que no.

—Una cosa más y terminamos. ¿Sabe si Earl Sliney mató a Beauvais?

—No sé quién le mató. Solo el qué. —Arqueó una ceja—. La astucia.

Había algo en Keith Gilbert que hacía que siempre estuviera en portada. Heat vio su fotografía sonriente llenando la primera edición del *Ledger* en el estante de la tienda de Andy's mientras esperaba su bocadillo de pavo y compró un ejemplar para leerlo mientras regresaba a la comisaría. El titular decía: «Coróname» y la noticia en exclusiva del *Ledger* anunciaba que el antiguo y poderoso gobernador de Nueva York y anterior embajador de las Naciones Unidas conocido como el «Hacedor de Reyes» estaba dando su apoyo a la candidatura de Gilbert al Senado.

Aunque aquello ya prácticamente le aseguraba una nominación del partido y gran cantidad de fondos para la financiación de las elecciones, el futuro candidato había tomado el camino hacia el éxito. «Este apoyo supone más de lo que se pueda

imaginar —ha asegurado el comisionado Gilbert en una declaración por escrito—. Pero el tiempo para la política tendrá que llegar en otro momento. Ahora mismo estoy ocupado en poner a salvo a los ciudadanos de esta región ante una tormenta de proporciones históricas y únicamente estaré concentrado en eso».

Al pasar por el vestíbulo de la comisaría, Heat lanzó el periódico sobre la silla para las visitas junto a la puta que esperaba a que soltaran a su chulo. Quizá ella sí se lo tragara.

Las conversaciones durante el almuerzo en la comisaría se centraban en adivinar qué documentos había robado Beauvais que le habían costado la vida.

—Quizá eso no importe —dijo Rhymer—. Puede que el simple hecho de que engañara a esa red de ladrones de documentos con datos personales fuera suficiente. Es decir, vamos, todos hemos visto cómo muchos cabecillas de familias de criminales infligen castigos solo para mantener a raya a sus soldados.

—¿Acabas de decir «infligen»? —preguntó Ochoa.

—Es una palabra válida. Pregúntale a nuestro escritor.

Rook colgó el teléfono de su mesa y giró el sillón en dirección al grupo.

—«Infligir», del latín *infligere*, «herir, golpear». Un diez para Opie. —Acercó su silla hacia Heat—. Acaba de llegar esto. ¿Te acuerdas de Hattie, mi nueva mejor amiga del matadero de pollos?

—Adiós a mi bocadillo de pavo. —Nikki envolvió lo que le quedaba y lo dejó sobre su mesa.

—Acabo de hablar con ella.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Raley—. Nosotros la hemos estado llamando sin parar y nos hemos pasado por su apartamento y su trabajo y estaba desaparecida en combate.

—¿Cuántos Pulitzer tengo? Solo lo pregunto. —Raley le enseñó los dos dedos de en medio. Rook continuó—: Como eran amigos, quería que Hattie me dijera si Fabian Beauvais le había hablado alguna vez de algún documento. ¿Y sabéis qué? Sí que le preguntó si podía esconderle algo. Hattie dijo que sí, pero Beauvais nunca le dijo de qué se trataba ni se lo dio. Y justo después de aquello le dispararon en Queensboro Plaza. Fin de la conversación.

—Pero espera —dijo Nikki—. El director del matadero nos dijo que Beauvais fue al trabajo herido. Eso quiere decir que fue después de que le dispararan. ¿Dónde estaba Hattie?

—No fue. Se quedó en casa ayudando a su sobrina a desintoxicarse. No lo vio.

—Entonces, seguimos sin saber qué era lo que escondía ni dónde está ahora —dijo Ochoa.

—Sin intención de reavivar ningún conflicto en la brigada, ¿puedo al menos descartar la posibilidad más tonta? —preguntó Heat—. La de que Beauvais le hubiera



robado algo a Keith Gilbert.

Para su sorpresa, fue Rook el que respondió primero:

—Mantener esa posibilidad proporciona una razón para alguna especie de pago de un soborno en Conscience Point.

—Pero ¿qué pasa entonces con Sliney? —La pregunta de Ochoa encerraba cierto tono de protesta.

—Puede que fueran vías paralelas, Miguel —contestó su compañero. Raley alzó los brazos como si fuesen raíles de tren—. Beauvais tima a la gente de Sliney, este va tras él: vía uno. Beauvais estafa a Gilbert y este va tras él: vía dos.

—Si eso fuera cierto, ¿qué se supone que tenía el haitiano sobre Gilbert? —preguntó el detective Feller—. ¿Una carta de amor de una amante? ¿Pruebas de un hijo bastardo? ¿Algún secreto médico que perjudicara a su candidatura?

—Un certificado de nacimiento keniano —dijo Rook—. Vamos, no digáis que vosotros no lo estabais pensando también.

De camino a su coche para ir al laboratorio de balística, Heat hizo lo que la mayoría de neoyorquinos estaban haciendo ese día. Miró al cielo y le costó creer que en veinticuatro horas esos cielos brumosos y cotidianos se fueran a oscurecer con un huracán. A pesar de tener la atención dirigida hacia arriba, oyó el sonido de un zapato sobre la gravilla de la acera demasiado cerca. Se tocó la culata del arma y se giró.

Heat vio su propia imagen reflejada en las gafas de aviador de Lawrence Hays, que estaba frente a ella sonriendo.

—¿Sabe? Incluso con su mano sobre esa Sig, si yo quisiera, podría desenfundar y dispararle antes de que usted saque su arma.

—Quizá yo le sorprendiera.

—Sí, sería una sorpresa.

Heat lo observó y no sintió ninguna amenaza. Hays dio incluso un paso atrás y mantuvo las manos donde ella pudiera verlas.

—¿A qué debo el placer?

El director ejecutivo de Lancer Standard parecía estar divirtiéndose. Levantó los dos primeros dedos de la mano derecha como muestra clara de que sus intenciones no eran letales y los metió en el bolsillo delantero de su chaqueta. Sacó un papel y se lo ofreció. Cuando Heat lo abrió, vio una dirección del Bronx escrita en él.

—¿Es muy reciente? —preguntó Nikki.

—De nada —fue lo único que él respondió.

A continuación, Hays se dirigió hacia Amsterdam Avenue. Ella notó una ligera cojera, la prueba de que aquello era una cuestión personal.

Heat preparó rápidamente el plan de asalto, primero enviando a los Roach, a Feller y

a Rhymer al barrio del Bronx para que mantuvieran bajo vigilancia la casa por si se diera el caso de que Zarek Braun saliera. Mientras se apostaban para vigilarlo, Nikki se coordinó con la Unidad de Servicios de Emergencia para que prepararan un equipo de operaciones especiales y, después, se puso en contacto con la comisaría Cuarenta y Ocho para que controlaran el tráfico. La idea era mantener a la gente fuera y crear obstáculos para impedir que el sospechoso saliera. Nada de aquello era nuevo. Nikki había organizado redadas así más veces de las que podía recordar.

Pero esta tenía un componente adicional.

—No puede haber errores —dijo al equipo de asalto y a sí misma, mientras se armaban en el área de preparación al otro lado de la esquina de la casa.

Pasó por su mente la expresión calmada de Braun mientras vaciaba su arma sobre ella. Recordó la imagen de las cicatrices y quemaduras en el torso de Lawrence Hays.

—Siempre hay que pensar en cubrirse. Siempre hay que pensar.

La Unidad de Servicios de Emergencia ya había tomado fotografías generales del edificio antes de que ella llegara y las dispuso sobre el capó de su coche para familiarizarse con las formas de entrada y los riesgos de quedar expuestos. A continuación, Heat se arrodilló tras un viejo frigorífico en una zona de césped de la esquina para examinar la manzana con los prismáticos. Aquella era una zona económicamente deprimida con una mezcla de dúplex abandonados y casas decadentes. En la creciente oscuridad pudo distinguir adornos de Halloween en algunas de las puertas pintadas con grafitis.

—¿Habéis vaciado las casas de alrededor? —preguntó al jefe de la Unidad de Servicios de Emergencia.

—Afirmativo.

—No quiero niños en esto. —Satisfecha al ver que todo estaba listo, añadió—: Entraremos en cinco minutos. —Heat se puso de pie en su escondite y tuvo la peor visión de las posibles en ese momento. El capitán Wallace Irons, que debía de haberse comprado su chaleco antibalas en una tienda de tallas grandes, se acercaba con andares de pato por la calle tirándose del velcro y comprobándose el costado.

—¿Qué narices está haciendo él aquí? —preguntó cuando llegó donde estaba ella.

Rook movió el dedo hacia el lado de su chaleco antibalas donde ponía «PRENSA» en lugar de «POLICÍA».

—Es un observador.

—Esta zona está restringida solamente para la policía.

—Sí, señor, lo sé. Pero lo tengo todo controlado. Rook va a quedarse atrás con usted mientras yo entro.

—Cambio de planes —dijo Wally—. Yo dirijo el asalto.

—Señor, con el debido respeto...

—Entonces, respete una orden directa de su comandante, detective. —Supervisó la zona de preparación mientras miraba a Heat como si fuera un torpe encargado de equipación que está pasando el rato con los jugadores más que un policía—. ¿Cree

que no oigo lo que se dice? ¿Que soy un policía de sillón? Pues eso se va a acabar ahora mismo. —Volvió la cabeza. Esta sobresalía por encima de su chaleco, de forma que le hacía parecer una tortuga que se asoma desde su caparazón—. ¿Dónde está el jefe de la Unidad de Servicios de Emergencia?

—Aquí, señor. —El comandante de la sección 3 del Servicio de Emergencias dio un paso al frente.

—¿Estáis listos, chicos?

—Sí, señor.

—¿Es esa la casa?

—Así es.

—Enséñeme su plano de situación. —Wally apartó a Heat y el jefe de la Unidad de Servicios de Emergencia hizo su exposición utilizando el gráfico que Heat había marcado. Irons no hizo ninguna pregunta. Tras ser informado, miró a Heat—: Usted irá de apoyo.

—Señor, ¿puedo pedirle que lo reconsidere?

El capitán insistió y habló por encima de ella:

—Quédese aquí. Muévase cuando yo entre. —Se giró hacia el jefe de la Unidad de Servicios de Emergencia—. Sígame. —Y con la misma rapidez e imprudencia, tanta como narcisismo, Iron Man cruzó la calle rápidamente y se agachó tras un coche aparcado para ordenar al equipo de asalto que fuese a la puerta de la casa.

—¿Qué narices está haciendo? —preguntó Feller.

—Es Wally haciendo cosas típicas de Wally —respondió Rook—. Me pregunto si se pondrá el chaleco antibalas para la rueda de prensa.

—Listos para actuar —dijo Heat por su radio—. Está en la puerta.

La voz del capitán Irons resonó en la calle vacía:

—¡Policía de Nueva York, abra! —Un instante después, el ariete de la Unidad del Servicio de Emergencias tiró la puerta y Wally dirigió la entrada. Heat y sus detectives fueron corriendo para cubrirle y llegaron al coche aparcado. Hasta ahí pudieron llegar.

Un fuerte destello iluminó todas las ventanas de la casa y, al instante, le siguió un estallido ensordecedor.

Mientras Nikki estaba sentada a la mañana siguiente en el bordillo esperando a que la brigada de explosivos diera vía libre para entrar en la casa, vio cómo el sol se elevaba tristemente a través de las brasas y las nubes eran cada vez más densas. Rook encontró un lugar a su lado y le pasó un café de la tienda que acababa de abrir justo al lado de la zona restringida. Aunque se había quedado allí toda la noche, no habían hablado desde el momento del estallido. Ella había adoptado inmediatamente el papel del liderazgo de emergencia y había levantado un muro para no dejar ver sus sentimientos personales respecto al hecho de haber escapado por poco para así poder hacerse cargo de la crisis y de sus consecuencias. En este momento, antes de pasar a la siguiente fase, se sentaron en silencio mientras daban sorbos a sus bebidas y esperaban la magia de la cafeína.

—Bueno, supongo que cuando dijiste que podías encargarte de Wally Irons por mí, no era a esto a lo que te referías —dijo Rook por fin.

—Humor negro —contestó ella tras una pausa. Y a continuación, mirándolo, añadió—: Puede que tengas más madera de policía de lo que yo creía.

—Oye, me dijiste que podía acompañarte de nuevo si volvía a ser yo mismo. Pues aquí estoy.

El capitán Irons había sido la única baja mortal. El equipo de la Unidad de Servicios de Emergencia que había entrado con él oyó el delator clic metálico cuando él entró corriendo para leer el mensaje escrito en el trozo de cinta de embalar que había pegado a la pared y se pusieron a cubierto. El agente del equipo de operaciones especiales dijo que le gritó al capitán que se quedara donde estaba, que no se moviera, pero entre la falta de experiencia y el pánico, Irons trató de salir también. El instinto de darse a la fuga del ser humano selló su destino. En el momento en que levantó el pie de la placa de presión que estaba unida a un explosivo debajo del suelo, estuvo jodido.

Sin tener en cuenta su propia seguridad, la pareja de agentes que se habían quedado en la puerta entró heroicamente de nuevo para sacar a rastras de entre las llamas a su compañero herido. El kevlar y haber saltado al interior de la hoguera le salvaron la vida. Los cirujanos pasaron una hora extrayendo fragmentos de cristal y trozos de madera de sus pantorrillas, pero probablemente le dieran el alta del Bronx-Líbano para la hora del almuerzo.

La unidad antiterrorista del Departamento de Policía de Nueva York había llegado rápidamente. El comandante McMains fue hasta allí desde la sede central de la Oficina de Gestión de Emergencias de Brooklyn abierta para el huracán junto con el alcalde y el jefe. Una bomba con un capitán de la policía muerto había pasado a ser la mayor prioridad y el jefe de la unidad antiterrorista tenía que evaluar el grado y el alcance de la amenaza. Esa mañana no hablarían sobre el comando especial. Cuando se declaró que el lugar era seguro, Cooper McMains salió de allí y posó una mano

sobre el hombro de Heat.

—¿Seguro que quiere entrar ahí?

Cuando Nikki entró, mientras pisaba cristales, cemento y clavos sosteniendo un pañuelo sobre su cara en un inútil intento de filtrar los gases, averiguó a qué se refería. La cinta de embalar que había estado en la pared sobre el agujero del suelo había sido encontrada al otro lado de la habitación. Un técnico de la policía científica había guardado la chamuscada y desfigurada prueba en una bolsa de plástico. Ella la sostenía en las manos y se concentraba en que no le temblaran mientras los demás detectives y Rook la miraban. Había dos palabras escritas con rotulador negro en la cinta: «ADIÓS HEAT».

Para Nikki, esa era la escalofriante confirmación de lo que ya sabía, de aquello en lo que había tratado de no pensar hasta después. Pero si no hubiera sido por la arrogancia de Wallace Irons, eso podría haber sido lo último que ella hubiese visto antes de morir. Heat pasó la prueba a los demás y nadie dijo nada. Hasta que Rook rompió aquel silencio tan denso:

—Se le ha olvidado la coma.

Se llevaron la cinta de embalar a la oficina del forense para que buscaran huellas. Nadie dudaba de quién serían.

—Hay una cosa que quiero saber —dijo Ochoa—. Si Zarek Braun sabía que venías o si simplemente creyó que podrías venir.

—Mucha explosión para una posibilidad —observó el detective Feller—. Yo creo que estaba preparado.

Por supuesto, Heat ya había relacionado el momento en el que consiguió la dirección con la detonación. Cuando Hays le dio aquel papel, ¿estaba encendiendo el detonador? ¿O es que Zarek Braun sabía que solo era una cuestión de tiempo que ella lo localizara y tendió la trampa para este hecho tan inevitable?

El comandante McMains se acercó a ella al salir.

—A nadie le va a parecer mal si usted abandona. Ha pasado una noche terrible, Heat. —Ella no respondió y se limitó a mirarle a los ojos—. No es que yo piense que deba hacerlo. Este sigue siendo su caso, pero permítame decirle que estamos ampliando la orden de busca y captura de ese tal Zarek Braun y que destinaremos a esto todos los recursos disponibles.

—Gracias, comandante. —Pero, por lo rápido que le llamó el jefe y se subieron a los vehículos que los llevaban de vuelta a la sala de coordinación de la Oficina de Gestión de Emergencias, ella supo que a Braun lo buscarían a medias. La expresión clave que él había utilizado era la de recursos «disponibles». Con un huracán de Categoría Uno acercándose a la ciudad en menos de veinticuatro horas, Heat sabía que esta batalla sería cosa suya.

Eso no significaba que estuviera sola. Tras haber dejado atrás las recientes diferencias, Raley y Ochoa fueron los primeros en acercarse para ofrecerle una jornada partida, protección de los Roach las veinticuatro horas del día. Poco después,

Rhymer y Feller hicieron lo mismo. Aquella solidaridad lo significaba todo para ella. Y se lo dijo.

—Pero quiero que nos concentremos en que esto nos lleve a él, no en resguardarnos para buscar protección.

Heat encargó a los Roach y a Rhymer que sondearan el barrio con fotografías de Zarek Braun, Fabian Beauvais y, para ser meticulosos, una de Lawrence Hays que había descargado de una página web antibélica y les había enviado adjuntas en un mensaje.

—Hablad con los vecinos, con los tenderos. Preguntad cuándo fue la última vez que estuvo aquí Zarek Braun, si había alguien con él, si tenía amigas o amigos, si tenía coche, si trabajaba...

Encargó al detective Feller que revisara los circuitos cerrados de televisión.

—Comprobad si hubo alguna llamada protestando por ruidos o quejas de vecinos de esta calle. Un tipo como Braun puede ser de los que empiezan una trifulca con alguien por cualquier cosa o de los que intimidan. No paséis por alto los detalles más insignificantes, incluso cualquier discusión con alguna encargada de la vigilancia de los parquímetros por alguna multa por aparcamiento.

Deseoso de ser útil, Rook se fue con ellos, colocando sus brazos sobre Raley y Ochoa.

Lauren Parry salió del edificio y le dijo a su amiga que debía irse a casa a echarse una siesta, porque su equipo de forenses iba a pasar mucho tiempo recogiendo meticulosamente los restos del capitán Irons.

—Gracias, mamá —contestó Heat y le comunicó que, de todos modos, se quedaría allí.

Nikki se sentía al borde del colapso y le preocupaba que eso fuera lo que le pasara si dejaba de trabajar.

El sargento de la brigada antiexplosivos le dio la primera información sobre el artefacto. Tal y como imaginaban, en el suelo habían introducido una placa sensible a la presión con una alfombrilla de baño colocada encima para disimularla. El material del explosivo era C-4 militar con detonación preparada para explotar cuando la presión sobre el plato desapareciera. Ella intentó no imaginarse sobre esa alfombrilla mientras leía el mensaje, pero era difícil evitarlo. ¿Habría salido corriendo para ponerse a cubierto como había hecho el capitán o se habría quedado quieta? Por suerte, no necesitaba conocer la respuesta.

Zach Hamner la llamó por teléfono y Heat se sorprendió al ver que lo hacía desde su despacho de la sede central de la policía, no desde su móvil.

—¿Trabajas en domingo? —preguntó ella.

—Estamos vigilando la tormenta, Heat. Aquí no hay fin de semana que valga.

Como si él se tomara algún día libre. Heat imaginó que probablemente Zach Hamner iría a la playa con traje y corbata. Su voz tenía un tono casi compasivo, pero no del todo, como si estuviese comprobando cómo se encontraba tras la dura

experiencia.

—Estoy bien. Pero no es conmigo con quien está trabajando la forense.

Él le preguntó cómo se las había arreglado Irons para verse en esa situación.

—Joder... —murmuró cuando ella se lo contó. Y a continuación soltó un resoplido y añadió—: Metiendo la pata hasta el final.

—Perdona, gilipollas. —El trauma de la dura experiencia empezaba a desbordarse y el Martillo era el afortunado que la estaba llamando—. Wally Irons era muchas cosas, pero ¿sabes lo que es ahora? Un policía que ha muerto cumpliendo con su deber.

Zach empezó a retractarse, pero ella le interrumpió:

—Así que escúchame bien, enano de mierda, si vas a decir algo malo sobre un compañero policía que ha hecho el mayor de los sacrificios, iré allí personalmente a meterte en la boca tu maldita BlackBerry. Justo después de haberte hecho tragar tus pelotas. —Entonces vio a Lawrence Hays acercándose a su coche y colgó.

—Le estoy ahorrando algunas molestias, detective.

—¿Cómo ha conseguido entrar en mi escenario del crimen?

Hays no hizo caso a la pregunta, como si entrar en una zona restringida no supusiese nada para un hombre como él. Se limitó a quedarse quieto con los brazos cruzados y el culo apoyado en el maletero del Taurus mientras la esperaba.

—Cuando me enteré de la noticia pensé que si yo fuese Nikki Heat, habría ido en busca del hombre que me dio esta dirección. Aquí me tiene.

Se quitó sus gafas de aviador para que ella pudiera verle los ojos. Lo que la alivió no fue lo que vio en ellos. Aquel tipo tenía tanta experiencia en operaciones psicológicas que podría adoptar cualquier actitud y parecer creíble. Pero lo cierto es que no tenía sentido que hubiese tendido una trampa a Heat. A menos que Hays estuviese trabajando con Zarek Braun. La mirada de ella se movió hacia las cicatrices que asomaban a través del escote de su polo.

—Creo que no hay ningún problema entre nosotros —dijo ella—. Por ahora.

—Muy lista. —Volvió a ponerse las gafas de sol—. Y bien, ¿quiere que la ayude?

—¿En qué?

—Vamos, usted sabe a qué me dedico.

—Señor Hays, si me está ofreciendo sus servicios profesionales, le digo que no. Esto es un asunto policial y el Departamento de Policía de Nueva York puede encargarse de ello. Además, creo que con un mercenario que esté actuando en esta ciudad ya es suficiente.

Él dedicó un momento a observar la fina capa de humo que aún salía de la casa.

—Más le vale que sea así.

La brigada de Heat volvió a reunirse dos horas después tras el sondeo por el vecindario.

—Tenías razón —dijo Feller—. La base de datos del Centro de Información de Delitos en Tiempo Real ha encontrado una coincidencia. Hace dos semanas, un tipo que vive en una de las casas adosadas de la manzana denunció que un extranjero estaba haciendo gestos y sonidos obscenos a su hija adolescente. La comisaría Cuarenta y Seis mandó una unidad, pero el civil dijo que debía de haber habido algún error.

—Hemos llamado a la puerta del denunciante —dijo Ochoa—. La familia estaba nerviosa después de que les dejaran volver, una vez que había desaparecido el peligro. Pero identificaron a Braun por la foto.

—Y lo que es mejor —continuó Raley en una clara muestra de interrupciones al estilo de los Roach—, el extranjero les asustó tanto, razón por la que mintieron al agente, que le estuvieron vigilando.

—¿Puedo? —preguntó Rook—. Pocas veces me confunden con un detective. —Sacó sus notas—. La última vez que vieron a tu Tipo Duro fue el jueves. Iba con un bolso de lona y herramientas eléctricas. Estuvo trabajando con una sierra circular durante una hora, más o menos, dio algunos martillazos y se fue con las herramientas pero sin el bolso. —Cerró su cuaderno—. A mí me parece que podría tratarse de la instalación de una trampa.

—El jueves. Sabes que eso fue antes de que viéramos a Hays —comentó Feller.

Heat les habló de la visita del trabajador externo de la CIA, de su intuición de que era poco probable que Lawrence Hays fuese sospechoso, y les pidió que siguieran por otro camino. Nadie le llevó la contraria.

Sonó el móvil del detective Rhymer y, mientras él se apartaba para atender la llamada, Raley le preguntó a Heat si sabía qué iba a pasar en la comisaría.

—No me gusta ponerme tan pragmático, pero ¿alguien te ha dicho quién va a venir a sustituir a... ya sabes?

—No creo que nadie haya pensado ya en eso, Sean. Imagino que será alguien de la sede central que ahora está ocupado con la vigilancia de la tormenta. Poco más. Me sorprendería que supiéramos algo antes de que pase el Sandy.

—Oídmeme —dijo Opie con cierto tono de presentador de televisión—. Adivinad quién era.

—No —dijo Heat viendo la expresión de triunfo en su rostro—. ¿De verdad?

Rhymer volvió a meterse el móvil en el bolsillo.

—Alicia Delamater está encantada de reunirse conmigo para que la informe sobre la fiesta secreta del relanzamiento de Puff Daddy.



A las dos de esa misma tarde no estaba cayendo una sola gota sobre el Upper West Side de Manhattan. El Sandy seguía aún arremolinándose por las costas de Georgia y Carolina y se dirigía al noreste con suficiente peligro como para que el alcalde ordenara la evacuación de las zonas de la ciudad más proclives a una inundación. Una mezcla de premura y fatalidad llenaba las calles con neoyorquinos que se apresuraban a proveerse de existencias, buscar refugio y marcharse antes de que los metros y trenes cerraran a las siete. El resto se lo tomaba con calma y seguían con su vida normal, bien sin hacer caso a la realidad, bien simplemente felices de capear aquel espectáculo natural cuando llegara al día siguiente.

Los del último grupo no estaban dispuestos a dejar que un fastidioso ciclón tropical les impidiera asistir al *brunch* del domingo en el Daughters of Beulah. El servicio en la terraza del bistró tan de moda de Columbus Avenue había cerrado debido a la llegada de vientos de sesenta y cinco kilómetros por hora, pero todas las mesas del interior estaban llenas y las copas de mimosas y Bloody Marys fluían al mismo ritmo que se reafirmaba la negación de la llegada de la tormenta.

Mientras esperaba en la acera, una fuerte ráfaga abrió la chaqueta del detective Rhymer y él se giró para quitarse la placa del cinturón, pues pocos directores de *marketing* llevaban identificación policial. Acababa de guardársela en el bolsillo cuando un taxi se detuvo y salió una mujer vestida para impresionar.

Tras estrecharse las manos y presentarse, él tiró de uno de los pomos de hierro con rizos ornamentales para abrirle la puerta y entraron con un remolino de aire que agitó las palmeras que había en la recepción.

—Ya estamos los dos —le dijo a la recepcionista. Cuando Nikki se giró para mirarlos tras el mostrador, los ojos de Alicia Delamater pestañearon como los de una comediente de vodevil.

—Tengo la mesa perfecta para ustedes —contestó Heat—. En la comisaría de policía. Es mucho más tranquila. Así podremos hablar.

Alicia Delamater no compartía el deseo de la detective Heat de mantener una agradable charla. Se sentó con las manos cruzadas en la mesa de interrogatorios e hizo lo mismo que la mayoría de la gente en esa sala: tratar al principio de no mirar al espejo, pero, después, rendirse y empezar a echar pequeños vistazos que se convertían en miradas y, más tarde, en largos exámenes de la propia apariencia. Para Nikki, esa era la magia del espejo mágico. La visión demoledora del reflejo del visitante en uno de los peores momentos de su vida.

Pero eso seguía sin conseguir que se abriera. La relación de aquella mujer con Keith Gilbert era la mejor oportunidad de Heat de averiguar qué pasaba con él, con Fabian Beauvais, con Conscience Point y con todo lo demás. Aquello resultaba ser

una dinámica delicada. Alicia no era sospechosa ni tampoco se la acusaba de ningún delito. Pero estaba involucrada de algún modo o no habría desaparecido. De momento, Nikki solo quería información. Cualquier hilo del que poder tirar y conseguir ganar algo de terreno. Había invitado a Rook para que estuviese en la entrevista porque aquel día en su casa de Beckett's Neck Delamater había parecido sentirse atraída por él. Por desgracia, aquella fascinación no se tradujo en ninguna ventaja. Así que allí estaban sentados los tres. Uno de ellos mirándose en el espejo, pero sin hablar.

Entonces habló Rook —volviendo a uno de los primeros interrogatorios que habían vivido juntos él y Nikki— para hacer la jugada perfecta.

—¿Y ahora qué, detective? ¿Ha llegado el momento de la bodega del zoo?

Las cabezas de las dos mujeres se movieron de pronto hacia él. La de Alicia nerviosa e inquieta. La de Nikki con sorpresa y admiración. Él no pestañeó. No tenía que hacerlo. Nikki tomó el testigo sin perder un momento.

—Bueno, yo no quería recurrir a eso, pero puede que ya haya pasado suficiente tiempo.

—¿Qué es la bodega del zoo?

Nikki pensó que, si mirara ahora su reflejo, se derretiría. Rook se dispuso a levantarse de su silla.

—¿Quieres que llame abajo y le diga al sargento que tenemos otro animal para la jaula?

—¿De qué están hablando? —A Alicia se le había quedado la boca seca—. ¿Qué dice de jaulas?

—Lo cierto es que es una sola —contestó Rook—. Con un surtido de personas de distintos colores a la espera de ser procesados.

—¿De colores...?

—Por algo lo llaman el zoo —dijo Rook con tono amenazador.

La imagen que aquello evocaba asustó a la mujer. Por supuesto, ella no tenía forma de saber que no había ninguna bodega de zoo y que aquello era un farol que Heat se había inventado años atrás con el fin de aflojar la lengua a quienes eran novatos en el sistema delictivo.

—No pueden hacer eso. ¿Pueden hacerlo? ¿Y si quiero llamar a mi abogado?

—Claro —contestó Nikki—. Puede esperarle allí.

—En la bodega del zoo —añadió Rook.

—Pero es domingo. Podría tardar varias horas... Quizá le hayan evacuado.

—Otra opción es que simplemente hablemos —dijo Heat.

Alicia no necesitó pensárselo mucho.

—Muy bien.

Rook se sentó. Heat cogió su bolígrafo.

—Empecemos por el motivo por el que me mintió.

—Yo no le he mentado. ¿En qué?

—Dijo que Fabian Beauvais se había hecho una herida con la podadora de setos.

—Eso es lo que él me contó.

—Le habían disparado.

—Entonces, fue él quien mintió.

Las respuestas de Delamater tenían cierto tono defensivo para el gusto de Nikki. ¿Estaba mintiendo de nuevo o simplemente la asustaba lo del zoo? La abordó desde otro ángulo:

—¿Alguna vez ha visto a Keith Gilbert con un arma?

—No.

—¿Y la noche del intruso? La policía de Southampton dice que usted estaba allí cuando llegaron y que Gilbert tenía una pistola.

—Ah, espere. Sí. Eso. Pero Keith no suele llevar arma. Creía que se refería usted a eso. Él solo trataba de protegerme.

—¿De un escritor de novelas policíacas borracho? —afirmó Rook más que preguntarlo.

—No sabíamos que era él.

—¿Qué va a hacerle un escritor de novelas de misterio? —preguntó Rook—. ¿Molestarla con una escalofriante escena de misterio?

Heat colocó una mano sobre la mesa entre ellos dos.

—Rook, yo me encargo. —Lo cierto era que Heat se alegraba del cambio de conversación. Eso le proporcionaba lo que ella quería, una oportunidad de volver al haitiano con la esperanza de desestabilizarla—. Durante el tiempo en que él estuvo trabajando en su casa, ¿tuvieron usted y Fabian una buena relación?

—Sí. Nos llevábamos bien. —Después, se lo pensó mejor—. ¿Una relación? ¿Se refiere a si nos acostábamos? —Ahora fue Heat la que no respondió. La mujer siguió hablando—: No, nunca. No teníamos una relación así. Pero nos llevábamos bien. Más o menos.

—¿Alguna vez le habló él de que tuviera ciertos papeles?

—¿Se refiere a papeles de inmigración?

—Alicia, yo no estoy aquí para arrestarla por haberse acostado con alguien del servicio ni por haber contratado a un ilegal. Lo que quiero saber es si Beauvais le habló de que tenía algún tipo de documentos.

—No. ¿Por qué iba a decirme algo así? —De nuevo, un tono excesivamente a la defensiva.

—Entonces, ¿nunca le habló de que tenía ciertos documentos ni le dio un paquete o un archivo para que se lo guardara? —Delamater negó con la cabeza—. No la he oído.

—No.

—¿Alguna vez le vio con alguno? ¿Quizá un archivo, una bolsa pequeña o un sobre marrón grueso?

—De nuevo, lo siento mucho.

Pero entonces desvió la mirada. No hacia el espejo, sino hacia el techo. Heat se olió algo e insistió:

—Quizá se le haya olvidado. Esas cosas pasan. Piénselo.

—No necesito hacerlo. No.

Nikki sonrió.

—Vale. Bueno, bueno. —Eso hizo que Alicia se tranquilizara, que era justo lo que Heat deseaba antes de sacudirla en el mentón—. ¿Qué fue lo que acabó con su aventura con Keith Gilbert? —Los rasgos de la mujer se ensancharon y en su cuello aparecieron unas manchas—. Vamos, Alicia. Sé lo de la orden de alejamiento. ¿Qué pasó?

—Eso..., eso es muy personal.

—Por eso se lo pregunto. Él quería sacarla de su vida por algún motivo. ¿La pilló en la cama con Fabian?

—¡Claro que no!

—Entonces, ¿qué pasó?

—¿De verdad tiene que preguntar esto?

—¿Descubrió su esposa que usted cruzaba Beckett's Neck para algo más que para pedir una taza de azúcar?

—No. Es decir, nunca se enteró.

—¿Le presionó usted? ¿«Cásate conmigo o déjame»?

—Yo no le presioné nada. Fue él. No dejaba de joderme. —Heat había metido el dedo en la llaga con su insistencia—. Cuando yo trabajaba con él era muy emocionante tener nuestra pequeña aventura. Por lo peligroso y la novedad... Era excitante. Pero empezó a resultar difícil tener una relación en el trabajo, ¿sabe? Era una distracción. Demasiado grande como para poder llevarla bien.

Nikki no se giró, pero notó que Rook movía su silla lentamente hacia ella.

—Continúe —le pidió Heat.

—Así que se le ocurrió que yo podía dejar Gilbert Maritime y tener una casa en los Hamptons cerca de él. Cerca, pero pasando inadvertidos por si su mujer decidía aparecer por allí alguna vez. Así que me compró la casa, me ayudó a montar mi negocio y todo era diversión y juegos... hasta que ese cabrón me repudió. Escoria de mierda. —Alicia Delamater había empezado despacio, pero se había convertido en víctima de un gigante cada vez más rabioso—. ¿Sabe cómo me llamaba? Carga política. ¿Lo ve? No era su esposa. Su maldita carrera era su esposa. Y yo no podía competir. ¿Cómo se compite contra eso, joder? Dígamelo.

Aquel estallido terminó en lágrimas, provocando sollozos en Alicia, que se tapaba la cara con las dos manos. Quizá fuera la larga noche pasada en el Bronx lo que hizo que bajara la guardia, pero aquel testimonio afectó también a Nikki, que seguía sintiendo el escrutinio silencioso de Rook. Esperaba con todas sus ganas que él tuviera la cortesía de seguir callado.

Podrían haber retenido a Alicia Delamater con cualquier cargo chapucero, como

haber mentido a un agente de policía. Pero su abogado la habría sacado. ¿Y qué sentido tenía? Heat optó por la segunda mejor opción, que era decirle que aún se estaba pensando si acusarla de obstaculizar una investigación y haberse escondido durante todo este tiempo en un hotel del centro de la ciudad.

—¿Cuál es tu opinión? —le preguntó Rook cuando Delamater se fue.

—Pantallas de humo y artimañas, eso es lo que creo. El hecho de que ya no se acueste con Gilbert no significa que no forme parte de esto de alguna forma. Quiero averiguar más cosas.

—¿De verdad crees que va a contar algo más después?

Nikki negó con la cabeza.

—Simplemente va a tener tiempo de que se le ocurran mejores mentiras. Y de aparecer con su abogado. No, quiero averiguar más cosas sin depender de la ayuda de Alicia Delamater. Quiero órdenes de registro.

—¿Basándote en qué?

El trasfondo de escepticismo de Rook la molestó. Pero se contuvo. Ahora que se arremolinaban la fatiga y las emociones, no era el momento de empezar una discusión ni de sentirse ofendida. Así que respondió sin más.

—Acceso a pruebas materiales, mentiras, su confesión de que se ha estado escondiendo de nosotros.

Rook se lamió los dientes.

—Después de que el fiscal del distrito retirara tu orden de arresto, no va a darte una orden de registro con esos fundamentos.

—No, pero creo que sé de alguien que sí nos la dará. Tu antiguo compañero de póquer.

—¿El juez Simpson? ¿No le debes dinero desde la última partida?

—Perfecto. Así me cogerá el teléfono.

Después de que Heat pusiera fin a su conversación con Horace Simpson, que aceptó su solicitud de una orden de registro de la casa alquilada por Alicia Delamater en Manhattan, hizo una llamada más. Esta fue a la sargento detective Inez Aguinaldo de Southampton, que empezó dándoles el pésame a Nikki y a su comisaría por la muerte del capitán. Nikki le dio las gracias.

—Sé que te he pedido muchas cosas, pero me gustaría seguir tentando mi suerte.

—Dime.

—Y estoy segura de que debes de andar ocupada con tus propios preparativos para el Sandy.

—Dime qué necesitas, detective Heat. Haré que la tormenta espere.

Así que Nikki formuló su petición a Aguinaldo de que fuese a registrar la casa de Delamater en Beckett's Neck.

—¿No necesito una orden de registro? —preguntó la investigadora de

Southampton cuando Heat le dijo qué era lo que tenía que buscar.

—Vale —respondió Heat—. Ese es el segundo favor que te pido.

La otra detective se rio y le dijo que sabía a quién tenía que llamar.

—Es la ventaja de ser una comunidad pequeña.

Nikki puso fin a la conversación sintiéndose afortunada por haber conocido a Inez Aguinaldo, quien, a cada paso que daba, echaba por tierra la fama de los policías de los pueblos pequeños. Volvió a dejar el teléfono en su base y giró la silla para volver a examinar el panel con la información del asesinato que estaba al otro lado de la sala de la brigada. Lo último que le había añadido era una línea púrpura que unía con una flecha a Zarek Braun con un nombre nuevo escrito con su propia letra, que apenas podía reconocer: «CAPITÁN WALLY IRONS».

Ladeó la cabeza y miró hacia la oscuridad de su despacho. Con el resplandor cobrizo de las farolas de sodio que se adentraba por la ventana, Nikki distinguió una silueta familiar: el reflejo, dentro del plástico de la tintorería, de su camisa de vestir preparada para atender a los medios de comunicación. La luz empezó poco a poco a difuminarse, como si fuese la forma de un fantasma sin cabeza. Sin embargo, no se trataba de ninguna aparición. Solo era la niebla provocada por la profunda fatiga. El aura se desvaneció y lo siguiente que Heat sintió fue una mano que le movía suavemente el hombro mientras una voz procedente de un túnel lejano le pedía que se despertara.

Abrió de repente los ojos y se arqueó hacia arriba en su silla. Los Roach estaban a su lado.

—Perdona por haberte asustado —dijo Ochoa—. Mi amigo de la Agencia de Investigaciones Criminales me acaba de llamar. Han acorralado a Earl Sliney y Mayshon Franklin.

Las telarañas se disolvieron y Heat se puso de pie.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Raley mientras ella cogía su chaqueta. Al otro lado de la sala, Rook tenía apoyada la cabeza sobre la mesa.

—¡Rook! —gritó ella y a continuación él levantó la cabeza—. Nos vamos.

A través de su bostezo de morsa, él dijo algo de una carabina.

Fueron con los coches con las luces encendidas pero sin sirenas atravesando el puente de Williamsburg en dirección a Brooklyn. Heat, Rook y Feller iban delante de Raley, Ochoa y Rhymer, que estaban en el coche de los Roach. Detrás de ellos, la silueta de Manhattan tenía por encima un brillo incandescente, como si fuese un efecto especial realizado por ordenador, y el coche era sacudido por fuertes ráfagas de viento que anunciaban la llegada inminente de un huracán.

Rook consultaba su iPad y anunciaba de vez en cuando noticias sobre la tormenta.

—¡Vaya! Con esta rara convergencia de factores meteorológicos y la luna llena de mañana por la noche, dicen que puede haber un oleaje de entre tres y tres metros y medio. Sabéis lo que significa eso, ¿no? Cena con vistas al mar en Times Square.

—Ya que tengo que ir sentado aquí atrás, ¿puedo por lo menos tener un poco de tranquilidad? —preguntó el detective Feller.

El silencio que siguió duró diez segundos enteros antes de que Rook pasara a otra página web y empezara a reírse.

—¿Os gustan las ironías? La Metropolitan Opera ha anunciado que cancela los pases de *La tempestad* debido a..., tachán..., el huracán. Me encanta. —Otra racha de viento golpeó el Taurus y Rook gritó hacia la ventanilla—: ¡Soplad, vientos, hasta rajaros las mejillas! ¡Rugid! ¡Soplad!

—Oye, Rook —dijo Heat.

—¿Sí?

—En primer lugar, eso es de *El rey Lear*, no de *La tempestad*. Y segundo, ¿puedes cerrar el pico?

—No me dijiste que cerrara el pico cuando le solté a Alicia Delamater lo de la bodega del zoo.

—No, eso fue... Ahí estuviste oportuno.

Heat salió del puente, siguió por Broadway y dio la vuelta hacia el río East pasando por el restaurante Peter Luger's.

—Creía que ibas a decir «inspirado». ¿Ves lo que la historia nos regala? —Se giró hacia Feller, en el asiento de atrás, y le contó el farol que había sacado del manual de estrategias de Nikki Heat.

El detective Feller levantó los dedos pulgares.

—Yo hago lo mismo para asustar a los novatos, pero lo llamo «Piojos, el compañero de celda».

—¡Puaj! —exclamó Rook—. Yo confesaría cualquier cosa con eso.

Aquello hizo que los tres se rieran, al menos hasta que vieron el control de carretera con luces intermitentes en Kent Street.

En la zona de preparación junto a la obsoleta planta de Domino Sugar de la Tercera

Avenida Sur, el detective Ochoa estrechó la mano al detective Dellroy Arthur.

—Es un placer conocerle en persona —dijo el jefe de la Agencia de Investigaciones Criminales.

Heat vio enseguida la placa del detective de paisano, el distintivo de la policía del estado con una banda en señal de luto atravesándola, igual que la de ella. Él les dio a todos el pésame por la pérdida, algo que nunca constituía unas simples palabras entre los miembros de los cuerpos de seguridad. Heat le dio las gracias por sus buenos deseos y su solidaridad y, a continuación, hicieron lo que hacen todos los policías: ponerse manos a la obra.

—Esto es lo que ha sucedido —empezó a explicarles el detective—. La policía de Nueva York recibe una llamada diciendo que alguien ha atravesado la valla que rodea el carril bici que están haciendo allí. —Todos miraron hacia Havemeyer Park, una parcela vacía que estaba en obras para convertirse en un camino para bicicletas con pequeñas pendientes y arcones—. Llegó una patrulla y vieron a dos hombres que bebían cerveza y estaban recorriendo el circuito. La pareja escapó de los agentes montados en sus bicicletas, pero les siguieron y vieron que entraban en aquellas obras.

Heat y su grupo giraron hacia Kent, donde se veía el esqueleto de hormigón de un edificio de diez plantas que se levantaba hacia la tempestuosa noche.

—¿Qué es lo que les ha hecho sospechar? —preguntó Heat.

—En pocas palabras, unos disparos. Eso ha motivado la llegada de la brigada de sucesos de la Diecinueve, que ha entrevistado a los agentes, los cuales han identificado a Earl Sliney como uno de los delincuentes de nuestro boletín, donde figuran todos los que están en busca y captura. El acompañante concuerda con la descripción general de su socio, Mayshon Franklin. —El detective de la policía estatal encendió su iPad y todos se colocaron alrededor mientras él les daba indicaciones en el plano mostrándoles las calles y las que estaban cortadas—. Los tenemos acorralados. Por desgracia, con este viento no podemos contar con ayuda aérea.

—¿Cómo sabe que siguen ahí?

—Ha habido más disparos. Están en algún lugar de la planta superior, según lo que yo he oído.

Arthur explicó su plan, que era encargar a un equipo doble de operaciones especiales realizar el asalto por dos sitios, empezando por la planta baja y subiendo hasta el tejado. La empresa constructora le había enviado por correo electrónico unos documentos PDF con los planos del edificio y él fue indicando cada fase y cada movimiento del equipo para que no hubiese fuego cruzado entre ellos. Cuando terminó, el detective de la Agencia de Investigaciones Criminales preguntó:

—¿Alguna duda?

—Solo una —respondió Heat—. ¿Puede cogerlos vivos?

—Supongo que eso depende de ellos.



De no haber sido por su chaleco personalizado, donde ponía «PERIODISTA» en lugar de «POLICÍA DE NUEVA YORK», a Rook podrían haberle dejado entrar. Pero el detective jefe de la policía estatal no quería «jueguecitos», según dijo, y ordenó al escritor que se quedara esperando.

—Es culpa mía. El brillo me ha delatado —le dijo a Heat mientras señalaba las dos medallas del Pulitzer que se había bordado en el chaleco.

—Además de no tener placa, arma ni formación.

—Eso es, restriégame tus mal llamadas cualificaciones superiores.

Heat y Feller fueron con el primer equipo de Operaciones Especiales; Raley y Ochoa, con el segundo. Dellroy Arthur había hecho los deberes, la comunicación por radio estaba lista y los equipos para realizar el asalto eran de primer nivel. Pero eso no eliminaba el riesgo que suponía entrar en un edificio en construcción oscuro por la noche con un viento aullador que tapaba cualquier sonido y que hacía que se movieran objetos salidos de la nada mientras unos sospechosos armados, uno de ellos un asesino que había matado a ancianas, esperaban Dios sabía dónde.

De forma metódica, durante un periodo de treinta minutos fueron revisando las escaleras, ascensores, huecos de aire y sanitarios portátiles de las diez plantas. Solo quedaba la azotea. Contar con apoyo aéreo habría vuelto la tarea mucho más fácil. O contar con un edificio más alto al lado para poder colocar observadores en las plantas superiores. Los equipos esperaban en los puntos de entrada en las escaleras de esquinas opuestas a que dieran la orden de acción, momento en el que irrumpirían en la azotea de forma simultánea. Tras confirmar que estaban preparados, se les dio luz verde.

Salieron a la superficie y rápidamente buscaron protección tras los voluminosos equipos de aire acondicionado que había a un lado de la azotea y las vigas metálicas apiladas que había al otro lado. Lo que no habían previsto era que Sliney y Franklin estuvieran subidos en sus bicicletas pedaleando como locos hacia el borde del edificio en lugar de abrir fuego. Mientras Heat y los equipos de asalto corrían hacia ellos gritándoles que se detuvieran, ella trató de dibujar en su mente el plano del iPad para recordar a qué distancia estaba el edificio más cercano. Y a qué altura.

Ya fuera porque tenían un pacto de muerte a lo Thelma y Louise o porque habían visto a Matt Damon saltar desde muchas alturas a otras tantas ventanas y conseguirlo, Sliney y Franklin avanzaron sin vacilar. Ninguno de los dos emitió sonido alguno. Ni un hurra ni un grito de rebeldía, ni un alarido. Simplemente pedalearon con todas sus fuerzas hasta salirse de la azotea.

Ninguno de los dos aterrizó.

Al salir de la cornisa, estaba claro que no llegarían al otro lado. Sliney debió darse cuenta rápidamente, porque desmontó en el aire como si estuviese en una exhibición de deportes extremos y lanzó desesperadamente las dos manos al cable de

la grúa de la obra que se encontraba junto al edificio. Al cruzar el haz de sus linternas, vieron cómo se agarraba al cable, pero no llevaba guantes. Su impulso, la gravedad y la fricción se unieron para desollarle las palmas de las manos mientras gritaba deslizándose por el acero trenzado. El gigantesco gancho que había al fondo lo detuvo. La punta se le clavó bajo la mandíbula y le abrió el cuello, dejándolo colgado sin vida con la cabeza hacia atrás expuesto a las ráfagas de más de ochenta kilómetros por hora.

Un grito interrumpido y un impacto de metal contra metal atrajo todas las luces debajo de la séptima planta. Mayshon Franklin había permanecido subido en su bicicleta, pero un golpe de viento le había lanzado hacia atrás, al lateral del edificio, donde aterrizó de golpe sobre el montacargas de la obra. Por lo que Nikki pudo distinguir con aquella luz, parecía que la bicicleta se había doblado sobre el ascensor y sus engranajes con el ciclista tumbado encima, atravesado por el manillar, que le sobresalía por la parte inferior de la espalda.

—¡Sigue vivo! —gritó Heat al oír los gemidos de Franklin y, a continuación, se apresuró hacia las escaleras.

Con Franklin vivo pero necesitado de una larga operación de cirugía y una absoluta sedación, Heat se fue de Williamsburg cuando la furgoneta de la oficina del forense se llevó los restos de Earl Sliney a la morgue de Brooklyn Borough de East Flatbush a la una y media de la noche. Insistió a su equipo para que se fuesen a dormir un poco y para que se aseguraran de que sus casas estaban preparadas para el huracán, un monstruo de Categoría Dos que se encontraba tan solo a quinientos kilómetros a esas horas. Con un apartamento en la tercera planta de una manzana protegida, Nikki estaba razonablemente segura de que su casa resistiría.

Solo para quedarse más tranquila, había llamado antes a Jerzy, el encargado de mantenimiento de su edificio, y este le había dicho que estaría pendiente. Así que, en lugar de irse a casa, salió hacia la comisaría Veinte para pasar la noche. Rook había aprovechado su larga espera en el área de preparación para comprobar también el estado de su *loft*. Después, llamó a su madre para asegurarse de que estaba bien. Tras recibir la tempestuosa promesa de que ninguna tormenta ridícula se iba a atrever a enfrentarse a Margaret Rook, estrella de Broadway, de espectáculos por todo el país y del restaurante Sardi's, volvió a Manhattan con Heat.

Dormitaba apoyado en la puerta del asiento del pasajero. Heat también estaba deseando dormir, pero el esfuerzo de mantenerse en su carril a pesar de los latigazos de viento que cruzaban el río East la mantenía despierta. Tenía la misma sensación que en el trayecto de ida, pero había algo nuevo que se añadía al remolino de nubes que devoraban los rascacielos y a las sacudidas del coche. Un olor a humedad tropical. Aquello hizo que volviera a pensar de nuevo en la sensación de fatalidad. Y en que se puede conocer a un monstruo e incluso saber que se está acercando, pero no

poder hacer nada por detenerlo.

La mañana siguiente muy temprano, tras cuatro horas de sueño con la boca abierta en el sofá de la sala de descanso y después de haber asaltado su archivador para coger la muda de emergencia que guardaba allí, Nikki se preparó un desayuno extendiendo mantequilla de cacahuete sobre una manzana troceada. Rook entró con un aspecto demasiado descansado para tratarse de un hombre que había dormido en una celda vacía. Tenía en las manos dos vasos grandes de café de Starbucks.

—¿Eso que huelo es comida casera?

Ella untó un trozo de manzana y lo levantó en el aire.

—¿Puedo ofrecerte una manzana Pink Lady? —preguntó ella, muy consciente de que le estaba tendiendo una trampa.

—Sin dudar, si tuviéramos más intimidad. Pero no te olvides de la mantequilla de cacahuete. —Cogió la manzana y se sentaron en la sala para ver lo que emitía el Canal 7 sobre la tormenta Sandy—. Me gustaba más cuando la llamaban Frankenstormenta —dijo él—. Huracán Monster, Halloween... ¿Qué tiene de malo que suene un poco tonto? En mi opinión, si un huracán nos va a azotar dos años seguidos, deberían permitirnos que nos riéramos un poco.

Vio a Keith Gilbert en la pantalla, en directo desde la Oficina de Gestión de Emergencias de la Autoridad Portuaria.

—Silencio ahora —dijo Rook mientras cogía el mando a distancia para subir el volumen.

—Se prevé que la entrada sea dentro de doce horas más o menos —dijo el comisionado—. La estimación aproximada de la ubicación sigue estando ligeramente al sur de la ciudad de Nueva York, pero eso continúa dejando la ciudad y el puerto en el potente cuadrante superior derecho del ciclón. En consecuencia, la Autoridad Portuaria va a cerrar el aeropuerto de La Guardia a las siete y cuarto de la tarde. El JFK, el Newark Liberty, el Teterboro y el Stewart International permanecerán abiertos, pero con todos los vuelos cancelados. Las instalaciones marítimas están cerradas...

Nikki veía cómo el, para ella, principal sospechoso de asesinato presentaba su mejor cara y un gesto viril ante la inminente crisis.

—¿Sabes que esta tranquilidad en plan macho no hace más que acentuar su atractivo como candidato? —dijo Rook como si le estuviese leyendo la mente—. Dios, viendo esto da pena que solamente pueda presentarse para el Senado de un estado. Apuesto a que podría salir elegido en Nueva Jersey también. Se le da de maravilla.

—No todo es inevitable, Rook. —Y nada más decirlo cogió su café y se fue hacia la sala para ponerse a trabajar.

Su brigada ya estaba allí cuando ella llegó. Les invitó a que se terminaran el café rápido y, después, se reunieran junto al panel de información del asesinato. Mientras

salían a vaciar las vejigas y volver a tomar una dosis de café, sonó el teléfono de la mesa de Heat.

—Vengo en son de paz —fueron las primeras palabras que escuchó. Era Zach Hamner—. Así que no cuelgues, por favor.

—Adelante.

—Acabo de emitir una orden por la que se te exime de tu labor.

Nikki se sentó en el borde de la mesa.

—Estoy un poco espesa. ¿En qué mundo se considera eso venir en son de paz?

—Porque voy a pasarle esto al jefe de tu comisaría.

—No tengo ninguno. Ha muerto.

—A eso me refiero. Vas a tener uno mañana. Uno provisional que van a sacar de las oficinas. Esta orden de darte la baja administrativa ha llegado a mi despacho procedente del subcomisionado de personal. Pero ya sabes cómo funcionan las cosas aquí, en la sede central. Hay uno que le aprieta las pelotas a otro de la cadena alimentaria y, de repente, recibes un golpe de la línea de banda.

—¿Qué línea de banda?

—Específicamente, las órdenes son que desempeñes tareas administrativas en Staten Island. Así que esa es mi oferta de paz para ti: avisarte con veinticuatro horas de antelación.

Las implicaciones de aquello daban vueltas en la cabeza de Nikki. Gilbert o sus abogados tenían a alguien en el Ayuntamiento o en la sede central de la policía y esa había sido la traba que habían puesto a la maquinaria de su caso.

—Heat, ¿sigues ahí?

—Eh..., sí. Solo estoy pensando qué hacer. —Y cómo de rápido hacerlo. Miró el reloj de pared y le faltó la respiración—. Está bien contar con esta información.

—Pensé que te interesaría. —Hizo una pausa y después continuó pareciendo más pequeño y arrepentido—. Y siento haber dicho lo que dije. Ya sabes. Eso de que Irons había metido la pata. Fue una absoluta estupidez. Te pido disculpas.

«Qué curioso —pensó ella—. Los que meten la pata pueden convertirse en héroes y los gilipollas pueden mostrar sensibilidad».

—Gracias, Zachary.

—Caballeros, no podemos perder ni un minuto —empezó a decir la detective Heat cuando todos habían formado un semicírculo.

Hizo un resumen de los titulares de la llamada del Martillo, lo que provocó rostros de enfado por parte de todos y alguna que otra maldición. Nikki les mandó callar.

—Yo estoy igual que vosotros. Está claro que más. Pero enfadarse no servirá de nada.

—Esto no va a cerrar el caso —dijo Feller.

—¿De verdad creen que vamos a dejarlo porque te manden a Staten Island? —preguntó Ochoa.

—Desde luego que sois capaces de seguir con ello —dijo Heat—. Sobre todo este grupo. Pero tenemos que ver que esto es por lo que es.

—Primer asalto —dijo Rook.

—Exacto. Este es el primer bombardeo de una ofensiva legal y de poder orquestada. La idea es ir desarmando los avances de uno en uno y, finalmente, hacer que desaparezcan.

Se tomó un momento para mirarlos a todos detenidamente.

—No podemos dejar que eso ocurra. Este caso ha sido difícil desde el principio. Muchas contradicciones. Muchos conflictos..., incluso aquí dentro. Lo cual está bien. Es lo que les pasa a los policías que trabajan con pasión. Eso quiero yo. Pero ahora hemos entrado en una nueva fase.

Se acercó a la pizarra y señaló el nombre del capitán Irons, que figuraba como víctima de asesinato.

—Tenemos que examinarlo todo a fondo. —Nikki se dio la vuelta para mirar de nuevo el nombre del capitán y exprimir aquel silencio. Después, cogió otro rotulador rojo del estante de la pizarra—. Esta brigada tiene veinticuatro horas para demostrar su brillantez. Veinticuatro horas para ponerse a la altura de su reputación como la brigada de homicidios que más casos ha resuelto en el Departamento de Policía de Nueva York.

Heat destapó el rotulador rojo y lo utilizó para dibujar un círculo alrededor de la traducción del tatuaje de Fabian Beauvais: «La unión hace la fuerza». Después, con el mismo color rojo, Nikki dividió la pizarra en cuatro cuadrantes iguales. Escribió un nombre en cada uno en el sentido de las agujas del reloj: «Raley. Ochoa. Feller. Rhymer». Tapó el rotulador y se cuadró ante sus detectives.

—Vuestra misión hoy es examinar cada detalle del caso que caiga dentro de vuestro cuadro. Si no sois el detective que encontró la pista, familiarizaos con ella y profundizad. Si fuisteis vosotros los que la descubristeis, volved a revisar vuestro trabajo con ojos críticos. «¿Qué he pasado por alto?», «¿qué preguntas no hice?», «¿con quién no he hablado?», «¿qué sé ahora que no sabía entonces que abra una nueva línea de investigación?». Hablad entre vosotros. Si os enteráis de algo o tenéis una corazonada, coged ese dato de vuestro compañero y seguid por ahí.

Tenía la atención de todos y lo aprovechó.

—Cuatro víctimas: Fabian Beauvais, caído del cielo; Jeanne Capois, torturada; Shelton David, víctima de un asalto a su casa; el capitán Irons, en cumplimiento de su deber. Este es un caso difícil y hoy es el peor día para trabajar en él. Pero todos sabemos que las soluciones no nos las regalan. Llegan gracias al trabajo duro. —Golpeó con un dedo la pizarra—. Algo de lo que hay aquí puede llevarnos a la solución. Actuad con diligencia. Pensad. Sed policías.

La brigada se puso rápidamente manos a la obra sin vacilar, todos ellos en

dirección a sus mesas excepto Rhymer, que se quedó atrás para tomar nota en un cuaderno de los puntos que habían caído en su recuadro. Raley, el rey de las cámaras, sacó su iPhone y le hizo una fotografía al suyo. Rápidamente, la sala quedó invadida por la agitación de los investigadores, que levantaban sus teléfonos para llamar de nuevo a los testigos presenciales, hacer consultas a otras secciones y comisarías y dar parte unos a otros sobre sus pistas y claves. Heat actuaba como intermediaria e investigadora independiente, relacionando ideas y eludiendo a los que pudieran hacerles perder el tiempo. Rook trabajaba por su cuenta consultando el panel y haciendo búsquedas en internet.

Poco antes de las dos, Heat se acercó a la mesa de Rook.

—Mayshon Franklin ha salido del quirófano y se encuentra en recuperación. ¿Te importa mojarte un poco?

Lo primero que vio el prisionero cuando abrió los ojos fue la placa de Heat. No pudo evitar verla, pues Nikki se la acercó tanto que casi le tocaba la nariz. Le había costado despertar de la anestesia más tiempo del que Nikki y Rook habían calculado y pasaron una hora esperando en las sillas que había junto a la cama mientras escuchaban el siseo de la lluvia contra la ventana. Aquello, más que suponerle una pérdida de tiempo, le garantizaba a Heat que estaría allí cuando Mayshon Franklin despertara y que el abotargamiento de los medicamentos amortiguarían su instinto de mantener la boca cerrada, mentir o pedir que le llevaran un abogado.

Con Earl Sliney, el fugitivo de la policía estatal que ya estaba fuera de juego, el investigador jefe de la Agencia de Investigaciones Criminales había levantado el campamento, feliz de dejar a su cómplice al cargo del Departamento de Policía de Nueva York. Heat estaba agradecida.

—Mayshon Franklin, está usted detenido —dijo ella guardándose la placa cuando se aseguró de que ya la había visto.

Él tenía unos ojos vidriosos que se movían sin poder dar sentido todavía a lo que veían. Tiró suavemente de las esposas que le ataban a la prisión de su cama. Después, se lamió la boca seca.

—¿Earl? —preguntó.

—Earl Sliney ha muerto, Mayshon.

Él cerró los ojos como si se confirmara a sí mismo lo que ya sabía y, a continuación, volvió a abrirlos.

—¿Cómo?

Mientras Heat trataba de decidir cómo explicárselo, Rook apareció por detrás de ella.

—Como un dispensador humano de caramelos Pez.

Aquello no hizo más que confundir a Franklin y Heat no quería que dejara de hablar. Además, tenía poco tiempo antes de que él se cansara y volviera a quedarse

dormido, así que fue directa al grano:

—Mire aquí, Mayshon. —Nikki le mostró la imagen de la cámara de seguridad del cajero automático en la que salían él y su equipo y señaló a Beauvais—. Le reconoce, ¿verdad? Mayshon, mire aquí. Bien. ¿Le conoce?

Franklin asintió levemente.

—Tenemos un vídeo de su amigo Earl disparándole hace unas semanas. Usted estaba allí. —Volvió a asentir, lo cual la animaba, pues lo quería con la guardia baja—. ¿Le dio?

—No. Le disparó.

—Exacto. Sabemos que le disparó. ¿Alguna de las balas de Earl le alcanzó? —Mayshon se encogió de hombros e hizo una mueca de dolor por el esfuerzo—. ¿Puede responder sí o no?

—No lo sé. Puede que le diera, puede que no. No lo sé. —Tomó aire con dificultad y sus ojos se cerraron.

—Siga conmigo, Mayshon. Lo está haciendo muy bien. Casi hemos terminado. —Sus párpados se agitaron hasta abrirlos a medias y Nikki insistió, consciente del poco tiempo que le quedaba antes de que él se quedara dormido—. Usted y Earl le estaban siguiendo y él llevaba un paquete. ¿Qué era?

—Había robado.

—¿Qué había robado?

—Al jefe. —Sonrió soñoliento—. Al jefe no se le roba.

—¿Cómo se llama el jefe? ¿Me lo puede decir? —Él puso una mueca imitando a un niño que se ha metido en un lío y sacudió la cabeza sobre la almohada. Ella insistiría en ese tema más tarde—. ¿Qué había en el paquete?

—Algo malo. No sé. Cosas de la red de documentos triturados.

Como ya había asegurado que no sabía qué había dentro, Heat no quiso perder tiempo en eso.

—Hábleme de esa red. —Uno de sus ojos se cerró. El otro se abrió como el de un drogadicto en un vídeo musical—. Mayshon, ¿dónde está la red de documentos triturados?

—¿No lo sabe? Es policía.

—Dígame. Ayúdeme a entenderle mejor, Mayshon.

—Flatbush. Vamos, sí que lo sabe. —Su habla se iba volviendo cada vez más torpe.

—¿En qué lugar de Flatbush?

—Flatbush. Ya lo sabe. —Cerró los ojos y canturreó una cantinela—: Mar-co. —Y después se rio respondiendo con la misma cadencia—: Po-lo.

—Mayshon, no se ande con juegucitos conmigo. Solo dígame dónde.

—Po-lo —respondió de nuevo con una cantinela. Después, no dijo nada y ella creyó que lo había perdido. Entonces, él volvió a reírse y dijo—: Inter... personal.

Y luego se quedó dormido.

Rook consultó su iPad en el pasillo después de que la enfermera de planta les dijera que tenían que salir y dio un salto sobre el pulido suelo de linóleo.

—¡Ja! Lo sabía. El matón número uno no te estaba tomando el pelo. Mira.

Levantó la tableta para que Nikki leyera lo que había encontrado: «Marco Polo Internacional —en vez de Marco Polo Interpersonal—. Distribuidor y mayorista de especias de Flatbush, Nueva York». Vio cómo el rostro de ella se llenaba de esperanza y cómo los engranajes de su cabeza se ponían en marcha—. Yo no llamaría para avisar de que vamos.

—No —dijo ella mientras se dirigía al ascensor—. Vamos a darles una sorpresa.

Cuando aparcaron en la puerta del garaje del Centro Médico Woodhull de Brooklyn, tanto a Heat como a Rook les sorprendió que la lluvia siguiera siendo relativamente suave. ¿No debería ser más torrencial? El viento, sin embargo, seguía soplando fuerte, aparentemente sin límites. Bajando por Marcus Garvey Boulevard hacia Flatbush, bolsas de plástico, ramas de árboles, trozos de vallas publicitarias e incluso números arrancados de los carteles con los precios de las gasolineras atravesaban volando la calle, lo que motivó que Rook dijera algo que Nikki apenas pudo oír sobre que estaban cayendo los precios de la gasolina.

Ella estaba ocupada en tratar de convencer al comandante en funciones de la comisaría Sesenta y Siete de que le enviara refuerzos a Marco Polo Internacional. Era comprensible que se mostrara reacio a brindar agentes en activo durante una situación de emergencia que afectaba a toda la ciudad, pero eso no era suficiente para Heat, que mencionó el nombre de Zach Hamner como la siguiente llamada que realizaría si era necesario. El comisario en funciones le ofreció dos patrullas, que se reunirían con ella en el extremo oeste de Preston Court quince minutos después.

El coche de Heat se había quedado bloqueado en la Veinte, así que ella y Rook llegaron a toda velocidad en el coche camuflado de la brigada antidrogas que ella había incautado. Una pareja de coches patrulla les esperaban en la puerta del aparcamiento que había en la esquina de Preston con la carretera de Kings.

—No quiero ser ceniza, pero estamos a unas tres manzanas del hotel de Fabian Beauvais. Si resulta que aquí está la red que trituraba los documentos y él los timó, es fácil ir andando.

—O corriendo —dijo él.

Esos agentes, más que actuar simplemente como refuerzos, conocían bien la zona. Preston Court era una zona industrial deprimida y sucia, una callejuela de doble sentido en parte sin pavimentar que tenía a cada lado almacenes de baja altura con la fachada de ladrillo y cemento, materiales de excavación amontonados y montículos de chatarra rodeados de alambradas metálicas de concertinas. La distribuidora de especias estaba situada cien metros al este, entre un almacén de reciclaje de neumáticos y una empresa de reparación de calderas. El agente de mayor rango, un



sargento, dijo que todos los negocios de aquella zona de Preston cargaban sus materiales en el interior y en el exterior de sus locales, así que solo quedaba un estrecho camino de servicio que recorría la parte posterior de los edificios, una salida fácil de bloquear con un coche patrulla en cada extremo. Heat le dijo al sargento que le gustaba su plan y le encargó que él y el otro equipo fueran a la parte de atrás y que dejara a uno de los agentes para que entrara por la puerta delantera con ella y con Rook.

Mientras iban con el coche manzana arriba, pasaron junto a una plataforma cargada con chasis huecos de coches que estaba delante de una planta trituradora. Al lado, en la puerta de un edificio vacío donde un cartel en rojo y blanco anunciaba que se alquilaba con una superficie de dos mil ochocientos metros cuadrados, un puñado de jóvenes latinos se agachaban intentando proteger sus cigarrillos con la mano, como si el huracán fuera una molestia sin importancia. Cuando vieron el coche policía camuflado, salieron corriendo en todas direcciones. Aparcaron en la puerta de la Distribuidora de Especies Marco Polo Internacional y Rook dirigió una mirada de mofa al cartel de la entrada:

—Si esto no es la tapadera de algo, me como una cuchara entera de pimentón picante.

Lo cierto era que aquel edificio tenía aspecto de cualquier cosa menos de internacional. Una caja de dos alturas de bloques de cemento vistos con una cubierta de oxidados paneles de acero ondulado.

La puerta de la calle estaba sin cerrar, bien por descuido o gracias a los que estaban fumando, y entraron los tres. Encontraron una zona de recepción vacía. Estaba claro que no esperaban clientes. Unas deslucidas fotografías enmarcadas de hierbas secándose en colinas del extranjero adornaban unos paneles de contrachapado justo en la puerta de un refugio subterráneo de la época de Kruschew. Dentro de los polvorientos expositores había cuencos con muestras de especias podridas llenos de telarañas. Por su color pálido y su textura, podrían haber sido traídas por Marco Polo en persona.

La puerta que había a un lado del mostrador se abrió y entró un hombre imponente lleno de músculos que se apresuró a cerrarla inmediatamente.

—¿Qué desean? —dijo con un tono una octava más alto de lo que cualquiera se hubiera esperado al ver su cuerpo inflado por los esteroides.

—Estamos interesados en comprar algunas especias —respondió Rook—. Me vuelve loco el azafrán.

Tanto el agente como el hombre musculoso lo miraron extrañados. Los ojos de Heat permanecieron fijos en aquel cuerpo musculoso y le pareció ver algo guardado dentro de su bolsillo trasero, que quedaba oculto bajo el borde de la camisa que le sobresalía por fuera.

—Quiero hablar con el encargado. ¿Es usted?

—Está cerrado.

—La puerta estaba abierta. —Heat se abrió la chaqueta para enseñar su placa y su Sig Sauer—. ¿Es usted el encargado?

—No.

—¿Quién es?

—¿Tiene una orden de registro?

En cuanto lo pidió, la puerta que había detrás de él se abrió del todo. Un hombre asiático delgado que llevaba en las manos un cigarro sin encender y un mechero se quedó en el umbral. Detrás de él, Heat pudo ver parte de un enorme almacén diáfano con alrededor de una docena de hombres, mujeres y niños extranjeros que descargaban bolsas de basura de un camión. El hombre musculoso empujó al hombre del cigarro al interior y cerró la puerta.

—No necesito ninguna orden. Resulta que ahora mismo he detectado una actividad ilegal. Esa niña que acabo de ver trabajando está incumpliendo las leyes laborales de los menores —afirmó Heat mientras se acercaba a él—. Y usted está arrestado por llevar un arma ilegal. —Alargó la mano hacia su bolsillo trasero y sacó una porra extensible—. Creo que ahora me gustaría dar una vuelta —dijo mientras el agente le cacheaba y le esposaba.

Una hora después, aún con las manos esposadas pero sentado en un sillón manchado en medio del almacén, el hombre musculoso, Mitch Dougherty, observaba con tristeza cómo su cuadrilla de cuarenta y seis ilegales le insultaban en lenguas extranjeras mientras pasaban en fila para ser atendidos por los servicios sociales. El personal del departamento de servicios sociales había desafiado el mal tiempo y había llegado con dos autobuses para llevarse a las docenas de extranjeros maltratados y desnutridos a los refugios de emergencia para que les realizaran un examen médico.

Utilizando el término que Heat le había oído a Fifi Figueroa, Mitch era tan solo uno de los machotes, un esbirro. Pero estaba dentro y eso significaba que debía saber quién dirigía el negocio. Y menudo negocio.

Ana, una joven hondureña, se acercó a Nikki y le habló con un excelente dominio del inglés en nombre de los demás trabajadores, desesperada por contarle las circunstancias de su apurada situación.

—Yo soy como la mayoría de estas mujeres. Nos han sacado de nuestros pueblos y nos han traído aquí en contra de nuestra voluntad.

En el caso de Ana, la había raptado una noche en La Ceiba una banda que primero la había violado y después la había llevado a Estados Unidos para convertirla en prostituta.

—Por desgracia, también sucede lo mismo con algunos chicos —dijo—. Aunque muchos de los hombres y mujeres no han sido secuestrados, sino engañados para venir aquí. ¿Quién no va a querer venir a Estados Unidos a cursar estudios? Eso es lo que les dijeron a algunos y cuando llegan no hay documentos de identidad ni compañeros y se les obliga a trabajar por unas cuantas monedas en este infierno en la Tierra y a vivir en esas habitaciones mugrientas donde nos tienen metidos.

Heat observó la cola de almas con la mirada vacía. Por supuesto, ella sabía que había tráfico de seres humanos, la industria encubierta de servidumbre humana que mantenía viva la crueldad moral de la esclavitud en estos tiempos. Pero allí los estaba viendo en cuerpo y alma, y en una gran cantidad. Hombres, mujeres y, por lo que le habían dicho los de los servicios sociales, niños de hasta nueve años a los que habían llevado siguiendo la costumbre histórica de raptos, maltrato y esclavitud para el enriquecimiento de sus raptos y de todos aquellos que apoyaban aquel sistema. Allí, ante ella, había cuarenta y seis vidas. Lo que le hizo sentir escalofríos fue la certeza de que no eran más que un grano de arena de toda una playa.

Entusiasmada por la liberación de su cautiverio, Ana llevó a Heat y a Rook por el almacén para describirles cómo era la organización y cuáles eran las tareas que cada equipo realizaba.

—Así es como nos dividían, por especialidades. Y por grado de alfabetización. Ya lo verá.

El diáfano edificio de mil ochocientos metros cuadrados estaba subdividido por tareas. En un extremo, grandes montones de bolsas de basura de plástico invadían una parte del inmenso espacio parecido a un hangar. El resto de la planta de cemento estaba dividida por placas de madera que delimitaban áreas cuadradas donde se realizaban las clasificaciones. Todo el trabajo se hacía a mano. Un equipo ordenaba el contenido de cada bolsa según las materias primas, que eran llevadas a su sección correspondiente. Cada área tenía un objetivo diferente: tarjetas de crédito y recibos de tarjetas de crédito; tarjetas de cajero y recibos; correo personal, que después se dividía en distintos tipos (notificaciones bancarias, líneas de crédito con aprobación previa, venta por correo y facturas de internet pagadas con tarjetas de crédito, correos de organizaciones y asociaciones de profesionales, tarjetas de cumpleaños para ver la fecha de nacimiento); cajas de cartón de envíos con etiquetas en las que figurara el nombre y la dirección; y productos no perecederos que incluían de todo, desde ropa desechada con nombres y números de teléfono hasta etiquetas de equipajes y viejos productos tecnológicos, sobre todo discos duros y teléfonos antiguos.

—Todo esto se clasificaba a cuatro patas durante todo el día hasta bien entrada la noche. Y luego venían los camiones y traían cada vez más.

—¿Qué pasaba con las cosas buenas que encontraban? —preguntó Rook.

—Sí, el material útil con nombres e información que pudiera ser usado para falsificar documentos de identidad o para cometer fraudes se metía en esos cubos de plástico y se lo llevaban a otro sitio, a la gente que falsificaba cuentas o tarjetas de crédito o cosas así.

—Eso debía de valer millones de dólares —le dijo Rook a Heat.

Pero ella estaba mirando hacia otro lado, al otro extremo de la enorme sala.

—¿Y qué es eso de allí atrás?

—El montón de confeti. Venga, se lo enseñaré. —Les llevó al rincón trasero, donde vieron el material triturado del que les había hablado Fifi. Documentos

tritutados que habían sacado de unas bolsas de plástico, los habían colocado en el suelo y juntado de forma meticulosa (casi imposible), como rompecabezas que se convertían en facturas de préstamo para la compra de automóviles, hipotecas, currículum y cualquier cosa que hubiese sido triturada para evitar que robos de datos identificativos—. Aquí es donde me obligaban a trabajar —dijo—. Porque decían que yo era paciente y lista.

Ana contuvo una lágrima y, a continuación, desordenó de una patada uno de los documentos que estaban casi acabados, un informe sobre un crédito para la compra de un apartamento. Se desintegró arremolinándose en una pequeña espiral y fue amontonándose en el suelo como si se tratara de la nieve dentro de una bola de cristal. Le gustó tanto que dio otra patada y luego otra más, y entonces se dejó caer al suelo. Nikki la abrazó para consolarla y le hizo una señal a una trabajadora social para que se acercara.

Pero con la misma rapidez que se había derrumbado, Ana se incorporó, se secó las lágrimas y dijo que estaba bien.

—Ana, podremos seguir con esto cuando se sienta con más fuerza, pero me gustaría que mirara unas fotografías —le pidió Heat.

—Lo haré ahora —contestó ella—. De verdad, estoy bien. —Sonrió. Nikki sacó su teléfono móvil y buscó una foto de Fabian Beauvais—. ¡Ah, ese es Fabby! —Ana se emocionó tanto que trató de coger el móvil—. Trabajaba aquí, ¿sabe? —Entonces, su rostro se turbó—. A Fabian lo engañaron para que viniese desde Haití después del terremoto. Le dijeron que tendría una vida mejor. Esta fue su vida. —Miró hacia la sala y ya estaban saliendo hacia el refugio las últimas víctimas de trabajos forzados—. Pero Fabian salió. Se fue. Y también ayudó a su prometida a marcharse.

Heat apartó su teléfono. No podía soportar seguir con aquella conversación.

—Esto es lo que vamos a hacer, Mitch —dijo Heat mientras acercaba una silla para colocarse rodilla con rodilla con el matón que estaba al cargo—. Voy a darle la oportunidad de decirme quién dirige esta pequeña... empresa. —Lanzó una mirada a Rook y vio que se daba cuenta de la referencia a Fifi. El tono despreocupado de Heat era absolutamente una careta. Nikki sabía que era una cuestión de tiempo que el jefe de aquel taller clandestino se enterara y por eso quería su nombre antes de que él pudiese salir huyendo. Pero no podía mostrar su prisa, así que empezó a disimular sosteniendo su cuaderno como una taquígrafa de *Mad Men*—. Nombre y apellido, por favor.

—No puedo.

—Querrá decir que no quiere.

—Claro que no quiero. ¿Sabe lo que me harán si hablo?

—¿Qué es lo que les robó Fabian Beauvais?

—Le he dicho que no voy a hablar.

—Qué pena. Porque iba a ofrecerle un acuerdo. Uno especial por el huracán. Porque, verá usted, Mitch, a nosotros se nos da muy bien averiguar cosas. ¿Qué cree que encontraremos cuando revisemos las llamadas de su teléfono móvil?

Él alzó los ojos hacia Rook.

—Ah, sí —dijo este—. Cualquier llamada que haya hecho o recibido.

—Mitch, ¿cree que vamos a averiguar para quién trabaja? —Heat dejó que sus palabras reposaran un momento y chasqueó los dedos—. Espere, tengo una idea estupenda. ¿Ha triturado usted sus documentos, Mitch? Porque voy a hacer que mi policía científica busque entre su basura. Aquí, en su pequeña oficina, y en su casa. ¿Qué es lo que vamos a encontrar, Mitch? ¿Talonarios? ¿Un correo electrónico que usted imprimió sin ningún cuidado?

—Qué suerte que le guste hacer ejercicio, Mitch —intervino Rook—. Las prisiones de Nueva York tienen los mejores gimnasios. ¿Quiere un consejo? Yo tendría cuidado con quién le localiza. Algunos de esos condenados a cadena perpetua son un poco torpes, aunque en realidad creo que simplemente les gusta ver qué pasa cuando un hierro pesado aterriza sobre un cuello.

Mitch empezó a removerse. Miró a Heat nervioso.

—No le escuche —dijo ella—. Nadie va a molestarle en el gimnasio. Con una constitución física como la suya, es más probable que alguien le ponga a prueba en el patio o en la cola del comedor. Meterle un pincho a un tipo grande como usted proporcionaría mucha fama a un matón. —Le dio una palmada en la rodilla—. Qué pena. Ha perdido su oportunidad de llegar a un acuerdo.

—Vale —dijo él en cuanto Nikki se puso de pie.

Cuando iban rápidamente hacia el coche, Rook llamó a Heat en el vestíbulo, junto a los expositores de especias.

—Espera.

Ella se detuvo y se giró.

—¿Que espere? ¿De verdad?

—Tengo que hacer una cosa. Me odiaría a mí mismo si no lo hiciera.

Levantó un dedo para pedirle que esperara y entró corriendo de nuevo en el almacén. Nikki miró por la puerta y vio cómo pasaba corriendo al lado de Mitch y los agentes que estaban a punto de llevárselo. Rook rodeó una pila de viejos ordenadores y se detuvo junto a un montón de confeti. Se quedó quieto un momento y después dio la vuelta y abrió la puerta de atrás. Los vientos huracanados soplaron y levantaron en el aire montones de papel con una fuerza enorme, arrastrándolos al exterior del almacén y esparciéndolos dentro del torbellino.

Cuando salieron todos, siendo ahora nada más que cintas de papel en medio de la tormenta, Rook cerró la puerta. Volvió a salir y pasó junto a Heat.

—¡Huy! —exclamó después.

Se suponía que la marea alta no llegaría a su punto álgido hasta casi dos horas después, pero cuando pasaron por Wall Street, poco después de las siete de la tarde, las ruedas del coche de Heat se hundían en el agua desbordada del río East. Las frecuencias de radio de los grupos tácticos estaban, como mínimo, animadas. Oyeron informes que aseguraban que el túnel entre Brooklyn y Battery había empezado a inundarse con agua de mar, que numerosos residentes estaban atascados en los ascensores de los rascacielos que se encontraban más al sur de la ciudad porque la compañía de electricidad había cortado la luz como medida preventiva y que en Chelsea se había desprendido toda la fachada de un edificio de apartamentos dejando a la vista las habitaciones que daban a la calle de las cuatro plantas.

—No me gustaría ser el tipo que está sentado en el váter leyendo el *Ledger* en ese edificio —dijo Rook y, a continuación, hizo un alegre saludo con la mano—. Hola, Nueva York.

Heat se quedó mirándolo.

—¿Cuántos años tienes?

—Muy bien, ódiame por tener una imaginación tan visual.

En Beaver Street seguía habiendo electricidad cuando Nikki aparcó, pero las farolas no impidieron que golpeará con su rueda delantera el bordillo porque este se encontraba sumergido en el agua. Miró por los espejos retrovisores y observó toda la manzana. Todas las tiendas estaban cerradas, al igual que el restaurante Delmonico's de la esquina. No había nadie conduciendo y los únicos vehículos que se encontraban en la calle eran coches aparcados y una furgoneta de UPS, todos ellos vacíos.

—No veo a nuestros chicos.

—Supongo que han venido más lentos por la tormenta.

El detective Ochoa confirmó por teléfono que el coche de los Roach había sido víctima del cierre de una carretera.

—La FDR y la Henry Hudson están cortadas —dijo—. Se suponía que el agua llegaría hasta diez o doce centímetros, pero ahora dicen que está subiendo treinta centímetros por encima de eso. Rhymer y Feller vienen detrás de nosotros, pero tal y como están las calles no creo que podamos llegar hasta dentro de una hora por lo menos.

En lo único que podía pensar Heat era en su sospechoso allí arriba, en su apartamento, preparando su huida desde hacía una eternidad.

—¿Estás preparado para esto? —le preguntó a Rook.

—¿Qué? ¿No vas a ordenarme que me quede en el coche?

—No —le contestó con una sonrisa ladina—. Vas a llevarme a cuestras hasta la puerta para que no arruine mis zapatos.

Lo cierto es que él se ofreció a hacerlo e incluso dio la vuelta hasta la puerta del conductor y se agachó para que ella montara sobre su espalda. Nikki le dio una

palmada en el trasero y él cambió de idea. Llegaron a duras penas con los pies hundidos hasta los tobillos a la puerta de un edificio de terracota de doce plantas anterior a la guerra. Heat se protegió los ojos del viento y la lluvia que la azotaban e inclinó la cabeza hacia atrás. Las luces del ático estaban encendidas.

—Policía de Nueva York, abra.

La detective Heat dio otro golpe y se quedó escuchando. Oyó movimientos en el interior, dio un paso atrás y, a continuación, se echó hacia delante para dar una patada al centro de la puerta. Justo antes de golpear, el cerrojo se deslizó y la puerta empezó a abrirse. El impulso hizo que la suela del zapato diera contra la madera y la puerta se movió unos veinte centímetros antes de golpear a alguien que estaba detrás de ella y que soltó un grito.

Nikki entró con la pistola desenfundada y se colocó sobre el hombre que se encogía en el suelo. Le dio a Rook la Beretta que llevaba en la funda del tobillo y le dijo que le apuntara mientras ella inspeccionaba el resto de las habitaciones.

—Está mojada —dijo él.

—No te preocupes. Aun así, dispararé.

Cuando Nikki volvió un momento después, enfundó su pistola y dio la vuelta para esposar al abogado.

Reese Cristóbal sollozaba. Sentado con las piernas cruzadas en el vestíbulo con la sangre saliéndole del labio roto sobre la alfombra color champán, el abogado de inmigrantes gimoteaba como un niño. Heat intentó ponerse en contacto con sus detectives, pero la señal del móvil se había caído, bien por el exceso en el volumen de llamadas o porque los equipos habían sufrido daños. Nikki decidió darles diez minutos más. Miró a su prisionero.

—¿Cómo se puede llegar a ser tan rastrero? Se anuncia como ayudante de la comunidad, asegura que busca trabajo a los inmigrantes y que les ayuda a que sea más fácil su periodo de transición y, durante todo ese tiempo, eso no ha sido más que un pretexto para su red de robos de documentos de identidad. No, rectifico. Es más que un pretexto. Su posición le garantizaba una provisión de esclavos que trabajaban buscando entre la basura para coger los documentos que usted robaba.

Al principio, parecía que él asentía, pero lo que ocurría era que aquel hombre se balanceaba adelante y atrás lamentándose y gimiendo.

—Bienvenido a su realidad, abogado. Está usted jodido. Lo sabe, ¿verdad? Va a ser encerrado por tráfico de seres humanos y por violación de cualquier derecho civil relacionado con ello, además de todo tipo de cargos por malos tratos por los que podemos denunciarle y por robo de documentos de identidad y utilización fraudulenta de datos bancarios... —Sus sollozos se iban volviendo más fuertes mientras Nikki levantaba la voz por encima de ellos—. Voy a ver cómo le juzgan por cómplice en el intento de asesinato de Fabian Beauvais perpetrado por uno de sus matones. Y quién sabe, quizá haya tenido también algo que ver con su muerte.

—¡No!

—Y con la de su prometida también. ¿No era Jeanne Capois una de las esclavas en su red de documentos triturados? Puede que también vaya a prisión por ella.

Los gemidos de Cristóbal se mezclaron en perfecta armonía con los vientos de ciento veinte kilómetros por hora que rugían entre los edificios del distrito financiero.

—No, no. Firmaré un acuerdo.

—No está en disposición de pedirlo.

—Sé cosas. —Por fin, la miró a los ojos—. Cosas que usted quiere saber.

¿Estaba fingiendo o era aquel el golpe de suerte que Heat había estado esperando? Si no la prueba concluyente, sí al menos una buena pista. Le puso a prueba.

—Hábleme de Beauvais.

—Yo lo sé todo sobre Beauvais.

—¿Qué es lo que le robó que era tan peligroso? —Al ver que no respondía, preguntó—: ¿Y qué me dice de Keith Gilbert? ¿Cuál es su relación con todo esto?

Se lamió la boca y mostró una amplia sonrisa. Al hacerlo, su labio volvió a abrirse y le goteó sangre por el mentón. Con el viento, la lluvia y los relámpagos, podría haber sido Drácula.

—Primero el acuerdo —dijo.

Heat miró el reloj. Había pasado casi una hora y aún no habían llegado los refuerzos. Miró por la ventana. El agua había llegado hasta el chasis de su coche. Si seguía subiendo, quizá no pudiera poner el motor en marcha. Cristóbal era una escoria. Heat necesitaba que hiciera una declaración jurada antes de que perdiera el miedo y pensara más de la cuenta.

Nikki miró a Rook.

—Vamos a llevarle a la comisaría Uno.

Vieron olas espumosas por Beaver Street mientras cruzaban hasta el coche y lo metían en el asiento de atrás.

—Cambio de planes —le dijo a Rook aliviada cuando el motor se puso en marcha—. Esto está peor de lo que pensaba. Con todo esto, Ericsson Place queda muy lejos como para ir hasta allí. Se me ha ocurrido que la central está más cerca.

—Tú eres la capitana. ¿Zarpamos?

El coche quedó invadido por unas luces desde atrás. Ella miró por el espejo retrovisor y adivinó la forma de un vehículo blindado negro que se detenía.

—Puede que sea nuestro día de suerte. Parece que tenemos refuerzos por fin.

Pero cuando Heat se dio cuenta de que el vehículo que se ponía a su altura no tenía los distintivos de la policía de Nueva York ni de la Guardia Nacional, el instinto se adueñó de ella. Puso una marcha corta y apretó el acelerador. Las ruedas patinaron hasta que el coche empezó a avanzar con fuerza desplazando el agua.

—¡Agachaos! —gritó justo cuando las ventanas de atrás se hicieron añicos con los disparos de un rifle automático.



Heat dio una sacudida al volante y giró bruscamente por William Street. Como estaba demasiado ocupada conduciendo, no podía girarse para mirar, pero sabía que Reese Cristóbal debía de estar muerto. Alargó el brazo hacia la radio y apretó el micrófono.

—Uno-Lincoln-cuarenta, diez-trece, agente necesita ayuda. —Soltó el botón. Tras el chapoteo se oyó un ruido de llamadas por radio que se superponían unas sobre otras—. ¿Te han dado? —le preguntó a Rook.

—No.

El coche volvió a quedar invadido por la luz cuando el blindado apareció por detrás. Rook se removió en su asiento para mirar hacia atrás.

—Mierda.

—Uno-Lincoln-cuarenta. Diez-trece, agente perseguida por sospechosos fuertemente armados en un vehículo blindado. Dirección norte por William, pasando ahora por... —Gritó a Rook por encima del ruido del viento—: ¿Cuál es la que cruza?

—Wall Street... No, Pine. Pine.

Se vio el fogonazo de un corto estallido de disparos automáticos desde el asiento del pasajero del vehículo de asalto y el espejo lateral de Heat desapareció. Ella dio un volantazo a la derecha, luego a la izquierda y, después, de nuevo a la derecha para ser un objetivo más difícil al avanzar en zigzag.

—¿Te han dado?

—Deja de preguntarme. Ya te lo diré.

—Uno-Lincoln-cuarenta, recibiendo disparos de arma automática —dijo de nuevo por la radio—. Diez-trece, William con Pine. ¿Me reciben? —No se oyó nada aparte de unos ruidos confusos. Quizá sí la oían, pero no había forma de saberlo. Heat soltó el micrófono—. Espera.

Un camión de reparto de manteles y uniformes de restaurantes empezó a invadir la calle con los intermitentes encendidos conducido por alguien que no debía de haberlos visto en medio del ciclón. Nikki dio un volantazo a la izquierda y su coche respondió evitando chocar con el frontal del camión y haciendo que la puerta de Rook recibiera un fuerte arañazo al pasar. Tras ella, en medio del temporal, oyó la ronca explosión del claxon del vehículo blindado al quedarse con el paso cortado.

—¡Ja, ja! No pueden —dijo Rook—. ¿Adónde vamos ahora?

—Seguimos en dirección a la central. Cuando llegemos a Fulton puedo acortar por... Olvídalo.

Delante de ellos, un coche había chocado contra una farola que había caído atravesada en el cruce bloqueando la calle.

—¿Puedes meterte por la acera?

—No estoy segura —respondió ella entrecerrando los ojos a través de la lluvia que caía de lado—. No quiero quedarme atascada.

—No sé. Quizá puedas pasar.

—Y también puedo quedarme atascada. —Los dos miraron de nuevo hacia atrás y no vieron ningún faro de coche—. Plan B. —Heat giró a la derecha y se metió por Platt.

—Vaya, mira eso. —Un coche pequeño pasó flotando de lado junto a la ventanilla de Rook—. Eso es algo que no se ve todos los días.

—No me gusta esto, Rook —dijo ella en voz baja—. No me gusta esto.

La marea había subido considerablemente y se elevaba por encima de las ruedas.

—Quizá deberíamos habernos arriesgado a pasar por la acera en lugar de meternos por aquí, en dirección al río.

—¿No ha servido de nada?

—Yo solo lo comento.

—Yo solo conduzco. —El motor se inundó y se apagó—. Ya no. —Mientras trataba de volver a ponerlo en marcha, el cielo del norte se iluminó con un enorme destello azul seguido de otro—. ¿Rayos?

Un segundo después, toda la manzana se quedó completamente a oscuras. La radio crepitó con múltiples llamadas que hablaban sobre una explosión en la estación eléctrica de Con Ed de la calle Catorce y con avisos de que todo Manhattan estaba a oscuras desde Grand Central hacia el sur.

—Yo tengo una linternita en el llavero —dijo Rook con tono colaborador. Señaló hacia el asiento de atrás—. Creo que el señor Cristóbal no va a echarnos de menos si salimos y vamos caminando hacia... —Se interrumpió de pronto cuando el coche se iluminó con la luz del día.

El furgón blindado volvió a bramar cargando contra ellos.

—¡Fuera, fuera, fuera! —gritó Nikki.

Pero la marea había subido hasta la mitad de las puertas y la resistencia de la presión del agua les imposibilitaba abrirlas.

¡Pum!

El impacto los lanzó con fuerza contra sus cinturones de seguridad e hizo que se inflaran los dos airbags. Aún consciente, Nikki se limpió una gota de sangre de la nariz y salió de su estupor golpeando la cara contra la bolsa inflada. A su lado, Rook también trataba de deshacerse de ella. Detrás de ellos, el tractor de trescientos caballos de potencia aceleró. El vehículo blindado era lo suficientemente alto como para que no le molestara la subida de la marea. Sus seis neumáticos se agarraban con fuerza al pavimento mojado y los empujaba con su rejilla reforzada para evitar impactos frontales.

Sin poder hacer nada más que dejarse llevar, Heat trató en vano de utilizar el freno de mano. La máquina negra les empujaba despacio pero sin tregua apartándolos de la calle en dirección a la rampa de un aparcamiento. Bajo el estruendo aterrador del vehículo de asalto, vieron el destino que les esperaba. Coches sumergidos se balanceaban en la pendiente. Todo el lugar estaba inundado por el agua del río, que

iba elevándose.

Unos rápidos de agua blanca caían en cascada desde el nivel de la calle hacia el aparcamiento subterráneo, que se había inundado lo suficiente como para engullir a unos doce coches que podían ver flotando a su alrededor. El chasis del coche de Heat se detuvo de golpe cuando chocó contra la maraña de automóviles que bloqueaban la rampa. El vehículo blindado seguía acelerando con fuerza, empujándolos más. La estrategia de sus asaltantes estaba clara y era espeluznante: querían apuntalarlos allí, dejarlos atrapados, para que se hundieran bajo la creciente marea.

No tardarían mucho. Con las ventanas de atrás destrozadas, el agua ya había empezado a entrar a chorros por las puertas laterales y los dos permanecían sentados con el agua por encima de su regazo.

—¿Puedes moverte? —preguntó ella.

—Sí.

Nikki se desabrochó el cinturón de seguridad y se puso de rodillas para hacer un rápido balance de la situación. Debido a la inclinación de la rampa, lo único que podía ver del camión por la parte de atrás era el frontal de acero negro de la rejilla delantera, lo que significaba que cualquiera que se encontrase dentro del camión estaría lo suficientemente alto como para no poder verlos. El agua había subido aún más y el cadáver de Reese Cristóbal se movía a un lado y a otro en el asiento de atrás. La parte posterior de su cabeza había desaparecido.

—Vamos a movernos —dijo mientras apartaba el cuerpo—. Vamos a intentar prepararles una trampa.

—Problema —contestó él mirándola con los ojos muy abiertos—. Mi cinturón se ha atascado.

—¿Es por tus manos? ¿Te has hecho daño?

—No. Es la hebilla. Lo intento pero no se abre.

—Aparta. Déjame a mí. —Heat tuvo que meter el mentón en el agua para poder llegar al cierre. Se debía de haber atascado por el golpe o por la humedad—. Joder. —Levantó la cara y la mirada que cruzaron en un instante dejó clara la gravedad de la situación... y el poco tiempo que tenían—. ¿Puedes retorcerte? —Él lo intentó. De lado, por arriba. Nada—. Mete la mano por abajo. ¿Puedes echar el asiento hacia atrás?

Rook se inclinó hacia abajo para intentarlo, tenía que sumergir la oreja derecha para hacerlo.

—Joder. También está bloqueado. —Apretó los pies contra la pared del motor y empujó hacia atrás con todas sus fuerzas. Seguía sin poder salir—. ¿Tienes una navaja?

Ella negó con la cabeza.

El coche se movió ligeramente en la corriente y entró más agua. El remolino le

llegaba ya a Rook por encima del mentón y Heat tuvo que empujar con la cabeza contra el techo para poder tomar aire. Él cerró los ojos un momento.

—Sal mientras puedas —dijo al abrirlos.

—No.

—No seas tonta. ¿Por qué los dos? —Rook negó con la cabeza y provocó una pequeña estela con el mentón—. Tonta. Vete. Quizá puedas echarlos y volver antes de... —Se interrumpió ahí. Los dos sabían que no había tiempo para eso.

—Vuelve a intentarlo. Con más fuerza.

Él metió las manos hacia abajo e hizo lo que pudo.

—No se mueve.

—Una vez más —dijo ella mientras trataba de no dejarse dominar por el pánico. Y él le hizo caso.

Rook levantó el cuello para mantener la boca fuera y la agarró de la mano.

—Te quiero, Nikki Heat.

—¡Y una mierda! —gritó ella—. ¡Y una mierda, Rook! ¡No vas a morirte!

Y todos aquellos sentimientos. Toda aquella rabia cada vez mayor a la que su psiquiatra había intentado que se enfrentara explotó. Nikki tomó aire y se hundió.

Heat sabía que era pura desesperación. Pero desesperación era lo único que tenían. En su tiempo de formación, le habían hablado de ello. Incluso había visto un vídeo de demostración a cámara lenta en internet que probaba que funcionaba. Eso no le preocupaba. Nikki solo quería una cosa: que funcionara en ese mismo momento.

Agarró el cinturón justo por encima de la hebilla con la mano izquierda y tiró de él para apartarlo todo lo posible del cuerpo de Rook. Cuando había dejado suficiente espacio, con la mano derecha acercó su Sig Sauer y apuntó con cuidado para no darle a él en la pierna. Presionó la boca del arma contra el cinturón de seguridad y apretó el gatillo.

El arma se disparó.

Bajo el agua y con aquella luz oscilante, no pudo ver si había funcionado. Pero no tuvo por qué hacerlo. El cinturón se aflojó en su mano izquierda. Heat tiró de la tela para sacarla del agujero de la hebilla y notó cómo él se elevaba y flotaba libre.

Salieron a gatas por la ventanilla abierta de atrás y nadaron dando pequeñas brazadas sobre el maletero para que no pudieran verles por encima del capó del camión blindado que se cernía sobre ellos con el motor acelerado. Nikki le hizo una señal para que la siguiera y se metió en el agua. La corriente la pilló por sorpresa. Rook la agarró por el cuello para evitar que el chorro la empujara hacia delante, dejándola a la vista de sus asaltantes.

Heat se recompuso, llenó de aire sus pulmones y se sumergió. Se agarró al BMW que tenían al lado y tiró de sí misma pasando una mano tras otra por el parachoques hasta llegar al lado opuesto. Los pulmones le abrasaban y tomaron oxígeno con

fuerza cuando Nikki salió a la superficie, inhalando ansiosa y atragantándose con el agua del mar. Rook salió unos segundos después, también jadeante. Se hicieron uno al otro una señal para indicar que estaban listos y, a continuación, se enfrentaron a la corriente para subir por la pendiente, utilizando las manetas de las puertas de los coches como agarraderas. En un momento dado, ella vio un movimiento en la ventanilla del pasajero del camión y distinguió a Zarek Braun, que la miraba directamente a los ojos. Le dijo algo al conductor y acto seguido levantó su fusil de asalto HK haciéndolo girar hacia el agujero por donde podía disparar.

—¡Cuidado!

Ocultándose, Heat agitó las piernas contra la cascada y Rook la siguió. Consiguieron alejarse lo suficiente por detrás del vehículo como para quedar fuera del ángulo de visión de Braun, de modo que cuando se oyó el estallido del arma automática, solo consiguió alcanzar la pared de ladrillo pintado que quedaba detrás de ellos. Si conseguían llegar a la acera podrían escapar, pero el camión puso la marcha atrás para subir por la rampa. Pronto se pondría a su altura, lo que los convertiría en fáciles objetivos o les impediría la salida.

Heat sabía que no tenía sentido disparar. El camión tenía cristales blindados y la chapa de acero podía aguantar todo el tambor de un AK-47. Aquello dio a Nikki una idea.

—¡No te alejes de mí! —gritó. Cambió de dirección y se acercó corriendo al furgón blindado.

Los peces piloto evitaban que los tiburones les mordieran colocándose encima de ellos, donde no pudieran alcanzarles. Si las balas del exterior no podían atravesar el blindaje, tampoco podrían hacerlo desde el interior. Saltó sobre el parachoques de atrás y se agarró a la rejilla del techo. Heat extendió la mano libre hacia Rook, quien se agarró al antebrazo de ella para que Nikki pudiera agarrarle de la muñeca. Los zapatos mojados de él se resbalaban sobre el patín y el movimiento del vehículo casi consiguió que se cayeran. Pero ella se agarró con fuerza hasta que él pudo colocar un pie sobre el metal.

Las ventanillas laterales y traseras seguían dejándoles a la vista. De hecho, Heat vio cómo Zarek Braun se les acercaba a través de una de ellas.

—Arriba. Rápido.

Rook se aferró al raíl superior de la escalerilla metálica y subió los peldaños de dos en dos. Heat rodó sobre el techo al lado de él justo cuando el camión salía a la calle.

Se detuvo sin hacer nada.

Heat y Rook jadeaban, vivos todavía, sin apenas oír su propia respiración en medio de la tempestad. Unas sirenas en medio de la noche les dieron una esperanza, pero se fue disipando mientras desaparecían alejándose en la distancia.

En algún lugar por debajo de ellos se oyó un pestillo. Nikki sacó su pistola, colocó la cabeza sobre una base giratoria y buscó algún movimiento dando una vuelta

completa.

—Ahí —dijo Rook.

Apareció una pistola por el lado del conductor. Disparó varias veces por encima de sus cabezas y después desapareció. Heat esperó. No mordió el anzuelo. Esperó a lo que sabía que vendría después. Y cuando la parte superior de la cabeza de Zarek Braun asomó por el lado del pasajero con su rifle de asalto, Nikki disparó. Imaginó que sus dos disparos habían fallado, pero consiguió que él se agachara para buscar la protección del interior del vehículo.

Heat miró su teléfono. Empapado. Inservible.

—El mío también —dijo Rook.

Notaron cómo el BearCat se sacudía cuando metieron la marcha.

—Agárrate —avisó Heat.

El conductor pisó el acelerador a fondo y el movimiento hizo que sus cuerpos se lanzaran hacia atrás. Pero tras recorrer media manzana, frenó en seco y el impulso hizo que se sacudieran hacia el lado opuesto. Los dos estuvieron a punto de resbalarse por el parabrisas. El furgón dio una sacudida al cambiar a la marcha atrás a toda velocidad. El conductor dio un giro brusco que hizo que las ruedas de atrás se golpearan contra el bordillo. Tanto Heat como Rook rebotaban arriba y abajo, pero se las arreglaron para mantenerse arriba para el siguiente acelerón hacia delante que los hizo avanzar a toda velocidad por la manzana y realizar un giro en la siguiente calle. La fuerza centrípeta provocó que las piernas de Nikki se balancearan hacia un lado. Rook soltó de la barra la mano más cercana y agarró la chaqueta de ella mientras Heat pasaba una pierna por encima del rail y la usaba para tirar de ella hacia arriba y rodar de nuevo para colocarse otra vez a su lado sobre la plataforma de acero negro.

Una gran estela de agua se levantó detrás de ellos en Pearl Street. Heat supuso que iban a más de cien kilómetros por hora. En uno de los numerosos callejones que había por allí, llamado Coenties Slip, el conductor pisó el freno y los hizo virar a la izquierda de forma brusca. Esta vez fue Rook el que se resbaló hacia un lado, aunque solo con una pierna que pudo subir rápidamente, justo antes de que el blindado se abriera paso entre los bancos del parque y las mesas de ajedrez de cemento que había en la plaza de Water Street, haciendo que los dos estuviesen a punto de caer por encima del vehículo.

El camión se detuvo allí. De nuevo, permaneció quieto unos instantes.

Un oso rabioso en reposo.

Heat se estremeció. La temperatura era suave, entre quince y veinte grados, pero estaba empapada. Los dedos se le estaban adormeciendo. Se olvidó de todo aquello para escuchar entre la vorágine qué era lo que pasaría después. Rook la miró a los ojos cuando los dos notaron algunos movimientos abajo.

Todo sucedió muy deprisa. Se oyó otro pestillo. Los dos se pusieron enseguida en

alerta. En ese momento, un rayo debió de caer muy cerca de ellos. La luz tan brillante y el golpe tan fuerte atravesó el aire dejándolos cegados y desorientados. En un acto reflejo, sus manos se pusieron a la defensiva y se cubrieron los ojos y los oídos después de que Zarek Braun soltara la granada aturdidora.

El ángulo que tenía era pequeño al lanzarla desde una puerta lateral. El estallido cegador no subió lo suficiente como para que detonara en el techo, pero explotó a pocos metros en la pequeña plaza. Aun así, fue lo suficientemente cerca como para conseguir el efecto que necesitaba. Contando hasta tres tras la explosión, el conductor pisó el acelerador y, después, el freno. Heat y Rook, desorientados y ya sin estar agarrados, salieron volando por la parte de atrás y aterrizaron en el agua.

Las posibilidades lo cambiaban todo. Si Braun hubiese hecho un mejor lanzamiento, los dos se habrían quedado paralizados por el dolor. Si Heat hubiese estado mirando hacia la derecha en el momento del destello, podría haberse quedado completamente ciega. Si esa plaza no hubiese estado inundada hasta una altura de un metro, podría haberse roto algo. Las posibilidades estaban del lado de Heat e iba a aprovecharse de cada una de ellas.

Parpadeando para hacer desaparecer los destellos de su vista, puso a Rook de pie y lo lanzó hacia un lado de la furgoneta para protegerlo de Zarek Braun. Heat sabía que él saldría para terminar su trabajo. Atenta a los sonidos y recuperando un poco de tiempo para aclararse la visión y los oídos, trató de entrar en un estado zen para calmarse.

A la mierda.

La rabia de Heat tomó el control. Con su Sig Sauer en una mano y su Beretta Jetfire en la otra, Nikki apareció por la parte trasera del vehículo blindado blandiendo las dos armas. La puerta del pasajero estaba abierta y distinguió la silueta de Zarek Braun poniéndose a cubierto entre chapoteos tras la pared de las jardineras. Heat se giró agachada ante la puerta abierta y dio el alto justo cuando el conductor dirigía hacia ella su pistola Glock. Heat le disparó y la cabeza del hombre se sacudió hacia atrás sobre la sangre rociada que adornaba la ventanilla que tenía detrás.

Unos disparos del G36 atravesaron el agua junto a las piernas de Nikki. Entonces se metió en el vehículo blindado, cerró la puerta y oyó contra esta unos golpes como si fuesen pedradas. Se puso de rodillas y se inclinó por encima del cuerpo del conductor para abrir la otra puerta. Le gritó a Rook que entrara, pero él ya estaba tirando del cadáver del conductor para sacarlo y poder subirse.

—¿Ves bien?

—Lo suficiente —contestó él. A continuación, Rook pisó el acelerador dirigiendo el vehículo directamente hacia Zarek Braun. Pero la parte frontal dio contra el muro de la jardinera tras el que se estaba escondiendo y el BearCat blindado se detuvo con una sacudida—. Puede que al final no vea tan bien.

—Ha salido corriendo por allí —le indicó ella—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Rook metió la marcha atrás, retrocedió para salirse de la jardinera y cambió la

marcha para avanzar hacia delante tras el asesino que huía. Pero, con la visión borrosa, volvió a chocar contra las jardineras. Cuando el vehículo recuperó la marcha, creyeron que habían perdido a Braun. Después, subiendo por Water Street, vieron destellos de disparos. Rook aceleró en dirección a ellos, llegando justo cuando Braun sacaba con una patada a un agente de la policía portuaria de Nueva York de su lancha patrullera, con la que había estado recorriendo las calles, y salía con el fueraborda a toda velocidad.

—Rook. Para.

—Puedo alcanzarle.

—Espera. —Salió dando un salto y fue corriendo hacia el agente, que estaba en el suelo. Entre salvarle la vida a un compañero y capturar a un asesino, ella buscaría la oportunidad de ir en busca del asesino más tarde—. Agente, soy policía. Está a salvo. ¿Dónde le han dado?

Se agachó y dio la vuelta al policía para ponerlo boca arriba en el agua. Tenía un disparo limpio en la sien. Aunque sabía que estaba muerto, le buscó el pulso. Rook la ayudó a subirlo al camión y después retomaron la búsqueda.

—No puede habernos sacado más de una manzana de ventaja. Tal vez dos.

—Detective.

—¿Sí?

—Has hecho lo correcto.

Ella mantenía la cara pegada a la ventanilla en busca de alguna señal.

—Algún día, ese hombre podría haber sido yo. —Y después añadió—: Pero no hoy.

—¡Lo veo!

—¿Dónde?

—¿Ves cómo golpea la estela contra las paredes de aquella tienda?

Rook se detuvo y dio marcha atrás. Heat dirigió el foco lateral hacia el callejón. En la distancia, pudo distinguir la inconfundible forma.

—No estoy segura. —La mente de Nikki iba a toda velocidad trazando planos y estrategias en su cabeza—. Al final de la manzana está el Muelle Once. Puede que esté corriendo hacia el río. Vamos, vamos.

Rook se dirigió hacia el fueraborda, cuyo remolino podían ver entonces como una pálida aparición bajo sus faros. La marea había llegado al punto más alto y el agua iba siendo más profunda a medida que se acercaban al río East. El vehículo blindado, que se había portado como un campeón, empezó a avanzar con dificultad.

—Vamos, pequeño. Vamos —le animaba Rook—. ¿Por dónde estamos?

—Casi por South Street. Queda poco.

Pero entonces aquella máquina perdió su partida contra la naturaleza. El motor se apagó. Heat abrió la puerta y se puso de pie sobre el estribo mientras se protegía los ojos de la tormenta y trataba de seguir la luz del foco hacia el interior de la turbulenta noche.



El fueraborda había llegado al Muelle Once y aminoraba la marcha para detenerse. Aquel cabrón estaba a menos de cien metros de distancia.

—Usa su radio para pedir otro diez-trece —dijo Heat señalando al oficial muerto. A continuación, Heat cogió algo del suelo del vehículo y se fue.

La espuma del río salpicaba la cara de Nikki y le llenaba la boca de un sabor salobre. El aullido de la furia del Sandy la aislaba de cualquier sonido que no fuera el del viento y la espuma que le golpeaba con fuerza las orejas. Aunque corrió a toda la velocidad que pudo, la marea le llegaba hasta los muslos en aquella zona. Aunque era más baja de lo que había sido en los barrios que estaban más al sur, luchar contra aquella ola feroz que venía directa desde el río East hacía que Heat se sintiera como una concursante de *Humor amarillo*. Bajo la autopista FDR pudo cobijarse durante unos segundos para ajustarse la correa de la mochila antes de continuar chapoteando.

Una diminuta lancha de casco poco profundo no estaba diseñada para grandes tormentas. Delante de ella, sobre el Muelle Once, Heat vio su proa levantarse al rachear, convirtiendo la base plana en un ala que se elevó en el aire y puso la lancha en posición vertical antes de que diera un salto hacia atrás y, después, se girara directamente hacia ella. Heat se agachó tras el generador metálico que había en el muelle y vio cómo la sobrepasaba y chocaba contra uno de los pilares de cemento de la autopista que pasaba por encima de ella.

Cuando Nikki salió de detrás de la maquinaria, vio a Zarek Braun recuperándose del vuelco. Él también la vio a ella cuando se levantaba entre el agua agitada que cubría el muelle. Justo cuando ella creía que lo tenía acorralado en aquel muelle, él se giró y provocó una enorme estela al echar a correr hacia la izquierda de Nikki. ¿Era lo suficientemente estúpido como para tratar de salir nadando?

No. Se dirigía a la rampa de desembarco del primer atracadero, uno de los muelles donde entraban y salían los taxis acuáticos. Esa noche no había ninguno. Pero sí que vio un bote atado al embarcadero, una zodiac militar de siete metros para servicios de emergencia. Un hombre que estaba a bordo vio a Zarek Braun dando vueltas en el aire y puso en marcha el motor Mercury de 150 caballos que llevaba en la popa.

El muelle flotante se levantó con una ola y Braun cayó boca abajo desde el primer escalón de la rampa a la plataforma tambaleante. Nikki llegó a lo alto de la rampa, se agarró a la barandilla metálica y le dio el alto, aunque no se oyó en medio del torbellino. Zarek Braun se recuperó de la caída y se volvió hacia ella con su rifle de asalto. Ella disparó sin alcanzarle debido al movimiento del muelle, mientras él giraba sobre su cuerpo de un lado al otro. Zarek se apoyó en una rodilla y contestó con un llameante estallido del G36 que obligó a Heat a hundirse tras una máquina expendedora de refrescos.

Él también había fallado en su objetivo. Todos sus disparos fueron demasiado altos.

Heat se asomó rápidamente por la esquina cuando otra oleada hizo que Braun perdiera el equilibrio. Esta vez se le cayó el rifle de asalto. Se alejó de él debido al

brusco movimiento y terminó deteniéndose junto a la valla de seguridad al otro extremo del muelle. Nikki aprovechó ese momento: se puso de pie de un salto y empezó a avanzar por la agitada rampa en dirección a él. Pero también ella perdió el equilibrio con un vaivén. Heat cayó de rodillas, se agarró a la barandilla con la mano izquierda y sujetó su Sig Sauer con la derecha.

Se puso de pie y observó incrédula cómo su Tipo Duro revivía haciendo honor a su apodo. En lugar de retroceder para recoger su fusil, dio la espalda a Nikki y se dirigió hacia el bote que esperaba tras lanzar una simple mirada a Heat. Él sabía lo que ambos sabían. Era imposible acertar de lleno con un disparo mientras el río les estuviera balanceando con aquel huracán. Pero al final de la rampa de desembarco, Heat respiró hondo y disparó.

Zarek se giró un poco, pero continuó andando. Otro bandazo del muelle, que se tensaba contra sus pilotes, lanzó el rifle de asalto hacia donde estaba ella. Heat lo cogió, apuntó y apretó el gatillo.

Estaba vacío.

El mercenario la miró con gesto engreído y se rio mientras saltaba a la zodiac negra. Nikki empezó a serpentear hacia él apuntando con su Sig Sauer. Braun señaló algo que había en el suelo del bote y su cómplice, a quien Heat reconoció como el hombre al que había disparado con la pistola de clavos en Chelsea, extendió la mano sin vendar y alzó otro G36.

Nikki, demostrando que ella también podía actuar con temple, se detuvo y enfundó su arma. Aquello confundió a Zarek Braun mientras cogía el rifle de asalto de manos de su compañero. En el momento en que él vaciló preguntándose qué narices pasaba allí, Heat sacó la granada aturdidora que llevaba en la mochila y la lanzó al interior de la zodiac.

De vuelta en la comisaría Veinte, justo antes del amanecer, Heat se encontraba bajo la débil luz de la sala de observación número uno mirando a su prisionero a través del cristal. El escalofrío que sintió no era por su pelo aún mojado que le goteaba por la nuca. Era por ver a un asesino a sueldo sentado bajo la luz lunar de los tubos fluorescentes con una tranquilidad tal que parecía una réplica en cera de sí mismo en el museo de Madame Tussauds.

Podría haberlo matado fácilmente unas horas antes en aquel muelle. A pesar de todas aquellas subidas y bajadas y sacudidas, Nikki lo había tenido a tiro y, a esa distancia, podría haberle metido en la cabeza tres balas y se habría dejado una para el bote, en caso de que se le hubiese ocurrido alguna idea. ¿Quién sabe? A Heat podrían haberle dado una medalla por eso y se habría cobrado el cheque de un asesino de dos policías.

Pero Heat prefería tener vivo a aquel gilipollas.

Y lo tenía.

Ahora venía lo más difícil y ella lo sabía: intentar que un mercenario con formación en operaciones psicológicas delatara al hombre que le había contratado. Heat volvió a mirarlo y se serenó, tomando conciencia de su respiración. Esa habitación seguía teniendo un fuerte olor a aquella época en la que permitían fumar ahí dentro y su ropa —la misma que se había quitado y había guardado en su archivador el otro día— no tenía tampoco un olor más fresco. Pero estaba seca.

El Sandy se había movido durante la noche tras tomar tierra cerca de Atlantic City. El antiguo huracán estaba ahora en algún lugar de Pensilvania, pero la ciudad seguía tambaleándose y, a través de la puerta que tenía detrás de ella, Nikki oyó el ajetreo de primera hora de la mañana de los agentes de la comisaría preparados para los servicios de emergencia.

Ella tenía una tarea distinta. Y había llegado el momento de intervenir.

La concentración de Zarek Braun no abandonó en ningún momento el punto que había elegido por debajo del espejo. Ni siquiera cuando oyó el sonido succionador en el momento en que Heat entró por el compartimento hermético que amortiguaba el sonido entre la sala de observación y la sala de interrogatorios número uno.

—Ha cambiado algo desde esta mañana, señor Braun. —Acercó su frente a la de él y entornó los ojos poniendo un gesto burlón—. ¿Qué es? ¿Será el mono naranja? No le queda tan bien como ese falso uniforme negro de los equipos de operaciones especiales, ¿verdad? No, es otra cosa... Ah, ya sé. Las esposas. Está usted arrestado. —Lanzó sus archivos sobre la mesa y ocupó su asiento—. Y así es como va a estar el resto de su vida, la cual puede resultar más corta de lo que usted había planeado.

Eso hizo que apartara los ojos de la pared. Ella le guiñó un ojo.

—Ese asunto está aún por estudiar. Primero quiero hacerle algunas preguntas. La número uno es algo así como de seguridad pública. ¿Hay por ahí más miembros de su estructura de operaciones clandestinas urbanas? Porque, desde luego, me gustaría apartarlos de las calles. —La mirada de él volvió a dirigirse hacia el frente—. No pasa nada, porque estamos descubriendo muchas cosas al respecto gracias a su capitán de barco, que está en la otra habitación. Pero se me había ocurrido darle la oportunidad de conseguirle algo de clemencia por su disposición a colaborar.

Podría haber puesto a Braun y al capitán de la zodiac, Seth Victor, en la misma sala de interrogatorios para que se enfrentaran entre sí. Sin embargo, había decidido que el Tipo Duro habría intimidado a su subordinado para que guardara silencio. Así que optó por el divide y vencerás. Puede que Victor no supiera tantas cosas como Braun, pero su paranoia por que le delataran podría soltarle la lengua. Pero este de aquí supondría un desafío. Lo supo antes de entrar.

—Mire, seamos realistas. Los dos sabemos que va a intentar negarse a contestar. Y, al contrario que a usted, a nosotros no nos da por torturar a nuestros prisioneros. Aunque lo he pensado, Zarek. —Cuando lo llamó por su nombre de pila vio una cierta flexión en su boca—. Más que pensarlo, he fantaseado con ello. —Heat levantó una mano para ir contando con los dedos—. Veamos, ha matado usted a mi capitán.

Ha matado a un agente de policía. Ha matado a Reese Cristóbal. Ha matado también a Fabian Beauvais, ¿verdad? —Esperó. El Tipo Duro permaneció en actitud pasiva—. Y también ha matado a Jeanne Capois. Y al anciano cuya casa limpiaba. Mire: me he quedado sin dedos. ¿Me estoy olvidando de alguien?

Él pareció estar divirtiéndose con alguna broma privada. A continuación, habló:

—Tiene usted unos ojos bonitos. Ojos sensuales. —Sus palabras salieron suaves y con acento polaco, lo cual, en otras circunstancias, a Heat le podría haber parecido sexi.

—¿Y saben lo que ven de usted? Permítame que se lo explique. Nueva York no tiene pena de muerte. Estoy segura de que usted ya ha pensado en ello. Pero adivine qué es lo que hemos estado haciendo. Les hemos pedido a nuestros amigos del Departamento de Seguridad que hagan algunas comprobaciones sobre usted. Nos gusta colaborar. No solo entre nosotros, sino también con nuestros aliados de otros países. Un pajarito me ha hablado de la Operación Cazador de Sueños. Fue usted un chico malo en el desierto. Un chico muy malo. Deje que le pregunte una cosa: si nuestros amigos de Afganistán quieren pedir su extradición para poder recompensarle a usted de todas las maneras ingeniosas que se les pueda ocurrir, ¿qué cree que debería responderles yo?

Un minúsculo movimiento de sus fosas nasales. Un movimiento del cuero cabelludo que le hizo mover las orejas. Pequeñas pistas que revelaban su inquietud y por las que ella supo que había causado algún impacto. Así que Nikki probó con el dinero.

—Quiero que me hable de Keith Gilbert. Quiero saberlo todo. Quiero que me cuente por qué Keith Gilbert quería ver muerto a Fabian Beauvais. Quiero que me cuente cómo mató usted a Fabian Beauvais cuando Keith Gilbert se lo pidió.

Ella le dejó un momento para que respondiera, pero él no lo aprovechó.

—¿Ha notado que hay en esto un tema recurrente? Keith Gilbert. A los ricos no les cuesta ningún trabajo contratar a hombres como usted para que hagan su trabajo sucio. Keith Gilbert incluso le ordenó que me matara, ¿verdad? Y usted lo intentó. Dos veces. ¿Cómo le sentó eso, Zarek?

Heat se quedó sentada enfrente de él. Esperaba algo más. Se puso de pie.

—Muy bien. Siga usted tan callado y tan tranquilo. Luciendo su ropa naranja, sus esposas y sus cadenas. ¿Sabe qué voy a hacer yo? Mirar en Google qué tiempo va a hacer en Kabul.

Cuando media hora después salió de la sala de interrogatorios número dos, vio que Rook la estaba esperando en la sala de observación.

—Estos tipos son unos expertos —dijo él. Vieron cómo Seth Victor se pellizcaba el vendaje de la muñeca a través del espejo mágico. Seguía teniendo la cara hinchada después de que Heat le hubiese roto la nariz en Chelsea. Ese efecto le hacía parecer

aún más estoico que el jefe de su unidad, que estaba en la habitación de al lado—. ¿Sabes? En mi anterior trabajo, unos locos desvaríos sobre comandos itinerantes de corruptos mercenarios de operaciones clandestinas que están en la calle impartiendo justicia, siempre pensé que sería un poco más gratificante conocerlos. Como que tendrían cierto estilo e ímpetu.

—¿Como un muñeco de acción?

—Exacto. —Entonces, se dio cuenta de lo que ella había dicho y la miró—. ¿Ha sido eso una indirecta?

—Quien se pica... En fin, esos tipos no son más que vándalos con ropa que ha sobrado del ejército. Bastante letales, en eso coincidido contigo. Pero ¿con estilo? No lo creo. —En la habitación, Victor miró a Rook. Aunque sabían que no era así, aquello había parecido una reacción—. Creo que deberíamos ir a otra habitación.

—He ido a Gramercy Park —dijo Rook en el pasillo—. A tu apartamento no le ha pasado nada.

—¿Cómo va todo ahí fuera?

—No va bien. La tormenta ha pasado, pero ahora estamos sufriendo sus molestas consecuencias. La luz sigue cortada por debajo de la calle Treinta y Nueve, el metro, los túneles y algunos puentes están cortados. Siguen apagando algunos incendios en casas de Breezy Point... Ah, y alguien ha abierto una montaña rusa en el mar por la costa de Jersey. —La llevó a la sala de descanso y le señaló la ropa que había en la percha—. He traído esto de tu apartamento.

—Estupendo. Gracias.

—Es lo menos que puedo hacer después de que me hayas salvado la vida.

Ella cogió la ropa de la percha.

—Ah, sí, desde luego, con este traje estamos a la par.

—Discrepo, detective Heat. Yo creo que por fin estamos a la par por aquella bala que yo recibí por ti.

—¿Sabes una cosa? Yo no creo que eso nos haga estar empatados. Más bien lo veo como que ahora te toca a ti recibir otra. —Y entró en el baño de señoras para cambiarse.

La voz de Keith Gilbert resonaba en el vestíbulo desde la sala cuando Nikki volvió con su ropa limpia. Cuando entró en la sala levantó la mirada hacia él, en la televisión delante de un bosque de micrófonos, y creyó ver en su rostro algo que iba más allá del agotamiento por haber pasado la noche en el salón de crisis de la Autoridad Portuaria. ¿Veía estrés? ¿Una punzada de miedo?

Rook apareció tras ella y puso voz a sus pensamientos:

—¿Crees que el comisionado Gilbert sabe que la fortuna de su soldado de fortuna se ha convertido en infortunio?

—Ah, ¿ahora piensas lo mismo que yo sobre Gilbert?

—¿Cuándo he dudado alguna vez de ti?

La noticia de la rueda de prensa era triste. Más de noventa muertos en un radio de cien kilómetros, cuarenta y tres de ellos allí mismo, en la ciudad de Nueva York, la mayor parte en Queens y en Staten Island, lo cual era un fuerte golpe. Los aeropuertos Kennedy, La Guardia y Newark estaban cerrados. Los siete túneles del río East se habían inundado y estaban cerrados. Lo mismo pasaba con los túneles de Midtown, Holland y Battery Park.

—Tengo una noticia de última hora. —Ochoa levantaba hacia el techo el teléfono con el brazo estirado—. Feller y Rhymer llaman desde el Bronx.

Nikki bajó el volumen al informe de prensa de Gilbert.

—Pon el altavoz para que todos podamos oírlo a la vez. —Ella, Raley y Rook formaron un círculo alrededor de la mesa de Ochoa—. ¿Qué tenéis, detectives?

—Hemos encontrado la casa de Zarek Braun —contestó Feller.

Otro escalofrío, esta vez de los buenos, puso de punta el vello del brazo de Nikki.

—¿Cómo lo habéis conseguido? Ninguno de estos tipos llevaba identificación, ni siquiera cartera.

—De ahí la expresión de ir en plan comando —añadió Raley.

—Muy gracioso. Pero como sabemos todos los que hemos soportado muchas horas de vigilancia, se necesita hacer algo para pasar el rato.

—Antes de que empecéis con los chistes verdes, hemos peinado ese Fuerte Knox sobre ruedas que conducían y hemos encontrado un ejemplar del *Sports Illustrated* especial bañadores en la guantera lateral del conductor —dijo el detective Rhymer. Tras una pausa, continuó—: Vaya, seguís sin soltar chistes verdes. ¿Qué os pasa, chicos? En fin, pues vuestro conductor del BearCat, el fallecido señor Bill Santinelli, estaba suscrito a la revista y, haciendo uso de toda nuestra experiencia y astucia como investigadores profesionales, hemos ido a la dirección que aparece en la etiqueta de la revista. Por cierto, está a la salida de Bathgate. En la misma manzana en la que vivía el resto de su equipo cuando estuve comprobando sus direcciones.

Todos pensaron en lo mismo, en Wally Irons cayendo en la trampa de una bomba escondida.

—Deberíais haber esperado —dijo Heat.

—No te preocupes. La brigada antiexplosivos la ha rastreado y ha dado vía libre hace media hora, mientras estabas con Zarek Braun. —Randall Feller se aclaró la garganta—. Por cierto, si sigue por ahí, me gustaría ablandarlo un poco para que hable contigo.

Todos los que participaban en aquella llamada sintieron lo mismo. Heat los sacó de ese agujero negro:

—¿Estáis seguros de que Braun vivía también allí?

—Afirmativo. Tengo aquí varias fotos de documentos de identidad con diferentes nombres falsos. Permisos de conducir, pasaportes falsos e incluso un carnet de gimnasio. —Oyeron crujir los goznes de una puerta y el sonido cambió cuando Feller

salió—. Voy al aparcamiento que hay al lado. Los de la policía científica siguen examinándolo, así que no podemos entrar todavía. Pero desde aquí puedo ver todo tipo de armas, munición, gases lacrimógenos, granadas aturdidoras...

—¿Bridas? —preguntó Ochoa.

—No veo ninguna, pero apostaría a que las hay. El famoso Impala está aparcado aquí dentro bajo una lona. Y hay un gran espacio aquí con marcas de neumáticos anchos que seguro que pertenecen a un BearCat blindado.

—Justo antes de que llamarais hemos conseguido una pista sobre ese vehículo —dijo Heat—. La policía mexicana denunció su robo el año pasado.

—Eso explica cómo lo consiguió Braun —intervino Rook—. Esas cosas no se pueden comprar por eBay. Lo he intentado.

—Esperad, esperad. —Se oyó un murmullo en el teléfono desde el lado de Feller. Después, volvió a hablar—. El sargento de explosivos ha encontrado una cartera en la mesa de trabajo. No tiene foto identificativa, pero hay un resguardo de un cheque del matadero de pollos. Está a nombre de Fabian Beauvais.

Feller y Rhymer colgaron para continuar con su registro del escondite de Braun en el Bronx. Antes de que Heat se pusiera a hacer otra cosa, los Roach la llevaron al panel de información de los asesinatos. Como los demás detectives, se habían tomado en serio la orden de Nikki de profundizar en cada aspecto del caso. Como los dos tenían un interés especial en Jeanne Capois y su relación aún sin determinar con Opal Onishi, es ahí donde dirigieron sus primeros esfuerzos.

—He repasado las notas de tu entrevista con Onishi —empezó Ochoa. Se sacó el bolígrafo de entre los dientes y golpeó con él el nombre de la mujer en su cuadrado de la pizarra—. Una mujer rara.

—¿Tú crees? —preguntó Nikki—. Si le pusiéramos un polígrafo, es probable que tuviéramos que pedir más tinta.

—Sí, siempre me ha hecho sospechar. Así que pensé qué podía haber en esa entrevista que yo pudiera investigar. De modo que dejé un recado en Avellanas Felices. ¿Recuerdas que Opal te dijo que había contratado a Jeanne Capois a través de esa agencia?

—Más o menos, tuve que refrescarle la memoria para que me lo dijera, pero sí.

—Pero no. He tardado un poco debido a toda esa locura de la tormenta, pero la más feliz de las avellanas me ha llamado hace unos diez minutos. Ella nunca envió a Jeanne Capois a nadie más que a su jefe, el viejo al que le asaltaron la casa.

—Shelton David —añadió su compañero.

—Y nunca ha oído hablar de Opal Onishi. Yo diría que eso, más que una pista, es la confirmación de una mentira.

—En este momento, todo nos sirve, Miguel —dijo Heat—. ¿De verdad has leído mis notas?



—Oye, yo solo hago mi trabajo.

Rook acercó su silla.

—La siguiente pregunta es: ¿por qué? ¿Por qué mentir?

Heat estaba de acuerdo.

—¿Y por qué hacer la mudanza en plena noche como si fuese un circo ambulante?

—¿Tenía deudas?

—No —contestó Raley—. He comprobado si tenía algún crédito porque me he hecho la misma pregunta. Puede que esa sea la razón más lógica para salir corriendo a medianoche. Opal no es rica, pero paga sus facturas cuando debe. Y tiene un trabajo fijo.

—Volvemos a donde empezamos —concluyó Heat—. Preguntándonos cuál es la conexión entre Opal Onishi y Jeanne Capois.

—Y ahí es donde puede servir de algo mi trabajo —dijo Raley. Solo con mirarlo, Nikki estaba segura de que Sean se guardaba algo—. Aunque lo hago con una corona puesta.

—¿Como mi rey de las cámaras de vigilancia?

—Más bien como un plebeyo. No he buscado en vídeos de cámaras de vigilancia. Solo he usado internet. He buscado en Google a Opal Onishi. En internet se descubren muchas cosas sobre la gente.

—Pero no te lo creas todo —dijo Rook. Notó que los demás le miraban y les despachó con un movimiento de mano—. Hablo demasiado. Continúa.

—Lo que me ha hecho empezar fue que en tu entrevista, que también he leído, gracias, Onishi dijo que se había estado acostando con una actriz que estaba rodando una película, hizo referencias a películas antiguas y sabemos que fue a la escuela de cine de la Universidad de Nueva York. En fin, eso me hizo pensar. ¿Chica de los recados en un programa del Canal de Cocina? ¿Empleada en una empresa de equipos para cine? Esos no son trabajos propios de una licenciada en cine, sino los que realizas para pagar lo que es tu pasión. El cine. —Tenía la atención de los demás, pero se dio cuenta de que no terminaban de seguirle—. Quizá sea mejor que simplemente os lo enseñe.

Le siguieron hasta su mesa y él seleccionó con el ratón una de las páginas marcadas como favoritas, donde salió un buscador.

—Mirad esto. Tiene su propia página web.

Abrió la página principal y apareció una Opal Onishi a pantalla completa ante la valla de una reserva cheroqui con el brazo apoyado en una cámara Arri Amira y con una mirada desafiante hacia el espectador.

Nikki se acercó a la pantalla.

—¿Qué es esto?

—Se trata de la otra vida de Opal. Como realizadora independiente de documentales.

—Y muy seria —dijo Rook—. Mirad las películas y los temas que ha tratado. — Raley obedeció y fue bajando el ratón conforme leía—. *El pueblo de los golpeados*, violencia y palizas sufridas por homosexuales en el Greenwich Village de Nueva York; *El corazón de la intimidación*, crónica de las consecuencias de la violencia conyugal; *Tribus y castigos*, que saca a la luz la corrupción y los abusos en las reservas nativas americanas. Debió ser ahí donde hicieron la fotografía de la página principal.

Raley giró su silla hacia Heat.

—A mí me parece que esta chica de la Generación del Milenio que ha estado poniendo cafés y trayendo y llevando focos es, en realidad, una futura Michael Moore.

Heat encontró la conexión en un abrir y cerrar de ojos.

—Y eso hace que me pregunte cuál era su último proyecto sobre injusticias sociales. Pero me hago una idea. —Fue a su mesa a coger las llaves—. Si alguien me necesita, voy al East Village a visitar a una directora de películas alternativas.

Siempre me despiertan —dijo Opal Onishi cuando abrió la puerta para dejar pasar a Heat y a Rook—. ¿Saben que es de buena educación llamar antes? Se ha ido la luz, pero mi móvil funciona.

Pulsó el botón de encendido para ver cuánta batería le quedaba y se lo enseñó a Heat. Esta no le hizo caso y, en lugar de eso, echó un vistazo a la sala de estar. Los muebles sobrantes seguían apilados, como la vez anterior, pero las cajas de cartón estaban abiertas y dejaban ver su contenido: utensilios de cocina en una de ellas; enchufes y viejos mandos a distancia de televisión en otra. Algunas de las cajas estaban vacías y su contenido ocupaba cada superficie de la sala.

—Veo que ya ha tenido tiempo para instalarse desde nuestra última visita.

—Sí. Perdón por el desorden. No esperaba compañía y me acosté tarde trabajando en un proyecto. Al menos, hasta que se fue la luz.

—¿Qué proyecto es? —preguntó Rook—. ¿Americanos con síndrome de Diógenes?

—Usted no es policía, ¿verdad?

—No. Es Jameson Rook. A veces me acompaña.

—El escritor. Qué guay. —Opal cogió algunas de las grandes pilas de papeles que inundaban el sofá de un extremo a otro—. Siéntense aquí.

—Así que está terminando su último documental —dijo Nikki cuando se sentaron.

Ella volvió a tener una reacción cautelosa.

—Sí... ¿Cómo lo sabe?

—Soy detective. —Heat hizo una señal hacia los montones de papeles, que eran borradores de guiones, y hacia cuatro cajas de leche llenas de DVD, tanto de carcasas sencillas como de ediciones de lujo. Diseminados sobre la mesa baja delante de una pantalla Mac había formularios grapados con el título «EDICIÓN DE RODAJE» en negrita con parrillas que contenían listas de códigos temporales, tomas y anotaciones sobre escenas subrayadas con rotulador fluorescente.

—¿Qué es lo que me ha delatado? —Onishi se rio y, a continuación, se encendió un cigarro con una cerilla. No se sentó, sino que se quedó de pie, porque al parecer eso la tranquilizaba, con una mano en la cadera y la otra ejecutando las gratificantes caladas.

—La verdad es que, para serle sincera, la hemos buscado en internet.

—Si de verdad somos sinceros, tiene usted unas críticas impresionantes —añadió Rook con calculado tono de indirecta—. La he buscado en las webs de Culture Unplugged y Documentary Storm. Su documental sobre las palizas a homosexuales ganó un premio Doxie en el festival South by Southwest.

—Eso fue hace mucho tiempo. Fue mi proyecto de fin de carrera en la

Universidad de Nueva York. —Actuaba con desdén, pero parecía encantada al ver que Rook conocía esa información—. Los documentales independientes no tienen mucha publicidad, algo que en realidad está bien. Es una pasión. Como periodista de investigación, debería verlo. Tengo un DVD por aquí.

—Me interesa más el proyecto en el que está trabajando ahora —dijo Nikki.

—¿*Tribus y castigos*?

—Deje de mentirme, Opal. Sabe a cuál me refiero. Al que le estaba ayudando Jeanne Capois.

—¿La asistente? ¿Ayudándome con un documental?

—Deje... de... mentirme.

—Me parece que se llama *Almas de contrabando*. —Rook levantó uno de los papeles con las anotaciones de la edición.

—Oiga, eso es privado.

Lo cogió de su mano y lo lanzó al interior de una de las cajas vacías; un gesto vano, pues el título aparecía en negrita en la parte superior del resto de los papeles que podían verse.

—Opal, hemos estado investigando —dijo Heat—. Los de Avellanas Felices no le enviaron a Jeanne Capois. Y ahora sabemos que fue víctima de tráfico de seres humanos. Tengo la lógica sospecha de que ella tenía algo que ver con el documental que usted está haciendo y quiero que se deje de tonterías y me cuente qué era.

—Vale. Es verdad. —Onishi apagó su cigarro y se sentó sobre una de las cajas para encenderse otro—. Jeanne vino varias veces. Me ayudó con los antecedentes, ya saben, buscando datos reales. Eso es todo.

La detective Heat había realizado suficientes entrevistas a lo largo de su carrera como para conocerse todas las artimañas. Una de ellas era la mentira directa, que es lo que había recibido de Opal la última vez. Ahora le estaba dando la mentira oculta en una verdad. Los sospechosos y testigos acudían a eso cuando querían darte suficiente información para que te quedases contento con la esperanza de que pasases a otro tema. Nikki no iba a pasar a otro tema y necesitaba desafiarla.

—He comprobado sus registros de llamadas y no he visto que Jeanne Capois le hiciera ninguna a usted. —Justo cuando la mujer empezaba a tranquilizarse, Nikki le puso la zancadilla—: Pero yo he hecho otra comprobación antes de venir aquí y he reconocido varias llamadas que resulta que están hechas desde el teléfono de la casa del jefe de ella, Shelton David. Incluida una llamada la noche en que fue asesinada. La noche en que usted se fue de su casa de Chelsea como si estuviese en llamas. —La caja de cartón cedió un poco bajo el peso de Opal, que se sobresaltó. Nikki no hizo caso de aquella distracción—. ¿Le contó ella algo que le hiciera sentir miedo?

—Yo no tengo miedo.

Heat esperó observando su mirada desafiante a través del remolino de humo. Unos segundos después, Nikki habló con tono tranquilo mientras desplegaba las fotografías de la escena del crimen de Jeanne Capois delante de Opal, una a una.

—Aquí es donde la mataron. Es una zona de almacenamiento de basuras detrás de un colegio de secundaria. —Sacó otra más—. Aquí tiene un primer plano de lo que le hicieron en las manos y los dedos para obligarla a hablar. —Luego, otra—. Esta decoloración en el cuello es de que la asfixiaron. —Después, otra más—. Esto es lo que le hicieron en los ojos. Le echaron anticongelante hasta que se los hirvieron. ¿Ve la decoloración?

—¡Basta ya! ¡No!

Tiró las fotografías de encima de la mesa y apartó la mirada de ellas cubriéndose la cara. Nikki no sabía qué le daba más asco, si ver las fotografías de nuevo o usar la vulnerabilidad de Opal para conseguir lo que necesitaba de ella. No importaba. Heat tenía una tarea que cumplir.

—Lo que fuera que le contara Jeanne Capois para que usted pudiera hacer su película provocó su asesinato. Y usted lo sabe. Haga lo que debe. ¿Me va a ayudar a atrapar a esos tipos?

Opal Onishi no respondió ni con un sí ni con un no. Simplemente empezó a hablar con un tono muy distante, como si estuviese haciendo la voz en *off* de uno de sus documentales:

—Jeanne Capois era especial porque era igual que las demás. Una chica que había crecido en medio de la pobreza, pero que había aprendido a tener esperanza. Como les pasaba a muchos de los haitianos a los que entrevisté a lo largo del año pasado, la esperanza no es solamente una aspiración, sino que adquiere forma con la tenacidad. Así es como sobreviven, así es como pueden seguir adelante ante una vida de continuas agresiones. Corrupción política, violencia, hambruna, enfermedades, miseria... Ni siquiera un terremoto consigue impedirles buscar una vida mejor.

La ceniza de su cigarro se cayó y, con aire distraído, la enterró en la alfombra con su pantufla. A continuación, volvió a mirarlos.

—Jeanne me contó que a ella y a su prometido les habían dicho que una importante cadena hotelera de Estados Unidos estaba buscando trabajadores para que realizaran trabajos que los estadounidenses ya no estaban dispuestos a hacer. El hombre que se reunió con ellos en la pastelería de Pétienville les invitó a pasteles de plátano y café y les contó que la compañía hotelera les proporcionaba seguro sanitario, formación para conseguir ascensos y un salario semanal que estaba por encima de lo que podrían ganar en un año en Haití. También les pagarían el viaje hasta Nueva York. Como tanto Jeanne como Fabian habían perdido a sus familias en el terremoto de 2010, decidieron aprovechar la oportunidad para irse.

»Todo cambió nada más subir al barco, donde les confiscaron sus bienes y les encerraron en las bodegas de abajo. Estuvieron atrapados en el barco durante varias semanas mientras iban de puerto en puerto. Jeanne me contó que sabían dónde estaban por las otras personas que iban bajando a las bodegas para unirse a ellos. Dominicanos, venezolanos, colombianos, jamaicanos, hondureños, mexicanos... Incluso un grupo de prostitutas que el capitán ganó en una partida de cartas en las

Islas Caimán.

—¿Era un crucero? —preguntó Rook.

—Un buque de carga.

—Creo adivinar de quién era —dijo Nikki.

—Si cree que se trata de Keith Gilbert, ha acertado —contestó Opal. Nikki pensó en la reacción visceral que Onishi había mostrado durante la última visita cuando le mostró la fotografía de él—. Según lo que me han contado otras personas que han sido esclavizadas por esta red, y es esclavitud, llamemos a las cosas por su nombre, todos fueron transportados en barcos que eran propiedad de Gilbert Maritime.

—Quiero ver esas entrevistas —dijo Heat—. Empezando por la de Jeanne. Y sus transcripciones, si es que las tiene. Si no, nosotros podremos hacerlo.

—¿Entrevistó también a Beauvais? —preguntó Rook.

—No. —A continuación, levantó las manos con un gesto de rechazo—. Bueno, bueno. Detengámonos un poco ahora. Estoy colaborando, ¿no? Ya no la estoy eludiendo, ¿vale?

—¿Y?

—Y este material es mío. Esto es lo que me temía cuando usted vino la otra vez. He pasado un año preparando este documental. Hay más entrevistas que quiero hacer y también más cosas que quiero escribir y muchas más que editar. Si le doy las grabaciones y empiezan a circular por ahí antes de que yo lo haya acabado, me puedo ir despidiendo de la financiación y la distribución.

Heat sintió la presión. Medio día, o menos, antes de que llegara el comandante en funciones de la comisaría y la apartara del caso. Desesperada, pero tratando de que no se le notara, insistió:

—Supongo que me he equivocado. Por su currículum, me había imaginado que usted era una persona que quería ayudar en la lucha contra la opresión y las injusticias.

Fue un intento valiente, pero Opal sacó otro cigarro y jugueteó con él, manteniéndolo en la mano sin encenderlo mientras meditaba.

—Si la película se lanza bien, conseguirá precisamente eso —dijo después—. Además, no creo que usted pueda obligarme. —Miró a Rook en busca de ayuda—. ¿Tengo alguna protección como periodista?

Él se encogió de hombros.

—Podría debatirse si su proyecto alternativo puede estar sujeto a protección según la Primera Enmienda. Pero yo tengo una opinión al respecto.

—¿Sí?

—¿Ha oído hablar de Mary Ellen Mark? —Opal negó con la cabeza—. Le estoy hablando de hace treinta o treinta y cinco años. Mary Ellen Mark fue, y sigue siendo, una fotoperiodista muy respetada que consiguió acceder a la misión de la Madre Teresa en los suburbios de Calcuta. Ella entra, hace su trabajo y saca fotografías de la Madre Teresa y de sus voluntarios sudando la gota gorda mientras lavan a leprosos,

limpian el vómito de los suelos, consuelan a niños moribundos y recogen físicamente a hombres y mujeres desnutridos que han encontrado tirados en las cunetas o durmiendo entre las aguas residuales. Mary Ellen hizo fotos estupendas también. ¿Sabe lo que le dijo la Madre Teresa? Se acercó a ella con mucha calma y le dijo: «Debería dejar su cámara y trabajar un poco».

Mientras Opal reflexionaba sobre aquello, Rook le dio una palmada en el hombro y añadió:

—Y si eso no es suficiente, imagine el rumor entre los medios de comunicación y el boca a boca que va a haber sobre *Almas de contrabando* si su película sirve para acabar con un traficante de influencias corrupto y una red de tráfico de seres humanos.

Opal Onishi levantó una ceja y sonrió.

Jeanne Capois estaba viva. Al menos, en el documental. Y en ese formato digital, la inmigrante haitiana de veintitantos años había alcanzado una especie de inmortalidad. Exudaba una bondad y elegancia tranquilas que inundaban la pantalla y la totalidad del reino de pantallas del detective Raley al norte de la ciudad. Sus notas criollas fluían musicalmente incluso después de hablar. El cálido deje francés constituía un fuerte contraste con el inquietante testimonio que estaba dando.

El telón de fondo era una estantería de libros, muy al estilo de Ken Burns, con la mirada apartada unos cuantos grados de la cámara mientras hablaba a la invisible periodista, Opal Onishi. La joven no sonreía, aquello era demasiado intenso como para hacerlo. Pero Jeanne Capois parecía una persona que sonreía habitualmente y que conseguía que los demás también lo hicieran al verla a ella.

Nadie dijo nada en aquella pequeña habitación. Ni Raley, ni Rook, ni la detective Heat, que tomaba notas y apuntaba los códigos de tiempo de los dígitos que iban pasando en una esquina de la pantalla, de modo que Rales pudiera hacer un montaje de los puntos más importantes con las declaraciones más condenatorias.

Cuando la entrevista terminó, la pantalla quedó a oscuras y los tres permanecieron sentados en silencio oyendo solamente los ventiladores que enfriaban el equipo y el pequeño murmullo de Rook:

—Joder.

Nikki se secó una lágrima antes de que encendieran la luz y a continuación arrancó las hojas importantes de su cuaderno para que Raley realizara el montaje. Heat sospechaba que estaba a pocos centímetros de la verdad.

—Vamos a por ese hombre —dijo poniéndose de pie.

Los detectives Rhymer y Feller habían regresado a la comisaría cuando Heat y Rook volvieron de ver la grabación. Estaban especialmente animados y a Nikki le costó un

poco adaptarse a su loco parloteo después de lo que acababa de ver.

—¿He dado con algo nuevo o no? —preguntó Feller.

—Sí —respondió Rhymer—. La verdad es que hemos sido los dos. Yo estaba allí. Pero sobre todo ha sido cosa de él.

—Quizá alguno de los dos podría hacerme un favor antes de que traten de quitarnos este caso, algo que puede suceder en cualquier momento, y facilitarme un resumen.

—Yo me encargo —dijo Feller colocándose la palma de la mano en el pecho—. En mi cuadro, el que tú me asignaste en el panel con la información de los asesinatos para que investigáramos más, se incluía la entrevista que tuvimos con Fidel Figueroa, *Fifi*. Había que hacer muchas cribas pero, a pesar de lo impresentable que es, ese hombre nos ha dado alguna información buena.

—¿Vas a ir al grano? —le interrumpió Ochoa desde su mesa.

—Detective Heat, ¿recuerdas que utilizamos una palabra para describir a Fabian Beauvais?

—Astucia —contestó Heat.

—Bingo. Se me ocurrió que no se puede ir por ahí con tanto descaro entrando tranquilamente en edificios de oficinas con una nevera de bocadillos para robar documentos sin hacer sonar unas cuantas alarmas por aquí y por allá.

—Es muy arriesgado —intervino Rhymer.

—Exacto. Así que pensé... Tomemos dos elementos. —Randall levantó una mano al cielo y dijo—: Fabian Beauvais y su astucia por aquí... —y después levantó la otra mano— y untarse de mierda hasta el cuello con Keith Gilbert por aquí. —Juntó las manos y entrelazó los dedos—. Así que he llamado al Centro de Información de Delitos en Tiempo Real y le he pedido al detective que estaba de turno que buscara en su ordenador incidentes y denuncias que hubiese habido en la torre de Gilbert Maritime de Madison, en el centro de la ciudad. Ha tardado un poco en responderme por todo esto del huracán, pero después de terminar en el puesto de comando de Braun en el Bronx, he recibido su llamada. Una denuncia de una intrusión en una propiedad de hace unas semanas. Sin arrestos, pero los agentes acudieron, así que estaba en la base de datos.

—Eso me interesa —dijo Nikki.

—Espera. Hemos ido allí. El edificio está cerrado hoy, igual que todo, pero la agencia de seguridad está trabajando. He pedido al jefe de seguridad que mirara la fotografía de Fabian Beauvais. Adivinad lo que ha dicho.

—Es el chico de los bocadillos —contestó Rook.

—El remate final —dijo Feller girándose un poco hacia él—. Yo cuento toda la condenada historia y tú me robas el remate final.

Rook se encogió de hombros con gesto arrepentido.

—Lo siento..., ha sido de forma inconsciente.

—¿Os importa no apartaros del hecho de que hemos dejado claro que Beauvais sí



trabajaba en la empresa de Gilbert robando documentos con su nevera? —preguntó Rhymer muy serio.

—Es un dato importante. Habéis hecho los dos un buen trabajo. —Tras la entrevista que Heat acababa de ver en la pantalla, sabía bien por qué Beauvais estaba acosando a Gilbert. Lo que no sabía era qué tipo de información había conseguido sobre él. Al menos no lo sabía todavía.

Rook llegó a la mesa de Nikki.

—¿Qué pasa?

—Quiero que hagas algo por mí. Es decir, si no estás demasiado ocupado.

—No me gusta lo que insinúas. ¿No crees que me debes un agradecimiento por haber conseguido que Opal Onishi nos dejara sus imágenes en bruto sin tener que entablar una batalla sobre la Primera Enmienda? —Rook observó la cara de ella y lo único que vio fue una mirada neutra—. Parece que eso tendrá que esperar. ¿Qué necesitas?

—¿Te acuerdas de tu antigua novia de la CIA?

Él disfrutó de aquel momento.

—Pues... vas a tener que ser más específica. ¿Cuál de ellas?

—Rook.

—Yardley Bell, sí.

—Mira a ver si puedes dar con ella. Necesito pedirle un favor.

—¿Y qué favor es?

—El que le voy a pedir a ella cuando me la pongas al teléfono.

—Muy bien.

Mientras él se alejaba para realizar su llamada, Sean Raley le pasó una memoria USB a Heat.

—Aquí tienes el montaje que me has pedido del vídeo de Capois. Yo lo llamaría grandes éxitos, pero se trata más bien de momentos rastreros de la humanidad.

—No hay muchos que sean más rastreros. —En cuanto el dispositivo salió de sus dedos, Raley se dio la vuelta para volver rápidamente a su reino de videocámaras—. ¿Estás con alguna tarea? —le preguntó.

Él se giró pero siguió andando hacia atrás para no perder tiempo mientras hablaba.

—Se me ha ocurrido una idea a partir de una cosa de mi recuadro que me ha dado la pista de un vídeo.

—Parece que has conseguido dar con algo y no lo quieres decir. ¿Has conseguido algo?

—Podría resultar algo útil o un fiasco. Tengo que mirarlo para ver si encuentro algo.

—Ponte con ello, rey.

Pero el detective Raley ya se había alejado lleno de ímpetu.

Inez Aguinaldo había llamado para avisar a Heat de que iba de camino con pruebas halladas en el registro de la casa de Alicia Delamater en Beckett's Neck. Cuando la detective jefe de la policía de Southampton Village llegó, justo después de las doce, Nikki no pudo apartar los ojos de la bolsa de papel marrón de la oficina del forense que llevaba en la mano. Pero como muestra de cortesía por el esfuerzo que había hecho la policía de los Hamptons, guardó las formas en lugar de arrancársela de las manos como una niña de tres años que coge los regalos en su fiesta de cumpleaños.

Tras saludar a su compañero Rook —el hombre que susurraba a las balas— y las presentaciones a su brigada, Heat le agradeció que hubiera ido hasta allí.

—Si te soy sincera, ha sido surrealista. Un trayecto normalmente de noventa minutos en el que he tardado cinco horas. Menos mal que existe la tracción de cuatro ruedas. He tenido que abrirme paso por el puente de Throgs Neck para llegar aquí. Pero sé que vais a contrarreloj, así que dejemos nuestras historias de miedo del huracán Sandy para otro momento y vamos al grano.

—Si insistes... —dijo Nikki con una carcajada mientras se lanzaba sobre la bolsa. La detective Aguinaldo se la abrió y la brigada formó un círculo alrededor de Heat mientras ella metía una mano enguantada y sacaba una Sturm Ruger del calibre 38 Spl+P metida en una bolsa de plástico con cremallera—. ¿Has encontrado esto en casa de Alicia Delamater?

Asintió.

—Anoche. Media hora antes de que se fuera la luz y el océano Atlántico llegara hasta la puerta de su casa.

—Dime que es de él —dijo Nikki.

—La marca y el número de serie coinciden con la pistola que Keith Gilbert había registrado en la oficina del *sheriff* de Suffolk County. Aún no hemos sacado las huellas. He supuesto que querrías tener el control del proceso en el laboratorio para que sus abogados no puedan alegar ninguna posible contaminación en el cambio de departamento. En cuanto a balística, lo mismo. Además, seguramente tus técnicos podrán hacerlo más rápido que nosotros.

—¿Qué pasa, que vosotros lo enviáis a Corea? —preguntó Rook.

Aguinaldo se rio.

—Algo así. Lo importante es que sabía que el tiempo era fundamental. Quería que tuvieras esto en tus manos cuanto antes.

Mientras Nikki firmaba el recibo de la cadena de custodia de las pruebas, Feller señaló con la cabeza la pistola.

—Supongo que ya no se trata de una prueba concluyente virtual.

—No nos adelantemos —le previno Heat—. Esta no es más que una prueba entre muchas. Aún no la hemos mandado a analizar.

La detective Aguinaldo tenía que volver a Southampton y Nikki le agradeció sinceramente todo lo que le había ayudado a lo largo de aquel proceso. Tras entregar a Inez una copia impresa del recibo por el revólver, le preguntó:

—Solo por curiosidad, ¿dónde lo has encontrado?

—En la papelera de su despacho. Escondido bajo un forro de plástico.

—Aficionados —dijo Ochoa. Y los demás detectives asintieron.

Nikki retrocedió mentalmente una semana.

—Nunca se sabe lo que se puede encontrar en una papelera.

—Sí, pero tiene allí mismo todo el océano. ¿Por qué guardarla?

—No es broma —dijo Rook—. ¿Nadie ha oído nunca lo de «Deja el arma y coge los *cannoli*»?

Sonó un aviso del correo electrónico de Heat. Se acercó a su mesa, miró la pantalla y dejó caer la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Ochoa.

—Es de Zach Hamner, de la central. El comandante en funciones de la comisaría viene de camino. Con órdenes para darme de baja administrativa. Estará aquí en menos de una hora. —Escribió una breve respuesta y le dio a «ENVIAR»—. Lo cual significa que es mejor que yo no esté aquí.

Un embrollo. De ninguna otra forma podía describirse la atmósfera cargada que había en la sala de la brigada de homicidios de la comisaría Veinte. Nikki cogió el teléfono y fue dando órdenes y gritando respuestas de forma alternativa a su equipo mientras miraba de forma compulsiva el reloj.

Puso fin a su conversación telefónica con Yardley Bell, de la CIA, fingiendo las dos que debían quedar alguna vez.

—Me han dicho que vas a pasarte al comando especial —le había dicho la antigua novia de Rook, lo cual hizo que Nikki se preguntara si se lo habría contado él o si simplemente la agente Bell estaba así de bien informada.

—Por ahora es algo que estoy considerando —contestó Nikki.

Le dio las gracias por acceder a hacerle el favor, consciente de que ahora le debía uno a la ex de Rook. «Haz lo que tengas que hacer», se dijo a sí misma después de colgar.

Rook vio que había terminado con la llamada y se acercó.

—¿Vas a decirme ahora qué favor es?

—No importa. No le van los tríos. —A continuación, se giró para mirar por la sala—. ¿Alguien ha visto a Raley? —Ochoa desapareció por el pasillo para ir en su busca.

—En primer lugar, yo no estoy de acuerdo con Yardley. Y segundo, creo que tienes menos de diez minutos —la avisó Rook.

—No tienes por qué decírmelo. Voy lo más rápido que puedo.

Nikki repasó su lista mental por última vez. Había enviado al detective Rhymer con un par de compañeras policías para que hicieran lo que les había encargado cuarenta y cinco minutos antes. En el móvil de la comisaría que había solicitado para sustituir su 4s, que se había empapado, Heat recibió un mensaje en el que le confirmaba que había cumplido su misión. Feller y un equipo de agentes uniformados esperaban listos junto a las puertas de las celdas de Zarek Braun y Seth Victor. Ahora que se había asegurado la importante ayuda de Yardley Bell, tenía que realizar una llamada más, pero tendría que hacerla de camino.

—Creo que estamos listos para irnos —dijo Heat en voz alta—. Cuando estén los Roach.

—Que todos cojan las llaves de sus coches —avisó Raley mientras entraba corriendo detrás de su compañero—. Siento haberos hecho esperar, pero confía en mí, ha sido un tiempo muy bien empleado. —Levantó en el aire su portátil y dijo—: Te cuento de camino.

Los detectives Raley y Ochoa salieron de la sala en dirección al coche de los Roach. Nikki envió un mensaje a Feller dándole luz verde mientras Rook recogía los archivos de ella y la memoria USB.

—¿Lista? —le preguntó.

En el repentino silencio de la sala, Heat se detuvo, concienzuda como siempre, para repasar de nuevo la lista de tareas.

—Más que nunca —respondió echando un último vistazo al panel de los asesinatos.

Un subinspector con insignias doradas y hojas de roble prendidas a su almidonada camisa blanca de uniforme estaba en la puerta. Se asomó a través de la pared de cristal al despacho del capitán Irons, que estaba a oscuras, tal y como había estado desde su asesinato. Después, dirigió su atención a la sala.

—Busco a la detective Heat.

Nikki se acercó a él para responderle:

—Se lo haré saber.

Y a continuación, ella y Rook pasaron a su lado para ir hacia el coche.

Las tormentas no llegan y se van sin más. Nikki sabía muy bien que cada tempestad acarrea una destrucción: todas las consecuencias de la furia desatada. De camino hacia su objetivo, la caravana de cuatro vehículos policiales liderados por Heat, que se había apropiado del antiguo Crown Victoria del capitán Irons, pudo ver de primera mano el resultado de una enorme tormenta en la ciudad de Nueva York. En el norte, las calles mojadas reflejaban ahora la cegadora luz del sol que se filtraba de forma intermitente entre las nubes arremolinadas en el extremo posterior del Sandy. El intenso tráfico les obligaba a ir más lentos mientras hacían un rodeo por la calle Cincuenta y Siete Oeste, donde el brazo de una grúa de construcción de un nuevo rascacielos se había caído por culpa de los gigantescos vientos y se agitaba vertiginosamente sesenta y siete pisos por encima. En otro lugar, las aceras bullían de residentes y turistas nerviosos por quedarse encerrados y ansiosos por conseguir llenar sus despensas y hacer una evaluación de los daños. Unos corredores que entrenaban para una próxima carrera dominical serpenteaban por las aceras desafiando a los que dudaban que pudiera celebrarse el evento.

Los efectos eran más evidentes por debajo del centro de la ciudad, donde aún seguían sin luz, provocando un éxodo de ciudadanos que se dirigían al norte para acudir a los supermercados de aquella parte. Dos importantes hospitales de esa zona, el Bellevue y el Langone de la Universidad de Nueva York, sufrían cortes de los generadores y tuvieron que hacer evacuaciones de pacientes a gran escala hacia otras instalaciones sanitarias que estuvieran fuera de la zona que se había quedado sin luz.

A pesar de los retrasos, atascos y desvíos durante el camino, el pequeño convoy llegó por fin a su destino. Bajo una llovizna que caía bajo la luz lechosa, Heat pidió que su equipo se reuniera por última vez para revisar de nuevo cuáles serían los movimientos. Antes de entrar, llevó la cabeza hacia atrás para echar un vistazo a la torre de la Autoridad Portuaria y le gustó sentir la lluvia en la cara. Para todos los

demás, aquel era el último aliento de la gran tormenta. Para Heat, marcaba el inicio del torrente que estaba a punto de desatarse más arriba.

Conseguir entrar en la Oficina de Gestión de Emergencias de la Autoridad Portuaria era bastante fácil si lo habías planeado con tiempo. Eso era justo lo que Heat había hecho. Tenía demasiada experiencia como para llegar allí con todo su equipo y tener que darse media vuelta. Así que, Nikki había llamado a Cooper McMains, el jefe del comando antiterrorista de la policía de Nueva York, para asegurarse de forma discreta la entrada para todo su grupo. El vínculo de confianza que se había creado entre aquel hombre y la detective era lo suficientemente fuerte como para que él no le preguntara el motivo de su visita y ella tampoco se lo dijo. Sabía que McMains no solo era uno de los policías más fiables que había conocido, sino también de los más inteligentes. En el fondo, Heat creía que él imaginaba cuál era la misión que perseguía y tuvo el suficiente tacto como para no profundizar en la conversación de modo que llegaran a algún punto que pudiera resultar incómodo.

El resultado de aquellos trabajos previos fue el de presenciar la sorpresa absoluta en el rostro del comisionado Keith Gilbert cuando Nikki Heat y Jameson Rook entraron en la sala de crisis durante una de sus ruedas de prensa.

—Gracias —dijo en mitad de una pregunta a los medios de comunicación allí reunidos, algunos de los cuales reaccionaron con sorpresa ante aquella inusual falta de consideración cuando vieron que se apartaba del atril. A Gilbert lo habían pillado tan desprevenido que, por un momento, se quedó quieto sin saber adónde ir, si acercarse a Heat o marcharse. Nikki optó por ayudar a que aquel hombre se decidiera.

—Comisionado Gilbert —dijo acercándose directamente a él—. Soy la detective Heat, del Departamento de Policía de Nueva York. Seguro que me recuerda.

El comisionado adoptó una sonrisa de político, la que se pone cuando existe la posibilidad de que vayan a hacerle alguna fotografía. Y bien sabía Dios que había una gran cantidad de cámaras de la prensa rodeándolos en ese momento. Extendió una mano y, cuando Nikki la tomó, él la apretó con fuerza y tiró de ella para acercarla y así poder hablarle en voz baja al oído sin dejar de sonreír.

—¿Qué coño cree que va a hacer?

Con la mano aún débil a causa del rodeo de la noche anterior sobre el techo del vehículo blindado, Nikki le retorció la suya.

—Lo que es mi obligación, comisionado. Arrestar a asesinos.

Detrás de ella, el relaciones públicas de la campaña de Gilbert se acercó a Rook.

—Estás un poco lejos de tu ámbito, ¿no, Dennis?

—¿Por qué lo dices?

—Porque esto no es un acto político exactamente.

El jefe de relaciones públicas se rio.

—Amigo mío, cuando se está detrás de una candidatura, todo se convierte en

actos políticos. Tengo un cámara aquí que está grabándole para futuros anuncios.

—Pues dile a tu hombre que le quite la tapa a la cámara —dijo Rook—. Puede que consiga algunas imágenes inesperadas.

Se acercó a Heat dejando que aquel tipo se preguntara a qué se refería.

Cuando se puso al lado de ella, Keith Gilbert les había dado la espalda a los periodistas para enfrentarse a Nikki. Tenía el rostro encendido por la rabia que estaba conteniendo. Aun así, siguió hablando en voz baja:

—¿Qué es usted? ¿Una especie de acosadora? Utilice su maldita cabeza, mire a su alrededor. Ha entrado en mi salón de crisis en medio de una crisis.

Heat echó un vistazo a aquel centro neurálgico. Estaba claro que el peligro inmediato se había alejado lo suficiente como para que los demás comisionados, agentes y lugartenientes se las estuvieran apañando solos.

—Parece que las cosas se han relajado lo bastante como para que usted pueda dedicarse a los medios de comunicación con este telón de fondo.

—Su hombre está tomando unas buenas imágenes también —añadió Rook levantando el dedo pulgar hacia Dennis y su cámara, que se encontraban al otro lado de la sala.

—Como siempre, Heat, se ha excedido y ha llegado en el peor momento.

—¿Eso cree? —preguntó Nikki—. Yo creo que es el momento perfecto.

—Óigame bien claro. No va a montar una escena aquí dentro. Y menos ahora.

Entonces vio algo por encima del hombro de Heat que hizo que su frente se tensara tanto que las arrugas de la edad se suavizaran.

Al otro lado de la sala, el detective Rhymer entraba por la puerta de cristal junto a dos mujeres policías de uniforme que acompañaban a Alicia Delamater. Su amante repudiada le lanzó una mirada de odio que él evitó para echar un vistazo a toda la sala. Lo único que veía eran muchos subalternos. Y prensa.

—Aquí no.

—No —confirmó Rook—. No se puede tener una crisis en una sala de crisis. —Y después, para explicarse, añadió—: *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú*, la película.

Gilbert apoyó una mano sobre el hombro de una mujer que llevaba unos auriculares.

—Josephine, encárgate de todo durante un rato, ¿de acuerdo? —A continuación, miró a Heat—. Hay una habitación más privada.

—Lo sé —respondió Nikki.

Keith Gilbert se dirigió rápidamente a una puerta lateral y, después, avanzó por un corto pasillo como si con la velocidad pudiera deshacerse de la policía y de su ex. Pero cuando abrió la puerta de la sala de conferencias se detuvo de pronto. Porque en su interior Nikki Heat había organizado un escenario para recibirle. Los detectives

Raley y Ochoa habían entrado momentos antes para preparar los monitores y los reproductores de audio de la sala de juntas y esperaban de pie y con los brazos cruzados. En el otro extremo de la larga mesa de caoba estaban sentados una pareja de mercenarios vestidos con monos naranja flanqueados por Randall Feller y dos agentes uniformados de la policía de Nueva York con unos M16 que apuntaban al suelo. A Heat no se le pasó por alto que estaban escoltando al mismo hombre que les había hecho llevar una banda de luto sobre sus placas.

El boquiabierto comisionado seguía en la puerta mientras el detective Rhymer, Alicia Delamater y Rook iban entrando. Gilbert miró al asistente que estaba a su lado.

—Avisa a Lohman.

—Buena idea —dijo Heat. Señaló el sillón de honor y cerró la puerta cuando Gilbert se sentó en el borde del cojín, pues no estaba preparado para recostarse con la pose de mando que habitualmente adoptaba en aquel trono de piel—. Yo también quiero que venga Frederic Lohman. Me gustaría que viniera todo el Equipo Estrella. Adivino que sus abogados van a tardar un poco en llegar hasta aquí. Pero ¡con quién estoy hablando! Usted tiene toda la información más actualizada, así que sabe que van a tardar mucho. —La expresión de él cambió, como si hubiese resuelto un rompecabezas, y se dispuso a levantarse—. Y si intenta marcharse, siempre podremos encargarnos de esto ahí fuera.

—Eso sí que sería una buena campaña de publicidad —dijo Rook.

El comisionado se sentó. La detective Heat se apartó de la puerta.

—Alicia, le agradezco que haya venido.

—Como si hubiese tenido otra opción cuando su detective y esas otras dos han aparecido en mi hotel esta mañana. —Señaló a las dos mujeres policías, cuyas espaldas eran visibles a través del cristal mientras hacían guardia en la puerta.

—Legalmente podrías haberte negado —dijo Gilbert. Eso pareció una reprobación paternalista disfrazada de sermón.

—¿Sí? Bueno, puede que me alegre de haber venido.

«Perfecto», pensó Heat. Justo lo que ella esperaba. Hostilidad, aún fresca y dolorosa. En cuanto se enteró de que Delamater había escondido el arma, Nikki esperaba que Alicia siguiera lo suficientemente enfadada como para delatar a su viejo amante confesando que había sido él quien disparó a Beauvais. Sobre todo a cambio de retirarle los cargos por posesión ilegal de un arma de fuego. «Ve a por ellos mientras sigan alterados», pensó Nikki. Dejó sobre la mesa una bolsa de plástico para transportar pruebas que contenía la Ruger. Tanto Gilbert como Delamater se pusieron un poco más pálidos.

—Dios mío —susurró Alicia.

—¿Dónde han encontrado eso? —preguntó Gilbert tras aclararse la garganta—. Desde luego, no en mi casa.

«Así que es así como se ponen las cosas cuando pinta mal», pensó Heat. Si hubiese habido un autobús en esa habitación, la señorita Delamater tendría ahora



huellas de ruedas sobre su cuerpo. Pero en ese momento, Nikki y todos los demás se llevaron una sorpresa. Es decir, todos menos Keith Gilbert.

—Eh... —La boca de Alicia tembló mientras se quedaba sin palabras.

Gilbert trató de hacerla callar.

—Alicia, déjalo. Cállate. —Para consternación de Nikki, la mujer perdida empezó a obedecer y a tener en cuenta las instrucciones de Gilbert. Podría haberse limitado a hacer eso, a callarse y a responder preguntas de un abogado. Pero Keith tenía que añadir algo más—: Lo digo en serio, zorra. Ya la has jodido bastante.

Alicia reaccionó con una pequeña sacudida, como si le hubiese abofeteado una mano invisible. Entonces, la invadió una sensación de determinación y giró la cabeza hacia Heat.

—Yo estaba allí aquella noche.

—¿En Conscience Point? —Nikki la miró con un gesto compasivo para contrarrestar la agresividad de Gilbert—. No pasa nada. Suéltelo, Alicia.

Rook le ofreció un pañuelo que sacó de su bolsillo y Delamater lo cogió de manera inconsciente y empezó a secarse los ojos.

—Sí, fui allí para su reunión...

—Alicia...

—No. Quiero contarle. —Su resolución era tan firme que iba más allá de negociar un acuerdo con la policía o de preocuparse por haber escondido una pistola—. Yo fui a Conscience Point para su reunión con Fabian.

—¿Beauvais? —preguntó Nikki para que constara en la declaración.

—Eso es. Keith me contó lo del soborno. Yo no sabía de qué se trataba, solo que Fabian le estaba presionando con alguna mierda que había descubierto y quería sobornarle.

Heat miró a Gilbert con cautela.

—Lo está haciendo muy bien —le dijo a ella—. Continúe. ¿Usted le siguió en su coche?

—No. —Nikki, Rook y los demás detectives se intercambiaron miradas. Aquello hacía que cambiara el escenario que habían imaginado—. Yo ya estaba allí. Esperando.

—Alicia, te lo suplico. No tienes por qué hacer esto.

—Señor Gilbert, déjela hablar. —Heat volvió a mirarla—. Alicia, ¿por qué estaba usted esperando?

—Porque yo tenía el arma.

Aquella sorpresa provocó más miradas furtivas alrededor de la mesa.

—¿Usted le llevó la pistola al señor Gilbert? —preguntó Heat.

—No, él ni siquiera sabía que yo estaría allí.

—¿Por qué no nos cuenta lo que pasó?

Delamater asintió. Había dejado de llorar y adoptó una actitud resuelta, como si aquel fuera su momento crucial de decir lo que tenía que decir o, de lo contrario, lo

lamentaría durante el resto de su vida.

—Yo sabía que se iba a reunir con Fabian, así que fui allí antes. Aparqué en el césped que hay tras las oficinas del puerto deportivo para que no vieran mi coche y esperé en la oscuridad bajo las estrellas.

»Fabian llegó primero, como media hora antes de lo que había dicho. Se sentó al otro lado del aparcamiento, en los escalones del centro recreativo, como le dijo a Keith que haría. —Inclinó la cabeza hacia Gilbert—. Cuando Keith aparcó y se bajó del coche con el dinero, diez mil dólares creo que eran, y Fabian se acercó..., yo salí y disparé.

—Alicia, no... —gimió Gilbert.

—¿Cuántos disparos? —preguntó Heat.

—Dos. Estaba oscuro. Yo estaba nerviosa y fallé. Fabian salió corriendo. Keith me gritó. —Ella le imitó con gesto despectivo—: «¿Qué coño has hecho?». Después, salió con el coche detrás de Fabian. Pero él se escapó.

Aquello tenía sentido para Heat y explicaría lo del segundo coche que el vecino de Conscience Point había oído salir a toda velocidad. Era el de Alicia Delamater.

Una silenciosa desazón invadió la habitación. Incluso los insensibles presos que había al otro lado de la mesa parecían fascinados. Pero lo mismo que hay cosas que provocan mucho ruido y no se pueden pulverizar en el triturador de basuras, había aspectos de aquella historia que a Heat no le cuadraban. Eran lo suficientemente extraños como para preguntarse si aquello no sería una invención de los dos. ¿No había dicho Beauvais que Gilbert le había disparado? Pero, aun así, Heat podría comprender que la oscuridad y el elemento sorpresa le hubieran llevado a creer que fue así. Ella misma había visto a policías experimentados confundirse en el fragor de la batalla. Nikki deseaba poder tener más tiempo para pensar, pero la preocupación por que Delamater perdiera su impulso de contarle todo la obligó a hacer un acto de fe y confiar en su instinto.

—Hay algo que no entiendo —dijo Nikki—. ¿Por qué narices haría usted una cosa tan drástica?

—¿No la ha oído? —intervino Gilbert—. Ese tipo me estaba sobornando.

Heat no le hizo caso e insistió:

—Matar a una persona... con esa premeditación. Es algo importante. Debió tener una razón muy fuerte. —Evitó la palabra «móvil». No tenía sentido ponerle los pies en el suelo con términos legales.

Alicia no respondió y se limitó a respirar entrecortadamente, como si se estuviese preparando para el siguiente asalto.

En ese intervalo, otra pequeña parte de la historia se negaba a sí misma y Nikki se enfrentó a ella.

—Además, a ver si puede ayudarme con esto. Si usted fue allí con la intención de matar a Fabian Beauvais, ¿por qué no lo hizo cuando él llegó?

—Dios, ¡joder! Lo hizo para protegerme, ¿no lo entiende?

—¡Hijo de puta egocéntrico! —exclamó Alicia—. Yo no trataba de protegerte. Lo que quería era matarte.

Desde luego, Heat se había imaginado que Delamater había tomado parte en el incidente en aquel aparcamiento del puerto deportivo. Pero, en el mejor de los casos, en calidad de testigo; en el peor, como cómplice. Disparar el arma y no simplemente esconderla era ya una bomba potente. Pero esto... Esto suponía un giro que ni siquiera Heat había visto venir. Tampoco Keith Gilbert, a juzgar por la cara que puso.

—Que te den. Me van a arrestar por haber disparado a alguien. Al menos, que sea por la persona correcta. —Alicia continuó despotricando, implorándole a Heat que la comprendiera—. Keith y yo nos habíamos reconciliado después de la orden de alejamiento. Al menos eso creía yo. Pero después cortó conmigo cuando decidió presentarse oficialmente a senador. Entonces me volvió a llamar esa cosa. —Nikki pronunció en silencio las palabras mientras Delamater las decía en voz alta—: Una carga política.

—Leesh —la llamó Gilbert con una voz arrolladora—. No tenemos por qué...

—De repente, me manda a freír espárragos. —Alicia dio una palmada—. De buenas a primeras.

—Así que ¿usted aprovechó el soborno como una trampa para matar a Keith y hacer que pareciera que le había disparado Beauvais? —intervino Rook. Miró a Nikki—. Lo siento, me he perdido.

—¿Era ese el plan, Alicia? —preguntó Heat. Y cuando Alicia asintió, Nikki continuó—: Y entonces, ¿hirió a Fabian sin querer o quería matarlo también?

—No tenía por qué matarlo. ¿Quién le iba a creer? O sea, ¡venga ya! —La fealdad de aquel comentario concordaba con sus actos.

—Maldita sea, Alicia. Yo te ayudé.

—Te ayudaste a ti mismo, como siempre. No me estabas protegiendo. Guardaste silencio porque si alguna vez salía a la luz lo que había pasado, todas las preguntas perjudicarían a tu estúpida campaña. Así que, ¡no me insultes, joder!

Por muy sorprendente que fuera, aquella versión tenía sentido para Heat. Incluso podía imaginarse cómo había conseguido la pistola Alicia. Cuando la detective Aguinaldo acudió por el aviso de que habían visto un merodeador por Cosmo y Gilbert había sacado su pistola, Delamater estaba allí. Lo cual hacía creíble que ella no solo supiera que guardaba el arma de calibre treinta y ocho en un escritorio bajo llave, sino que vio cómo cogía la llave del armario. Entrar a escondidas en la casa unas semanas después para cogerla no habría supuesto ningún problema. Ni siquiera Topper, el perro guardián, detendría a Alicia, porque la conocía.

El pragmatismo del comisionado hizo acto de presencia.

—Detective, creo que lo que ha pasado aquí es que ahora quedo exonerado de cualquier participación en el disparo a ese inmigrante ilegal. De hecho, prácticamente soy la víctima, ¿no?

Pero la herida de Beauvais representaba tan solo una pieza de todo el

rompecabezas y Heat fue a por la siguiente.

—Salvo que con Fabian Beauvais corriendo por ahí como un cabo suelto, usted tenía que hacer algo al respecto. —Heat dirigió su atención a Zarek Braun y Seth Victor, que permanecían estoicos—. ¿Tengo razón?

—Y una mierda. —Gilbert lanzó una mano en dirección a los prisioneros—. ¿Y por qué están aquí estos hombres?

—¿Está diciendo que no los conoce? —preguntó Heat.

—No. En absoluto.

—¿Está seguro?

Gilbert se inclinó hacia ellos y miró con el ceño fruncido.

—Nunca los he visto hasta ahora.

Nikki pasó a otro tema. Cada cosa a su tiempo.

—¿Por qué le chantajeaba Fabian Beauvais?

—No tengo ni idea.

—Señor Gilbert, sabemos que hubo una denuncia en la comisaría norte del centro de la ciudad presentada por los agentes de seguridad del edificio de su sede central cuando vieron entrar a su extorsionador, Fabian Beauvais.

—A mí no se me informaría nunca de un asunto tan insignificante como ese.

—Espero que no. Pero el motivo de que entrara en su propiedad era que robaba habitualmente documentos para utilizarlos en una red de robos de documentos de identidad y fraudes. Quiero saber qué es lo que consiguió robar para que usted quisiera pagarle o, si no lo conseguía, matarle.

—Ha vuelto a donde estaba, Heat. Está dando palos de ciego.

Al ver cómo Keith Gilbert se retrepaba en su sillón de ejecutivo dando una imagen de seguridad y serenidad, recordó unas palabras sabias de su pasado. Eran de su querido mentor, el capitán Charles Montrose, que había dicho una vez: «Nikki, nunca subestimes la capacidad que tienen los demonios que viven entre nosotros de ver la santidad que hay en su interior. ¿Cómo si no podrían enfrentarse a su día a día?». Heat decidió que había llegado el momento de poner un espejo delante.

—Fabian Beauvais estaba preparando su boda. Su prometida se llamaba Jeanne Capois. Ahora está muerta. Asesinada. —Nikki miró brevemente a Zarek Braun. El hombre encargado de aquel asesinato no reaccionó—. Pero antes de morir, y probablemente ese fue el motivo de su muerte, Jeanne se sometió a unas entrevistas con una directora de documentales. Hizo algunas declaraciones interesantes.

El detective Raley puso en marcha el vídeo con las imágenes seleccionadas que había copiado en la memoria USB. La belleza de la técnica de las entrevistas de Opal Onishi residía en que no necesitaba ningún arreglo. Incluso en un montaje de tan solo cuatro minutos con los momentos más importantes, la historia de Jeanne Capois era autosuficiente. Su encantadora imagen inundó la pantalla y, también, toda la sala de reuniones mientras contaba el viaje que ella y Fabian habían hecho desde Haití hasta Estados Unidos en la mugrienta y agobiante bodega de un buque de carga.

La base de su narración hablaba de esperanzas nacidas que después se frustraban y, luego, quedaban aplastadas con el paso de las semanas que se convertían en meses en unas condiciones de vida miserables, de degradación y crueldad en manos de diferentes capataces antes de llegar a Nueva York para dedicarse día y noche a desesperantes tareas tediosas a cambio de una comida asquerosa y un colchón fétido en una habitación cerrada con llave. «Al principio, siempre les preguntaba a los demás: “¿Por qué no os escapáis?” y todos contestaban lo mismo: “Aunque pudiéramos escapar, ¿adónde iríamos?”». Su esclavitud se basaba en las cerraduras y la violencia, desde luego. Pero los extranjeros sin dinero e ilegales en un país extraño donde no conocen a nadie sufren un doble cautiverio.

«Fabian dijo que nos liberaría. Y yo le creí. Mi Fabby tenía inteligencia y coraje. Así que hacíamos nuestro trabajo. Y seguimos haciéndolo mientras esperábamos nuestra oportunidad. Yo tenía miedo de que me obligaran a prostituirme como a las demás chicas, pero me dejaron en el *entrepôt*, el... almacén, clasificando papeles y juntando las diminutas hojas trituradas para formar documentos. Era más útil que para el trabajo de prostituta porque sabía leer.

»Nos dedicamos a eso durante todo el año pasado. Después, a Fabian, como es tan inteligente, le encargaron un trabajo en la calle. Con uno de los equipos que recopilaba papel de la basura de los edificios de oficinas. Así que se dedicó a ello y, de algún modo, consiguió otro trabajo matando pollos para reunir el suficiente dinero para escapar. Pero no tenemos dinero. Yo limpio un apartamento de un anciano agradable, pero mi prometido dice que ha encontrado un modo de conseguir mucho dinero para que podamos volver a Puerto Príncipe y recuperar nuestras vidas.

»De todos los demás puedo contar cosas buenas, pero Fabian es inteligente y valiente. Me ha dicho que sabe quién es el dueño de los barcos que nos trajeron aquí a todos y que va a hacerle pagar si no quiere que acuda a la policía. Ha descubierto que es un hombre poderoso y rico que se llama Keith Gilbert. Espero que Fabian sepa lo que hace. A veces creo que es demasiado listo».

Su risa fue lo último que se vio en la pantalla antes del fundido en negro.

Cuando todos los ojos de la sala pasaron de la pantalla plana a Gilbert, este hizo caso omiso de sus miradas. La de Alicia mostraba un especial desagrado.

—Venga ya, ¿en serio? Yo niego todo eso.

—Está en boca de una de sus víctimas de tráfico de seres humanos —dijo Rook.

—Como publique eso, le demandaré. —Miró a Heat—. Si intenta llevar eso ante un juez, se van a reír de usted. Es solo un testimonio de oídas. Espectáculo para los programas de telerrealidad. ¿Dónde están las pruebas? No se puede corroborar.

—¿Y si se pudiera? —preguntó Alicia.

Él giró bruscamente la cabeza hacia ella, pero Alicia la tenía inclinada hacia el otro lado y miraba con rostro serio a Heat.

—Si se pudiera, sería muy importante —respondió Nikki.

—Entonces, vamos a hablarlo. Estoy en apuros, lo sé. Yo no he matado a nadie.

Siento mucho haber herido a ese hombre, pero yo no lo maté, ¿verdad?

Nikki había asistido a conversaciones parecidas con tanta asiduidad que podía sincronizar la voz con su movimiento de labios como si estuviera doblando un vídeo. Así que empezó:

—¿Está diciendo que quiere algún tipo de acuerdo?

—Si yo le contara con qué estaba sobornándole Fabian, ¿valdría de algo?

—¿Sabe qué era?

—No lo sabe. Es mentira.

—¿Serviría? ¿Y si le dijera que sé dónde estaban los documentos?

—Señorita Delamater, si tiene usted pruebas materiales que puedan llevar a un arresto y una sentencia condenatoria en este caso, le ofrezco un trato —respondió Heat a Alicia.

—¿De qué tipo?

—Que os den a las dos.

—Hablaré personalmente con el fiscal del distrito para conseguir el acuerdo más generoso posible. No puedo prometerle hasta dónde, pero sí le prometo que será lo mejor que se pueda.

Esperaron mientras Alicia, la amante desterrada que suponía una carga política, asimilaba todo aquello.

—Eran listas de embarque. —Miró a su antiguo novio con una sonrisa heladora—. Listas de embarque que incluían nombres de hombres, mujeres y niños que ahora me doy cuenta de que debían ser esclavos o como quiera que ustedes los llamen. —Gilbert la despachó con una fuerte exhalación, pero ella continuó—: Existe también una contabilidad de cuánto se pagaba por unidad. Es decir, por persona.

—Eso son conjeturas.

Sin inmutarse por lo que él decía, sin estar ya sometida a él, Alicia continuó:

—Hay más. No solo listas, sino también copias impresas de transferencias bancarias de hasta nueve años atrás. Me pasé todo un fin de semana leyéndolas después de que me repudiaras, Keith.

—¿De qué tipo de transferencias se trataba? —preguntó Heat.

—Todas salían de los fondos que generaba el movimiento de las unidades. «Unidades». Dios mío, es enfermizo. Pero los pagos eran de un millón por aquí, medio por allí..., millones y millones a lo largo del tiempo a cuentas con nombres extraños. Deje que me acuerde. La mayoría de los pagos iban a una que se llamaba Fundadores Principales.

—¡Alicia! —gritó Gilbert.

—¿Fundadores Principales? —preguntó Rook—. Ese es un importante comité de acción política que recibió su nombre de los padres de la Constitución. Es una cámara de compensación que financia a candidatos políticos. —Miró a Gilbert—. Así que es eso. Usted estaba usando sus barcos para traficar con seres humanos y así generar ingresos extraoficiales para blanquear fondos de financiación política. ¡Brillante!

Entonces, Rook se dio cuenta de lo que había dicho.

—Es decir, brillante de una forma totalmente malvada... ¿Heat?

—¿Por eso está haciendo todo esto, señor Gilbert? ¿Para eludir las leyes electorales y blanquear los fondos de su campaña como contribuciones indirectas a comités de acción política?

—Diviértanse. Todo esto no son más que habladurías.

—No. Yo tengo los documentos —dijo Alicia—. Vi que habían llevado algunas cosas a mi garaje y encontré un sobre marrón oculto bajo una bolsa de palos de golf unos días después de los disparos, después de que me dijeras que tú te encargarías de todo. Lo guardé por si un día una de esas cosas de las que decidías encargarte era yo. Por la misma razón, guardé la pistola en lugar de lanzarla al mar como te dije que había hecho.

—Estás mintiendo —dijo Gilbert en tono burlón—. Aunque tuvieras algún documento...

—Sí que los tengo —le dijo Alicia a Heat—. En la caja fuerte de una amiga en Sag Harbor.

—No importa. ¿Papeles manipulados sin verificación? ¿Conseguidos de forma ilegal? ¿Por putas sabandijas carroñeras del Tercer Mundo? Mis abogados lo echarán por tierra sin despeinarse. No has demostrado nada que me vincule con esto.

Nikki apoyó la espalda en su asiento y observó los rostros de sus hombres.

—Tiene razón. Odio decirlo, pero tiene razón.

—Ya iba siendo hora. —Gilbert se puso de pie para marcharse.

—Así que solo nos queda una cosa por hacer. —Heat hizo una señal con la cabeza y el detective Raley se inclinó sobre el panel de control del vídeo.

—¿Puedo decirlo yo? —preguntó Rook.

—Es tu turno —contestó Raley.

Entonces Rook dijo:

—Que pasen los muertos vivientes.

El fuerte crujido de una puerta que se abría inundó la sala de reuniones, pero no era porque Keith Gilbert se estuviese yendo. De hecho, al oírlo apartó la mano del pomo de aluminio pulido y se giró para mirar hacia la pantalla plana como todos los demás.

En el vídeo era de noche y la cámara se movía entre formas oscuras que estaban tumbadas en la arena. Se trataba de una grabación hecha por aficionados, con movimientos irregulares y un horizonte que se movía oscilante. Pero el sonido parecía de calidad profesional, sobre todo el aullido de lobo, que debía proceder de un efecto sonoro pregrabado. Entonces, empezó a oírse un ritmo musical conocido, incluso emblemático, y las formas oscuras se levantaron a la vez, mostrando a docenas de jóvenes con ropas andrajosas y maquillaje de espectáculo.

Muertos vivientes.

Cuando las inconfundibles notas del *Thriller* de Michael Jackson empezaron a oírse, los sonidos de los metales y el órgano pusieron a Heat la piel de gallina. Esta canción tenía siempre el mismo impacto sobre ella, incluso cuando era una niña, pero más en ese momento, en el que observaba cómo su principal sospechoso se tiraba de la perilla al ver que el caso contra él estaba de todo menos muerto.

—¿Reconoce esto, Keith? —preguntó ella por encima del estruendo.

En la pantalla de LED gigante que estaba detrás de ella unos estudiantes de instituto echaban la cabeza hacia atrás, daban pisotones y giraban a la vez con su coreografía, iluminados por la luz de la luna y unas llameantes antorchas.

—Permítame que le refresque la memoria —dijo Nikki—. Es su jardín trasero de Cosmo. Y es el *flashmob* de *Thriller* que uno de mis detectives ha encontrado publicado en YouTube.

Junto a los controles del vídeo, Raley inclinó levemente la cabeza.

—¿Y? Fue tan molesto entonces como lo es ahora.

Ella dio un paso hacia él para no tener que gritar.

—Lo sé. Tan molesto que llamó a la policía.

—Por aterrorizar al vecindario.

La música del vídeo se detuvo de pronto y las filas de bailarines se pararon balbuceantes cuando unos policías de Southampton entraron en escena. Uno de los muertos vivientes, aunque con la cara llena de ampollas y de color azul con un lado derretido, le decía a un policía algo así como: «Solo estamos celebrando una fiesta en la playa».

—No entiendo qué tiene esto de relevante —espetó Gilbert con la voz aún elevada para que se le oyera por encima de la música.

Pero justo cuando lo hizo, se oyó un coro de abucheos que procedían de los estudiantes. El cámara giró hacia un lado de la multitud y aumentó la imagen para enfocar a Keith Gilbert, que estaba manteniendo una animada conversación con otro policía, un sargento uniformado. Estaba bastante lejos, de modo que solo podían oírse algunas palabras de la discusión. Se oían fragmentos, como «mis putos impuestos» y «propiedad privada», que resultaban tan vergonzosos como manidos. Nikki se preguntó cuántas veces tenían que soportar ese tipo de palabras las fuerzas del orden. A continuación, Heat vio lo que estaba esperando.

—Vale, Sean. Ahí.

El vídeo se quedó en pausa con la estampa inmóvil del paciente sargento de la policía de Southampton Village, el furioso vecino de Cosmo y varios hombres que estaban detrás de él. Se encontraban en una sombra borrosa, pero eran reconocibles para aquellos que conocieran a Nicholas Bjorklund, Roderick Floyd y Zarek Braun. A los dos primeros los había matado Heat cuando la asaltaron en Chelsea. El tercero seguía bastante vivo. Nikki no se giró, pero le oyó resoplar en el otro extremo de la mesa. Gilbert no dijo nada. Los ojos se le removían en sus cuencas mientras trataba de inventar otra mentira.



—Y por si usted va a seguir afirmando que no conoce a este caballero...

Heat hizo una señal a Raley, que siguió con la reproducción del vídeo de YouTube. La cámara rebotó cuando el operador se acercó al demandante y al policía. Justo cuando la lente llegó, Gilbert se acercó, colocó un brazo por encima del hombro de Zarek Braun y le susurró algo. El mercenario, vestido con una camisa de jugar a los bolos sin meter por dentro de los pantalones, asintió con la cabeza a modo de confirmación... o de obediencia. El dueño de la casa se enfrentó al sargento: «Si no se ocupa usted de esto, mis guardias de seguridad lo harán».

Y estallaron las notas de *Thriller* para dar más énfasis a la amenaza mientras el vídeo pasaba a enfocar a los decepcionados bailarines dispersándose. Cuando apareció la palabra «Fin», Rook aplaudió.

Nadie más lo hizo, pero Heat sonrió a Raley, que seguía manteniendo su título de rey de todas las cámaras de seguridad por haber visto la anotación en su cuadrado del panel de los asesinatos sobre la denuncia sin importancia del *flashmob* y haber indagado en ella.

El comisionado apoyó la mano en la mesa para guardar el equilibrio y volvió a sentarse. Heat paseó hasta el otro extremo de la sala y se colocó detrás de Zarek Braun.

—Zarek, voy a ofrecerle una última oportunidad para hablar.

Desde el otro extremo de la mesa de caoba, Gilbert le atravesaba con una mirada despiadada.

—No tengo nada que decir.

—¿Está seguro? Piénselo. Puede que sea la decisión más importante de su vida. —El asesino a sueldo no contestó, salvo con un giro para mirarla y, después, apartar los ojos con indiferencia—. Es su decisión. —A continuación, Nikki dijo—: ¿Miguel?

El detective Ochoa fue hasta la puerta e hizo una señal con la mano a alguien a través del cristal.

Keith Gilbert no tenía ni idea de quién era el hombre que estaba entrando en la sala, pero debió de asustarse al ver la reacción de Zarek Braun. Heat observó cómo el tejido naranja se arrugaba en sus hombros al ver a su antiguo jefe de Lancer Standard: Lawrence Hays.

—¿Se conocen ustedes dos? Supongo que el mundo es un pañuelo.

Heat se dirigió al centro de la mesa de la sala de reuniones para poder ver a Braun y que él la viera a ella.

—Gracias por venir habiéndole avisado con tan poco tiempo, señor Hays.

—No me lo habría perdido por nada.

—Zarek, quizá debería informarle —dijo Nikki—: he estado hablando sobre usted con agentes federales. Con la CIA en particular. Parece que tienen mucho interés por usted. Así que, con un espíritu de colaboración entre agencias, he recibido autorización para hacer uso de la empresa de este caballero, un conocido proveedor

de servicios especiales para el gobierno de Estados Unidos, para proporcionarle a usted un transporte seguro hoy.

El prisionero habló por primera vez y en esta ocasión no parecía un tipo duro:

—¿Adónde...?

—Si lo dijera no sería tan seguro, ¿verdad? —Heat lo miró con una sonrisa compasiva—. Pero como ha dejado claro que no tiene nada que ofrecerme, no veo motivos para no decir los planes que los federales tienen para usted. Señor Hays, ¿está listo?

—Sí, tengo un Gulfstream 450 con los tanques llenos de combustible en Westchester, listo para despegar. ¿Está preparado para hacer un pequeño viaje, Z-Bra?

Zarek Braun se quedó mirando al hombre al que no había conseguido matar y sabía todas las consecuencias que vendrían al quedar bajo su supervisión. Zarek pudo imaginarse la capucha negra. La rendición. Las largas e indescriptibles torturas físicas y psicológicas que le dejarían jadeante, suplicando que lo matasen. Sabía esas cosas porque él mismo las había infligido de forma habitual durante años. Toda la historia de aquellas prácticas salvajes de la guerra pasó por su mente mientras se sostenían la mirada. El silencio hueco de aquel instante se pareció al momento eterno que hay después del chasquido metálico de un rifle en plena oscuridad.

El mercenario apartó la vista de Lawrence Hays, paseó la mirada por encima de Gilbert para no verle y terminó posándola sobre Heat. Nikki reconoció los ojos de desánimo de los soldados vencidos que había visto en los libros de texto y los documentales sobre la guerra. Pero la detective no sintió compasión por este. Y menos aún al oír su declaración.

—Primero trabajé para él proporcionándole agentes de seguridad de élite en sus buques de carga para evitar que los piratas somalíes los secuestraran. De vez en cuando hice otros trabajos para él. Para esta misión, me llamó después de haber fastidiado las cosas al tratar de encargarse del soborno personalmente.

—¿Quién le llamó? —Heat insistió en ese detalle para que supiera que aquello quedaría registrado—. Quiero que pronuncie su nombre.

Como último intento de resistencia en vano, estalló:

—Él, Keith Gilbert. ¿Es que no sabe de quién le estoy hablando?

Nikki tomó asiento y se giró hacia Braun.

—¿Qué es lo que Keith Gilbert le pidió que hiciera? Concretamente.

—Lo que siempre hago. Eliminarlo.

—¿Le ordenó que matara a Fabian Beauvais?

—Dios, sí. *Jasna cholera*, me dijo que le matara. Que le matara y que acabara con ese problema.

—¿Incluyendo el asesinato de Jeanne Capois?

—Eso no lo dijo específicamente. Pero no soy tonto. Cuando hay que acabar con un problema, sé lo que eso significa, ¿de acuerdo?

—Así que también mató a Jeanne Capois como parte del trabajo que Gilbert le había encargado.

—Sí.

Heat reprimió un deje de emoción. El comisionado de la Autoridad Portuaria se había inclinado con los codos sobre las piernas y prácticamente tenía el mentón apoyado sobre la mesa mientras aquel asesino cantaba. Nikki contuvo la emoción porque aún no había llegado hasta el final. Aún faltaban unos detalles fundamentales que era necesario que quedaran registrados para poder cerrar el caso. Si lo conseguía, ya habría tiempo de ponerse a dar brincos de alegría.

—¿Cómo mató a Fabian Beauvais?

—¿Puedo contarle algo gracioso? Fue un accidente. —Zarek se rio solo—. Vale, no es tan gracioso que muriera, pero iba a matarlo después.

—Señor Braun, ¿cómo mató a Fabian Beauvais? —insistió Heat.

—Lo llevé a mi escondite.

—¿En el Bronx?

—Sí, a esa casa. Necesitaba saber quién más sabía lo del soborno, lo de esa... ¿Cómo dicen ustedes? Información para la extorsión. Me lo trabajé bien. Pero él era muy tozudo. Y pensé... que le den. Sabía que el señor Gilbert iba volando desde Southampton en su helicóptero así que pedí al piloto que me recogiera después de dejarlo a él para que diera su conferencia. Así que el helicóptero nos recogió en Crotona Park, cerca de mi casa, y me llevé a ese cabrón a dar un pequeño paseo para que se asustara y se le soltara la lengua.

Heat se hacía una idea, pero necesitaba que él lo dijera.

—Describalo.

—Es terrorífico ver una posible caída desde una gran altura. Los hombres hablan. Siempre lo hacen. Beauvais habló. Se resistió mucho, muchísimo. Pero delató a su prometida. La asistente de West End Avenue.

El corazón de Nikki se encogió al imaginar la angustia de Fabian delatando a su novia aterrorizado y al pensar en la indeleble imagen de Jeanne Capois en el escenario del crimen como resultado de lo anterior.

—Después de que el haitiano hablara, lo puse en la ventanilla. El plan era lanzarlo sobre el mar después de pasar por los Rockaways. Pero seguía resistiéndose. Tenía las manos atadas, pero trató de golpearme en la cabeza. Yo le di una bofetada. Un poco fuerte... Se quedó inconsciente.

Entonces llegó el pensamiento que compartían los detectives y Rook. Cada uno de ellos recordaba el vídeo grabado por el turista en la puerta del planetario que había captado la caída de Beauvais contra el cristal.

—Yo creía que no se había informado de ningún vuelo de helicóptero esa mañana —dijo Rook.

—Solo los de la policía y el gobierno —puntualizó Ochoa, quien se dirigió a Gilbert—: Un helicóptero del gobierno. Hijo de puta...

Nikki volvió con Zarek Braun:

—Así que la información que le dio Fabian Beauvais le llevó al asalto de la casa. Usted y sus hombres hicieron eso también.

—Había que completar la misión, señora.

—¿Aunque eso significara tener que matar a un anciano?

—Son cosas que pasan.

—¿Y por qué torturó a Jeanne Capois? ¿Por qué no matarla sin más?

—Porque su chico me sopló que ella estaba hablando con una directora de cine. La asistente murió antes de que pudiéramos sacarle un nombre o una dirección.

—Así que usted me siguió hasta Chelsea —dijo Nikki.

—Donde usted mató a mis dos mejores hombres.

—Son cosas que pasan.

Nikki se tomó un momento para repasarlo todo de memoria. Ya había pasado por esto una vez con resultados poco buenos. Satisfecha, se puso de pie y miró a sus hombres: Raley, Ochoa, Feller, Rhymer y, por último, Rook. Les pidió en silencio su consentimiento. Todos asintieron dándole su aprobación.

—Póngase de pie, por favor —dijo cuando llegó a la cabecera de la mesa.

Esta vez, mientras la detective Heat leía los cargos de su arresto, el comisionado Keith Gilbert, multimillonario, persona influyente, candidato al Senado y compañero de golf del alcalde, no dijo nada. Al igual que el huracán Sandy, sus bramidos se habían convertido también en una fuerza agotada. Esta vez sabía que Heat le había pillado.

Esa noche, debido al corte de luz por el enorme arco eléctrico de la planta de electricidad de Con Ed que aún tenía a oscuras a la mitad sur de Manhattan, Rook dijo que no tenía sentido ir a pasar penurias a sus apartamentos, así que consiguió una *suite* en el hotel Excelsior, al norte de la ciudad, un lugar encantador para pasar la noche. Estaba en la ducha cuando ella entró, agotada tras todo ese día, esa semana, todo. Nikki saludó desde el dormitorio y, a continuación, se dio cuenta de que debía haber bajado de nuevo a Gramercy Park. Media docena de sus prendas colgaban ordenadamente en el armario. Incluso había llevado zapatos.

Por encima del ruido de la ducha, Rook hizo una ridícula interpretación para ella de la canción *Reunited and it feels so good*.

—¿Sabes? Eso sería la mitad de espeluznante si no estuvieses ahí solo —gritó ella desde la puerta abierta del baño.

Eso hizo que Rook se detuviera. Pero acto seguido empezó de nuevo, solo que esta vez cantando a voz en grito una parodia propia de los salones de Las Vegas de *After the loving*. Nikki se habría reído si no sintiera la sombra de una importante conversación pendiente que se cernía sobre ella.

Envuelto en una toalla y con uno de los lujosos albornoces de tejido rizado del hotel, fue con ella a la sala de estar y sirvió para cada uno una copa de Hautes-Côtes de Nuits de la botella que estaba en el cubo de hielo.

—Bonita habitación —dijo ella después de que brindaran.

—¿Estás de broma? Tiene de todo. Electricidad, electricidad y electricidad. Además, es un paseo corto hasta la comisaría. Y mira qué vistas. —La llevó a la ventana y apartó la cortina para que viera el centelleante horizonte del Upper West Side y, más a la vista, el planetario, justo al otro lado de la calle.

—Vaya, esto lo convierte en unas vacaciones de esas en las que haces lo mismo que cuando estás trabajando.

—Un poco.

Había pasado poco más de una semana desde que Fabian Beauvais se había estrellado contra ese museo. Ya no quedaba rastro de aquel suceso. La gigante esfera azul celeste relucía como siempre en el interior del cubo de cristal que iluminaba el vecindario con su suave resplandor. Fue al sofá y cogió su copa de vino.

—Gracias por haberme traído ropa limpia.

—Ha sido un placer. Pero que quede claro que en esta *suite* lo de ir vestido es opcional. De hecho, ¿ves este cinturón? —Señaló el extremo suelto del cinturón de su albornoz y levantó una ceja con gesto libertino—. Adivina qué pasa cuando tiras de aquí.

Heat sonrió débilmente.

—Esto se pone emocionante.

No le criticaba a Rook que se pusiera juguetón. Nikki estaba ocupada sintiendo el

peso de la confrontación en el horizonte.

Él fue con ella al sofá y hablaron, los dos decididos a no poner la televisión. Además, Rook había estado toda la noche viendo las noticias y le hizo un resumen. En su mayor parte, había sido sobre la devastación en Staten Island y en toda la costa de Jersey. Sin apenas saqueos a pesar del apagón.

—Ah, y en News 3 at 10, Opal Onishi ha sido la invitada de Greer Baxter en *Aquí y ahora con Greer* y han mostrado fragmentos de su entrevista con Jeanne Capois.

—Eso está bien... Supongo. —Nikki trataba de equilibrar su mezcla de sentimientos encontrados en cuanto a la autopromoción y la denuncia del tráfico de seres humanos, pero pensó que no era asunto suyo.

Por supuesto, la única noticia no relacionada con el Sandy era el nuevo arresto de Keith Gilbert.

—¿Te acuerdas de esa corona de cartón que le regalé a Raley por ser el rey de las cámaras de seguridad? Debería haberle regalado algo mejor después de que encontrara ese vídeo del *flashmob*.

—¿Lo ves? Al principio yo dije que los zombis estaban relacionados con este caso y tú no me hiciste caso.

—Rook, hasta el más ignorante acierta alguna vez.

Él sonrió.

—Perdona, lo único que he oído ha sido algo así como que he acertado. —Ella le dio una cachetada—. ¿Cómo va todo en la comisaría con el nuevo jefe?

—No lo sé. Aún no he ido. Llevamos a Keith Gilbert a la comisaría más cercana, la Trece. Cuando estaba terminando recibí una llamada para que fuera a la sede central de la Oficina de Gestión de Emergencias de Brooklyn.

—¿A la Oficina de Gestión de Emergencias? ¿Para qué?

—Porque allí están todos los de la central de la policía. Los comisionados, el comandante McMains, el Martillo... —Heat bajó la mirada y usó un dedo para sacar un trozo de corcho de su copa—. Supongo que hoy he vuelto a entrar en su radio de acción. Querían reunirse conmigo para hablar del trabajo en el comando especial.

—¿Y te lo han ofrecido?

Se limpió el trozo de corcho con una servilleta y levantó los ojos para mirar a los de él consciente de la carga emocional que aquella conversación tenía, pero poniéndola por fin encima de la mesa.

—Sí.

—¿Y qué les has dicho? —Levantó una mano—. Espera. No me lo digas. Es decir, todavía no. Me acabo de acordar de algo. Antes, quiero enseñarte una cosa. No te muevas.

Rook salió de la habitación con su albornoz abierto de forma nada digna. Ella oyó la cremallera de la maleta pequeña y él salió con algo escondido detrás de la espalda. Con la mano detrás, volvió con ella al sofá. Nikki sentía la boca seca. El vino no la aplacó.

—Vale —dijo él—. ¿Por dónde empiezo? Hace poco, cuando estuve en París hice una rápida visita a una de mis joyerías favoritas del Marais.

—Ah, ¿sí...? —La actriz de teatro del instituto que había en Nikki esperaba fingir ignorancia ante él.

—¿Y para qué?, te preguntarás. Pues porque... la primavera pasada dejé allí el antiguo anillo de compromiso de mi madre para que le pusieran un diamante más grande y quería ir a recogerlo. —Sacó la mano de detrás de la espalda y abrió una bolsa, la que ella había visto en el cubo de la basura de la cocina de él, y de ahí sacó una cajita que abrió y levantó en el aire ante ella—. ¿Qué te parece lo que le han hecho al anillo de mamá?

En ese momento, Nikki ya no necesitaba fingir.

—Rook..., yo... no sé qué decir.

—Édouard, vaya joyero. Lleva allí toda la vida. Probablemente diseñó los candelabros que robó Jean Valjean. ¿No te parece que ha hecho un trabajo estupendo?

—Oh, sí, muy..., bastante. —Trataba de mantener la compostura mientras se sentía tan estúpida como abatida—. Un trabajo de artesanía muy, muy bonito.

—*C'est très bon, n'est ce pas?*

—Eh... —Entonces, oyó el tono acartonado de su propia voz—: *Oui*.

—Qué bien. Porque si no, a lo mejor no querrías ponértelo.

Al principio, Nikki pensó que no le había oído bien. Estaba tan ebria tras la terrible experiencia de esa semana y tan impactada al saber que aquel recibo había sido para el anillo de su madre que le pareció como si Rook estuviese diciendo en realidad que aquel anillo de compromiso era para ella. Pero debía ser eso lo que Rook quería decir, porque lo estaba sacando de la caja y estaba acercando ese gran diamante hacia ella. Nikki se quedó mirándolo pasmada, mientras todos los lados centelleaban en un despliegue infinitamente impresionante de pura luz.

—Rook, ¿me estás diciendo...?

—Te estoy diciendo que esto es para ti.

—¿El anillo de compromiso de tu madre?

—No te preocupes. Mamá tiene una caja llena con muchos otros. Metí una mano por la ranura y saqué este.

Los dos se rieron.

—Qué romántico —dijo ella.

—Solo porque escriba novelas románticas con seudónimo no significa que tenga que serlo.

—No, esto es bastante romántico. Al retorcido modo de Rook. —Su expresión se puso seria y añadió—: Creo que antes de seguir avanzando tenemos que aclarar algunas cosas.

—... De acuerdo. ¿Se trata del comando especial?

—Sí, fundamentalmente. —Levantó una mano por delante del anillo y se rio—. ¿Puedes apartar eso durante un segundo? Es muy difícil concentrarse.

—Esa es la idea. —Volvió a acercárselo a la cara para burlarse de ella y, a continuación, lo volvió a guardar en la funda de terciopelo y cerró la tapa.

—No sé cómo decir esto —dijo ella por fin—. Así que ¿puedo decirlo sin más? —Tras el asentimiento de él, Nikki se lanzó—: Me he estado preguntando por qué este trabajo del comando especial constituía un motivo de tensión. La verdad es que ha hecho que estuviésemos molestos el uno con el otro.

Hizo una pausa para dejarle a él un momento para hablar, pero Rook se limitó a asentir, así que continuó:

—Me he preguntado por qué. Cuando me enteré, sabía que se trataba de un trabajo emocionante y de un gran ascenso. Pero ¿qué hice? Te lo oculté. Como un acto reflejo. ¿Por qué? Porque sabía que iba a suponer un gran problema para los dos. A nivel de logística, de nuestra forma de vida y... lo más importante: como pareja. Esa es la realidad, ¿vale? Hay una pareja. Hay que hablar de un trabajo emocionante y de un gran ascenso.

Él guardó silencio mientras dejaba que ella continuara.

—Esa oferta de trabajo me ha obligado a definirlo todo. A definirnos a nosotros. —Nikki se encogió brevemente de hombros—. Y a definirme a mí. No me refiero a definirme a mí sin ti. A lo que me refiero es a analizar si sigo siendo lo suficientemente joven e independiente como para tomar decisiones en mi vida.

—Por tu cuenta.

Ella tomó prestada una frase de la sesión con su loquero, Lon King:

—No puedo solucionar mi vida en diez minutos en una habitación de hotel. Pero, aunque no tenga todas las respuestas, sí sé unas cuantas cosas después de haber pasado esta semana. Por ejemplo, sé que estamos bien juntos. Me haces reír. Me haces salir de mi seriedad y de mi obsesión por el trabajo. Tú eres la única persona que he conocido a la que le molesta también que falte una coma —dijo riendo.

—Soy tu policía de las comas.

—Mi policía de los signos de puntuación.

—¿Has dicho que soy bueno en la cama?

—Eres increíble en la cama, ¿es que no lo sabes? Pero por mucho que yo piense que estamos hechos el uno para el otro, la idea de llevarlo al siguiente nivel me aterrorizaba.

—Espera. —Levantó la caja del joyero—. ¿Me estás diciendo que sabías esto?

—Una mujer sabe estas cosas. —No estaba todavía preparada para delatarse contándole lo del cubo de basura, así que lo dejó ahí y él pareció creerla—. ¿Y qué es lo que hice? Me enfadé contigo. Te acusé de cosas.

—Me bautizaste con tequila del bueno.

—No sabía por qué estaba tan enfadada. —Revolvió las manos por delante de su pecho—. Eran todas estas cosas que se agolpaban dentro de mí. Todas esas pintorescas y tontas teorías con las que siempre sales empezaron a parecerme ataques, así que empecé a devolver el golpe. —Colocó una mano en la rodilla de él—. Cuando



estuve a punto de perderte en el coche ayer por la noche me aterroricé. Pensé que te había visto dar tu último aliento antes de meterte debajo del agua. Y lo empleaste en decirme que me querías.

Se le escapó un sollozo y Nikki trató de aguantárselo.

—Rook, yo no podía imaginarme sin ti. Y pensándolo ahora, veo que con lo que he estado enfadada toda la semana no era contigo. Sino con el temor a perder mi independencia. Sé que esto puede parecer egoísta y complaciente, incluso un poco de manual de autoayuda, pero necesito ser sincera conmigo misma. Sabes que incluso en una relación..., no, sobre todo en una relación... necesito tener esa independencia para que sea sana. ¿Tiene sentido para ti todo esto?

Él se balanceó unos centímetros de un lado a otro, como el escritor que escogía sus palabras.

—Bueno, Nikki, ¿me permites que te lo diga de una forma concisa y dulce? —Después de que ella se secara una lágrima, él continuó—: Resulta que esta mujer independiente de la que estás hablando es la mujer a la que yo quiero.

En la última hora del día, al final de una semana oscura, Nikki estuvo segura de haber visto un arcoíris.

—¿Sí?

—Sí.

—Ya veremos si piensas lo mismo cuando sepas lo de mi nuevo trabajo.

Puntos a favor de Rook: no pestañeó ni vaciló.

—Por favor —dijo y a continuación dio un largo sorbo a su vino blanco de Borgoña mientras esperaba.

—Va a suponer jornadas largas, más responsabilidad, días y noches separados, tener que cambiar planes cada dos por tres... Va a ser un tocapelotas.

—Entonces, has entrado en el comando especial. Enhorabuena.

—No. Lo he rechazado.

—Vale, te estás quedando conmigo.

Ella se rio.

—Y tú con lo del anillo, ¿no?

Rook levantó su copa hacia ella.

—*Touché.*

—Me lo han ofrecido. Para eso me habían dicho que fuera allí. He dicho que muchas gracias, pero no.

—Pero te dije que podríamos soportarlo, Nikki. Cuando he hablado de tu independencia lo decía en serio.

—No lo he hecho por ti. ¿No te parece lo bastante independiente? Lo he hecho porque hay otro trabajo que me interesa más. Un trabajo donde sé que me necesitan. Ya lo rechacé una vez, pero ahora estoy lista.

—Vas a ser la jefa de la comisaría Veinte.

—Maldita sea, Rook, ¿nunca dejas que nadie ponga el remate final?

—Parece que no. Continúa.

—No se han mostrado encantados, eso está claro. Pero lo han aceptado. He visto lo que pasó la última vez que lo rechacé y trajeron a Wally Irons. Luego le he echado un vistazo al incompetente ese de hoy y he podido ver que iba a pasar de nuevo lo mismo. Que lo iba a sufrir mi brigada.

—Estoy contigo al cien por cien.

—Dime eso cuando hayamos cancelado cinco cenas seguidas.

—¿Acaso sería una novedad? —Se quedó pensativo un momento y añadió—: ¿No tienes que ser capitán para dirigir una comisaría?

—Ya aprobé mis exámenes, ¿no lo recuerdas? El Martillo sigue teniendo mis insignias doradas en el cajón de su mesa desde hace tres años, cuando le dije que se las metiera donde le cupieran.

Rook levantó la cajita del joyero que tenía en la mano.

—¿Era eso lo que ibas a decirme?

Heat se terminó el vino, colocó la copa sobre la mesita y, después, dio un brinco sobre el cojín del sofá para mirarlo a la cara.

—No lo sé. Vamos a averiguarlo.

Él se deslizó desde el sofá y se apoyó sobre una rodilla delante de ella. En ese instante, toda la luz del cielo, la totalidad del resplandor celestial del sol, la luna, las estrellas, los cometas y los planetas se unieron para caer sobre el radiante rostro de Jameson Rook. La piel de Nikki se erizó con la emoción y el regocijo incontenible y tragó saliva con esfuerzo. Con una mirada sincera, acariciando la de ella mientras Nikki envolvía la de él, extendió una mano y ella la tomó mientras daba gracias a Dios al ver que los dedos de él también temblaban. La sonrisa de Rook invadió su corazón y, sin saber cómo, se hizo aún más grande cuando habló.

—Y bien, capitán Heat...

A ella se le escapó un sonido que, ya se tratara de una carcajada o de un grito, era de felicidad, y eso era lo único que importaba.

—¿Sí, señor Rook?

—Te he querido desde el primer día en que nos conocimos. Y, por muy increíble que en aquel entonces me pareciera, ahora te quiero más, hoy, en este momento, de lo que nunca te he querido.

Nikki quería decirle que le quería y estuvo a punto de hacerlo, pero no se atrevía a interrumpirle. Así que, se lo dijo con la mirada.

Y él lo notó.

—Nikki, yo creo en el destino. No es solo que todo lo que he hecho siempre me ha conducido hasta ti. Cada vez que estamos separados, ya sea porque esté en París, en una selva o en el barrio de Tribeca al otro lado de la ciudad, lo mido todo, cada minuto, cada aliento, según el tiempo que falte para volver a estar juntos. Lo cual, en cierto sentido, significa que nunca estamos separados de verdad. Sino aquí. Ahora. Juntos como lo estamos ahora. Esto es lo que quiero para siempre. Pasar el resto de

mi vida contigo. Y tú conmigo. Disfrutando de nuestra felicidad.

Tras pavonearse un poco, hizo una pausa antes de continuar:

—Quiero ser tu marido. Y quiero que tú seas mi mujer. —Empezó a quedarse sin habla y sus ojos se aguaron. Rook se recompuso, levantó el anillo y le sonrió... con una sonrisa angelical—. Nikki Heat, ¿quieres casarte conmigo?

## AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, yo no soy Richard Castle. Me parece conveniente dejarlo claro de primeras, aunque es evidente que ya lo habréis adivinado por la ausencia de su elegancia en esta sección. Normalmente, el señor Castle habría escrito en persona esta parte, pero han sucedido ciertas circunstancias que no se me permite compartir que le han hecho... no estar disponible para la fecha límite. Así que me ha tocado a mí, a este humilde editor subalterno, cumplir con sus deseos de dar las gracias a quienes le han ayudado con este libro. Por favor, tengan paciencia conmigo. Cuando he registrado su despacho, he visto que sus notas están muy mal organizadas y todos a los que he acudido para que me las aclararan están demasiado nerviosos como para hablar. Aquí dejo lo mejor que he podido hacer desde su mesa de trabajo.

En su Moleskine me he encontrado una página marcada en la que llama a Kate Beckett «mi musa, mi inspiración y mi vida». Debajo de eso, algo que parece decir: «En el espacio no pueden oír tus gritos, pero sí pueden oírte decir: “Sí, quiero”».

Está claro que quería dar las gracias a la comisaría número Veinte. Nombra a Javier Esposito y Kevin Ryan con la palabra «hermano» al lado de cada uno de ellos. Después, a la capitana Victoria Gates con una pregunta: «¿Es posible fruncir el ceño con un rostro sonriente?». Hace un garabato con una flecha hacia la doctora Lanie Parish, así que debe haber también aquí una relación con el tema de la sonrisa y el ceño fruncido.

No cabe duda de que quiere destacar a su madre, Martha, y a su hija, Alexis. Simplemente, hizo eso, destacarlas, literalmente. Con un rotulador.

Sobre su mesa, bajo una posta de hierro de cuatro kilos y medio de un cinturón de submarinismo que usaba como pisapapeles, he encontrado una lista de nombres bajo el título «Mágicos». En la lista están: Nathan, Stana, Seamus, John, Molly, Susan, Tamala y Penny. Debajo de ellos, una nota para «dar las gracias a los hechiceros del edificio Clinton». Se supone que no es una referencia a la biblioteca presidencial, porque ha añadido «Estudios Raleigh» a su anotación.

Entre las demás cosas, pinchados en las puntas de la hélice de un helicóptero de juguete motorizado (!), había dos trozos de papel. En el primero menciona a Terri Edda Miller «por mantenerme arriba». El otro nombre parece ser el de Jennifer Allen y está escrito en un dibujo de un globo de aire con forma de corazón.

En un archivador, casi oculto bajo un par de gafas de juguete, he encontrado un mapa de los Hamptons con unas notas al margen en las que da las gracias al oficial al mando del Departamento de Policía de Southampton Village por «atender a mis tontas preguntas», además de un folleto de la 1770 House de East Hampton con una nota para dar las gracias al director por la visita personal.

Creía que eso era todo hasta que vi que el armario que había encima de su cafetera estaba lleno de notas adhesivas. Espero que estén en el orden correcto: «Mi leal agente, Sloan Harris; la editora jefe Laura Hopper (mi jefa); el investigador

número uno, Christopher Soloway; Ellen Borakove, por “todo lo de la Oficina del Forense”; John Parry, “por el GPS 411 en Dutchess County”; Clyde Phillips, por dejar espacio para escribir; Ken Levine, por las publicaciones en el blog y por su ayuda».

Parece ser que el autor también quiere dar las gracias a Lisa Schomas, la directora de licencias de *Castle* de la ABC, así como a Melanie Braunstein de la ABC, que con tanta destreza se ocupa de la promoción de los libros. Esto es porque he encontrado una nota en el secante del escritorio que dice: «No olvidar dar las gracias a Lisa Schomas, directora de licencias de *Castle* de la ABC, y a Melanie Braunstein, de la ABC, que con tanta destreza se ocupa de la promoción de los libros». Yo no soy escritor de novelas de misterio, pero sé reconocer una pista cuando la veo.

Aunque no se puede considerar como una nota tal cual, el fondo del escritorio del ordenador del señor Castle tiene un par de tinteros animados que se mueven adelante y atrás. Un bote tiene el nombre de Andrew y un pie: «Líder, visionario, creador y amigo». En el otro pone Tom y en su etiqueta dice: «Siempre medio lleno». No son notas en sí, pero las incluyo por si esos nombres significan algo.

Solo son suposiciones. Y espero que el inexperto (y quizá molesto) registro del espacio de escritura del señor Castle haya cumplido con todas las necesidades de la editorial en relación a estos agradecimientos. Si, mientras tanto, el autor mismo vuelve a estar disponible, la editorial detendrá la impresión para que él los pueda revisar.

Que así sea.

*Editor subalterno, nombre oculto.  
Nueva York, 12 de mayo de 2014.*



RICHARD CASTLE es el nombre de un personaje ficticio, protagonista de una serie de televisión estadounidense llamada Castle.

En *Castle*, dicho personaje es un afamado autor de novelas policiacas que colabora con la policía resolviendo crímenes mientras escribe sus nuevas novelas, protagonizadas por Nikki Heat.

En 2009 se publicaron las dos novelas «ficticias» que el personaje Richard Castle había terminado en la serie de televisión, entrando en el Top 10 de los más vendidos del New York Times.

# Notas

[1] Peter, Paul y Mary eran un trío musical estadounidense de los años sesenta. Uno de sus grandes éxitos fue la canción *If I had a hammer*, en español «Si yo tuviera un martillo». <<